

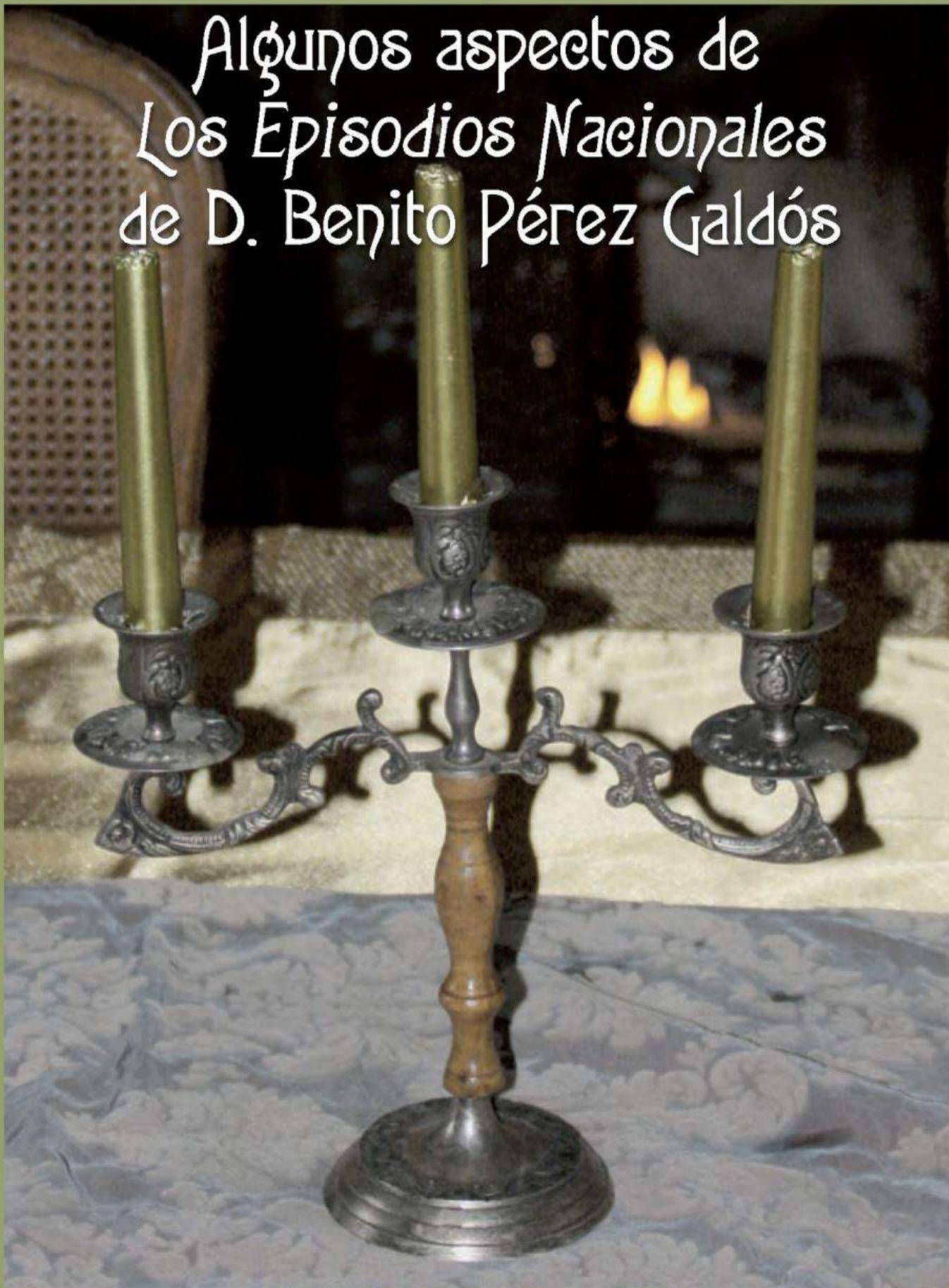
ISIDORA



Revista de estudios galdosianos



Algunos aspectos de
Los Episodios Nacionales
de D. Benito Pérez Galdós



Vicente Adelantado Soriano

№ 18

ISIDORA

Revista de estudios galdosianos



SUMARIO

Prólogo	11	VII. Tres penitentes	95
I. Breves biografías de algunos de los protagonistas de los <i>Episodios Nacionales</i>	11	VIII. Cinco muertes ejemplares, cuatro asesinatos impunes	107
II. Los tópicos	61	IX. Bodas reales o menosprecio de corte y alabanza de aldea	125
III. La guerra	65	XI. Un breve apunte: Bécquer y Galdós	141
IV. Victoria y represión	77	XII. Maestros y libros en los episodios	145
V. Gobernantes y gobernados	81	XIII. Breves apuntes sobre el estilo	155
VI. Un clero guerrero	85	Bibliografía	167

Dirección y Edición
DRA. ROSA AMOR DEL OLMO

Asesora lingüística
DRA. ANA MARÍA VIGARA

Presidente comités de redacción y científico
DR. GERMÁN GULLÓN (*Universidad de Amsterdam*)

Comité de redacción
DRA. PILAR PALOMO (*Universidad Complutense de Madrid*), DRA. PILAR VEGA (*Universidad Complutense de Madrid*), DR. TEODOSIO FERNÁNDEZ (*Universidad Autónoma de Madrid*), DR. TOMÁS ALBALADEJO (*Universidad Autónoma de Madrid*), DRA. ANA M^a VIGARA (*Universidad Complutense de Madrid*), DRA. ÁNGELES VARELA (*CEU*), DR. DANIEL GAUTIER (*UCO-Angers*), DR. JOHN SINNIGEN (*Universidad de Maryland, Baltimore Country*), DRA. CARMEN RUIZ BRAVO-VILLASANTE (*UAM*).

Comité científico
DR. GERMÁN GULLÓN-Presidente (*Universidad de Amsterdam*), DRA. YOLANDA ARENCIBIA (*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*), DRA. CARMEN MENÉNDEZ-ONRUBIA (*CSIC*), DRA. ANA M^a VIGARA (*Universidad Complutense de Madrid*), DR. JOHN SINNIGEN (*Universidad de Maryland, Baltimore Country*), DRA. CARMEN BRAVO-VILLASANTE (*Universidad Autónoma de Madrid*), DR. TOMÁS ALBALADEJO (*Universidad Autónoma de Madrid*), DRA. PILAR ESTERÁN (*Universidad de Teruel*), DR. JESÚS RUBIO JIMÉNEZ (*Universidad de Zaragoza*), DR. JEAN FRANÇOIS BOTREL (*Université de Rennes*).

Diseño de cubierta
JUAN CARLOS CARRAZÓN

Diseño interior y maquetación
ÁNGEL SANZ MARTÍN

Fondos Editoriales:
ROSA MARÍA QUINTANA *Directora*
de la Casa Museo Pérez Galdós
Biblioteca Nacional
Hemeroteca Nacional

Fotografía de portada
JLF

Coordinación, preimpresión
e impresión

SAFEKAT, S. L.
C/ Belmonte de Tajo, 55 - 3.º A.
28019 Madrid
safekat@safekat.com
www.safekat.com

I.S.S.N.: 1699-5996
Depósito Legal: M. 24.308-2005



Esta revista ha recibido una ayuda de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su difusión en bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números del año.

Vicente Adelantado Soriano

Algunos aspectos de
Los Episodios Nacionales
de D Benito Pérez Galdós

Léeme y sabrás

PÉREZ GALDÓS, *Prim*

PRÓLOGO

Todo estudio sobre cualquier autor nace de la importancia intrínseca del mismo, y de una profunda admiración por él. Es incuestionable, por lo tanto, la importancia de don Benito en la literatura española, además de la admiración que sentí, y siento, por él. No recuerdo ya, ni tiene más importancia, cuál fue el primer libro suyo que leí. Sí que recuerdo que me gustó el primero, el segundo y el tercero; y que seguí leyendo sus obras hasta que sentí un cierto cansancio. Además, cosas de la edad, cada vez que me sucedía algo importante, me regalaba, o hacía que me regalaran, un libro de don Benito. Fue así como conseguí hacerme con una buena colección de ellos, pues también, por defecto, me los regalaba yo cuando los sucesos no eran los esperados, o los deseados, o no tenían ninguna relevancia. De esta forma comenzó a generarse en mí una gran admiración hacia el autor de los *Episodios nacionales*.

Hace poco tiempo, siguiendo las siempre sugerentes indicaciones de Azorín, leí todo cuanto pude encontrar, tanto en las librerías como en Internet, no mucho, de Benjamín Jarnés. No me era desconocido del todo ni el arte deshumanizado, ni el movimiento literario, al que perteneció Jarnés, y que capitaneó, o intentó capitanear, Ortega y Gasset. Lo poco que leí de aquel movimiento de principios del siglo XX, me pareció, como dice Vargas Llosa al hablar de las vanguardias europeas, el inicio del «monumento al bostezo»¹. Sería injusto, no obstante, colocar en el mismo saco dos libros, dos biografías, que me parecieron tan sugerentes como interesantes. Ambas de Benjamín Jarnés: *Sor Patrocinio*, *La monja de las llagas*, y *Zumalacárregui*.

Los vanguardistas rechazaban a Pérez Galdós y su forma de novelar; los vanguardistas abominaban de la novela realista entre otras cosas por lo que de continuismo, planteamiento, nudo y desenlace, tiene dicho movimiento. La vida, para las vanguardias, es caótica, fragmentaria, sin mucha lógica ni conexión entre sus diversos episodios, como la presenta el Realismo. Aun así sabida es la admiración de Jarnés por Stendhal, por *Rojo y negro* concretamente.² Le rindió un pequeño homenaje en su novela *Lo rojo y lo azul*.

¹ Véase Azorín, *Félix Vargas, Superrealismo*. Madrid, Cátedra letras hispánicas, 2001, p. 14, edición de Domingo Ródenas.

² Véase Benjamín Jarnés, *El profesor inútil*, Madrid, Cátedra, 1999. pp. 35 y ss., edición de Domingo Ródenas.

No es la de Jarnés una novela apasionante. Ninguna de ellas lo es. Y no deja de ser curioso que lo mejor de la obra de Jarnés sean sus biografías. Ortega y Gasset, de hecho, incitó a los nuevos novelistas a escribir biografías a fin de dominar la creación de un personaje³. *Zumalacárregui* y *Sor Patrocinio* son modélicas al respecto. Aunque habría bastante que matizar.

La lectura de estas dos obras, cuando comenzó a interesarme Pérez Galdós, tuvo la virtud de poner de manifiesto, entre otras cosas, que de la historia de España del siglo XIX sabía bien poco por no decir nada. Intenté remediarlo leyendo y estudiando. De hecho, no entendí, la primera vez que me enfrenté con los *Episodios*, el auge del carlismo ni su evidente éxito en el País Vasco, en Cataluña y en Valencia. Me pareció increíble entonces que muriera tanta gente en guerras, partidas, emboscadas, venganzas, fusilamientos, empecinamientos y demás por una ley, la sálica, impuesta en 1713 por un monarca que no era español y abolida después, en 1830, por otro rey, nefasto, al que hubiera sido mejor que no lo conociera nadie.

Esperaba, de alguna forma, que Jarnés, en su biografía sobre Zumalacárregui, solucionara el problema. Pero Jarnés, como hace con Sor Patrocinio, apenas si tiene en cuenta las líneas políticas del tiempo de sus biografiados. Construye glosas en las que apenas si cabe el sentido crítico. ¿Por qué triunfa el carlismo en el País Vasco? ¿No fue consciente sor Patrocinio de todo el engaño del que ella formaba parte? ¿Y si fue consciente como pudo compaginar la superchería con el cristianismo? La sor Patrocinio de Jarnés nada tiene que ver con la de los *Episodios*, que parece más real, más verosímil, desde luego.

Dadas las críticas al realismo, creía que la escuela capitaneada por Ortega y Gasset ofrecería algo de más fundamento. No lo hizo, se estudie como se estudie dicha escuela. No, no es fácil ofrecer alternativas a Pérez Galdós. No obstante, él, como todo ser humano, fue evolucionando, y en sus últimos *Episodios* ya hay hasta elementos vanguardistas, surrealistas si se quiere. Baste pensar en que Clío, la musa de la historia, doña Mariclío, será junto con Proteo Liviano, Tito Livio, un hombre de escasa altura y un tanto fanfarrón, dos de los protagonistas de la quinta y última serie de los *Episodios*. ¡Qué lejos estamos ya de Gabriel Araceli y de todos sus amigos!

Seguía llamándome la atención que, pese a esta quinta serie donde aparece doña Clío, las vanguardias rechazaran la forma de novelar de los realistas. Pérez Galdós estaba entre ellos, por supuesto. Tampoco Valle-Inclán lo trata muy bien en *Luces de bohemia*:

DORIO DE GÁDEX.—Precisamente ahora está vacante el sillón de Don Benito el Garbancero⁴.

Las novelas de don Benito, los *Episodios* al menos, se leen hoy con agrado y sin ninguna dificultad, y el lenguaje de muchas de las novelas de Valle-Inclán cruje con el paso del tiempo. Quizás porque don Benito, que llevaba a Cervantes en la masa de la sangre, siguió aquellos consejos de maese Pedro:

«Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que este señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sutiles»⁵

Sabido es, para terminar, que tampoco recibió don Benito el Premio Nobel de literatura, negativa debida más, al parecer, a rencillas, ignorancia y a motivos políticos que a los estrictamente literarios. De estos, y teniendo en cuenta solamente sus *Episodios nacionales*, don Benito estaba más que servido. Evidentemente algunos de los *Episodios*, como algunas de sus novelas, tuvieron que molestar a ciertas perso-

³ Véase Benjamín Jarnés, *Stefan Zweig, cumbre apagada*. Torrelavega, 2010, p. 32, Edición de Domingo Ródenas de Moya.

⁴ Ramón María del Valle-Inclán, Madrid, 1990, *Luces de bohemia*, escena cuarta.

⁵ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, segunda parte, cap. XXVI.

nas, tanto por motivos literarios como ideológicos. Novelas y *Episodios*, sin embargo, son imprescindibles para conocer tanto la historia como la literatura de la España del siglo XIX y aun de parte del XX.

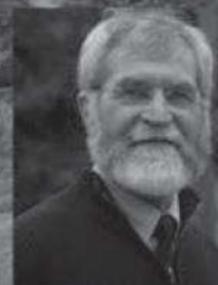
Es una buena experiencia estudiar la Historia en tanto se leen los *Episodios*. Se obtiene, de esta forma, una visión más completa de las cosas, pese al recato que, en más de una ocasión, acompaña a don Benito, que, sí, tal vez fue realista, pero jamás desciende a la crudeza de ciertas situaciones, que apenas si esboza. Así, por ejemplo, cuando dice que «La guerra de la Independencia fue la gran academia del desorden»⁶ No es difícil intuir lo que significa eso en un país en guerra, en un país en el que el ejército ha tenido que delegar sus responsabilidades en cuadrillas de guerrilleros que, muchas veces, no hicieron sino aprovechar la guerra en beneficio propio. Aquellas partidas, sin tener que rendir cuentas a nadie, y aun haciéndolo, cometieron verdaderas barbaridades por allá por donde pasaron. Don Benito, como veremos, apenas si dice algo al respecto. No se muerde la lengua, sin embargo, al hablar del hambre durante la guerra. Y la guerra termina por darle tanto asco que en *Gerona* se describe una lucha de ratas para simbolizar los combates humanos. Parece que las vanguardias no leyeron este episodio, o no lo supieron leer. Como tampoco lo hicieron con los episodios de la quinta serie. En ellos don Benito se mueve con total libertad. Vamos a intentar una ligera aproximación.

⁶ Pérez Galdós, *Juan Martín el Empecinado*, cap. V.

*Benito Pérez
Galdós*

Gloria

Traduction de Daniel Gautier



ISIDORA
Ediciones

I. BREVES BIOGRAFÍAS DE ALGUNOS DE LOS PROTAGONISTAS DE LOS EPISODIOS NACIONALES

1. GABRIEL ARACELI

Como es sabido los *Episodios* están divididos en cinco series formando un total de cuarenta y seis novelas. Narran la historia de España desde la batalla de Trafalgar, ocurrida el 21 de octubre de 1805, hasta la llegada de Cánovas al poder, episodio que comienza en 1874 con la partida de las tropas carlistas de la castigada Cuenca, y con la huida de la ciudad de uno de sus protagonistas, Tito Liviano, al que acompaña don José Ido del Sagrario. Asistimos, también, en este último episodio, al «suceso de Sagunto», y a la inauguración de «los tiempos bobos», la Restauración. En total Pérez Galdós ha novelado 69 años de la historia de España.

No conviene olvidar que aquellos fueron, posiblemente, los años más convulsos de nuestra historia. Pérez Galdós es muy consciente de ello, como también es consciente de que la paz y el sosiego de los tiempos bobos no quieren decir que todo esté logrado, o que se haya llegado al final de una etapa. Los *Episodios*, de esta forma, quedan abiertos, se proyectan hacia el futuro. Así, por si quedan dudas, nos lo da a entender a través de una carta de Mariclío, la familiar musa de la historia, convertida en personaje de novela:

«Hijo mío: cuando a finales del 74 te anuncié en una breve carta el suceso de Sagunto, anticipé la idea de que la Restauración inauguraba los tiempos bobos, los tiempos de mi ociosidad y de vuestra laxitud enfermiza. La sentencia de mi buen amigo Montesquieu, dichoso el pueblo cuya historia es fastidiosa, resulta profunda sabiduría o necedad de marca mayor, según el pueblo y ocasión a que se aplique».¹

La historia que va a narrar Galdós no va a resultar fastidiosa, desde luego. En ella vamos a tener de todo. Se inicia con un famoso combate naval, desastroso para España. Tenía 30 años Galdós cuando escribió este episodio.

¹ Pérez Galdós, *Cánovas*, cap. XXVIII.

Trafalgar se escribió en Madrid durante los meses de enero y febrero de 1873, y *Cánovas* entre Madrid y Santander de marzo a agosto de 1912. Entre un episodio y otro transcurrieron 39 años, que Galdós dedicó casi exclusivamente a escribir su ingente obra, episodios, teatro, novelas, adaptaciones para el teatro, artículos, etc. No hace falta decir que durante este largo período de tiempo, don Benito, como todo ser humano, sufrió una evolución en su forma de ver las cosas y de plasmarlas. Lo veremos, en un primer momento, a través de los protagonistas.

La primera serie, protagonizada por Gabriel Araceli, se inicia con un tono totalmente optimista. Tanto como el de una novela caballerescas en la que el héroe sabe que puede lograrlo todo, merced a la fuerza de su brazo, y a la buena educación recibida. La primera serie está formada por un conjunto de novelas que narran la historia de una ascensión social. Sabido es que la novela caballerescas es el reverso de la picaresca. Ni Lázaro, ni don Pablos, ni Guzmán de Alfarache consiguen salir de su estamento social. Gabriel Araceli, por el contrario, sí que lo logra; y este, que escribe sus memorias siendo mayor y feliz, cuando ya ha conseguido cuanto perseguía, va a marcar, desde el principio, sus diferencias, pese a sus orígenes, con los héroes pícaros:

«Al hablar de mi nacimiento, no imitaré a la mayor parte de los que cuentan hechos de su propia vida, quienes empiezan nombrando su parentela, las más veces noble, siempre hidalga por lo menos, si no se dicen descendientes del mismo Emperador de Trapisonda. Yo, en esta parte, no puedo adornar mi libro con sonoros apellidos; y fuera de mi madre, a quien conocí por poco tiempo, no tengo noticia de ninguno de mis ascendientes, si no es de Adán, cuyo parentesco me parece indiscutible. Doy principio, pues, a mi historia como Pablos, el buscón de Segovia; afortunadamente, Dios ha querido que en esto sólo nos parezcamos.»²

Muere la madre, y Gabriel se junta con la ruda y soez sociedad de la Caleta. Yendo de aquí para allá, recaba en Medina-Sidonia. Y hallándose en una taberna de dicha ciudad se presentan allí unos soldados de Marina haciendo la leva. Huyendo de ellos, va a parar a casa de don Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío retirado, y esposa. El matrimonio lo ampara y le toma gran cariño. Y Gabriel vuelve a marcar distancias con los pícaros y la novela picaresca:

«Hay que añadir a las causas de aquel cariño, aunque me esté mal decirlo, que yo, no obstante haber vivido hasta entonces en contacto con la más desarrapada canalla, tenía cierta cultura o delicadeza ingénita, que en poco tiempo me hizo cambiar de modales, hasta el punto de que algunos años después, a pesar de la falta de todo estudio, hallábame en disposición de poder pasar por persona bien nacida.»³

Gabriel Araceli sólo comparte con Lázaro un nacimiento oscuro, la muerte del padre, y un ambiente de pillos y ladronzuelos del que huye bien pronto para nunca más regresar a él. Desde la batalla de Trafalgar hasta la batalla de los Arapiles, inicio y fin, la vida de Araceli es la historia de una búsqueda, de una ascensión. Al igual que los viejos caballeros medievales, acabará casado con una noble, siendo rico y, cómo no, muriendo en la cama, como deseaba don Miguel de Cervantes.

Antes de morir, sin embargo, escribirá sus memorias. Lo hace en edad avanzada, lo cual justifica algunas posibles inexactitudes:

«No me exija el lector una exactitud que tengo por imposible, tratándose de sucesos ocurridos en la primera edad y narrados en el ocaso de la existencia, cuando cercano a mi fin, después de una larga vida, siento que el hielo de la

² *Trafalgar*, cap. I.

³ *Trafalgar*, cap. I.

senectud entorpece mi mano al manejar la pluma, mientras el entendimiento, aterido, intenta engañarse buscando en el regalo de dulces o ardientes memorias un pasajero rejuvenecimiento.»⁴

Gabriel recuerda que tenía seis años cuando se produjo el combate del cabo de San Vicente. Dicho combate tuvo lugar en 1797. Nació, por lo tanto, hacia finales del siglo XVIII, en 1791. Será muy joven cuando comience la guerra de la Independencia. Y mayor, según él, cuando comience a escribir sus memorias. ¿Qué movió al viejo Araceli a meterse en estas cosas? ¿Tal vez el deseo de despertar el patriotismo en las nuevas generaciones? ¿Quizás para evitar la indiferencia ante la Patria después de todas las guerras contra el francés? ¿El prurito de la reflexión? El anciano don Gabriel nos lo explica:

«Sobre todos mis sentimientos domina uno: el que dirigió siempre mis acciones durante aquel azaroso período comprendido entre 1805 y 1834. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la Patria! En cambio, yo aun puedo consagrarte una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día.»⁵

Concluye el viejo Araceli haciendo toda una declaración de principios: «Mi relato no será tan bello como debiera, pero haré todo lo posible para que sea verdadero.»⁶ Fijémonos en que dice *verdadero*, no verosímil o creíble. Nuestro héroe recorrerá, pues, todos los campos de batalla durante estos veintiocho años a fin de dar testimonio de aquella cruel guerra que tan nefastas consecuencias iba a traer.

A fin de contarlo todo, comienza por sus orígenes que, en su caso, son muy significativos. Dice Araceli al inicio de sus memorias:

«Yo nací en Cádiz, y en el famoso barrio de la Viña, que no es hoy, ni menos era antes, academia de buenas costumbres. La memoria no me da luz alguna sobre mi persona y mis acciones en la niñez sino desde la edad de seis años; y si recuerdo esta fecha, es porque la asocio a un suceso naval de que oí hablar entonces: el combate del cabo de San Vicente, acaecido en 1797.»⁷

Nació, pues, en 1791. Parte de la infancia la pasa Gabriel jugando en la Caleta, y creyendo que el hombre ha sido criado para la mar, donde nada o coge cangrejos que vende luego.

La sociedad en la que se cría Gabriel era de lo más rudo, y los chicos eran considerados como verdaderos canallas.⁸ Ahora bien, el tiempo no pasa en balde, y todo se puede volver a favor o en contra de uno; depende de la actitud que se tome. La de Gabriel Araceli va a ser positiva desde los inicios de su vida:

«Cuando tuve edad para meterme de cabeza en los negocios por cuenta propia, con objeto de ganar honradamente algunos cuartos, recuerdo que lucí mi travesura en el muelle, sirviendo de introductor de embajadores a los muchos ingleses que entonces, como ahora, nos visitaban. El muelle era una escuela ateniense para despabilarse en pocos años, y yo no fui de los alumnos menos aprovechados en aquel vasto ramo del saber humano, así como tampoco dejé de sobresalir en el merodeo de la fruta, para lo cual ofrecía ancho campo a nuestra iniciativa y altas especulaciones la Plaza de San Juan de Dios.»⁹

Araceli no se siente orgulloso de esta etapa de su vida, que desea cerrar prontamente. Recuerda, eso sí, el placer que le producía la vista de los barcos de guerra, a los que imagina de un modo fantástico, dado

⁴ *Trafalgar*, cap. I.

⁵ *Trafalgar*, cap. I.

⁶ *Trafalgar*, cap. I.

⁷ *Trafalgar*, cap. I.

⁸ *Trafalgar*, cap. I.

⁹ *Trafalgar*, cap. I.

que no puede visitarlos ni verlos de cerca. Junto con otros muchachos de su edad fabrica barcos de juguete, pólvora incluida cuando había dinero, y organiza batallas navales a imitación de las verdaderas.

«Aquella era época de grandes combates navales, pues había uno cada año y algunas escaramuzas cada mes. Yo me figuraba que las escuadras se batían unas con otras pura y simplemente porque les daba la gana, o con objeto de probar su valor, como dos guapos que se citan fuera de puertas para darse navajazos.»¹⁰

Son, por supuesto, ideas inocentes de un niño; pero que le sirven para explicarse el mundo en el que vive. Gabriel cuenta que ya por aquel entonces oía hablar mucho de Napoleón. Es esta la primera vez que aparece dicho personaje en los *Episodios*, y su descripción no está exenta de malicia, aunque esta venga rebajada por lo dicho anteriormente por el propio Gabriel, por su edad:

«Oía hablar mucho de Napoleón. ¿Y cómo creen ustedes que me lo figuraba? Pues nada menos que igual en todo a los contrabandistas que, procedentes del Campo de Gibraltar, se veían en el barrio de la Viña con harta frecuencia; me lo figuraba caballero en un potro jerezano, con su manta, polainas, sombrero de fieltro y el correspondiente tabuco.»¹¹

La única persona que cuida de Gabriel por aquel entonces es su madre. «Sólo recuerdo de ella que era muy hermosa»¹², confiesa Araceli. Su madre tiene un hermano, malo y cruel, marinero, que, cuando está en tierra maltrata a su hermana de palabra, y a su sobrino de palabra y obra. Entre unas cosas y otras, la madre de Gabriel pasa a mejor vida dejándolo a este huérfano del todo¹³. Es la primera impresión fuerte que recibe el futuro combatiente:

«Mi espíritu no había conocido aún ninguna emoción fuerte y verdaderamente honda, hasta que la pérdida de mi madre me presentó a la vida humana bajo un aspecto muy distinto del que hasta entonces había tenido para mí. Por eso la impresión sentida no se ha borrado nunca de mi alma.»¹⁴

Es entonces cuando las crueldades del tío se redoblan contra Gabriel. Este huye de casa, y va a dar a San Fernando; y de San Fernando a Puerto Real. De allí, con la gente más perdida de aquellas playas, pasa a Medina-Sidonia, donde se presentan unos marineros haciendo la leva. Gabriel, como el resto de los muchachos, huye despavorido. Su huida lo lleva a cierta casa cuyos dueños se apiadan de él. Lo toman bajo su protección quedando a su servicio. Con ellos se traslada a Vejer de la Frontera.¹⁵

«Mis ángeles tutelares fueron don Alonso Gutiérrez de Cisniega, capitán de navío, retirado del servicio, y su mujer, ambos de avanzada edad.»¹⁶

En compañía de estos ancianos, el joven Gabriel va a aprender muchas cosas que ignoraba. Al poco tiempo, además, es nombrado paje de don Alonso, al que acompaña en sus paseos. Se pregunta Gabriel qué méritos tuvo o qué hizo para merecer el cariño del matrimonio. Es posible que se debiera a sus pocos años, a su orfandad y a la docilidad con la que obedecía, sin olvidar su «delicadeza ingénita.»

En octubre de 1805, don Alonso Gutiérrez de Cisniega interroga a Gabriel, muchacho de catorce años, como él mismo recuerda, para saber si lo acompañaría en la incorporación a la escuadra combinada,

¹⁰ *Trafalgar*, cap. I.

¹¹ *Trafalgar*, cap. I.

¹² *Trafalgar*, cap. I.

¹³ *Trafalgar*, cap. I.

¹⁴ *Trafalgar*, cap. I.

¹⁵ *Trafalgar*, cap. I.

¹⁶ *Trafalgar*, cap. I.

que va a enfrentarse a la inglesa. La conversación es interrumpida por doña Francisca, la mujer de don Alonso, la cual «era una mujer hermosa en la vejez, como la Santa Ana de Murillo, y su belleza respetable habría sido perfecta, y la comparación con la Madre de la Virgen exacta, si mi ama hubiera sido muda como una pintura.»¹⁷

De nada le valen las quejas y los lloros a la buena mujer, pues amo y criado, acompañados de Marcial, *Medio-hombre*, se incorporan a la escuadra que va a participar en la batalla de Trafalgar. Antes nos cuenta Gabriel la aparición de una mujer, que va a ser su motor de arranque: don Alonso y doña Francisca tienen una hija, Rosita, que era lindísima. Rosita y Gabriel se tratan como niños: «mi mayor dicha consistía en jugar con ella, sufriendo todas sus impertinencias, que eran muchas, [...]»¹⁸. No obstante, con el paso del tiempo, los padres desean casar a Rosita, ya transformada en mujer.

«La cosa era inaudita, porque yo no le conocía ningún novio. Pero entonces lo arreglaban todo los padres, y lo raro es que a veces no salía del todo mal.»¹⁹

En este caso, sin embargo, será ella quien escoja. Cambia al escogido por sus padres por un tal Rafael Malespina, oficial de artillería, que había conocido en la iglesia. Aceptado como novio oficial, Rosita, transformada, cada día siente más despego por Gabriel. Lanza entonces este uno de los pocos lamentos que se le van a oír a lo largo de los *Episodios*:

«Entonces eché de ver claramente por primera vez, maldiciéndola, la humildad de mi condición; trataba de explicarme el derecho que tenían a la superioridad los que realmente eran superiores, y me preguntaba, lleno de angustia, si era justo que otros fueran nobles y ricos y sabios, mientras yo tenía por abolengo la Caleta, por única fortuna mi persona y apenas sabía leer.»²⁰

Sufre Gabriel, ante la fría indiferencia de Rosita, al ver la recompensa tan negativa que tenía su ardiente cariño por ella. La indiferencia de Rosita le hace tomar una determinación que lo asemeja a los héroes de las novelas de caballerías, o, si se quiere, a otros héroes galdosianos como pueda ser el doctor Centeno, o el doctor Teodoro Golfín. Son hombres hechos a sí mismos por decirlo de alguna manera, hombres capaces de superar todos los obstáculos para llegar a donde se han propuesto llegar. El revés será, como veremos, Fernanda Ibero. Gabriel Araceli se suma a la partida de estos hombres:

«Viendo la recompensa que tenía mi ardiente cariño, comprendí que a nada podía aspirar en el mundo, y sólo más tarde adquirí la firme convicción de que un grande y constante esfuerzo mío me daría quizás todo aquello que no poseía.»²¹

Gabriel Araceli, en compañía de don Alonso y de *Medio-hombre*, participa en la batalla de Trafalgar. De dicha batalla vamos a destacar dos puntos, que nos van a dar la clave de cuanto va a acontecer a continuación. Uno de ellos la gente que participa en la batalla. No se olvide el papel que tendrán los guerrilleros en la Guerra de la Independencia:

«No digamos nada en cuanto al personal; el de nuestros enemigos es inmejorable, compuesto todo de viejos y muy expertos marinos, mientras que muchos de los navíos españoles están tripulados en gran parte por gente de leva, siempre

¹⁷ *Trafalgar*, cap. II.

¹⁸ *Trafalgar*, cap. V.

¹⁹ *Trafalgar*, cap. V.

²⁰ *Trafalgar*, cap. V.

²¹ *Trafalgar*, cap. V.

holgazana y que apenas sabe el oficio; el Cuerpo de infantería tampoco es un modelo, pues las plazas vacantes se han llenado con tropas de tierra, muy valerosa sin duda, pero que se marea.»²²

Las siguientes observaciones las hace el propio Gabriel. Son interesantes por la objetividad que conllevan aun en el fragor del combate:

«Siempre se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria.»²³

No caben más rasgos de humanidad en estas palabras. Definen perfectamente a Gabriel Araceli. Terminada la batalla, con el consiguiente desastre, Gabriel se despide de los padres de Rosita, y se va a la corte en busca de fortuna. Esta no lo abandonará nunca. En la capital, trabajado para la histrionisa Pepita González, o la González, conoce al gran y único amor de su vida, Inés, una joven costurera.²⁴

No es baladí, para conocer el carácter de nuestro personaje, saber que va al teatro de la Cruz, con la misión de silbar la obra, donde asiste a la representación de *El sí de las niñas*, estrenada en 1806, obra que encontrará más que digna.²⁵ Asistirá a más representaciones Araceli, con juegos entre ficción y realidad, que lo harán alejarse de la corte y de sus intrigas. Volveremos sobre ellas.

Gabriel Araceli, tras la conjura del Escorial en la corte de Carlos IV, comienza la búsqueda y persecución de Inés, a quien alejan de su lado.

Las aventuras que a continuación le suceden a Inés, supuesta hija de una costurera que confecciona las ropas a la histrionisa Pepita González, son un puro folletín: doña Juana, con quien vive, no es en realidad su madre. Unos parientes de doña Juana, los Requejo, sospechan que Inés es hija de una noble. Muerta doña Juana se la llevan a su casa con la finalidad de obligarla a casarse con su supuesto tío, Mauro Requejo, a quien pasará su cuantiosa herencia. A fin de obligarla la encierran en un habitación y más tarde en un sótano. En dicha casa se presenta Gabriel para tratar de salvarla, en lo cual se va a ver ayudado por Juan de Dios, un pobre criado que también se enamora de Inés. Liberada por los continuos esfuerzos de Gabriel, caerá en manos de su tía, otra noble arruinada que desea casarla con su primogénito para salvar, de esta forma, la poca fortuna que le queda. No terminan aquí los secuestros de la pobre mujer: como en todo buen folletín, también aparece el padre, y también se lleva a su hija a la que le arrebataron cuando nació por miedo al escándalo.

Mientras, Gabriel Araceli, buscándola, va participando en todos los movimientos y batallas más importantes del momento: la conjura del Escorial, donde se niega a hacer de espía; los acontecimientos del 2 de mayo, en Madrid; las batallas de Bailén, Zaragoza, Cádiz, y los Arapiles, llegando incluso a luchar con Juan Martín el Empecinado y el famoso cura de Botorrita. En todos los lugares, Gabriel no hace sino pensar en Inés, a la que jamás olvida ni traiciona, pese a las lisonjeras palabras de miss Fly, poco antes de

²² *Trafalgar*, cap. VI.

²³ *Trafalgar*, cap. XII.

²⁴ *En la corte de Carlos IV*, caps. I y III.

²⁵ *En la corte de Carlos IV*, capítulos I y II.

la batalla de los Arapiles. También se comporta valientemente en todos los enfrentamientos. Logra sobrevivir a ellos, pese a haber sido arcabuceado el 3 de mayo, y a pesar de las graves heridas en los Arapiles. Eso y su constancia lo hacen digno de la mujer que nunca ha dejado de amarlo. Y la va a seguir allá donde vaya: parte hacia Córdoba, tras su convalecencia de las heridas del 3 de mayo, puesto que hasta allí se la ha llevado su verdadera madre. En el camino, Gabriel conocerá a Andresillo Marijuán, el autor del diario donde se cuenta el sitio de Gerona.

El ama de Andresillo es doña María Castro de Oro de Afán de Ribera, condesa de Rumbiar. Tiene doña María tres hijos, el joven Diego, y dos niñas: Asunción, destinada al matrimonio, y Presentación, destinada al claustro. Gabriel Araceli, al igual que el resto de los protagonistas de los *Episodios*, se batirá. Él lo hará, de forma altruista, con un inglés, lord Gray, y por el honor de Presentación de Rumbiar²⁶.

Poco después de los Arapiles, Gabriel e Inés se casan. Obtiene este el grado de Teniente Coronel del ejército; pero su suegra, con influencias y gran aficionada a escribir cartas, le consigue el grado de General. La batalla de los Arapiles sucedió el 22 de julio de 1812. Gabriel Araceli tenía entonces 21 años. No cuenta el tiempo que transcurre desde la batalla, y su convalecencia, hasta la boda con Inés. Calculamos que no sería mucho. Las memorias, no obstante, las escribe, como dice él mismo, de mayor. Y se despide con estas palabras, que recuerdan, mucho, las pronunciadas ante el dolor que le produce el desprecio de Rosita:

«Adiós, mis queridos amigos. No me atrevo a deciros que me imitéis, pues sería inmodestia; pero si sois jóvenes, si os halláis postergados por la fortuna: si encontráis ante vuestros ojos montañas escarpadas, inaccesibles alturas, y no tenéis escalas ni cuerdas, pero sí manos vigorosas; si os halláis imposibilitados para realizar en el mundo los generosos impulsos del pensamiento y las leyes del corazón, acordaos de Gabriel Araceli, que nació sin nada y lo tuvo todo.»²⁷

Como se puede observar no cabe más satisfacción en estas últimas palabras de Gabriel Araceli, aquel niño que jugaba en la Caleta, y que apenas si recuerda a su madre. Tiene razón en sentirse satisfecho: no sólo ha participado en las batallas más importantes, saliendo sin apenas heridas, sino que también ha compuesto un bello libro de memorias para defender a su Patria. Ha unido las armas con las letras, como quería don Miguel de Cervantes, que es la continua referencia en las memorias de Gabriel.

No se despidió, sin embargo, el protagonista de esta primera serie sin causarle a Galdós algún que otro dolor de cabeza. De hecho, al comenzar la segunda serie abandonó el proyecto inicial de hacer de Gabriel Araceli el protagonista, también, de las guerras carlistas.

«Debió ver —con acierto— que era demasiada carga para un solo protagonista y, con buen sentido, y pulso literario, destacó como nuevo «héroe» a otro joven, Salvador Monsalud, personaje más complicado que el anterior, no tan rectilíneo, pues encierra en sí conflictos políticos, amorosos y de todas clases, lo que le hace más adecuado —como símbolo— de los años de Fernando VII y sus múltiples guerras civiles e inciviles.»²⁸

No solamente fue eso lo que llevó a Galdós a abandonar a Araceli. También influyó en ello la verosimilitud. Resulta un poco violento seguir a Gabriel, a marchas forzadas muchas veces, por todos los campos de batalla napoleónicos: de Bailén, cuya batalla tuvo lugar el 19 de julio de 1808, parte hacia Chamarín, y de aquí, preso que logra fugarse, a Zaragoza, cuyo sitio duró de finales de 1808 a febrero de 1809. Se explica, pues, que no pudiera estar en Gerona cuando esta ciudad fue atacada por los franceses,

²⁶ *Bailén*, cap. XXIV.

²⁷ *La batalla de los Arapiles*, cap. XLIII.

²⁸ Pedro Ortiz-Armengol, *Vida de Galdós*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000, p. 158.

desde el 6 de mayo de 1809 hasta 10 de diciembre de 1809, en que fue tomada. Galdós solucionó el problema a través de la amistad entre Andrés Marijuán, protagonista de *Gerona*, y de Gabriel Araceli:

«Después de restablecido continué la campaña de 1809, tomando parte en otras acciones, conociendo nueva gente y estableciendo amistades frescas o renovando las antiguas. Más adelante referiré algunas cosas de aquel año, así como lo que me contó Andresillo Marijuán, con quien tropecé en Castilla cuando yo volvía de Talavera y él de Gerona.»²⁹

Lo que le va a contar, por supuesto, es el sitio de la ciudad en la que Araceli no pudo estar. Aparte de eso, este correr de Araceli por todos los campos de batalla del siglo, siempre en pos de Inés, su amada, le resta verosimilitud al protagonista. Galdós fue consciente de ello:

«Para el cambio de protagonista influiría también lo que pronto lamentó Galdós: haber hecho de Araceli un narrador-protagonista, lo que restaba verosimilitud al don de ubicuidad del mozo, que tenía que estar presente en demasiados sitios y en cortos plazos. Esta confesión aparece en un *Epílogo* a la primera edición de la novela que cerraba la Primera Serie, y en dicho *Epílogo*, Galdós lamentaba ante su público haber escrito esas diez novelas históricas como «empresa impremeditadamente acometida.»³⁰

No tiene demasiada importancia saber en qué momento don Benito se percató de la falta de verosimilitud de Araceli. A veces, es cierto, forzó un poco la máquina. No obstante, hay que recordar que a don Benito le gustaban los folletines; los hay en abundancia a lo largo y ancho de los *Episodios*. No otra cosa es buena parte de *La batalla de los Arapiles*. La aparición, en esta última novela de la primera serie, de miss Fly, personaje romántico por excelencia, pone todos los ingredientes de la novela romántica y sentimental; y, a menudo, se convierte en el más puro de los folletines, resultando inverosímil mucho de cuanto acontece. Para salvarlo, Galdós cuenta con su indudable maestría como narrador. No obstante, don Benito se distancia, no sin ironía, del romanticismo y de los tópicos. Hablando con miss Fly, dice esto Araceli causando admiración a la inglesita, que busca héroes e hidalgos por doquier:

«¿Pues quién duda que [los libros de caballerías] son los más hermosos entre todos los que se han escrito? Ellos suspenden el ánimo, despiertan la sensibilidad, avivan el valor, infunden entusiasmo por las grandes acciones, engrandecen la gloria y achican el peligro en todos los momentos de la vida.»³¹

Araceli, pese a su ironía, se resigna a «ser libro de texto»³² de la inglesa. Y si bien conoce las novelas de caballerías, ignoramos cuándo las ha podido leer dado que no hace sino batallar y correr en pos de Inés, desconoce el romanticismo que, ya por aquel entonces, comenzaba a alumbrar a Europa:

«No puedo negar que Athenais [miss Fly] me causaba sorpresa, porque yo, en mi ignorancia, no conocía el sentimentalismo que entonces estaba en moda entre la gente del Norte, invadiendo literatura y sociedad de un modo extraordinario.»³³

De esta forma el bueno de Gabriel Araceli adquiere una nueva dimensión, aficionado a las Letras, afición de la que ya dio cuenta cuando asistió, en 1807, al estreno de *El sí de las niñas*³⁴. Pese a ello, Galdós

²⁹ Pérez Galdós, *Zaragoza*, cap. XXXI.

³⁰ Pedro Ortiz-Armengol, *Op. Cit.*, p. 158.

³¹ *La batalla de los Arapiles*, cap. IX.

³² *La batalla...* cap. IX.

³³ *La batalla...* cap. XXII.

³⁴ *En la corte de Carlos IV*, cap. I.

ya debería tener en mente que no fuera él el protagonista de la segunda serie. Era importante mantener la verosimilitud. Así que en el capítulo XXIV de *La batalla de los Arapiles* aparece ya Salvador Monsalud, protagonista de la segunda serie, joven masón al servicio del padre de Inés, Santorcaz. De esta forma don Benito unió una serie con la otra, dándole más continuidad si cabe. Y, desde luego, más complejo es Monsalud que Gabriel Araceli. De este último queda su bondad, su imparcialidad, y sus grandes carreras en pos de los campos de batalla, y de Inés, que siempre está próxima a ellos.

2. SALVADOR MONSALUD

Salvador Monsalud es el protagonista de la segunda serie de los *Episodios nacionales*. Ya aparece, no obstante, en la primera, en *La batalla de los Arapiles*, acompañando a Luis Santorcaz, padre de Inés y masón, como él. Ambos esperan salir de Salamanca para marcharse a Francia con el ejército de Napoleón. En la ciudad, salvan a Araceli y a miss Fly de caer en manos francesas. A estos los persiguen varios soldados de Napoleón sospechando que son espías ingleses³⁵.

Aparece ya una primera descripción de Monsalud: «era un joven alto, flaco y moreno, bastante parecido a una araña.»³⁶

Monsalud malvisto por franceses y españoles, como todos los masones, trata de escapar con estos cuando ingleses y españoles van a atacar Salamanca. Refugiados en Babilafuente, a donde huyen, cae en manos de los guerrilleros, quienes lo conocían «por ciertas fechorías, ni santas ni masónicas, que cometiera en Béjar»³⁷. Araceli le salva la vida cuando los guerrilleros lo llevan camino del paredón; y lo libera también de los 200 palos a que es condenado, aunque de ellos, por el celo guerrillero, sin que lo pueda evitar Gabriel, le caen 23³⁸.

No sabemos qué son esas «ciertas fechorías» cometidas por Monsalud, en Béjar; pero conociendo su posterior desarrollo, y la evidente ironía del narrador, no resulta difícil imaginarlo. Monsalud es el reverso de la continencia de Gabriel Araceli, que sólo vive por y para Inés.

Nada más comenzar el primer episodio de la segunda serie, tenemos otra descripción suya, es: «un joven bien parecido, de rostro alegre y franco»³⁹. Ahora bien, en su primera aparición en *La batalla de los Arapiles*, Monsalud siempre es nombrado, únicamente, por el apellido. Puede haber dudas, por lo tanto, de si se trata del mismo personaje que aparece en *El equipaje del rey José*. Estas dudas no son deshechas por uno de los personajes. «Es sobrino de Andrés Monsalud, el que apalearon en Salamanca.»⁴⁰

No es esta una frase muy feliz, pues no se sabe si fue Salvador o su tío Andrés quien recibió los palos. Seguimos igual cuando intenta matizarlo luego el mismo personaje: «El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arapiles y de los palos de Babilafuente.»⁴¹

Parece como si Galdós hubiera tenido en mente desarrollar otro personaje de la familia Monsalud, y el desarrollo se le hubiera quedado en el tintero, pues Andrés Monsalud no volverá a aparecer.

³⁵ *La batalla de los Arapiles*, cap. XXIV.

³⁶ *La batalla de los Arapiles*, cap. XXIV.

³⁷ *La batalla de los Arapiles*, cap. XXVII.

³⁸ *La batalla de los Arapiles*, caps. XXVII y XXVIII.

³⁹ *El equipaje del rey José*, cap. I.

⁴⁰ *El equipaje del rey José*, cap. I.

⁴¹ *El equipaje del rey José*, cap. I.

Creemos, pues, que fue Salvador Monsalud quien recibió los palos, y quien hizo las fechorías ni santas ni masónicas en Béjar. Y quien fue salvado del paredón por Araceli. De esta forma queda marcada la continuidad entre la primera y la segunda serie de los *Episodios*.

Salvador Monsalud a lo largo de esta segunda serie compartirá protagonismo con otros personajes. Así, será Juan Bragas de Pipaón, luego Juan de Pipaón, el protagonista del segundo episodio, *Memorias de un cortesano de 1815*; y Jenara Baraona quien nos ponga en antecedentes, con su diario, sobre la invasión de los hijos de San Luis. De esta forma esta segunda serie gana en matices y puntos de vista.

Jenara, antigua novia de Monsalud, es la protagonista de *Los cien mil hijos de San Luis*. Este recurso ya ha sido utilizado por Galdós en la primera serie: sabiendo que iba a ser imposible que Gabriel Araceli estuviera en todos los campos de batalla, es Andrés Marijuán, un conocido de Gabriel, quien narra el sitio de Gerona en el episodio homónimo. También Andrés, como Jenara, escribe un diario, que entrega a Gabriel. Jenara le entrega el suyo al narrador. Es una de las tantas mujeres, inquietantes y bellísimas, típicamente galdosianas.

No sabemos nada sobre la infancia de Salvador Monsalud. Téngase en cuenta que los *Episodios* se suceden unos a otros cronológicamente. Cuando comienza el primero de la segunda serie, ya nos lo advierte el narrador, es el día 17 de marzo de 1813. Casi un año después de la batalla de los Arapiles.⁴²

Discute entonces, en Madrid, un grupo de personas sobre si el rey José Bonaparte se va, por fin, a Francia, o no. La batalla de los Arapiles, más la campaña de Rusia, habían sido serios reveses para Napoleón. Sosteniendo la discusión, uno de los personajes ve a alguien, que podrá informarles del caso mejor que nadie. Es la presentación de Salvador Monsalud en esta segunda serie:

«Todos los del corrillo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco, que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecía buen número de compatriotas nuestros, con todos o casi todos los suizos y walones de los antiguos cuerpos extranjeros.»⁴³

En el momento de la salida de José Bonaparte de Madrid, al que acompaña en su huida, tiene Salvador veintiún años:

«Salvadorcillo Monsalud era un joven de veintiún años, de estatura mediana y cuerpo airoso y flexible.»⁴⁴

La narración, como se ha dicho, comienza en 1813. Nació, por lo tanto, Monsalud en 1792. Es un año más joven que Gabriel Araceli. Salvador Monsalud, por lo tanto, comienza sus aventuras a la edad en la que, tras recorrer los campos de batalla más importantes en la lucha contra Napoleón, Gabriel Araceli se retira de la acción.

Es un joven serio y cortés, «nacido en cuna muy humilde.»⁴⁵ Dice el narrador a continuación contradiciendo las fechorías ni santas ni masónicas cometidas en Béjar, que «era, como el Evangelista, algo tímido y muy circunspecto, lo cual no resultaba útil en este siglo ni aun cuando principiaba.»⁴⁶ No obstante, ni la timidez ni la circunspección le van a impedir amar y dejarse amar, ya en el mismo episodio. Lo cual le va a causar más de un disgusto, aunque también le deberá la vida a su gallardía, rostro y figura.

⁴² *El equipaje del rey José*, cap. I.

⁴³ *El equipaje del rey José*, cap. I.

⁴⁴ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁴⁵ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁴⁶ *El equipaje del rey José*, cap. II.

Había emigrado Salvador del Condado de Treviño, yendo a vivir a Madrid con su tío Andrés Monsalud. Allí tiene por confidente a un tal Juan Bragas de Pipaón. Salvador y Juan habían salido juntos de la Puebla de Arganzón en busca de fortuna. Ambos son originarios de Pipaón.⁴⁷ En Madrid a Salvador se le termina el poco dinero que le ha dado su madre, circunstancia que lo lleva a alistarse en el ejército napoleónico:

«No por entusiasmo, no por falta de patriotismo, no por bélico ardor, sino por necesidad, entró Salvador en uno de los regimientos españoles que servían malamente a José, y a los cuales llamábamos entonces jurados. Bien pronto le dieron las charreteras de sargento.»⁴⁸

Obsérvese que nada se dice ahora de su pertenencia a la masonería, a la que suponemos no entraría por pobreza, o buscando el medro personal. Más hacia delante, en una conversación con su amigo Juan Bragas, volverá a hacer insistencia en su falta de recursos materiales, que no en la ideología:

«Ya sabes porqué he servido a José: me moría de hambre y acepté sus banderas.»⁴⁹ Reconoce que tal vez hizo mal, pero juró fidelidad, y va donde esta lo lleve. No está en su ánimo gritar a uno hoy y mañana a otro.

No hace falta decir que los miembros de los regimientos, creados por José Napoleón en 1809, y a los que pertenece Monsalud, eran menospreciados, vilipendiados y odiados por servir al tirano invasor de la Patria. Por si esto fuera poco, también es masón. Masón y afrancesado, lo cual, para la inmensa mayoría de la gente, viene a ser lo mismo: «Masones y franceses, todos son unos: la pata derecha y la pata izquierda de Satanás.»⁵⁰ A ambos los desprecian. A Salvador le tiene bien sin cuidado el desprecio de la gente: está enamorado, y este sentimiento se sobrepone al de la Patria, a las soluciones del momento, y a la política. En Madrid, además, Salvador no tiene más amigo que Juan Bragas, en todo opuesto a Monsalud. «A pesar de esto, no reñían nunca y se querían de veras.»⁵¹

Es a este amigo a quien le dice, a finales de mayo de 1813, que se va de Madrid: «Amigo Juan Bragas, estoy de enhorabuena, porque al fin voy a dejar este maldito pueblo que aborrezco. Los franceses se retiran mañana, y yo con ellos.»⁵²

Esa retirada va a posibilitar que Salvador, camino de Francia, pase por el pueblo donde vive Jenara, de quien está enamorado nuestro héroe. Juan Bragas, el hombre práctico, trata de desengañarlo, y de poner las cosas en su sitio:

«Un plato de estofado repugna después de haber comido... Por consiguiente, no te acuerdes más de la Generosa, que a buen seguro ella se acuerda de ti como de las nubes de antaño. Los paisanos que llegaron el otro día me dijeron que se iba a casar con el hijo de don Fernando Garrote, el cual tiene más dinero que pesáis tú y Generosa juntos.»⁵³

Salvador no quiere dar crédito a las palabras de su amigo; amenaza a este con ahorcarlo como le vuelva a decir que Jenara se va a casar con Carlos Navarro o Garrote. Discutiendo los dos amigos, hablan sobre el futuro, sobre la vida que les gustaría llevar a cada uno. Juan covachuelista en Madrid, adaptándose siempre al gobierno que viniere. Monsalud dice entonces unas palabras que resultarán proféticas, al menos durante una buena parte de su vida, tal vez la más feliz o, cuanto menos, la más movida:

⁴⁷ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁴⁸ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁴⁹ *El equipaje del rey José*, cap. IV.

⁵⁰ *La batalla...* cap XXIII.

⁵¹ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁵² *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁵³ *El equipaje del rey José*, cap. II.

«A mí se me ha puesto en la cabeza que para levantarse todos los días, comer, dormir la siesta, pasear, cenar y meterse en la cama, no vale la pena de que hubiésemos nacido. Más vale ser un puñado de polvo que los vientos se llevan y desparraman por todas partes. O yo no he de valer nada, o he de vivir de otra manera. Soy un ignorante; sé poco de las cosas del mundo; más por lo poco que sé, comprendo que hay muchos trabajos admirables en los que el hombre se puede emplear. Digan lo que quieran, el mundo no marcha bien.»⁵⁴

A esta seguirá otra afirmación no menos importante en la vida de Salvador, y que, de hecho, la marcará: «Vivir curado del mal de amores es cosa que la mente no puede concebir.»⁵⁵ Tal vez fuese ese mal de amores el culpable de su condena a muerte en Babilafuente. No lo sabemos; no obstante, el indudable atractivo que tiene para las mujeres, lo salvará más hacia delante, de una muerte segura.

Con esto ya tenemos las tres características, o las tres vías que van a conducir la vida de Salvador Monsalud: el liberalismo, propio de los afrancesados; no llevar una vida monótona de covachuelista o empleado; y estar sempiternamente enamorado, o despertando enormes pasiones.

Pese a todo, y al cabo de los años de luchas, intrigas, batallas, amores, amoríos y peligros, terminará no contento ni satisfecho como Araceli sino resignado.

Pese a su liberalismo, y al igual que Gabriel, que asistió a varios motines, Monsalud desprecia al populacho. «Era aquella la primera vez que veía al pueblo haciendo justicia por sí mismo, y desde entonces le aborrezco como juez.»⁵⁶, dice Gabriel tras el asalto a la casa del Príncipe de la Paz. A Monsalud el populacho trata de lincharlo al verlo, por las calles, con el uniforme de los jurados. Se defiende dando golpes planos con el sable. Interviene, entonces, el autor:

«El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, por extraordinaria y súbita inspiración que de lo alto recibe; pero fuera de estas ocasiones, muy raras en la Historia, el populacho es bajo, soez, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde.»⁵⁷

Salvador, por el contrario, se considera valiente y agradecido, y no está dispuesto a abandonar, en los momentos aciagos, a quienes lo acogieron, aunque el resto de sus compañeros deserte⁵⁸.

Se irá, pues, con los franceses. Saldrá de Madrid. E irá a recalar en la Puebla de Arganzón, donde viven tanto su madre como Jenara. Los vecinos, a quienes evita, viéndolo pasar, murmuran: según ellos, su madre, al enterarse del uniforme que viste, estuvo llorando tres días, prefiriéndolo antes muerto que traidor. Otro vecino, el boticario, a quien todos oyen con respeto, explica el porqué de la traición:

«Pero esto pasa a todos los muchachos que no tienen padre, o mejor, a aquellos que han nacido del pecado y de unión nefanda, como ese diablillo de Salvador Monsalud, que no se sabe de qué tronco vino ni de cuál cepa sacó doña Fermina este mal sarmiento.»⁵⁹

Tanto los vecinos como su madre lo rechazan. «¡Hijo mío!..., ¡francés!»⁶⁰ —exclama esta al verlo. Y apostrofa el narrador pocas líneas después:

⁵⁴ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁵⁵ *El equipaje del rey José*, cap. II.

⁵⁶ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. IX.

⁵⁷ *El equipaje del rey José*, cap. IV.

⁵⁸ *El equipaje del rey José*, cap. V.

⁵⁹ *El equipaje del rey José*, cap. VII.

⁶⁰ *El equipaje del rey José*, cap. VII.

«la muerte del hijo que perece en los campos de batalla destroza el corazón, pero no afrenta; la traición del hijo desvergonzado que comete la infamia de pasarse al enemigo es el más vivo de los dolores de una mujer española.»⁶¹

Pese a ello, y al sentimiento de Patria, Monsalud siente como una traición abandonar a quien lo socorrió en tiempos de penuria. Instantes después se produce el rechazo, total y fulminante, por parte de su novia Jenara, quien reniega de él al verlo con el traje de *jurado*. Le pide a su otro novio, Carlos Navarro, que lo mate. El enfrentamiento de Carlos Navarro con Salvador Monsalud va a marcar toda la serie.⁶²

Al tiempo que huyen los franceses se organiza, en el pueblo, una partida de guerrilleros con el fin de hostigarlos. En esa partida van el cura y don Fernando Navarro, alias Garrote, entre otros. Hablando, el cura y don Fernando se desvían del camino. Tiene lugar entonces un diálogo entre estos dos: don Fernando, ante el inminente peligro, trata de exculpar los pecados de juventud con su ferviente amor a la Patria. De joven fue un señor de horca y cuchillo que disfrutó de cuanta moza quiso y pudo. El cura no le da importancia a esos pecadillos de juventud. Poco antes se ha enterado, por doña Perpetua, una vieja que cuida de Fermina de Pipaón, que Salvador Monsalud es hijo de don Fernando.

Caen ambos en manos de los franceses. El cura ha disparado contra un gabacho matándolo. Los hacen prisioneros y los condenan a morir en la horca. Una noche de borrachera determinan los franceses que nada hay peor que un cura con armas: le cortan las orejas ahorcándolo después. Don Fernando Navarro no teme a la muerte, pero sí a la humillación. Le pide a Monsalud, encargado de custodiarlo en la prisión, que le evite ese trago. Salvador le entrega una pistola con la que se suicida. Antes le ha confesado que es su padre.⁶³

En la huida de los franceses, Monsalud auxilia a un matrimonio afrancesado. Él es don Urbano Gil de la Cuadra. Ella una mujer joven y bella. Más tarde nos enteraremos de que Salvador la sedujo.

Tras el encontronazo, en la calle de Jenara, con Carlos Navarro, hermanastro de Monsalud, aquel lo perseguirá una y otra vez intentando matarlo. Ya tienen un primer duelo en el camino de Francia, donde Salvador lo deja malherido. Con el paso del tiempo, sin embargo, Salvador cambiará de parecer, y perseguirá a su hermano no para matarlo sino para protegerlo. De hecho es la única persona que está a su lado cuando expira. Aun así Carlos Navarro se niega a perdonarlo.

Salvador Monsalud, al contrario que Araceli, no va a permanecer fiel y casto a lo largo de todas sus aventuras, que son muchas. Despreciado por Jenara, cuando lo descubre vestido con el uniforme de los *jurados*, amará y se dejará amar por cuanta mujer bella le salga al paso. Jenara, mientras tanto, se casa con el guerrillero Carlos Navarro. El matrimonio, pese a ser los dos absolutistas, dura bien poco.

El amor, por otra parte, en forma de folletín, salvará a Monsalud del paredón por segunda vez. Ni más ni menos que una monja, joven y hermosa, sor Teodora de Aransis, convence a un pobre voluntario realista, locamente enamorado de ella, para que ocupe el lugar de Monsalud en el paredón. El pobre voluntario realista le ha pegado fuego al convento para poder raptar a sor Teodora. Monsalud ha sido cazado por su hermanastro, en tanto trataba de salir del convento de la bella monja, donde ha hallado refugio. Y el buen hombre, Tilín, acepta suplantarle ante las bocas de los fusiles.⁶⁴

Es aquí donde el folletín y el amor alcanzan sus cimas más sublimes. Fusilado Tilín, que se va a la eternidad a esperar a la bella sor Teodora, Salvador Monsalud prosigue sus aventuras en pro del liberalismo, en contra de la monotonía de la vida, y a favor del amor.

⁶¹ *El equipaje del rey José*, cap. VIII.

⁶² *El equipaje del rey José*, caps. VIII y IX.

⁶³ *El equipaje del rey José*, cap. XIII-XX.

⁶⁴ *Un voluntario realista*, cap. XXX y XXXI.

En Madrid, Monsalud protege a don Urbano Gil de la Cuadra, el hombre del matrimonio a quien ayudó camino de Francia. Gil de la Cuadra, ya viudo, vive con su hija Soledad. Esta se enamora de Monsalud. Su padre, enterado de la traición de su segunda mujer con Salvador, trata de alejarla de él. Pero muere. Y Soledad Gil de la Cuadra esperará a Salvador, como Inés esperó a Gabriel, aunque ni una palabra de amor le ha dicho él. Es el triunfo de la constancia, del amor callado, resignado y paciente. Mientras Jenara, su antigua novia, lo perseguirá por media España. Monsalud se dedica a la lucha política con todas sus fuerzas logrando muy poca cosa. Al final, con Sola, se retira de la vida activa en 1834, tras la horrorosa matanza de frailes en Madrid. Tiene 42 años, y sufre un ligero desencanto. Así se lo confiesa a su amigo don Benigno Cordero⁶⁵:

«aseguró que no esperaba ver en toda su vida más que desaciertos, errores, luchas estériles, ensayos, tentativas, saltos atrás y adelante, corrupciones de los nuevos sistemas, que aumentarían los partidarios del antiguo; nobles ideas bastardeadas por la mala fe, y el progreso casi siempre vencido en su lucha con la ignorancia.»⁶⁶

Obsérvese cuán lejos están estas amargas palabras, de un liberal, de las pronunciadas, al final de la primera serie, por Gabriel Araceli.

Estamos ahora, tras el nefasto paso de Fernando VII por el país, lejos del optimismo de Araceli. Con estas palabras concluye sus andanzas el bueno de Monsalud:

«Los días mejores [...] están aún tan lejos que seguramente ni usted ni yo los veremos. La reforma será lenta, porque el mal es grave y profundo, y sólo se ha de curar trabajándose a sí mismo. Pienso vivir alejado de la acción política. Estoy abrumado de experiencias; he visto mucho; cumplí mi misión. Hay mil caminos abiertos por donde pueden lanzarse los hombres nuevos. Los que no lo son deben quedarse a un lado mirando y viviendo. Mi ideal está lejos. El tiempo le tiene tan guardado aún, que no se le vislumbra aquí por ninguna parte. Pero vendrá, y aunque no hemos de ver esa realidad, digna de ser admirada, desde aquí nos consuela el penetrar con el pensamiento en un porvenir obscuro, y contemplar las hermosas novedades de la España de nuestros nietos. En tanto, no puedo tener entusiasmo como usted, porque no creo en el presente.»⁶⁷

Con Salvador Monsalud, Galdós ya no va a tener los problemas de verosimilitud, por ubicuidad, que tuvo con Gabriel Araceli. Aparte de él, también son protagonistas Juan de Pipaón y Jenara Baraona.

Compartirá con Araceli el ser ambos, en algunas ocasiones, personajes de folletín. Folletinescas son las andanzas de Araceli y miss Fly por Salamanca en *La batalla de los Arapiles*, como lo son las relaciones de Monsalud con sor Teodora en *Un voluntario realista*.

A veces, leyendo ciertos pasajes de los *Episodios*, y aún de algunas de las novelas de Galdós, se cuestiona el lector qué es el realismo. O si Galdós era un escritor realista. Gabriel Araceli, por ejemplo, se enamora de Inés, y recorre toda la España napoleónica en su búsqueda, sin tener ni una sola aventura amorosa. Salvador Monsalud, por el contrario, las enamora a todas, y será Soledad Gil de la Cuadra, la hijastra de una antigua seducida, la mujer paciente, la eterna espera, quien se case con él. Desde luego confundir a Araceli, o al mismo Monsalud, con un personaje real es como confundir, echando mano del tópico, la luna con el dedo que la señala. El propio autor advierte de ello varias veces:

«A usted le habrá pasado, leyendo libros de entretenimiento, que todo le parece mentira, exageración de los que escriben tales obras; y recreándose en aquellos lances tan bien urdidos, no les da crédito... Yo he pensado lo mismo; pero

⁶⁵ Homenaje a Fernán Caballero: don Benigno Cordero es un médico de familia que aparece en la novela *Elia o la España treinta años ha*.

⁶⁶ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXX.

⁶⁷ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXX.

ya no, ya no; creeré cuanto lea, y aun me parecerá pálido todo el cúmulo de desdichas y calamidades entrelazadas que a veces nos ponen, para cautivar nuestra atención y hacernos sufrir y gozar, los autores de novelas. No, no; ya sé que la vida sabe más que los autores, y lo inventa mejor, y más doloroso, más intrincado, y con más sorpresas y novedades.»⁶⁸

Lo mismo se vuelve a apuntar en otro episodio por boca, eso sí, de *Bachi guzar*, Bautista el embustero:

«[...] y creo que nada de lo que rezan los libros es mentira, o que las mentiras son verdades que se miran por el revés.»⁶⁹

Por otra parte, tanto Araceli como Monsalud pertenecen a la misma generación. El uno nace en 1791 y el otro en 1792. A su vez, Gabriel Araceli sólo deja la voz a Andrés Marijuán en un episodio, *Gerona*; el resto de los episodios los narra él. No sucederá esto con las otras series. Así Juan Bragas, luego Pipaón, será el autor, en la segunda serie, de *Memorias de un cortesano*; Jenara Baraona, su manuscrito, la de *Los 100.000 hijos de san Luis*; el resto está narrado en tercera persona siendo Monsalud el protagonista de ellos, o uno de los personajes principales. De esta forma, don Benito se pudo mover con más soltura, sin verse constreñido a la ubicuidad de un sólo protagonista.

3. FERNANDO CALPENA

Fernando Calpena es el protagonista de buena parte de los episodios de la tercera serie. Protagonismo que va a ceder a otros personajes, al cura José Fago en *Zumalacárregui*; al noble don Beltrán de Urdaneta en *La campaña del Maestrazgo*; al militar Santiago Ibero en *Montes de Oca*; y al cesante don Bruno Carrasco y Armas, y sobre todo a su mujer, doña Leandra Quijada, en *Bodas reales*.

La tercera serie se abre con el episodio titulado *Zumalacarregui*. El primer protagonista de esta tercera serie es un cura, don José Fago, del que hablaremos en otro apartado. Es en la segunda novela de la serie, *Mendizábal*, donde ya aparece Fernando Calpena. No tiene ninguna conexión con los personajes anteriores. Cuando aparece Calpena estamos en septiembre de 1835. Acaba de llegar a Madrid «con la generosa ansiedad de un mozuelo de veinte años.»⁷⁰ Nació, pues, Calpena en 1815, es decir cuando Gabriel Araceli contaba 24 años de edad y ya se había retirado del mundo y de sus batallas.

Yendo un poco más lejos que sus predecesores, Calpena no conoce ni a su padre ni a su madre. «Yo nací y fuí bautizado en Urdax, no constando en la partida más que el nombre de mi madre, Basilia Calpena. Ni la conocí nunca, ni he sabido de ella, [...]»⁷¹. Recuérdese que Gabriel Araceli sí conoce a su madre, no a su padre; y que Monsalud vive con su madre, y se entera de quién es su padre en una situación bien dramática.

Sí vamos a saber, ahora, el grado de instrucción que recibió Fernando Calpena. Es recogido y educado por el cura de Vera, don Narciso Vidaurre, partidario de los realistas, pero amigo de Espoz y Mina. Don Narciso es, entre otras cosas, un excelente latinista, que se cartea con Moratín y con el abate Melón (sic).⁷²

Don Narciso Vidaurre inculca al niño Calpena un fuerte sentido moral y estético, clásico, aun cuando estamos ya en pleno romanticismo. Hablaremos de don Narciso en el capítulo dedicado a los libros y a los maestros.

⁶⁸ *De Oñate a la Granja*, cap. XXVI.

⁶⁹ *Luchana*, cap. IX.

⁷⁰ *Mendizábal*, cap. I.

⁷¹ *Mendizábal*, cap. VII.

⁷² *Mendizábal*, cap. VIII.

Muerto de repente don Narciso, un hermano de este se hace cargo del joven Fernando. Lo manda a Olerón a fin de que continúe sus estudios. Y allí recibe la orden de trasladarse a París. Confiesa, entonces, la constante de su vida, y contra la cual va a tratar de rebelarse en vano:

«Me mandaban acá y allá, sin darme explicaciones, y si alguna observación hacía yo, me respondían simplemente: «Manda quien manda.»»⁷³

También ahora, en 1835, se le ha dado la orden de trasladarse a Madrid, donde diversos personajes van apareciendo ante él, llevándolo, trayéndolo y dándole instrucciones y dinero. Se desvive Calpena por conocer la mano que tira de los hilos, y que se ocupa hasta de enviarle el sastre.⁷⁴ Su patrón, ante la insistencia por saber, le da un sabio consejo que, con variantes, también se lo brindará don Beltrán de Urdaneta más hacia delante:

«Yo que usted, francamente, me cuidaría de coger la fruta que me cae entre las manos, sin meterme en averiguar quién plantó el árbol que la da tan rica.»⁷⁵

Pero Calpena quiere saber quién se ocupa de su vida, y de que no le falte nada. En esa misión le ayudará un buen clérigo, don Pedro Hillo, a quien ha conocido en la casa de huéspedes a la que es conducido nada más llegar a Madrid. Ambos se hacen muy buenos amigos. Don Pedro será el confidente de Fernando. Entre los dos tratarán de averiguar quién es el autor o autora de las cartas que le llegan a Calpena, con órdenes de todo tipo. Y con dinero. Don Pedro Hillo es un furibundo antirromántico que se va a ver arrastrado a la más romántica de las aventuras. No en vano, insistimos, estamos en 1835.

A Calpena le llegan cartas y más cartas dándole todo tipo de instrucciones. Y con una de ellas llega su nombramiento de oficial de la Secretaría de Hacienda, donde trabajará a las órdenes de Mendizábal.⁷⁶ Allí conoce a don José Ido del Milagro, la segunda de cuyas hijas, Rafaela, la *Perita en dulce*, pasará también por la cuarta serie de los *Episodios*. Rafaela, abandonada por su marido, se convertirá en la amante de Santiago Ibero, protagonista de *Montes de Oca*, antepenúltimo episodio de esta serie.

A Fernando Calpena se le entregó un paquete en Francia que debe él, a su vez, entregar en Madrid. Un día se presenta un diamantista reclamando dicho paquete.⁷⁷ Este, don Carlos Maturana, lo lleva a casa de Jacoba Zahón, enferma y diamantista como él. Para ella es la mitad del contenido de la caja que lleva Calpena⁷⁸. Allí conoce a Aura, de quien se enamora perdidamente:

«En el mismo instante vio don Fernando, en el hueco de la puerta, una mujer, una joven que más que persona humana, le pareció divina, bajada del Cielo.»⁷⁹

Aura y Fernando, en plena vorágine romántica, se sienten irremisiblemente atraídos el uno por el otro. Aura le cuenta parte de su vida. No es hija de la diamantista con la que vive, sino del hijo de un corso. Su vida ha sido un continuo ajeteo⁸⁰. Y es el ministro Mendizábal, ni más ni menos, quien debe costear su

⁷³ Mendizábal, cap. VIII.

⁷⁴ Mendizábal, cap. I.

⁷⁵ Mendizábal, cap. I.

⁷⁶ Mendizábal, cap. IX.

⁷⁷ Mendizábal, cap. XVII.

⁷⁸ Mendizábal, cap. XVII.

⁷⁹ Mendizábal, cap. XIX.

⁸⁰ Mendizábal, cap. XX.

educación. Todo esto aumenta la atracción que siente por ella el bueno de Calpena. Y el de doña Jacoba Zahón por este, al enterarse de que a Calpena lo creen hijo secreto de Mendizábal.⁸¹

No tarda en saberlo todo, sobre esos amores, la misteriosa autora de las cartas. No son de su agrado. Así se lo hace saber a Fernando. Tampoco doña Jacoba, quien cree ahora a Calpena un pobre poeta romántico, aprueba los amores de su protegida. «¡Fuera los niños románticos, que no traían consigo más que desvaríos, barullo, hambre!,»⁸² exclama la mujer invitando a Fernando a no visitarlas nunca más. Fernando y Aura, como personajes románticos, planean huir juntos. Rebelándose él contra las repetidas cartas de la *Incógnita*, así la llama Pedro Hillo, en las que se le insta a no proseguir la relación con Aura.

Fernando hace caso omiso de dichas cartas. Está harto de hacer siempre lo que le dicen. La *incógnita* recurre entonces a un método drástico: tanto Calpena como su reciente amigo don Pedro Hillo, son encarcelados por «conspirar.»⁸³ A don Pedro lo hace encarcelar la *Incógnita* para que haga compañía a Calpena⁸⁴. Este cada vez se afirma más en su amor por Aura. Desiste la *incógnita* del encerramiento proponiendo a Fernando un viaje a Cádiz, donde le espera un buen destino, o nada. Fernando acepta deseoso de salir de la prisión. Pero una vez fuera, huye en busca de Aura. Así se lo comunica en una carta a don Pedro Hillo la misteriosa mujer, la *Incógnita*, que es, como se habrá intuido, la madre de Calpena.⁸⁵

Fernando Calpena es fruto de una relación adúltera, como Inés, la enamorada de Gabriel Araceli, lo es de una relación socialmente inconveniente. Galdós siempre muestra todas las facetas del diamante. El mismo problema es visto desde diferentes ángulos. Y si antes Gabriel partió en busca de Inés, ahora Calpena lo hará en pos de Aura, que ha sido llevada al norte, donde tiene familiares. Es allí donde se está desarrollando la primera guerra carlista. Asistiremos a ella en compañía de Calpena.

Fernando Calpena recorre el campo carlista buscando al tío de Aura, Ildelfonso Negretti, quien se ha hecho cargo de la misma. Negretti es armero del rey Carlos, «soberano caracol, siempre con el trono a cuestas...»⁸⁶ Calpena ha viajado al norte, donde busca al pariente de Aura con la intención de enterarse dónde está ella, para poder raptarla. Negretti lo disuade en pocas palabras: si va con buenos fines, tendrá mucho gusto en oírlo; pero si trata de secuestrar a Aura se encontrará frente a él a formidables enemigos. No pueden hablar más dado que el ejército carlista tiene que abandonar el pueblo. Calpena deja de lado sus románticas ideas de raptos, carreras enloquecidas, disparos, etc. Negretti le ha resultado un hombre honesto y simpático.

A la salida de Oñate, con el ejército en desbandada, una mujer joven pide auxilio a Calpena. No se la niega. Esa ayuda va cambiar radicalmente su vida. Ayuda a Demetria y a Gracia, hijas de don Alonso de Castro-Amézaga, a quien llevan malherido⁸⁷. Muere el buen hombre, y Fernando es herido de un disparo en una pierna. Demetria y Gracia le brindan su casa de La Guardia para que se reponga. Gracia de Castro-Amézaga, la hermana pequeña, lo sabremos después, es por quien suspira el teniente coronel Santiago Ibero.

Calpena pasa un mes largo recuperándose. Ni que decir tiene que las niñas de Castro-Amézaga están encantadas de atender al herido. «Nos le llevamos encantado —dijo Demetria, que en aquel punto recibió

⁸¹ *Mendizábal*, cap. XXI.

⁸² *Mendizábal*, cap. XXIX.

⁸³ *Mendizábal*, cap. XXIII.

⁸⁴ *De Oñate a La Granja*, cap. II.

⁸⁵ *De Oñate a La Granja*, cap. X-XI.

⁸⁶ *De Oñate a La Granja*, cap. XXI.

⁸⁷ *De Oñate a La Granja*, caps. XXII y XXIII.

la noticia de tener dispuesta una hermosa galera—; encantadito en una jaula, como llevaron a Don Quijote a su pueblo.»⁸⁸

Demetria, muerto el padre, en La Guardia, se hace cargo del mayorazgo. Se siente atraída por Fernando, y en este se produce, como antes le pasara con Negretti, su segunda transformación:

«Veo a esta mujer tan útil, tan activa, repartiendo alegrías en torno suyo y aumentando el bienestar humano. Luego miro para dentro de mí y observo mi inutilidad, mi insuficiencia. Necesito de estos ejemplos para cerciorarme de que no sirvo para nada, de que no soy nada, de que mi existencia es absolutamente estéril..., al menos hasta ahora... He aquí un hombre sin carrera, sin profesión, que no sabe cómo vive hoy ni cómo vivirá mañana..., un hombre que todo lo espera del acaso, que apoya sus cálculos en lo desconocido, un hombre que desconoce el trabajo, y que no da señales de vida en la sociedad más que para perturbar.»⁸⁹

Fernando Calpena ha llegado justo a todo lo contrario que le recomendó, en su infancia, su preceptor don Narciso Vidaurre. Pero no por ello se olvida de Aura. Convaleciente en La Guardia también allí recibe cartas de don Pedro Hillo. La más importante, desde el punto de vista histórico, es aquella en la que la *incógnita* narra la rebelión de la Granja, a la que asistió. El sentimiento de los habitantes de la casa de Castro, ante la lectura de Calpena, no puede ser más desalentador: «El general lamento era que España tenía todo lo bueno que Dios crió, menos gobernantes que supieran su obligación, resultando que con unos y otros siempre estábamos lo mismo.»⁹⁰

Poco después Fernando Calpena se entera de que la familia está en tratos para casar a la mayorazga Demetria de Castro-Amézaga con don Rodrigo de Urdaneta Idiáquez, conde de Saviñán y de Villarroya de la Sierra.⁹¹

Antes de la petición de mano, Calpena se recupera de su herida, y abandona los cuidados de la familia Castro-Amézaga. Llega antes una carta de don Pedro Hillo en la que le comunica que la *incógnita* transige con Aura. Le envía cartas de recomendación para el general Maroto y para Juan Bautista Erro, el Mendizábal del absolutismo. Ellos le facilitarán las cosas. Parte Calpena en busca de Aura, coincidiendo, en una posada del camino, con don Beltrán de Urdaneta. Este, un viejo hidalgo nacido en Olite, le confiesa, a las pocas horas de conocerlo, que Demetria va a rechazar a su nieto don Rodrigo porque no gusta de él «o porque está enamorada de otra persona.»⁹² Calpena no se da por aludido, y siente ciertos escrúpulos que trata de disipar el bueno de don Beltrán:

«Mire, hijo, cuando el Destino nos pone al pie de un árbol de buena sombra, cargado de fruto, y nos dice: «Siéntate y come», es locura desobedecerle y lanzarse en busca de otros árboles fantásticos, estériles, que en vez de raíces tienen patas... y corren...»⁹³.

Con variantes es el mismo consejo que le dio su patrón nada más llegar a Madrid. Calpena, pese a ellos, seguirá su camino hacia el norte, en busca de Aura.

Aura, mientras tanto, ha caído en manos de unos familiares, que tratan de hacerle olvidar sus románticos amores madrileños. También allí despierta pasiones entre dos primos, *Churi*, feo y sordo, y Zoilo, los Arratia, más las ambiciones de su tía, que la quiere para su hijo. A todos se va a imponer

⁸⁸ *De Oñate a La Granja*, cap. XXX.

⁸⁹ *De Oñate a La Granja*, cap. XXXII.

⁹⁰ *Luchana*, cap. V.

⁹¹ *Luchana*, cap. V.

⁹² *Luchana*, cap. XI.

⁹³ *Luchana*, cap. XII.

Zoilo, el hombre de la tenacidad, la fuerza de voluntad y la contumaz tozudez, todo en una. «Me gusta la guerra, porque ella nos enseña a ganar lo imposible.»⁹⁴, le dice a Aura, haciendo alarde de su tenacidad.

Zoilo será uno de los héroes de la heroica resistencia de Bilbao ante los embates carlistas. Calpena lucha con los liberales: espera entrar en la ciudad para liberar a Aura, a quien «con los comistrajos, los paseos marítimos y la vida plácida entre personas que se desvivían para distraerla, se le iban amansando a la enamorada joven las penas intensísimas de su alma.»⁹⁵

Aura ha de resistir la insistente persistencia de Zoilo, enamorado de ella hasta la medula. Y deseoso, por eso mismo, de acabar con el sitio de Bilbao: «Lo mucho que te quiero me ha de salvar de la muerte.»⁹⁶ le dice a una encandilada Aura, que va olvidando, lentamente, a Calpena. Cosa que no hizo jamás Inés con Gabriel, ni Soledad con Monsalud. Estamos viendo otra faceta del diamante, una faceta alejada tanto del folletín como del romanticismo, es decir la faceta natural, «lo natural es que tú me quieras y que los carlistas ataquen»⁹⁷, le dice Zoilo a Aura. Y esta se tira por lo natural, y los carlistas también.

Añádase a ello la labor de zapa del tiempo:

«Sobre todo cuanto existe actúa el tiempo, artista minucioso que deshace unas obras, pieza por pieza, para hacer otras, o las reduce a polvo para vaciarlas en mejor molde. El maldito no está nunca quieto, y no hay cosa peor que dejar en su poder, para que lo guarde, algún objeto moral o físico de gran mérito y estimación. Si no se queda con él, lo devuelve transformado.»⁹⁸

Podemos decir que, hasta ahora, el tiempo se había quedado con las piezas, conservándolas o fosilizando: Inés, Araceli, Sole, Monsalud son todos iguales a sí mismos; pero en esta tercera serie el tiempo transforma a los personajes. Tal vez se debe ello a que pocos planteamientos cabía hacerse en la guerra de la Independencia: el enemigo era el francés, y no cabía la matización. Fue al finalizar esta guerra cuando, nunca saciados, los españoles se enfrentaron entre sí distinguiendo entre carlistas y liberales, amigos y enemigos, progresistas y oscurantistas... Aura nunca jamás volverá a ser la mujer romántica que Calpena conoció en Madrid. Arrastrada por la vorágine voluntariosa de su primo Zoilo, se casa con él, olvidando su romanticismo de juventud. A Fernando le será posible verla a través de una ventana que da al patio del matrimonio, cuando Aura ya ha tenido su primer hijo: «Observándole bien, vió que el niño era el retrato de Zoilo; tenía los ojos de su padre, y en ellos la chispa del querer fuerte.»⁹⁹ Aura se ha curado de su romanticismo, y a Calpena le ocurre otro tanto, suponiendo que la cura no estuviera ya largo tiempo en marcha, pues esto es parte de lo que piensa viendo a Aura con el niño: «Pensé encontrar una lunática, y me encuentro la razón misma. Creí encontrar una enferma, y me encuentro una mujer. Se ha curado dando vida a otro ser.»¹⁰⁰

Los tiempos han cambiado. Y Aura no es ni Inés ni Soledad Gil de la Cuadra. Tampoco Calpena se entrega a la lucha con tanto denuedo como lo hicieran sus antecesores.

Tras la visión de Aura, y de su hijo, Fernando Calpena iniciará el camino hacia La Guardia, en busca de Demetria, que sigue enamorada de él.

⁹⁴ *Luchana*, cap. XXIII.

⁹⁵ *Luchana*, cap. XVII.

⁹⁶ *Luchana*, cap. XXII.

⁹⁷ *Luchana*, cap. XXII.

⁹⁸ *Luchana*, cap. XXX.

⁹⁹ *Vergara*, cap. XXV.

¹⁰⁰ *Vergara*, cap. XXV.

4. DON BELTRÁN DE URDANETA

Don Beltrán de Urdaneta también va a vivir, en su propia carne, la transformación de los personajes de esta serie. Los personajes de los *Episodios* se van haciendo más complejos conforme avanzan las series. No por ello Galdós descuida la historia, ni mucho menos. Pero los personajes de ahora, inmersos en guerras y batallas, irán dando sus opiniones sobre las mismas, o los temas que les atañen, y evolucionarán conforme lo haga la sociedad. Con Calpena y don Beltrán nos adentramos en la primera guerra carlista.

La primera vez que Fernando Calpena oye hablar de don Beltrán de Urdaneta es en La Guardia. Allí don José María de Navarridas le cuenta, un es si no es maliciosamente, el compromiso de Demetria con el nieto de don Beltrán. Calpena ni conoce a este señor, ni quiere saber nada de compromisos: sólo desea, recuperado de sus heridas, salir hacia Bilbao en busca de Aura.¹⁰¹ Lo hace días después.

Lejos ambos de sus respectivas casas, se cruzarán sus vidas en el mesón de Trespaderne, donde han de esperar a que los caminos se despejen de facciosos. Don Beltrán es un hombre mayor. Según su propia confesión, nació en Olite en 1758. También por él sabemos que estamos en el pícaro 1836. Tiene, por lo tanto, 78 años.¹⁰² A esa edad, y sin quererlo, va a realizar un camino iniciático que no es, como todos ellos, un camino de rosas.

Don Beltrán, según el criado de Calpena, salía de casa de su nuera, Juana Teresa, y de su nieto, Rodrigo, quien pretende a Demetria, para ir a casa de su hija Valvanera¹⁰³.

Don Beltrán y Calpena intiman durante su estancia en el mesón. Aquel no muestra mucho entusiasmo por su nieto ni por su posible enlace con Demetria. Esa frialdad sorprende a Calpena.

Es su criado Sabas quien informa a Fernando Calpena de las pésimas relaciones de abuelo y nieto: mientras aquel es un derrochador, pródigo y manirroto, el nieto no hace sino ahorrar y llenar su cuerpo de virtudes. Don Beltrán, según el criado, fue el primer calavera del reino. Su hijo no le fue a la zaga, y entre los dos dejaron la casa en los puros huesos. Doña Juana Teresa, con los restos, amasó una pequeña fortuna que quiere para su hijo. Entre los dos atan corto a don Beltrán que, como un nuevo rey Lear, irá de casa de su nuera a la casa de su hija en busca del dinero que le hace falta para llevar el tren de vida al que estaba acostumbrado.¹⁰⁴ Tampoco su hija está dispuesta a correr con los gastos de su anciano padre.

Don Beltrán le pronostica a Calpena que la boda de su nieto Rodrigo con Demetria no tendrá lugar porque «su corazón pertenece a otro.» También le cuenta parte de su vida amorosa: se atrevió hasta con Josefina, la mujer del emperador.¹⁰⁵

Meses después, un raptó de cólera y de orgullo lanza a don Beltrán de casa de su nuera a los caminos. No soporta el despotismo y la falta de libertad a la que lo someten nuera y nieto. Y atribuye ese despotismo a las guerras fratricidas:

«[...]... Ya no hay hijos, quiero decir hijos buenos. Esa raza concluyó. Con estas malditas guerras entre hermanos parece que ha venido al suelo toda ley de humanidad, y hasta los sagrados fueros del parentesco y de la sangre...»¹⁰⁶

Así se lo cuenta en el parador de Julióbriga a Saloma Ulibarri y a su esposo Baldomero Galán. Saloma en su juventud huyó de casa con un tal José Fago. Abandonó a este por la vida que llevaba. Y Fago, arre-

¹⁰¹ *Luchana*, cap. V.

¹⁰² *Luchana*, cap. X.

¹⁰³ *Luchana*, cap. IX.

¹⁰⁴ *Luchana*, cap. XI.

¹⁰⁵ *Luchana*, caps. XI y XII.

¹⁰⁶ *La campaña del Maestrazgo*, cap. I.

pentido al cabo del tiempo, se fue al monasterio de Veruela, donde se ordenó sacerdote. Al comenzar la tercera serie, con el episodio titulado *Zumalacarregui*, José Fago tiene que confesar a un alcalde al que van a fusilar los carlistas. Es don Adrián Ulibarri, padre de Saloma¹⁰⁷.

Saloma y Baldomero, liberales, aposentan a don Beltrán lo mejor que pueden, pues la posada está llena de soldados. Lo que pretende hacer don Beltrán es llegar hasta Mora de Rubielos, donde vive allí un tal Juan Luco que le debe dinero. Si consigue cobrarlo podrá llevar el tren de vida que llevaba, el que le niegan sus parientes. Baldomero Galán le informa de que «las hordas de Cabrera son dueñas de casi todo el país.»¹⁰⁸ Así que moverse por esas tierras va a ser un poco complicado.

Pese a ello, don Beltrán le ruega a Galán que interrogue a unos hombres que hay en el parador, pues le ha parecido que son de Rubielos, y es posible que alguno conozca a Luco, su deudor. Con los relatos de los viejos soldados comienza la agonía de don Beltrán:

«[...]. Como hombre honrado y cabal, no niego haber estado en la faición a las órdenes del Serrador, primero, de Royo de Noguera, después, porque sentía de mi natural que debíamos ensalzar los divinos derechos del rey don Carlos... Pero aquí me tienen hartos de desengaños con más balazos en mi cuerpo que pelos en la cabeza, muerto de hambre, con mi casa y familia perdidas, porque una de mis masadas la arrasó el liberal, otra el legítimo..., mis hijos muertos, todo hecho cenizas, y yo poco menos que cadavérico. Lo que no me ha quitado el neto, me lo ha quitado la usurpadora; [...] vengo por trochas y atajos en busca de un terreno donde haiga paz, donde los hombres sean cristianos, no carniceros... [...]»¹⁰⁹

Este mismo hombre le cuenta a don Beltrán de Urdaneta que participó en el fusilamiento de don Juan Luco, su deudor. Lloró cuando lo fusiló como lloraron los soldados que tuvieron que fusilar a don Adrián Ulibarri, el padre de Saloma.

Don Beltrán confía en que los hijos de Juan Luco vengarán a su padre. Le informan entonces de que han muerto todos, bien a manos de los carlistas o de los liberales, pues cada uno de ellos siguió distinto camino: Bruno Luco, carlista, fue fusilado por los liberales; Cinto Luco, liberal, fue alanceado por los carlistas de la partida del cura Lorente; Francisquín Luco, caído en manos de Cabrera, es el único al que suponen vivo ya que no estaba entre los fusilados.¹¹⁰

Juan Luco también tenía una hija. Le informan de que es monja penitente. Y siguen contándole todos los horrores de la guerra con sus crueldades y sus horribles venganzas. Don Beltrán comienza a hastiarse de tanta barbarie y tanto horror.

Decide ir en busca de la monja penitente, a la que presentan como una mujer muy bella y muy inteligente. Se llama Marcela, y desde que incendiaron su convento va por los caminos, acompañada por dos viejos, enterrando a los muertos de la terrible confrontación carlista.¹¹¹

Separado de Saloma y Baldomero Galán, don Beltrán sigue buscando a la hija de su deudo Juan Luco. Máxime cuando le han advertido que Juan Luco, antes de lanzarse a la guerra, escondió por los montes ollas y ollas con monedas de oro. Y que la monja ha tomado ese empaque de peregrina para vigilar las vasijas del tesoro. También le advierten que estamos en plena edad media, y que si se adentra por el país, en pos de su quimera, se ha de tropezar con milagros, hazañas, casos inauditos de santidad, de heroísmo y ferocidad.¹¹² Don Beltrán no se arredra.

¹⁰⁷ *Zumalacarregui*, cap. I.

¹⁰⁸ *La campaña del Maestrazgo*, cap. II.

¹⁰⁹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. II.

¹¹⁰ *La campaña del Maestrazgo*, cap. III.

¹¹¹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VI.

¹¹² *La campaña del Maestrazgo*, cap. VIII.

Guiado por los enterradores, que acompañan a Marcela, da con ella. Juntos se dirigen a Calanda. En el camino la monja le habla de Aristóteles, Cicerón, los santos padres y los filósofos profanos. Don Beltrán «disputó a Marcela por un papagayo con más memoria que discernimiento.»¹¹³ Esta, ni corta ni perezosa, lo acusa de parte de la culpa en las relaciones con su familia. Y, entre latines y citas, le recrimina su vida pasada.

A la mañana siguiente le informa Marcela de que su hermano Francisco, al que daban por muerto, vive. Y que va a entrar en religión. El dinero de la herencia de Juan Luco se va a destinar a la orden en la cual ingrese Francisco Luco. Ahora bien, a don Beltrán, dice la monja entre latines, se le dará cuanto necesite si abraza la vida religiosa. «Hágase cuenta de que Dios le da el miserable puñado de metal que necesita para cumplir con el mundo; pero no se lo da por su linda cara, sino a cambio de su alma, en lo cual se ve patente la bondad infinita.»¹¹⁴

Suspense quedó don Beltrán y se excusó como buenamente pudo. Acabado el diálogo, los facciosos los rodearon. El jefe de los mismos ya le prometió a la monja, en una ocasión anterior, que la fusilaría si la veía por los caminos. Marcela lo desafía a cumplir su palabra, y van todos a la Codoñera en busca de un cura que los confiese. Nelet, el jefe faccioso, está enamorado de Marcela; le promete el perdón si ella recuerda que es mujer. Ella, lógicamente, prefiere morir. Antes de llegar a la Codoñera, les sale el encuentro el grueso de la partida. Se le da la orden a Nelet de no fusilar a nadie, pues a ella la quiere conocer Cabrera, y los acompañantes son muy mayores. Deben dirigirse a Valderrobles. Al llegar allí don Beltrán no puede tenerse en pie de hambre y de fatiga. Más que todo esto le agobia «la desesperación resultante del tristísimo fin de su loca aventura.»¹¹⁵

Se maldice entonces por su vana ilusión, una insensata búsqueda de dinero que lo ha arrojado en medio de la vorágine de la guerra. A la mañana siguiente tiene que seguir moviéndose, con la partida, a pie. Cerca de Beceite, yendo por un camino endemoniado, a punto estuvo de pedir que lo arrojaran al camino para que se lo comieran los buitres. «Al cansancio y tristeza de tal viaje, uníase el temor de que la columna carlista encontrase otra de la Reina y rompieran el fuego, cogiendo en medio a los infelices que no habían hecho armas ni por Carlos ni por Isabel.»¹¹⁶

La columna se encuentra con los isabelinos. Pero son los carlistas quienes salen victoriosos de la batalla, y por la noche don Beltrán oye las descargas de los fusilamientos de los derrotados. Ante tanta muerte y tanto despropósito, don Beltrán se siente profundamente religioso.

Cuando lo despiertan a la mañana siguiente cree que lo van a fusilar a él. Lo van a someter a una prueba más dura: tiene que enterrar a los fusilados de la noche anterior. Don Beltrán siente impulsos de sublevarse, pero deja estos impulsos y da paso a la piedad cristiana. Don Beltrán busca entre los muertos a Baldomero Galán. Todos los fusilados son jóvenes. No está Baldomero. Y así la resignación fue ganando espacio en su alma.

Yendo con la columna carlista sigue caminando y asistiendo a más y más fusilamientos. Así llegan a Utiel, donde Nelet, viendo a los viejos, a don Beltrán y a los compañeros de Marcela, se pregunta para qué los llevan en el ejército; lo mejor, dice, sería fusilarlos. Don Beltrán replica que lo mismo le da vivir que morir. Nelet lo manda subir, y tras enterarse de sus títulos, le dice que se tiene que ganar el pan que se come, y le manda que le limpie las botas. Nuevo movimiento de cólera, y nueva resignación.¹¹⁷

¹¹³ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IX.

¹¹⁴ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

¹¹⁵ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

¹¹⁶ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

¹¹⁷ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XII.

Igualmente lo emplean en trabajos de fortificación, donde trabaja con el temor de ser castigado. La comida y el trato dejan mucho que desear. Es entonces cuando el anciano se percata de todo cuanto ha perdido:

«[...] se le iba el pensamiento a la gran casa de Cintruénigo, la casa de Idiázquez, y hacía revivir en su mente el edificio y las personas, la vida toda de aquella señorial residencia. ¡Ay!, lo que allá tuvo humillación era ya como una broma inocente. Modificadas por las enseñanzas de la realidad de sus ideas y opiniones, lo que en Cintruénigo conceptuaba contrario a su decoro, ¿qué era? Nada, en comparación de la presente ignominia y miseria. Las estrecheces que allá estimó intolerables eran abundancia y delicias en parangón a lo de Utiel.»¹¹⁸

No todo, sin embargo, son humillaciones. Cabrera, revisando las obras de fortificación, da orden, al verlo con una espuerta con la que apenas si puede, de que no lo carguen tanto. Por la noche le manda un par de botas como regalo. Ya en Valencia, no obstante, Cabrera le informa de que esté preparado: el sistema de represalias entre uno y otro ejército lo obliga a fusilarlo. Don Beltrán se siente preparado para morir. Antes, no obstante, colmando el cáliz de los horrores, asiste al banquete de Burjasot. En tanto comen y beben sobre los famosos silos, los carlistas fusilan a todos los prisioneros que tenían. Don Beltrán no pudo soportar tanto dolor. «Vivía en los dominios del terror trágico y en las fronteras de la muerte; cuando llegara para él la hora del martirio, sabría, pues, afrontarlo con valor y dignidad.»¹¹⁹ Por eso mismo se niega, como le propone Cabrera, a reconocer a Carlos como rey legítimo de España. Ni lo hace ahora ni lo haría aun cuando tuviera cuarenta o cincuenta años de vida por delante.

Mientras, don Beltrán se ha hecho amigo de Nelet, quien le confiesa su apasionado amor por Marcela, a la que se ha propuesto secuestrar.¹²⁰

Don Beltrán asiste a más horrores de la guerra: prisioneros encerrados en un horno donde, para ahorrar munición se les deja morir de hambre, o son acuchillados y arrojados a un barranco.

Nelet consigue que le den permiso, a él y a don Beltrán, para visitar el monasterio de Vallivana, donde está Marcela. Vueltos a Catí, se da orden de fusilar a don Beltrán, pero es domingo, y ha de aplazarse la orden. Don Beltrán se ha confesado. Y pronuncia un discurso digno de don Quijote. Cabrera decide perdonarle la vida. Y el anciano termina acompañando a Nelet en busca de Marcela. Esta insiste en no dar el dinero al anciano, salvo que se haga monje, y en no querer saber nada de Nelet. Teniendo claro que ella jamás va a ceder, Nelet la mata suicidándose después. Don Beltrán será el encargado de enterrarlos siendo recogido, después, por el ejército real.¹²¹

5. JOSÉ GARCÍA FAJARDO

Es el personaje que abre la penúltima serie de los *Episodios nacionales*. Relaciona al resto de los personajes de estas diez novelas. José García Fajardo protagoniza *Las tormentas del 48*, escrita en forma de diario; *Narváez*, también en forma de diario; y *La revolución de julio*, diario. Teresa Villaescusa es la protagonista de *O'Donnell*, escrita en tercera persona. Juan Santiuste, enviado por José García Fajardo como corresponsal particular, el de *Aita Tettauén* y *Carlos VI en la Rápita*, ambas narradas en tercera persona.

¹¹⁸ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XIII.

¹¹⁹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XV.

¹²⁰ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XVII.

¹²¹ *La campaña del Maestrazgo*, caps. XXX-XXXI.

Diego Ansúrez, de la familia que García Fajardo rescata del castillo de Atienza, es el protagonista de *La vuelta al mundo en la Numancia*, escrita igualmente en tercera persona. Santiago Ibero, hijo, protagoniza *Prim*, en tercera persona. Y, por fin, Teresa Villaescusa y Santiago Ibero protagonizan el último episodio de la serie, *La de los tristes destinos*, también narrada en tercera persona.

Como se puede ver son muchos los protagonistas que aparecen, y que se irán entrecruzando entre sí. Son personajes complejos, lejos ya de la linealidad de la primera serie, aunque don Benito en ningún momento descuida la historia, los hechos históricos en los cuales viven inmersas sus criaturas. Cada uno de ellos, además, obedece a un momento determinado; es un claro representante de su época.

José García Fajardo comienza a escribir su diario el 13 de octubre de 1847. Tiene en ese momento veintidós años. Y acaba de llegar de Italia, donde estaba estudiando. Comienza a escribir el diario en Vinaroz; lo irá ampliando durante el camino hacia su ciudad natal. Es natural de Sigüenza, ciudad a la cual fue a parar su familia, originaria de Atienza. Allí, ya de pequeño, Fajardo pasa por un fenómeno. En la biblioteca del seminario de San Bartolomé devora todos los libros guardados entre sus estantes, y algunos más de añadidura.

Don Matías de Rebollo, primo de su padre, y protegido del asesor de la Embajada en Roma, propone a estos llevar a José consigo, y darle estudios eclesiásticos. Parte hacia la Ciudad Eterna instalándose en ella en septiembre de 1845. En Civitavecchia, donde recalán, su pariente lo instaló en su propio domicilio fiándose del apocamiento de García Fajardo. Le fija unas horas de estudio, y otras de asueto, que invierte en recorrer la ciudad junto con otros compañeros de su edad. Llega a conocerla a la perfección, así como a saberse de memoria el museo del Vaticano. No obstante, aquella vida se le acabó pronto.¹²²

Don Matías desconfía de José García Fajardo por «la inclinación vivísima que a las cosas paganas sentía yo sin cuidarme de disimularla; mis preferencias de poesía y arte, manifestadas con un calor y desparpajo enteramente nuevos en mí; la soltura de modales y flexibilidad de ideas que repentinamente adquirí, como se coge una enfermedad epidémica o se inicia un cambio fisiológico en las evoluciones de la edad; mi despego de los estudios teológicos, exegéticos y patológicos, en los cuales mi entendimiento desmentía ya su anterior capacidad...»¹²³

Víctima de ese desparpajo, Fajardo es encerrado en el colegio de San Apolinar. Allí hace amistad con dos alumnos, Della Genga y Fornasari; toda la fama que tenía de chico aplicado se esfuma. Don Matías, que lo visita todos los días al principio, comienza a espaciar sus visitas. Tiene problemas de salud.

Un día la imposición de un fuerte castigo a Fornasari, lleva a Della Genga y a Fajardo a planear una especie de venganza. En una noche de tormenta sacan a su compañero del calabozo, huyendo los tres del colegio. Reunida, después, una pequeña cantidad de dinero entre los tres, se aposentán en lugares de mala fama o pobrísimos. Llegan a vivir encima de una logia, a la que asisten. La muerte del papa Gregorio XVI lanza a los amigos a discusiones sobre el sucesor de San Pedro. En estas discusiones, los criados de Della Genga se lo llevan preso. Fajardo y Fornasari consiguen huir. Pero a la noche siguiente es este quien desaparece sin dejar rastro. Fajardo malvive comiendo lo que le dan y durmiendo donde puede. Al final, decide volver al colegio. Va en busca de don Matías. Un criado le informa de la muerte de este.¹²⁴

Vive en el palacio del embajador. El 17 de junio es elegido papa el candidato por el que votaba Fajardo, Mastai Ferretti, «qui sibi imposuit nomen Pium IX!»¹²⁵

¹²² *Las tormentas del 48*, cap. I.

¹²³ *Las tormentas del 48*, cap. II.

¹²⁴ *Las tormentas del 48*, cap. II.

¹²⁵ *Las tormentas del 48*, cap. III.

Muerto don Matías Rebollo, el cardenal Antonelli se hace cargo de Fajardo. Le propone que intente recuperar su maltrecha vocación fortaleciéndola con el estudio.

«No me acobardaban los estudios penosos; pero el internado y la disciplina cuartelesca de los principales centros de enseñanza no se avenían con mi natural inquieto, ni con las osadas independencias que me habían nacido en Roma, como si al pisar aquella tierra me salieran alas.»¹²⁶

El cardenal acepta que Fajardo retome sus estudios sin la esclavitud del internado. Y lo invita a que pase el verano en su villa en Albano, donde debe organizar la desorganizada biblioteca del cardenal. Al regreso se encuentra con Della Genga, que ha renunciado a sus estudios eclesiásticos. Este corrompe un tantico a Fajardo, con sus afición por las mujeres.

«Y para que todo sea sinceridad, añadiré que no tuvo poca parte en mi comedimiento mi escasez de dineros, lo cual vino a ser un feliz arbitrio de la Providencia para preservarme de chocar contra escollos o de ser arrastrado en vertiginosos remolinos.»¹²⁷

Fajardo, como su amigo Della Genga, se muestra un devoto partidario de Pío IX soñando «con la redención de Italia y su gloriosa unidad bajo la sacra bandera del vicario de Cristo. Esto pensaba yo, y con inquebrantable fe pensándolo sigo y me creo portador de tan saludables ideas a mi querida Patria.»¹²⁸

Estas ideas, como es sabido, son las mismas que tendrá Isabel II, y de las que aprovechará la camarilla para frenar todo intento liberal por parte de la reina.¹²⁹

El verano siguiente, tras una enfermedad que le impide asistir a los exámenes, Fajardo vuelve a la residencia del cardenal en Albano para acabar de reponerse. Ha variado el personal de servicio. Hay una guapa moza «un poco salvaje, como recién cogida con lazo en los campos de Terracina.»¹³⁰ Se llamaba Bárbara o Barberina. Esta cuida a Fajardo con todo el cariño del mundo. En justa correspondencia, él le propone enseñarle a leer y a escribir correctamente. Barberina acepta encantada. Lee los libros que le marca Fajardo, Manzoni, Monti, Alfieri, Leopardi... sin que se le escape nada a su natural entendimiento; pero sus dedos, hechos al rastrillo y al biello, son incapaces de manejar la pluma con soltura.

De esta forma van ganando los dos en confianza e intimidad. Barberina de vez en cuando exhorta a Fajardo por su vida pasada. Él hace breves escapadas a Roma en busca de libros. Regresa con varios de Rousseau. Con gran gozo y contento comienzan a leer las *Confesiones*. Llegan hasta la presentación de Juan Jacobo en la casa de madame Warens, que dispensó maternal acogida al filósofo advirtiéndole de los peligros que corre un joven impresionable... «quel giorno più non vi leggemmo avanti.»¹³¹

«Alegría insensata y sombríos temores» se alternaban en el alma de Fajardo. Teme la llegada del cardenal y sus reproches; pero este está de misión diplomática, pues la popularidad del papa comenzaba a ser molesta. Las Sociedades y los Círculos comenzaban a mover a la plebe organizando motines en toda regla. «Las concesiones de Su Santidad al espíritu moderno les parecía poco, y ya pedían la Luna, la Osa Mayor y el Zodíaco entero.»¹³²

¹²⁶ *Las tormentas del 48*, cap. III.

¹²⁷ *Las tormentas del 48*, cap. III.

¹²⁸ *Las tormentas del 48*, cap. IV.

¹²⁹ Véase *Prim*, cap. VIII.

¹³⁰ *Las tormentas del 48*, cap. IV.

¹³¹ *Las tormentas del 48*, cap. IV.

¹³² *Las tormentas del 48*, cap. V.

Pese a todo, las protestas y el clima de agitación social les vienen muy bien a los amantes para esconder así su delito. No obstante, se anuncia un día la llegada del Cardenal. Este llama a Fajardo, quien acude bajo las miradas severas de los criados mayores. Aquella mañana ya no puede hablar con Barberina: según el cochero se ha ido, bien temprano, sola y a pie, a Terracina... El Cardenal, tras interesarse por su salud, le dice a Fajardo que lo va a enviar a España, donde, sin duda, se acabará de reponer.

«En Italia te pierdes: gánate en España, donde empezarás por hacer efectiva tu vocación de marido... Tu familia te procurará un buen matrimonio.»¹³³

Al amanecer del día siguiente, Fajardo se tiene que embarcar en Ostia camino de la costa valenciana. Antes de despedirse, el Cardenal le da un último consejo a García Fajardo:

«En la política de tu país puedes abrirte camino ancho, que allí tienes dos especies de hombres afortunados: los tontos y los que se pasan de listos. Procura tú ser de los últimos.»¹³⁴

De regreso a Sigüenza, nos da cuenta de su familia: cuatro hermanos y dos hermanas. De entre estos, los más importantes, para el desarrollo de la acción posterior, son: Agustín, arrimado a los moderados; Gregorio, abogado; y Catalina, monja, que se halla en el convento de La Latina de Madrid. El padre, por otra parte, tiene una pequeña tertulia en casa. En ella empieza a enterarse Fajardo de la situación del país:

«Supe asimismo que el Rey y la Reina andaban desavenidos, él haciendo solitaria vida en El Pardo, ella en Madrid gozando de la cariñosa popularidad que había sabido ganarse con su gracia y desenfado, y supe que los narvaístas andaban locos por volver al Gobierno, y que los progresistas, alentados por Bullwer, embajador inglés, hacían sus pinitos por colocarse en Palacio. Todo ello me importaba un bledo, como la caída del Ministerio Salazar, sucesor de los puritanos, para dar entrada al temido y ensalzado don Ramón, que, según mi padre, es el único que entiende este complejo tinglado del Gobierno de España.»¹³⁵

Obsérvese el despego de la política de García Fajardo, y cuán lejana está su posición de la de los anteriores héroes de las otras series.

En la tertulia esparce Fajardo la idea de una Italia liderada por el papa. En el ideario de este se amalgaman la libertad y el dogma. Algunos contertulios ya tenían noticia de estos proyectos dado que habían leído un artículo de Balmes en la revista *El Pensamiento de la Nación*. A estos planteamientos replica el sacerdote con burlas, imaginando a Cristo entre masones, y viendo a la Virgen bordando banderas liberales, como Mariana Pineda.

«Así desembuchaba sus salvajes burlas el sacerdote bizarro que había entrado en Sigüenza once años antes, *viribus et armis*, asolando el país y llevándose 50.000 reales como botín de guerra. Y luego añadió:

[...]. No nos creas más tontos de lo que somos, y si vas a Madrid llévate allá los chismes de titiriteros, y ponte en las plazas a predicar toda esa monserga del Papa liberal y de la Iglesia metida con los ateos. Aquí somos brutos y no entendemos de fililíes romanos ni de obeliscos, ni de cardenales que visten capita corta y calzón a la rodilla; pero tenemos los sesos en su sitio y debajo del paño pardo guardamos el discernimiento español, que da quince y raya a todo lo extranjis.»¹³⁶

Como se puede apreciar, entre la indiferencia de uno y el ostracismo de los otros, va a ser muy difícil cualquier tipo de cambio.

¹³³ *Las tormentas del 48*, cap. V.

¹³⁴ *Las tormentas del 48*, cap. V.

¹³⁵ *Las tormentas del 48*, cap. VI.

¹³⁶ *Las tormentas del 48*, cap. VI.

Tres días después de esta discusión llega una carta de Agustín, el mayor de los hermanos de García Fajardo. Comunica en ella su valimiento con el ministro Luis Sartorius, y que ha llegado el momento de emplear a José, dado que no va a seguir la carrera eclesiástica, en la Administración pública. García Fajardo se va a la corte. Sus hermanos Gregorio y Agustín se lo disputan para que viva con sus respectivas familias. Eso le lleva a la situación risible de comer con unos y cenar con los otros, o no tener corbata porque se ha quedado en casa del otro hermano. Al final de este trasiego es Gregorio quien triunfa. José se queda a vivir con ellos; pero al hacerlo descubre con horror que el diario que llevaba hasta ese momento ha desaparecido. José sospecha que se lo ha quitado Sofía, la mujer de su hermano Gregorio. José le tiene mala voluntad: «Si mi hermano la supera en discreción, ella le gana en edad; no tiene hijos, pero sí un bigotillo con más lozano vello que el que a su sexo corresponde.[...]; su gordura fofa se escapa por uno y otro lado, evadiéndose del presidio de un destartalado corsé, cuyas ballenas no son más que un andamiaje en ruinas.»¹³⁷

Su hermano le consigue un destino con 8.000 reales, y con una recomendación para no asistir a la oficina. Fajardo protesta en la oficina. Le responde el director:

«—Ya sé por su hermano que es usted un prodigio de talento y erudición. Sería imperdonable que por exigirle a usted la debida puntualidad en esta oficina lo apartara yo de sus profundos estudios, privándole de consagrar las más de sus horas a revolver libros y compulsar códigos en las bibliotecas públicas.»¹³⁸

Su madre, al enterarse, le escribe una carta en la que le recomienda que no sea bonachón y no haga la faena del resto de sus compañeros, pues en las oficinas abundan los holgazanes. También le dice que sabe que ha comenzado a escribir una magnífica obra sobre el Papado, obra que no tendrá menos de quince volúmenes.

Mientras, José se lamenta de la pérdida de su antiguo diario en tanto escribe uno nuevo. En él cuenta las andanzas de su hermano: en tanto él se dedica a la política, ella presta dinero con un alto interés. También tienen su tertulia, aunque a ella no asiste ningún literato conocido. Entre las personas serias, en la tertulia política, está don José del Milagro.

García Fajardo da la lista de sus amistades: Bruno Carrasco, más joven que él. Es el hijo de don Bruno Carraco y de doña Leandra Quijada, y hermano de Eufrasia, luego Eufrasia del Socobio. Donato Sarmiento, un Bringas, un Pez, y un Aransis, que es el sobrino de sor Teodora de Aransis, la protagonista de *Un voluntario realista*, episodio de la segunda serie.¹³⁹

Con algunos de esos amigos, y con el frac que tiene, gracias a la administración que de sus bienes le hace su cuñada, Fajardo asiste al baile de máscaras de Villahermosa, baile en el que cifra toda la poesía social.

A las doce de la noche, no obstante, comienza a aburrirse, y cuando a la una ya se plantea marcharse a casa, dos máscaras, vestidas con traje popular italiano, lo abordan. A través de los agujeros de la máscara entrevé unos ojos negros que le hacen temblar. La máscara le habla: «Sono Barberina...» A continuación le suelta toda una retahíla de insultos en italiano, diciéndole que ha venido a España para vengarse de su abandono.

«Cuando a este punto de nuestro coloquio llegaba mi mascarita, ya se había disipado en mi mente el primer engaño, y la claridad envolvía mi aventura. Tan Barberina era ella como yo el Papa; era, sí, una dama o mujer...; no, no,

¹³⁷ *Las tormentas del 48*, cap. VII.

¹³⁸ *Las tormentas del 48*, cap. VII.

¹³⁹ *Las tormentas del 48*, cap. VIII.

dama sin duda, a cuyas manos por ignorados senderos había llegado el manuscrito de mis Confesiones de Italia. Lo había leído y quería embromarme con gracia.»¹⁴⁰

Fajardo deduce que la máscara es amiga de su cuñada Sofía. Ella, por supuesto, no accede a desenmascararse. Conoce el diario de Fajardo a conciencia. Cuando se va la falsa Barberina ni se le ocurre seguirla, y al hacerlo, impelido por su amigo Arnáiz, un polizonte les recomienda que vuelvan a la fiesta de Villahermosa.

Fajardo está cada vez más convenido de que su cuñada Sofía es quien le ha quitado su Diario. Esta está muy preocupada por la instauración de la II República francesa. Agustín, su marido, también está consternado.

Una carta llegada de Sigüenza, de la madre, le recuerda a Fajardo que no ha ido a visitar a su hermana, que está en el convento de La Latina. Allí, le dice, «trabaras conocimiento con esa bendita monja, su compañera, de quien la fama refiere tales maravillas que hasta se susurra que ya hace algún que otro milagro.»¹⁴¹

No hace falta decir que dicha monja es sor Patrocinio, la monja de las llagas. La hermana de Fajardo se llama sor Catalina de los Desposorios. Este nunca ha entendido por qué se hizo monja. Sor Catalina está al tanto de todas las andanzas de su hermano. Sospecha que también ha leído su diario; ella ni lo niega ni lo afirma. Le recuerda, por el contrario, que en Roma le dijeron que tenía vocación de marido, y que tiene que casarse. Ella será la encargada de buscarle una mujer. Le recomienda que no trate con progresistas, ya que no porque los haya en Francia, también los vamos a tener aquí: «En Francia no hay Religión; aquí, sí; en Francia no hay hombres que expongan su vida por los reyes, aquí los hay.»¹⁴²

Fajardo sale de la entrevista con su hermana lleno de confusión y con la cabeza alborotada. Por si esto fuera poco, el nuevo director de la *Gaceta* ordena a Fajardo que vaya a trabajar todos los días. Lo tiene en la oficina sacando copias y más copias. No pudiendo más, Fajardo se despide pasando a la categoría de cesante.¹⁴³ Atribuye su arrogancia al ambiente y a sus amigos, de los cuales prefiere a los aristócratas, es decir a Guillermo de Aransis, quien lo arrastra hacia sus vicios.

Sin embargo, no es a él a quien dejan cesante sino al jefe, a don Faustino Cuadrado, al cual Fajardo tuvo la osadía de insultar y faltarle al respeto. El pobre hombre acude a Fajardo a fin de que lo vuelvan a readmitir, pues tiene mujer e hijos. Se disculpa aduciendo que no sabía que Fajardo es un sabio: «Deberían los sabios llevar chapa en el sombrero, para que los conociese todo el mundo.»¹⁴⁴

Fajardo no entiende por qué lo han cesado cuando nadie estaba delante en el momento que se produjo la discusión. Don Faustino está convencido de que el golpe viene de arriba. Recuerda entonces Fajardo que le contó la conversación a su hermana la monja.

«—Como si lo viera, como si lo viera... —murmuró incorporándose—. ¿No dije que de arriba, de muy arriba?... ¡Ay, qué mundo, qué país!... ¿Verdad que es divertido nacer español?»¹⁴⁵

Don Faustino también quiere saber si la hermana de Fajardo tiene llagas o siquiera apostemas... Fajardo promete interceder por él quedándose tan extrañado como aterrorizado: «¡Mi hermana..., La Latina! Por hoy no digo más.»¹⁴⁶

¹⁴⁰ *Las tormentas del 48*, cap. IX.

¹⁴¹ *Las tormentas del 48*, cap. X.

¹⁴² *Las tormentas del 48*, cap. X.

¹⁴³ *Las tormentas del 48*, cap. XI.

¹⁴⁴ *Las tormentas del 48*, cap. XII.

¹⁴⁵ *Las tormentas del 48*, cap. XII.

¹⁴⁶ *Las tormentas del 48*, cap. XII.

Fajardo ha conocido a las dos señoritas de Socobio, Virginia y Valeriana, a la que llaman Valeria. Coquetea con ellas. También en casa de Socobio conoce a Eufrasia de Socobio, quien se mantiene muy distante de Fajardo. A la noche siguiente, por Virginia y Valeria, se entera de que «Eufrasia se había casado en Roma con un tío de ellas, don Serafín de Socobio.»¹⁴⁷

Deduce, al saber que es manchega e hija de un progresista del grupo de Mendizábal, que es hermana de su amigo Bruno Carrasco. Días después consigue hablar con Eufrasia. De la conversación saca en claro que fue ella la máscara que lo embromó en el baile de Villahermosa. Eufrasia la encarece que no hable de aquella broma. Promete recibirlo en su casa, junto con más amigos, el miércoles siguiente.

Sin esperar a que lo llame, Fajardo va a visitar a su hermana a fin de interceder por su antiguo jefe, tan injustamente cesado. Allí se tropieza con Cristeta del Socobio.

Eufrasia le advierte, cuando lo recibe en su casa, que no exprese sus ideas liberales diciéndole además que «no hable usted mal de los que antes abominaron de la desamortización y ahora compran los bienes raíces que fueron de frailes y monjas.»¹⁴⁸

Eufrasia también le dice que Sofía, la cuñada de Fajardo, llevó las *Confesiones* de este a una monja de La Latina, que no debe nombrar. De allí ha pasado a otras manos, de forma que ya las ha leído medio Madrid, Eugenia de Montijo se encuentra entre sus admiradoras.

Guillermo de Aransis le recomienda a Fajardo que no demore su declaración a Eufrasia haciéndole comprender que utilizará de toda su delicadeza para no comprometerla. Así lo hace; esto le responde la hija de Leandra Quijada, quien años atrás abandonó a sus padres para huir con su novio¹⁴⁹:

«He sido muy, muy, pero muy desgraciada. Ahora, válgame la verdad, ahora no tengo la felicidad, esa felicidad con que se sueña a los veinte años... Ya ve usted qué cosas le digo... No tengo la felicidad; pero tengo el sosiego, la paz; y esta paz y este sosiego no los tiraré por la ventana... Sé lo que son pasiones de hombres, y como lo sé no cambio por ninguna de ellas mi paz...»¹⁵⁰

Fajardo no se da por enterado, e insiste. En cuestiones sociales también se desentiende de todo. «¿Queréis que os hable de los que para mí son capitales acontecimientos? Pues sabed que de la noche a la mañana me vi trasladado a la secretaría de Gobernación con 12.000 reales, sin que yo, a ciencia cierta, entendiese de dónde me había caído breva tan substanciosa, [...]. En cambio, al pobre Cuadrado se le contentó con la promesa de reponerle, y volvió el hombre a mí afligidísimo, diciendo que ya se había proporcionado una pistola para poner fin a sus días si no se le daba pronto la debida reparación.»¹⁵¹

Fajardo ni con los 12.000 reales tiene suficiente como para mantenerse: gasta mucho dinero en ropa, y, por mediación de Guillermo de Aransis, se ha aficionado al juego. Eufrasia le pide que se moderen tanto él como su amigo, o le retirará su amistad.

De regreso a la tertulia de don Serafín del Socobio se entera por sus hijas, Virginia y Valeria, que le han buscado novia. Las dos hermanas, con donaire, se burlan de su talle, de su habla y de su nariz. Fajardo no sabe nada de ninguna novia; cree que siendo objeto de una broma.

Sigue estando loco por Eufrasia. El marido de esta le recomienda que visite a los Emparanes, y que vaya a ver a su hermana sor Catalina de los Desposorios. Entre tanto ha conocido a una preciosa Antoñi-

¹⁴⁷ *Las tormentas del 48*, cap. XII.

¹⁴⁸ *Las tormentas del 48*, cap. XIII.

¹⁴⁹ *Bodas reales*, cap. XXIX.

¹⁵⁰ *Las tormentas del 48*, cap. XIII.

¹⁵¹ *Las tormentas del 48*, cap. XIII.

ta, de la que muy pronto se siente desasido aunque ni ella, ni su familia, lo dejan en paz. «Entretanto, mis recursos bajan, mis deudas crecen como la espuma, y yo voy cayendo en sorda desesperación.»¹⁵²

Antoñita lo persigue, él la rehuye; le cuentan que la han sorprendido encerrada con un braserillo de carbón, o comprando una pistola...

Un día encuentra en la calle a Eufrasia, acompañada de Rafaela del Milagro, la antigua *Perita en dulce*, casada ahora con don Federico Nieto, alias don *Frenético*. Eufrasia está al tanto de su aventura con Antoñita. Le afea su conducta y el que vaya a su casa a dejarle novelas de Balzac cuando sabe que su marido es contrario a ciertas cosas. Tampoco Rafaela, pese a tener licencia, es partidaria de aprovechar la situación. Ambas quieren disfrutar del oasis en el que han caído. Y le instan a él a hacer lo mismo. Aunque saben que le gustan los dátiles podridos.¹⁵³

Eufrasia le aconseja que vaya a casa de los Amparanes, y que acepte lo que ha propuesto su hermana, una boda. Estará loco, le dice, si no acepta semejante proposición.

Una mañana se presenta en su casa el marido de Antoñita intentando un burdo chantaje que termina en escándalo. El hermano de Fajardo, Agustín, a través de Sartorius, su jefe en la oficina, intenta deshacerse de él buscándole otro destino. Poco después recibe una nota: Antoñita está grave; y su marido se ha llevado todos los muebles de la casa dejándole tan solo la cama donde duerme. Al pobre don Faustino siguen sin emplearlo. Fajardo invierte dinero en los dos. Y procura recuperarse «dando tremendos estirones a las orejas de Jorge», es decir, jugando a juegos ilegales. Pierde y se empeña una y otra vez. «Para pagarles érame forzoso pedir a la usura nuevos auxilios, que más bien serían dogales con que pronto habría yo de llegar a mi definitiva estrangulación.»¹⁵⁴

A la mañana siguiente una carta de sor Catalina le afea que no haya ido a presentar sus respetos a casa de los Amparanes. Ese mismo día se hace el ánimo y va. Lo reciben saliendo uno tras otros los miembros de la rancia familia. Recuerda entonces Fajardo lo que le dijo el cardenal en Roma antes de despedirlo: «Tu familia te procurará un buen casamiento». La persona elegida es María Ignacia de Amparán, que tarda en hacerse presente.

«Hago acopio de toda mi sinceridad y rectitud para declarar que la primera impresión que en mí produjo la niña de Emparán fué atrozmente desagradable. ¡Válgame Dios, qué niña! Y aunque en el breve espacio de una visita sólo podía yo juzgar el ser físico, éste y el espiritual, representados en un solo ser, parecieronme de lo más desgraciado que Dios ha puesto en el mundo.»¹⁵⁵

Como se puede observar Fajardo no se siente atraído, ni mucho menos, por María Ignacia. Resuelve, en consecuencia, pese al enorme predicamento de que allí disfruta su hermana, oponer un inquebrantable *non possumus* a los planes de esta.

No atreviéndose a una entrevista, le escribe una carta a su hermana negándose sus planes de boda. «Se casa uno con una mujer, a la cual no estorban sus talegas si está de buenas y bellas cualidades adornadas; pero no se casa nadie con un capital personificado en una criatura que carece hasta de los atractivos más elementales. Esto sería venderse, no casarse...»¹⁵⁶

Antoñita sigue grave, y él con los bolsillos vacíos. Y tiene que hacer frente a deudas contraídas en la timba. Aransis, al que recurre, está peor que él. Los prestamistas ya no dan más. Fajardo acude a su her-

¹⁵² *Las tormentas del 48*, cap. XVI.

¹⁵³ *Las tormentas del 48*, cap. XVI.

¹⁵⁴ *Las tormentas del 48*, cap. XIX.

¹⁵⁵ *Las tormentas del 48*, cap. XIX.

¹⁵⁶ *Las tormentas del 48*, cap. XX.

mano Gregorio a través de su cuñada Segismunda. Esta le responde con una terrible filípica amenazándolo, si sigue con esa vida, con la cárcel y el hospicio diciéndole «que si no hago enmienda total trayendo a casa el dinero de los Emparanes, no espere socorro de la familia, sino desprecios y maldiciones.»¹⁵⁷

Interviene el hermano en la filípica, y entre los tres tienen una bonita discusión con un desconcierto escandaloso. Le afea su hermano el continuo ir y venir de acreedores. Fajardo toma la resolución de marcharse de la casa a la que está deshonrando. Nadie lo detiene. Deja la ropa metida en maletas, y llevándose lo que puede llevar, se va a casa de Antoñita.

Y sigue jugando, empeñándose más y más. Lo pierde todo. Un tal Jiménez de Andrade se ofrece a prestarle todo el dinero que quiera. Fajardo lo rechaza dándole las gracias por su generosidad. Y es aquí donde se pone de manifiesto que ya era para todos un secreto a voces los planes de sor Catalina de los Desposorios:

«—Lo soy con los que como usted ofrecen garantía segura, con los que cultivan mujeres ricas que les pagan las deudas.»¹⁵⁸

Tras una sonada trifulca, Fajardo lo reta a un duelo. Los amigos lo llevan a casa de Antoñita, donde pasa el tiempo en espera de la fatídica hora del duelo a pistola. Fajardo hiere a Andrade al segundo disparo. Y este se disculpa diciendo que lo había tomado por otro, pero que había mantenido su postura para no pasar por cobarde. Todo queda felizmente resuelto. Al volver a casa Fajardo, Antoñita está delirando. Es el cura Martín Merino quien sube a darle la extremaunción. Con él mantiene Aransis una bella conversación que don Martín trufa de latines y de negativas: no es carlista, no es progresista, no es masón, y no sabe si tiene la cabeza buena o mala; sabe, eso sí, que no tiene otra. Siempre niega, aunque luego matiza: «yo no duermo..., quiero decir, duermo muy poco.» «yo no como..., quiero decir, como muy poco.» En vano Fajardo trata de sondearlo: don Martín siempre contesta con salmos.

Aransis, antes de la conversación con el cura, le informa a su amigo de que sus deudas de juego han sido pagadas por doña Manolita. Tienen catorce días para devolver la cantidad adelantada. El dinero, dice Aransis, ha sido prestado a doña Manolita por Segismunda, la cuñada de Fajardo.

Esa misma tarde, ante Fajardo y el cura Merino, fallece Antoñita. El marido se ha ido con toda la ropa, y nada tienen para amortajarla. Sale la criada a por su propia ropa, y cuando llaman a la puerta, se presenta Eufrosia del Socobio ante Fajardo. Este se reconoce indigno del apasionado amor de Antoñita. Eufrosia, una vez más, le señala el camino a su amigo: «Nadie que viva en sociedad es digno... de eso... Ni esas pasiones tan a lo primitivo caben en los moldes de nuestra vida...»¹⁵⁹

Eufrosia amortaja a Antoñita. En tanto velan a esta, suenan tiros en la calle. Hay barricadas porque, explica un vejete, familiar de Antoñita: «Lo que quiere ahora el Progreso es poner la República y quitar a la Reina, pues la República no es otra cosa que un gobierno todo de hombres, sin Rey ni Reina, ni cosa ninguna de Majestad...»¹⁶⁰

Vuelve Fajardo a casa de Eufrosia, y vuelve esta a decirle que se case con María Ignacia, pues no hay otra salida para la situación en la que se halla. Resignado asiste a la comida de los Amparanes, donde volvemos a tropezarnos con Jenara Baraona, novia que fue de Salvador Monsalud. Fajardo asiste con

¹⁵⁷ *Las tormentas del 48*, cap. XX.

¹⁵⁸ *Las tormentas del 48*, cap. XX.

¹⁵⁹ *Las tormentas del 48*, cap. XXIII.

¹⁶⁰ *Las tormentas del 48*, cap. XXIV.

agrado a la comida; pero no ve nada claro sus relaciones con la primogénita de los Amparanes: «probé a sacar del pedernal duro de María Ignacia algunas chispas, hiriéndola por uno y otro lado de su entendimiento con el eslabón de estudiadas preguntas y proposiciones. Mas no me dió resultado la prueba, y fuera de alguno que otro rasgo de ingenuidad casi infantil, no daba lumbre la infeliz criatura con quien querían emparejarme para toda la vida.»¹⁶¹

En tanto doña Jenara lo mira con lástima, Fajardo trata de hablar con María Ignacia, de hallar en ella algún encanto; pero sus esfuerzos resultan inútiles: una y otra vez se estrella contra la estolidez de la moza. Fajardo sale de casa de los Amparanes maldiciendo a su hermana sor Catalina de los Desposorios.

En una posterior entrevista con Eufrosia del Socobio, insiste esta en la idea del matrimonio con María Ignacia.

«Al aconsejarle yo que tome a Ignacia, lo hago porque sé cuánto le conviene ese cáliz, Pepito. Es un elixir bien probado el matrimonio: con él tendrá usted la posición que merece y la libertad que no puede esperar de esa vida falsa entre tantas esclavitudes, deudas, compromisos, el quiero y no puedo, que es el más grande suplicio de los tiempos que corren.»¹⁶²

No admite Eufrosia el argumento de que no la puede amar. Tampoco se le ocurre a nadie plantear llevar una vida sencilla, como la de un modesto empleado. Lo que importa para ellos es la situación social. Fajardo debe salir de la suya, y el único camino es el matrimonio con la Amparán. Se lo aconseja así porque no desea nada malo para él. A cambio, ese matrimonio será pagado con su amistad. La amistad, confiesa a inquisitivas preguntas de Fajardo, será entrañable y eterna... Eufrosia no quiere hablar de ese asunto. Aunque sí le habla de su matrimonio y de su marido: «es un hombre de una vulgaridad que no se cuenta en un año...»¹⁶³

Fajardo ve abiertas las puertas del cielo en sus relaciones con Eufrosia. Pero se tiene que casar con María Ignacia. Al burdo argumento de Eufrosia se unen los continuos problemas económicos de Fajardo. Poco a poco, este comienza a ceder:

«¿Qué cosa existe más fea y desagradable para nuestros sentidos, tacto, vista, olfato, que el vernos privados de los precisos dineros para las atenciones de la vida, ora sean estas de las elementales, ora de las artificiales y superfluas que crea y fomenta nuestra estúpida vanidad?»¹⁶⁴

Sigue endeudándose al igual que su amigo Aransis, que ya debe responder ante algún tribunal. Su cuñada Segismunda le insiste en que está así porque quiere: sólo tiene que pronunciar una palabra muy breve. Fajardo se sigue negando a ello. Pero llega una nota de Eufrosia «Niño mío, pobre náufrago, ¿te ahogas y aún dudas?» Fajardo estalla de contento al comprobar que lo tutea. Y sin más decide aceptar aquella fortuna que viene de la desamortización, bienes comprados por mano ajena. Recuerda también las palabras que una tarde le dijera Eufrosia:

«Vivamos con todo el bienestar posible; rodeémonos de comodidades, vengan de donde vinieren; evitemos la penuria, las deudas; tengamos todo lo preciso para evitar afanes; y en el seno de la opulencia bien ordenada seamos modestos, caritativos, religiosos y todo lo bueno que hay que ser...»¹⁶⁵

¹⁶¹ *Las tormentas del 48*, cap. XXVI.

¹⁶² *Las tormentas del 48*, cap. XXVI.

¹⁶³ *Las tormentas del 48*, cap. XXVII.

¹⁶⁴ *Las tormentas del 48*, cap. XXVIII.

¹⁶⁵ *Las tormentas del 48*, cap. XXVIII.

Se pregunta Fajardo por qué ha sido él el elegido por la familia Amparán. Aquí es donde intervienen su hermana y las monjas de La Latina con su endiablado poder para dominar almas y doblegar voluntades. Consiguieron, entre otras cosas, que despidieran al director al que insultó Fajardo.

Su hermano Agustín es el encargado de pedir la mano de María Ignacia, a quien el Trono, como regalo de boda, entrega el título de Marquesa de Beramendi. El futuro marqués parece tener problemas de conciencia: «La riqueza pertenece a los trabajadores, que la crean, la sostienen y aquilatan, y todo el que en sus manos ávidas la retenga, al amparo de un Estado despótico, detenta la propiedad, por no decir que la roba.»¹⁶⁶

No por tan bello pensamiento renunciará a esa riqueza. Recuerda Fajardo toda una serie de lecturas de juventud, y se propone aprovechar su riqueza en beneficio de los demás. Sabe que tarde o temprano la revolución ha de venir, pero

«Entre tanto, debemos vivir lo mejor que podamos, y criar a los hijos, el que los tenga, en la devoción de la buena vida, y enseñarles a que no humillen al pobre, y a que le den cariñosamente las sobras de nuestras mesas, para que comiendo se curen de la manía de arrebatarlos lo que poseemos.

—Me parece muy bien —dijo Segismunda—: fomentemos también la Religión, de la que nace la conformidad del pobre con la pobreza. ¿Para qué pagamos tanto clérigo, y tanto obispo y tanto capellán, si no es para que enseñen a los míseros la resignación, y les hagan ver que mientras más sufran aquí, más fácilmente ganarán el Cielo?»¹⁶⁷

Pese a tan cínicas palabras, en ningún rostro observa signos de burla. Sólo en sus jóvenes y antiguas amigas, Virginia y Valeria ve tristeza mezclada con lástima. Poca cosa para tanta ganancia. Días después, y antes de su matrimonio, se vuelve a encontrar con Eufrasia. No tienen desperdicio las reflexiones finales de Fajardo:

«[...] Desde la sala próxima, volviéndome para mirarla, vi que en mí clavaba sus negros ojos, y en ellos se me reveló su soberano talento, su apasionado corazón... y su profunda inmoralidad...

Eran sus ojos el signo de los tiempos.»¹⁶⁸

Como he dicho en más de una ocasión, don Benito no se contenta con mostrar sólo una faceta del diamante. Como si algo se le hubiera quedado en el tintero, volverá a plantear el mismo problema desde otra perspectiva. Así en el episodio de la misma serie, *O'Donnell* la protagonista será una mujer, Teresa Villaescusa. El suicidio de su padre la deja en la más mísera de las pobrezas. Está acostumbrada a vivir por encima de sus posibilidades. Y se prostituye, renunciando al amor de Juan Santiuste, por mor de esas riquezas. Igual que Fajardo promete ayudar a sus amigos, a Santiuste, que se queda esperándola, en este caso; pero los pierde de vista, se va degradando pasando de unas manos a otras, y sólo el amor hacia Santiago Ibero, en el último episodio de la cuarta serie, la redime.

Fajardo sí que ayudará a todo el que pueda, sobre todo a la familia Ansúrez, a quien conoce cuando todos sus miembros se refugian en el castillo de Atienza. En la familia hay una mujer, Lucila, por quien Fajardo siente fuerte atracción. Ayudará a la familia a salir de la pobreza; y a Lucila la defenderá, sin que se entere ella, contra las asechanzas de un antiguo amante, cínico y falso, a quien mata de un tiro.

También ahuyentará a Teresa Villaescusa de la compañía de su amigo Guillermo Aransís, pues este no puede costear el tren de vida que lleva aquella. Y, por fin, será quien utilice a Juan Santiuste como infor-

¹⁶⁶ *Las tormentas del 48*, cap. XXIX.

¹⁶⁷ *Las tormentas del 48*, cap. XXX.

¹⁶⁸ *Las tormentas del 48*, cap. XXX.

mador de la guerra de Marruecos, *Aita Tettauén*, y de la intentona carlista del general Ortega, *Carlos VI en la Rápita*.

José García Fajardo, marqués de Beramendi, se transforma en un testigo de su época; no interviene ni en luchas ni en política; ni, cuando tiene ocasión, se atreve a decirle a Isabel II lo que piensa, aunque entonces ya no hubiera servido de nada. Gracias a su hijo, nacido de la unión con María Ignacia, nos enteramos de la educación que estaban dando al príncipe, al futuro Alfonso XII. Beramendi es un testigo que se ha sacrificado para conseguir la vida ociosa de un noble.

6. FERNANDA IBERO DE CASTRO-AMÉZAGA

Fernanda Ibero de Castro-Amézaga es la protagonista del primer episodio, *España sin rey*, de la quinta y última serie. Está ambientado en 1869, un año después del destronamiento de Isabel II. Antes de iniciar la acción, el narrador hace una declaración de principios, principios que le sobran al atento lector de los anteriores episodios. No obstante, no conviene olvidarlos:

«Los íntimos enredos y lances entre personas, que no aspiraron al juicio de la posteridad, son ramas del mismo árbol que da la madera histórica con que armamos el aparato de la vida externa de los pueblos, de sus príncipes, alteraciones, estatutos, guerras y paces. Con una y otra madera, acopladas lo mejor que se pueda, levantamos el alto andamiaje desde donde vemos en luminosa perspectiva el alma, cuerpo y humores de una nación...»¹⁶⁹

Por descontado, y como sucediera antes con los otros personajes, los hechos vividos por estos van a servir para explicar la época que se novela.

Fernanda Demetria, o mejor, Demetria Fernanda, es hija de Santiago Ibero y de Gracia de Castro-Amézaga, y hermana de Santiago Ibero, el héroe del episodio titulado *La de los tristes destinos*. Santiago Ibero hijo, desengañado de Prim, de la revolución y de sus compatriotas, se va de España con Teresa Villaescusa. Su hermana lo añorará al final de su vida.

El padre de Fernanda, Santiago Ibero, es el héroe de *Montes de Oca*, y quien no se atreve a presentarse ante Gracia de Castro-Amézaga por la vida que ha llevado. Es quien inicia en los menesteres galantes a Rafaela del Milagro, alias la *Perita en dulce*. Se convierte en su amante, aunque por poco tiempo. Luego trata de dirigir la vida sentimental de la *Perita*.

Santiago Ibero es amigo de Fernando Calpena, el protagonista de la tercera serie de los *Episodios*. Calpena, a punto de casarse con Demetria, tras su romántico chasco con Aura, se compromete, a petición de aquella, a llevar a Ibero a La Guardia para que se case con Gracia, de la que, años ha, estaba enamorado. Calpena cumple a la perfección sus hercúleos trabajos, y Santiago y Gracia, reconciliados, se casan. De esta unión nacen tres hijos: Santiago, Demetria Fernanda, nacida en 1845 y Fernando Demetrio, nacido dos años después. Por transposición en el habla, los segundos nombres de los niños pasan a ser los primeros.

Tal vez no haga falta decir que los nombres de ambos son un homenaje a sus tíos Fernando Calpena y Demetria de Castro-Amézaga.

Fernanda, nuestra heroína, era «una moza de opulenta hermosura, flor de la ibérica raza, traslado y reproducción femenina de su padre, de quien tenía los ojos negros y la mirada quemadora, la rique-

¹⁶⁹ *España sin rey*, cap. I.

za sanguínea, el cuerpo espigado, el andar resuelto, la terquedad aragonesa batida en el yunque riojano.»¹⁷⁰

De su madre y de su tía aprendió todas las virtudes junto con la honestidad y el comedimiento. Pese a todo, y casi de pasada, se nos advierte que «la tenacidad de su carácter, la espiritual fuerza polarizada en dirección del bien, existían envueltas en capitas de dulce modestia, semejantes a las túnicas delicadas que protegen a ciertos frutos en formación.»¹⁷¹

Criada Fernanda en La Guardia, no se le conocen novios ni pretendientes. Se muestra esquiva con los jóvenes, y viste con la elegancia de la moda que, perezosamente, llega a La Guardia.

Le gusta el teatro, la sociedad y el baile. Sus padres la llevan a Vitoria durante los meses de invierno, y sus tíos a Burdeos en verano.

En tanto iba desarrollándose Fernanda, se terminó el año 68, y lo hizo entre «clamorosas disputas». No era para menos: «Habíamos hecho una revolución con el instrumento naval y militar, trayendo después al pueblo a que la confirmara, y apenas cogieron los nuevos estadistas el manubrio de gobernar, saltó la cuestión batallona: si quitado el trono debíamos poner otro, o constituírnos en República.»¹⁷²

No quedó aquí la cuestión. «Y esta discusión primaria pronto había de ramificarse en variedad de peloterías. Los republicanos despotricarían sobre si la República debía llevar penacho unitario, federal o mixto, y los monárquicos andarían a la greña por si encasquetaban la corona en esta o en la otra cabeza.»¹⁷³

A principios de Diciembre se convocaron elecciones. Se inició, así, la carrera electoral. Es entonces cuando por La Guardia aparece un candidato de sonoro y rimbombante nombre: don Juan de Urríes y Ponce de León. Es andaluz y segundón de la noble casa de Ben Alí. Lleva una carta de Sagasta para Ibero, y otras para «respetables veteranos del carlismo.»

Santiago Ibero aposentó en su casa al señor de Urríes, «caballero de acabada hermosura varonil, años veintisiete, soberbia estampa, realzada por un hablar fácil y gracioso, que era el encanto de cuantos le oían. Muy honrados se consideraron Ibero y Gracia con tal huésped. Don Juan respiraba nobleza, elegancia; su traje y modales eran la misma distinción; sus pensamientos, expresados con exquisito donaire, revelaban un alma tan selecta como sus corbatas, y sentimientos primorosos, bien limpios y esmeradamente planchados.»¹⁷⁴

En compañía de don Juan, la familia Ibero se traslada a Vitoria, donde frecuentan el palacete de los marqueses de Gauna. Los moradores de dicho palacete son personas muy mayores. De entre ellos destaca don Wifredo de Romarate, sobrino del marqués y Bailío de Nueve Villas.

En el palacete, todos sus miembros acogen al caballero Urríes con deferencia y agasajo. Don Juan los conquista. «Harto sabía él, consumado artista social, adaptarse a todos los medios; en la masa de la sangre tenía la facultad de asimilación, y en su labia flexible y chispeante un arsenal inagotable de recursos persuasivos.»¹⁷⁵

Con su labia, gracejo y saber estar, don Juan se hace con toda la familia, y, por supuesto, «ya se adivina el resto... y es que con sólo unos pocos días de trato en La Guardia y otros tantos en Vitoria, quedó Fernandita intensamente enamorada de don Juan, y llegó a prender en ella el fuego del amor con tal furia,

¹⁷⁰ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷¹ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷² *España sin rey*, cap. I.

¹⁷³ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷⁴ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷⁵ *España sin rey*, cap. I.

que pronto fue incendio imposible de apagar. Ni ella trataba de sofocarlo; antes bien dejábalo crecer, dejábalo crepitar, echando en la hoguera toda su alma inocente.»¹⁷⁶

El galán se percata enseguida de la facilidad de la conquista; pero «sagaz calador del corazón femenino, entendía que era imposible llevar su conquista por caminos apartados de la pura honestidad. Con toda su pasión y ciego delirio, Fernanda no le habría seguido. Podían mucho en ella la educación, los ejemplos de su familia y el carácter rígido de su padre. El don Juan supo enarbolar desde los primeros arrullos la bandera del matrimonio, pues si así no lo hiciera, la niña se habría llamado a engaño, dándose a la muerte antes que a la deshonra.»¹⁷⁷

Fernanda se enamora de forma arrebatada: «la extrema felicidad le dolía, y las risueñas esperanzas le punzaban». Teme morir antes de casarse, o que muera don Juan. A veces tiene la impresión de caminar entre nubes, y de que los burros son guapísimos. «Los ojos negros de la señorita enamorada devolvían a la naturaleza el amor que recibía, y apenas devuelto lo tomaba de nuevo.»¹⁷⁸

El galán, sin descuidar sus obligaciones, sale a visitar pueblos en sus correrías electorales, «y en todas partes prometía lo que no lograra cumplir si mil años viviera.»¹⁷⁹ El 11 de febrero, con la misión cumplida, parte hacia Madrid. Fernanda, en la soledad, se dedica a levantar castillos imaginarios. «En la intimidad del pensamiento, Fernanda preveía lo moral y lo físico.»¹⁸⁰ Sueña, como la lechera, con los hijos que tendrá y con los honores que alcanzarán.

El galán constituyente, desde Madrid, sigue alimentando la hoguera del amor con cartas. Fernanda escribe mejor que él. Y le previene en contra de las constituciones nombrando a un viejo conocido: «Me ha contado mi madre que el famoso caballero don Beltrán de Urdaneta, cuando ya chocheaba, no tenía más entretenimiento que hacer constituciones. Todas las noches escribía una, y al día siguiente hacía con ella pajaritas.»¹⁸¹

Urríes también escribe al padre de la novia. Le cuenta que urge restablecer la monarquía para cortar los excesos de los republicanos. «El hombre de inagotables gracias en la conversación, no sabía salir, escribiendo, del círculo tonto en que están contenidas todas las vulgaridades del pensamiento.»¹⁸² Apunta el narrador.

A principios de marzo regresan los Ibero a La Guardia, donde tienen como huésped a don Wifredo Romarate y Trapinedo, un caballero cincuentón, de corto talle, ceremonioso y pulcro. Este trata a Fernanda «con las más exquisitas atenciones y los rendimientos más refinados.» Don Wifredo es un viejo carlista que pugna en contra de la constitución que todavía no se ha promulgado.

Tras varias discusiones con Ibero, que ni se muestra partidario de los carlistas ni de rey extranjero, don Wifredo parte hacia Madrid, no sin antes pedirle «a Fernanda órdenes para don Juan de Urríes y Ponce de León.» Los padres de Fernanda no le dan permiso para ir a Madrid, donde están sus tíos.

En la corte, don Wifredo se instala «en una casa de huéspedes decentísima y de buen trato.»¹⁸³ En esa casa no se admiten más que personas recomendadas. Hay clérigos y señoras mayores. Entre estas hay una señora marquesa con sobrina y criada. La vieja marquesa, que apenas sale de su habitación, invita a don

¹⁷⁶ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷⁷ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷⁸ *España sin rey*, cap. I.

¹⁷⁹ *España sin rey*, cap. II.

¹⁸⁰ *España sin rey*, cap. II.

¹⁸¹ *España sin rey*, cap. II.

¹⁸² *España sin rey*, cap. II.

¹⁸³ *España sin rey*, cap. III.

Wifredo a visitarla. Le cuenta al caballero que que estuvo reñida con sus parientes de Madrid, «Serafín del Socobio, y con la viuda de Saturnino, una tal Eufrasia, advenediza, que de aluvión bastante turbio había entrado en la familia.»¹⁸⁴

Esta Eufrasia, a quien nombra la marquesa, es Eufrasia Carrasco, hija de don Bruno Carrasco y de doña Leandra Quijada, protagonistas de *Bodas reales*. Eufrasia huye con su novio; más tarde, por su matrimonio, se convierte en marquesa del Socobio, y se hace amiga de José García Fajardo, de quien ya hemos hablado.

La marquesa se declara carlista. Tiene una sobrina de belleza angelical. La marquesa era camarista de la reina; siguió a don Carlos y a la reina doña Francisca por Portugal.

Don Wifredo sigue con sus visitas. La sobrina de belleza angelical se llama Céfora, elipsis de Nicéfora. Esta tiene un conocimiento superficial de «cosas místicas y aun teológicas», y suspira por la vida del claustro. Don Wifredo no está convencido de la sinceridad de tales anhelos, máxime cuando esa misma noche vio entrar de visita a don Juan de Urríes y Ponce de León, que se comportó con total familiaridad. Don Wifredo se quedó mudo al verlo. Don Juan no acierta con la fórmula del saludo. «Con toda su agudeza no pudo evitar Urríes cierto embarazo en la conversación, y don Wifredo, de puro cortado, trabucaba los conceptos. Pero su confusión no le impidió advertir el extremado gozo de la señorita teóloga ante el gallardo sujeto recién venido.»¹⁸⁵

Efectivamente, los ojos de Céfora brillaban de alegría. Esa noche prendió la ira en el pecho de don Wifredo. Duda de las ansias de claustro de Céfora, y del carlismo de la marquesa, pues a esta última la ha visto leyendo *Los miserables*, de Víctor Hugo.

Don Wifredo, al conocer las visitas de don Juan a Céfora, teme por Fernanda; se plantea tomar cartas en el asunto. A la noche siguiente, don Wifredo acecha a los dos viéndolos salir juntos. Los sigue con sigilo hasta que los pierde en un callejón. Al día siguiente visita a tía y sobrina. La sobrina está triste. La tía, Carolina de Leucona y del Socobio, no tiene muy buena opinión de Urríes:

«—Es un hombre agradabilísimo, fino y servicial como él solo; pero a poco que se le trate, se descubre, debajo de la frivolidad graciosa, el enorme vacío moral de estas generaciones. Estimándole yo mucho como amigo de los de puro ornamento social, no me fiaría de él en cosa alguna pertinente a las buenas costumbres, a la familia y a nuestra religión sacratísima.»¹⁸⁶

Céfora tampoco habla muy bien de don Juan. Don Wifredo no sabe si es una cínica o es tonta de remate.

En el siguiente encuentro, don Wifredo trata de enterarse de si Urríes recibe noticias de La Guardia. Urríes, por su parte, teme que don Wifredo escriba a allí contando las visitas a Céfora. Por eso mismo le cuenta a don Wifredo que sabe que es un diplomático del carlismo, y hablando de política trata de sobornarlo ofreciéndole un pase para el Congreso. Gracias a este soborno asistimos a una sesión parlamentaria en la cual «la mayor sorpresa del buen señor fue ver confundidos en aquella grillera los padres de la patria de distintos partidos, bandos y fracciones, y oír que conversaban en tonos de tolerancia y amistad los que públicamente se argüían con dureza.»¹⁸⁷

A partir de este momento asistimos a una serie de reuniones en el Congreso que le van a servir a Galdós para poner de manifiesto la doblez política de don Juan de Urríes: «el hermano de don Juan, marqués

¹⁸⁴ *España sin rey*, cap. III.

¹⁸⁵ *España sin rey*, cap. V.

¹⁸⁶ *España sin rey*, cap. V.

¹⁸⁷ *España sin rey*, cap. VII.

de Ben Alí, era también diputado; pero no había venido al Congreso más que para jurar, y en su pueblo de la provincia de Córdoba permanecía gobernando y feudalizando con los instrumentos de tortura o dominación administrativa. La connivencia entre los dos hermanos era completa, y ambos se daban maña para fortificar la torre del cacicato y hacerla inexpugnable.»¹⁸⁸

Ya tenemos, pues, al personaje retratado en cuerpo y alma.

Por otra parte Céfora, quien todavía no se ha decidido por el matrimonio o la vida de clausura, se niega a acompañar a su tía en el jubileo de las visitas. Por el contrario, muchas tardes, Céfora se escapa con Urríes «para esconderse con él en ignorado asilo.»¹⁸⁹

Don Juan intuye que Céfora no es sobrina de la marquesa de Subijana. Es Eufrosia del Socobio, marquesa de Villares de Tajo, quien cuenta la historia a su amiga María Erro:

«[...]... Céfora es hija de don Miguel de Nanclares, esposo de Carolina. La tuvo de una hermosa muchacha judía, llamada Mesooda, de familia pobre del *Gheto*.¹⁹⁰ [...], nacida la chiquilla, la dieron a criar a una buena mujer de un pueblecito cercano. Allá iba don Miguel a verla, y en una de esas visitas a la aldea, el caballero y el ama de la niña discurren que debían bautizarla. [...] Pues no quiero decir a usted la que se armó en cuanto pudo enterarse la madre, una rubita de traza ideal, del tipo de Ruth... me parece que la estoy mirando... ¡Y que era una fierecilla la tal *Messoda!*... Por milagro se salvó Subijana de que le arrojara al rostro un cantarillo de aceite hirviendo.»¹⁹¹

El padre era «tan furibundo católico como ferviente libertino», y al bautizar a su hija hizo que la madre, judía, perdiera todo derecho sobre ella. Como es fácil imaginar esta aventura provocó desavenencias entre el matrimonio. Doña Carolina acudió a la Rota en demanda del divorcio. Eufrosia y su marido, pariente este de don Miguel, tratan de mediar y de poner paz. Lo logran a medias. Reconciliada la marquesa con don Miguel, meten a la niña en un convento de ursulinas. Y muerto don Miguel, la marquesa se hace cargo de Céfora.¹⁹²

Pasa el tiempo entre discusiones sobre quien ha de llevar las riendas del estado, si el carlismo, el nuevo monarca o la república. En medio de este debate, aparece el hermano de don Juan conminándolo al casamiento:

«[...]... Nuestra casa necesita un apoyo. Tú debes darlo casándote con Marina de Pedroche, que a su condición de propietaria de las mejores vegas de Montilla y Lucena, une las cualidades de belleza y virtud. Acábense tus dudas. Siénta la cabeza, Juan; ya no eres un niño.»¹⁹³

Le ordena ir a La Guardia y romper el compromiso con Fernanda, cosa que él ya había pensado hacer. Al mismo tiempo que sale don Juan de Madrid, también lo hacen la marquesa, Céfora y don Wifredo. Antes de ir a La Guardia, don Juan ha de pasar por Barcelona: lleva pliegos de su hermano para un coronel de artillería retirado. Se está preparando otra intentona carlista. «Era, en fin, un levantamiento general y a la menuda, en la mayoría de los casos organizado y dirigido por indignos clérigos. Y estos bribones, que al verse perdidos se acogían al último indulto, volvían luego tranquilamente a sus parroquias, santuarios o catedrales, y sin que nadie les molestara continuaban ejerciendo su ministerio espiritual, y elevaban la hostia con sus manos sacrílegas.»¹⁹⁴

¹⁸⁸ *España sin rey*, cap. XIV.

¹⁸⁹ *España sin rey*, cap. XVII.

¹⁹⁰ El matrimonio vivía en Roma en aquel momento.

¹⁹¹ *España sin rey*, cap. XVIII.

¹⁹² *España sin rey*, cap. XVIII.

¹⁹³ *España sin rey*, cap. XIX.

¹⁹⁴ *España sin rey*, cap. XX.

Como se puede comprobar no es don Juan de Urríes una excepción en ese mundo de hipocresías y de doble juego. Un mundo en el que seguir una carrera, eclesiástica o política, supone escoger un determinado modo de ganarse la vida, pero nada más.

Don Juan seguirá ahondando en esa separación. Cerca ya de La Guardia se percata de que su boda de conveniencia le cierra toda posibilidad de pretender a Fernanda, salvo que esta siga enamorada de él... Fernanda está en casa de sus tíos, y allá se dirige el galán. La conversación con la joven no es nada fácil: ella no admite términos medios, y él trata de galantearla.

«El niño que hay siempre dentro del calavera o libertino le sugería procedimientos muy elementales: arrojar sobre la mujer engañada flores bonitas y galanos requiebros.»¹⁹⁵

El problema que tiene don Juan es que no sabe captar que Fernanda no es como las otras mujeres. Es una mujer de una pieza, muy alejada de la volubilidad de Céfora:

«—No te canses, Juan: tus flores me parecen flores de muertos... flores de trapo. Llévalas a la rubia de Subijana, y en ella se volverán flores vivas, frescas, naturales. Bien cerca la tienes... Ha sido ella más dichosa que yo. Pero no debemos quejarnos... Al mundo venimos para eso, para que unos pierdan y otros ganen... Yo he perdido.»¹⁹⁶

Sigue protestando don Juan, pero Fernanda se despide de él sin más. A continuación es Demetria, la tía de Fernanda, quien se entrevista con él. Todos saben, menos la despechada joven, lo de su matrimonio de conveniencia. Le pide las cartas de Fernanda. Urríes las ha dejado en Miranda. Antes de partir le ruega a Demetria que lo deje entrevistarse con Fernanda por última vez. Esta accede. Don Juan trata de seducirla de nuevo, de que le conceda una entrevista, solos los dos, en un lugar apartado. Entre grandes dudas, ella se niega.

Don Juan la ha visto dubitativa, así que sin más decide llevar adelante la seducción. Cuenta para ello con un criado de la familia de Fernanda, Sabas, convencido de las buenas intenciones de don Juan. Sabas, a través de otro criado, le consigue la cita con Fernanda. Tanto él como Boni permanecen vigilantes:

«Las intenciones de Urríes no eran buenas; pero su apetito donjuánico no tenía suficientes arrestos para proceder conforme al uso de los tiempos heroicos del libertinaje. La sociedad comedida y reglamentada del siglo XIX no permitía ciertas audacias. El rapto en el coche, burlando de un puntapié o a cuchilladas la vigilancia de los servidores, era un delirio anacrónico. Robada Fernanda, ¿qué haría después? Estábamos en un siglo imposible, todo alambrado de leyes, reglas y miramientos.»¹⁹⁷

Pronto se percata Urríes de que la entrevista con Fernanda, con los criados como testigos, ha sido un error. Trata entonces, imposibilitado de hacer otras cosas, de arrancarle otra cita. Fernanda está dolida:

«Negose la hija de Ibero, y encastillada en su honestidad tanto como en su agravio, acudía veloz al cierre de todas las brechas que el galán abría. En el corazón de la enamorada joven, el odio a Céfora era una llama inextinguible. A Céfora tenía por autora de los tormentos que le ocasionaba el desvío de don Juan; y mientras más bello y seductor a sus ojos se presentaba el hombre amado, más terriblemente crepitaban las llamas del corazón, y más acerada y persistente era la idea fija, semejante a una brújula montada en el cerebro.»¹⁹⁸

¹⁹⁵ *España sin rey*, cap. XXI.

¹⁹⁶ *España sin rey*, cap. XXI.

¹⁹⁷ *España sin rey*, cap. XXII.

¹⁹⁸ *España sin rey*, cap. XXII.

Ignorando lo del matrimonio de conveniencia, Fernanda estaba convencida de que él había ido a La Guardia para estar cerca de Céfora. Don Juan repite, una y otra vez, que «la rubia de Subijana no significaba para él más que las invisibles pajaritas del aire.»

Fernanda, ante tanta insistencia, comienza a dudar:

«Fernanda era religiosa; creía que los juramentos obligan y son prendas de veracidad. Su candorosa fe, un poco rutinaria y formalista, respondió a las ardientes afirmaciones del galán proponiéndole que jurase lo que había dicho. ¡Buen cuidado le daba a Urríes complacer a su amada, y pasarse jurando toda la noche! Los juramentos dramáticos y líricos no tuvieron fin: juró por Dios y por su madre, es decir por las dos madres, la de Dios y la del caballero, a la cual este suponía muy bien aposentada en la mansión de los justos. Quedó así Fernanda consolada o en disposición de creer, y dando por terminada la entrevista, ofreció conceder otra en breve plazo, y decidir en ella si reanudaban el carreo.»¹⁹⁹

Pese a haber logrado una nueva cita, tras varios juramentos, Urríes no se retira satisfecho. Por si esto fuera poco reaparece Nievécitas, sobrina del cura de Bergüenda, y mujer tan comunicativa que «antes reventara que guardar un secreto.» Es esta joven quien informa a Fernanda de las andanzas nocturnas de don Juan en pos de Céfora.

«El primer efecto de este jicarazo en el ánimo de Fernanda, fue una estupefacción parecida a la insensibilidad; siguió la cólera, el ciego creer en lo que oía; vino después la duda... Nieves mentía... repetía cuentos y chismajos... A estos angustiosos estados de alma que cambiaban rápidamente, sucedió un repentino desbarajuste nervioso como arrebató de locura.»²⁰⁰

Fernanda quiere comprobar por sí misma lo afirmado por Nievécitas. Tanto esta como Boni tratan de apartarla de su propósito; ella, sin embargo, como un nuevo Edipo, quiere saber por encima de todo. Y por otra parte, «la hija de Ibero podía romperse y morir; doblarse y transigir, nunca. Era un ser fundido en una sola pieza, y no había medio de tomar una parte de ella dejando lo demás.»²⁰¹

La suerte se alía con sus ansias de saber: las conspiradoras reciben un soplo. Gracias a él se enteran del trayecto de don Juan para verse con Céfora.

El galán llega a una casa de Salinas, donde pasa la noche esperándola. A la mañana siguiente, deseando hablar con ella, da un paseo por donde suele ir Céfora después de misa. Esta le cuenta que su tía la marquesa espera que se vaya pronto de casa, bien casándose o bien metiéndose monja. Para lo primero le han buscado un novio hartó desagradable, y para lo segundo un cura que la catequiza, aunque no para guardar los votos: «[...]. Me hizo una declaración muy mona... que le gusto mucho... que en vez de entrar en la Esperanza me arregle con él en clase de ama con visos de sobrina... que seremos muy felices.»²⁰²

Don Juan, rematando la faena, le propone montarle una casita en Madrid. Céfora no acepta: «[...]. No quiero casamientos de mano izquierda, mientras le das la derecha en el altar de Dios a la señorita de La Granja.»

Céfora desprecia a Fernanda. Ha decidido optar por la vida del claustro.

Don Juan, pese a todo, vuelve a citarla. Duda Céfora. A la noche siguiente, sin embargo, acude a la cita. El galán la espera en las afueras del pueblo. Cuando salen del caserío, se tropiezan con tres mujeres. Los cantos de los gallos se mezclan con un vibrante sarcasmo: «—¡Eh!... caballero, ángel... os he visto...»²⁰³

¹⁹⁹ *España sin rey*, cap. XXII.

²⁰⁰ *España sin rey*, cap. XXII.

²⁰¹ *España sin rey*, cap. XXII.

²⁰² *España sin rey*, cap. XXIII.

²⁰³ *España sin rey*, cap. XXIII.

Las mujeres del camino eran Boni, Nievécitas y Fernanda. Esta, por fin, ha visto lo que quería, y ha sacado sus conclusiones: «Es bueno ver las cosas, por malas que sean, y apurarlas en toda su amargura, para que el alma descanse en una pena tranquila... Venga un padecer claro, sin incertidumbres ni falsas esperanzas. ¿Quién no preferiría la muerte a la agonía?»²⁰⁴

Tanto Boni como Nieves tratan de distraer a Fernanda. A veces lo consiguen. Pero encerrada en su habitación, tras una noche de insomnio y de certezas, estalla en sollozos.

«Pensaba la triste doncella que su vida se había frustrado absolutamente; que ya no existía felicidad mundana de la cual pudiera obtener una parte, por pequeña que fuese. La persona gallardísima y las promesas de don Juan habían constituido en ella una segunda naturaleza, por no decir alma segunda. Muerto don Juan, por defección moral imperdonable, quedaba el alma de ella lo mismo que estuvo, encendida en tiernísimos afectos. Con el símil de una casa robada, expresaba Fernanda en sus soliloquios aquel estado de dolor inaudito.»²⁰⁵

Sabedores tíos y padres de su cita con don Juan le reprochan que acudiera a ella. Fernanda, entre tanto, «gustaba de estar sola para consagrarse con ancho y libre pensamiento a sus meditaciones, y dar mil vueltas al dolor, buscando la sutil alegría que esconde entre sus pliegues.»²⁰⁶

Piensa entonces en meterse monja, idea que abandona rápidamente para recordar a su hermano Santiago y ver «con benevolencia su vagar aventurero y su alejamiento de la familia.» Admira que se escapara de la tutela de don Tadeo Baranda²⁰⁷ para seguir a Prim en la conquista de México. Luego se buscó la vida por tierra y por mar. Escapada y aventuras las perdona la familia; pero con lo que no se transige es con que se fuera a Francia con una mujer de mala conducta y peor fama, Teresa Villaescusa. Fernanda se consuela pensando en la felicidad de Santiago y de Teresa, que es su antítesis: «Ya iría entrando en conocimiento de la escondida ley, por la cual los pecadores pueden ser felices y las almas angélicas no...»²⁰⁸

Don Juan, mientras tanto, va seduciendo y corrompiendo a cuanta mujer casada le sale al paso. A ellos los tranquiliza prometiendo empleos y cargos por cuenta del Estado. Era la moral nueva. «Entraba en los pueblos como paladín de la inmoralidad, y se despedía con esta tarjeta: Don Juan Tenorio, miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.»²⁰⁹

Aparentemente a Fernanda estas historias la dejan indiferente. En los paseos de la familia Ibero por Vitoria, adonde han ido para alejar a la atribulada joven de lugares dolorosos, se une don Wifredo de Romarate y Trapinedo. Este, que admira a Fernanda, y que se erige en su paladín, le dice que don Juan volverá a ella, o que él lo mata. Le insiste una y otra vez a la pobre Fernanda en que don Juan volverá a ella. «Todo por Fernanda y para Fernanda; y pues enamorada sigue del sujeto, a pesar del desaire sufrido, consagro mi vida al fin altísimo de traer al don Juan a su deber, o de castigarle con la muerte si a ello se negara.»²¹⁰

Por su criada Filiberta se afianza don Wifredo en la idea de que Céfora va a profesar en el convento de las Brígidas. Don Juan sigue movilizando gente y dinero a favor del carlismo por la zona de Tarragona. Días después don Wifredo sabe que don Juan se halla en la fonda de Quintanilla. Sospecha que piensa raptar a Céfora. Don Wifredo lo va a invitar a que se case con Fernanda o a que acepte un duelo a espada

²⁰⁴ *España sin rey*, cap. XXIV.

²⁰⁵ *España sin rey*, cap. XXIV.

²⁰⁶ *España sin rey*, cap. XXIV.

²⁰⁷ La historia de Santiago Ibero hijo y de Teresa Villaescusa se cuenta en el penúltimo episodio de la cuarta serie, *Prim*.

²⁰⁸ *España sin rey*, cap. XXIV.

²⁰⁹ *España sin rey*, cap. XXV.

²¹⁰ *España sin rey*, cap. XXVII.

con él. Fernanda también sabe que Céfora está en Vitoria, y que se aloja en una casa próxima al convento de las Brígidas.

Céfora está sola en Vitoria. Don Juan ha alquilado una casa en la Plaza Nueva, viejo local de dos plantas alquilado también para almacén de ferretería. Don Wifredo está seguro de encontrar allí a don Juan. Recogida la llave de la ferretería, acude a él una noche llevando las dos espadas. El local, efectivamente, linda con el huerto de las Brígidas. Allí deja don Wifredo sus armas.

Entre tanto un criado le lleva a Fernanda una nota del galán. En ella este le propone el restablecimiento de relaciones. Fernanda se acuerda de la parábola del hijo pródigo, que alivia sus dudas.

«Acordose luego de su hermano Santiago, de sus aventuras, de su vida irregular, de su felicidad presente, y se dijo: «Quizás mi destino y el de mi hermano sean igual destino... No podré llegar a la paz sin que antes pase por mil pruebas, sufra desdichas y afronte terribles tempestades»»²¹¹

Fernanda se duerme en medio de dulces ensoñaciones, pero su criada Marciana la vuelve a la realidad hablándole del propósito de enmienda del que habla don Juan en una carta: «—¿Por qué no le dice eso a tu padre? A tu padre debe dirigirse ahora, no a ti... No te fíes... lo que quiere es marearte, trastornarte, sabe Dios con qué idea.»²¹²

Marciana le dice que no se apresure, y que ella, mientras tanto, procurará enterarse de la realidad. Fernanda pasa la mañana desasosegada. Luego no quiere creer a Marciana cuando esta le dice que don Juan juega con dobles cartas: el galán lo tiene todo preparado para sacar a Céfora, para robarla. Fernanda cree que Marciana miente; tras una acalorada discusión, la persuade a salir y verlo todo con sus propios ojos.²¹³

Don Wifredo, escondido en el almacén, espera la llegada de don Juan. Esperando pasa dos noches. Un criado va a decirle que don Juan y otros señores lo esperan en el Gobierno Civil, de donde partirán todos para hablar con Santiago Ibero. Don Wifredo desconfía, pero, al final, pueden en él los sentimientos generosos y se va en compañía del miñón.

Poco después de partir don Wifredo, con la luna alta ya en el cielo, entran en la casa Marciana y Fernanda. Pasan largas horas esperando «un paso de novela, tonto de puro viejo.» Oyen pasos en el piso de arriba al tiempo que ven a don Juan acercarse a la ventana. Fernanda se contiene. Los pasos y las voces de arriba son los de Céfora aceptando trasladarse a Madrid con Urríes. La partida tiene que ser esa misma noche.

Fernanda pide ver la puerta por donde ha de salir Céfora. «No, no temas nada... no chillaré, no alborotaré si la veo salir... no haré más que reírme, Marciana; reírme de estos horribles sainetes del infierno.»²¹⁴

Céfora sale al camino. Fernanda la sigue con una de las espadas de don Wifredo en la mano. La conmina a que vuelva a la casa y a que no salga en toda la noche. Céfora la reconoce, y lanzando un chillido echa a correr. Marciana no logra detener a Fernanda. Céfora clama llamando a don Juan.

«Y Fernanda con más furia, blandiendo la espada que traía en su mano derecha:

—Llámale, llámale. Juan, ven a este infierno, que es obra tuya.

Frenética corrió contra ella, y ¡ras!... allá fueron al suelo Céfora y espada, aguja clavada en un acerico... La diablesa pasó de este mundo al otro sin decir apenas ¡ay!»²¹⁵

²¹¹ *España sin rey*, cap. XXX.

²¹² *España sin rey*, cap. XXX.

²¹³ *España sin rey*, cap. XXX.

²¹⁴ *España sin rey*, cap. XXXI.

²¹⁵ *España sin rey*, cap. XXXI.

La mitad del último capítulo del episodio está escrito en forma dialogada. Fernanda añora a su hermano Santiago, y don Wifredo trata de pasar por el asesino de Céfora. Fernanda no lo acepta, y dice con voz entera:

«Por mi culpa, por culpa también de alguno que no está presente, he venido a caer en este infierno. Yo estoy en él por mi pasión furiosa. La generosidad del buen Bailío no tiene puesto aquí.»²¹⁶

Y en medio de su delirio resume el drama invocando a quienes han tenido más suerte que ella: «Yo la odiaba... Ella me mató antes a mí. Muerta soy... Santiago, hermano mío, Teresa, ¿dónde estáis?... Espíritus fuertes, venid, resucitadme.»²¹⁷

Como se puede apreciar, Fernanda es la antítesis de José García Fajardo, una mujer capaz de matar y de morir por amor...

En el episodio siguiente, *España trágica*, Vicente Halconero, el hijo cojo de Lucila Ansúrez, protagonista de *Los duendes de la camarilla*, se enamora de su vecina, a la que ve, envuelta el misterio, pasear por el huerto. Santiago y Gracia, esperanzados, percatados de aquellas miradas, invitan a Vicente y a su madre a casa. Fernanda parece recuperar las esperanzas y las ganas de vivir; pero no es sino un espejismo: Fernanda muere al poco tiempo de conocer al bueno de Halconero.

7. DON TITO LIVIANO

Don Tito Liviano asume el protagonismo a partir del tercer título de la serie, *Amadeo I*. Es el personaje más surrealista de todos los *Episodios*. Poco o nada tiene que ver con ninguno de ellos, y con quien menos es con el primero de la serie, con Gabriel Araceli. Todo lo que en aquel era lucha por la patria, recorrer el país en búsqueda de Inés, se transforma aquí en ensoñaciones y aventura sexual no exenta de gracia, máxime si tenemos en cuenta el físico del personaje. Coinciden los dos, no obstante, en la forma de narrar sus aventuras, que es el diario. Volveremos sobre ello cuando hablemos del estilo de Galdós.

Es el mismo don Tito quien se describe. Lo hace con humor y desenfado:

«Al franquearme contigo, noble y cachazudo lector, presumo que desearás conocerme, saber quién soy, de dónde he salido, y el cómo y por qué de mi metimiento, de mi colaboración en estas historias. Por de pronto diré que soy un hombre chiquitín de cuerpo, grande de espíritu y dotado de amplia percepción para ver y apreciar las cosas del mundo. Reservo por ahora mi verdadero nombre, y entre los diferentes mote que suelo usar en mi labor periodística, escojo el más adecuado, que es también el más breve: Tito.»²¹⁸

A esta descripción sigue una barroca genealogía en la que no se marca distancias con nadie, como lo hacía Araceli con los héroes pícaros. Don Tito resume sus ancestros en muy pocas líneas: «Soy, pues, un queso de múltiples y variadas leches. Debo declarar que de la heterogeneidad de mis fundamentos genealógicos he salido yo tan complejo, que a menudo me siento diferente de mí mismo.»²¹⁹

Al iniciar su relato, escrito en primera persona, con la entrada en Madrid de Amadeo de Saboya, don Tito cuenta 23 años. Y dado que su diario comienza el 2 de enero de 1871, nació en 1848. Es tres años

²¹⁶ *España sin rey*, cap. XXXII.

²¹⁷ *España sin rey*, cap. XXXII.

²¹⁸ *Amadeo I*, cap. II.

²¹⁹ *Amadeo I*, cap. II.

mayor que Fernanda Ibero. Siempre, no obstante, declara más años de los que tiene debido a su corta estatura. Por eso mismo usa unos descomunales tacones.

«Suspiro, señores míos, porque este defecto de mi pequeñez ha sido y es la mayor amargura de mi vida. A la men- guada talla debo atribuir todas mis desgracias, el fracaso de mis tentativas literarias y el estancamiento de mis ambiciones.»²²⁰

Eso no le va a impedir a don Tito realizar la mar de conquistas. Este hombre es el reverso de Araceli, Calpena y Fernanda Ibero. También el de don Juan Urríes Ponce de León: sus conquistas siempre tienen un toque de gracia, no hay ni corrupción ni deseos de engañar para obtener beneficios. A menudo es él el seducido. La primera conquista es la de «una mujer picotera y bien armada de carnes, planchadora desde los tiempos de doña Isabel, esposa de un portero, que tuvo bastante habilidad y cuquería para empalmar el último reinado borbónico con el primero de la dinastía italiana.»²²¹

No va a durar mucho la historia con María de las Nieves, pese a que ella es alegre y frescachona, y su marido un buenazo, «corpulento como un buey y confiado como un borrego de Dios.» En febrero, no olvidemos que el diario de don Tito comienza el 2 de enero, ya va a palacio a plantearle la ruptura, «pues me había deparado el cielo conquista mejor.» Esta se había producido en el teatro viendo *Los polvos de la madre Celestina*. «La joven que me trastornó era, como yo, chiquitina, de bellas facciones y cuerpo primorosamente formado. A esta igualdad o armonía de nuestra naturaleza visible se debió quizás la repentina inclinación de ambos, y el fegonazo de amor que no tardó en producir voraz incendio.»²²²

La mujer en cuestión se llama Obdulia. Y la acompaña Celestina Tirado, de nombre bien clásico. La pequeña Obdulia es una romántica azucarada que quiere legalizar la situación. Don Tito tiene que darle palabra de casamiento, al que ella lo apremia una y otra vez.

«En verdad, la melaza romántica no se avenía con las asperezas del deber social y católico; pero yo entraba por todo, y cuando mi Obdulia salía con la tecla del matrimonio, yo le aseguraba que en cuanto me llegaran los papeles... pim... a casarnos.»²²³

La llegada de los papeles de don Tito se eterniza. Obdulia es criada de la marquesa de Navalcarazo. Dicha marquesa trabaja por la restauración borbónica, y promete un destino de 12.000 reales, 14.000 en provincias, si Obdulia y Tito están casados para cuando don Amadeo se embarque.

Don Tito va dando largas al asunto del matrimonio. El día de la entrada de los reyes se encara con él el tío de Obdulia. Dicho pariente la requirió de amores nada honestos. Viene a decirle a Tito que no se casará con Obdulia. Don Tito se revuelve contra el tío; pero días después recibe una carta de Obdulia en la que le confiesa que no se puede casar con él porque «supe que no eres católico porque me contaron que estuviste en la reunión de los federales en el Teatro de la Alhambra, y allí dijeron mil herejías ese Pío Margallo, el Castelar, el don Roque de Barcia, don Marcos de Albaida, y tú te subiste a una silla y soltaste el mayor sacrilegio, diciendo que no estabas seguro de que hay Dios, ni ángeles ni Virgen... que adorabas al demonio y que te descomías en los santos... ¡Qué cosas, qué pena! No puedo ser más larga. Ya no vuelvas a verme ni a escribirme... De ti se despide hasta la eternidad la que llorando te aborrece y verte no desea. Obdulia.»²²⁴

²²⁰ *Amadeo I*, cap. II.

²²¹ *Amadeo I*, cap. II.

²²² *Amadeo I*, cap. II.

²²³ *Amadeo I*, cap. II.

²²⁴ *Amadeo I*, cap. III.

Don Tito sospecha que el cambio de Obdulia se debe a la marquesa de Navalcarazo, para quien trabaja la otra, y que no es, precisamente, un ejemplo de honestidad.

Don Tito, pese a todo, acude al casino donde también va el tío de Obdulia. Se lía a garrotazos con él y con sus compinches. Aparece entonces don Telesforo del Portillo, alias *Sebo*, que fue criado de José García Fajardo, marqués de Beramendi.

Al llegar a casa, acompañado de Telesforo, don Tito se encuentra con una credencial con la que le llega el destino que había solicitado. El cambio de fortuna despierta en don Tito breves reflexiones: «La vida es pasión, contrastes, fuga veloz de corazones tiernos, toma y daca de arañazos y caricias. Y el mundo marcha... y el sol sale todos los días. Vivid, humanos, en la dulce alternativa del odiar y el querer.»²²⁵

Don Tito tiene que franquearse con sus amigos federales, pues estos tomarán como una traición el que haya aceptado un destino proveniente de la monarquía. Envaina su dignidad declarando que mañana sería más federal que hoy. Y hay que vivir: «El mundo marchaba y yo con él derechamente a mi bienestar, porque para colmo de ventura, me dijo Llano y Persi que yo no tenía que ir a la oficina más que a cobrar, el primero de cada mes.»²²⁶

Ese era el sueño de todo español. Poco después de estos acontecimientos se produjo la ruptura de los unionistas con los radicales. Pero antes de hablar de esto, don Tito va a hacerlo de otras cosas, «de asuntos privados, confundidos con los públicos hablaré, para que resulte la verdadera Historia, la cual nos aburriría si a ratos no la descalzáramos del coturno para ponerle las zapatillas.»²²⁷

Continuando, pues, con su historia, cuenta que a la de Obdulia siguió otra conquista «que no consigo por orden numérico porque he perdido la cuenta.»²²⁸

Esa conquista se la depara la dueña de resonancias clásicas, Celestina Tirado, y obedece al nombre de Felipa. La relación con Felipa lo lleva a establecer nuevas amistades. En esa sociedad en la que se celestinea bajo cuerda, y se le tira de la oreja al amigo Jorge, es decir se juega con dinero a juegos prohibidos, don Tito conoce a una señora. Dicha señora va a tener mucha importancia en su vida: «Una mujer entró allí, la tía Clío, con mantón y delantal, arrastrando gastadas pantuflas en chancleta. Mirándola en tal guisa y desgaire, tardé un rato en reconocerla, y me dije: «Yo he visto a esta vieja en alguna parte.»²²⁹

Otro señor le informa a don Tito que el periódico donde él trabaja, *El debate*, recibe dinero de los hacendados de Cuba a fin de crear un estado de opinión favorable a ellos. Don Tito trata de hablar con Clío, pero esta desaparece. Una vez en casa interroga a Felipa sobre Clío. Esto es lo que le dice:

«—Es una vieja medio loca que en el piso bajo tiene una tienda de muebles, armas y papelerios antiguos. Lejos de aquí la hemos visto vestida de señora con borcegués de tacón dorado, y aquí se nos presenta hecha un pingajo, con chinelas que dice fueron de una tal Urraca. Charlotea de trifulcas que pasaron y de las que están pasando, y es una crítona que no hace más que gruñir. Se va como viene, sin saludar a nadie y diciendo no más que: «Hasta ahora». Y el ahora quiere decir siempre.»²³⁰

Don Tito cae gravemente enfermo de fiebre tifoidea. Durante su convalecencia lo asiste económicamente un amigo, el mismo que lo empleara en *El debate*. Don Tito promete devolverle el favor. Y recuperado, hace una síntesis de la historia de España:

²²⁵ *Amadeo I*, cap. IV.

²²⁶ *Amadeo I*, cap. IV.

²²⁷ *Amadeo I*, cap. IV.

²²⁸ *Amadeo I*, cap. V.

²²⁹ *Amadeo I*, cap. V.

²³⁰ *Amadeo I*, cap. V.

«Corrió el tiempo arrastrando sucesos públicos y privados; se fue don Amadeo; salió por el escotillón la República, feneció esta, dejando el paso a la Restauración... Reinó Alfonso XII; pasó a mejor vida. Tuvimos Regencia larga; se fueron de paseo las colonias y entraron a comer manadas de frailes y monjas... El niño Alfonso XIII fue hombre; reinó, casó... Vino lo que vino: agitación de partidos, inquietud social, prurito de libertad, alerta de republicanos, guerra con moros, semanas de fuego y sangre...»²³¹

Sufriendo miserias y persecuciones, dedicado a la pluma y a la conquista de mujeres, el amigo que lo socorrió le pide a don Tito que le ayude a escribir la historia del reinado de Amadeo I. Lo puede hacer con total libertad, repitiendo lo que es una constante en Galdós, la importancia de la historia menuda:

«Puedes observar el método que quieras, ateniéndote a la cronología en lo culminante y zafándote de ella en los casos privados, aunque éstos a veces llegan al fondo de la verdad más que los públicos. Puedes entreverar entre col y col la lechuga de tus conquistas; [...]»²³²

Con tan sutil ardid, y con la mención de Cervantes y de Cide Hamete Benegeli, se justifica don Tito para escribir lo que está escribiendo. Su amigo también lo autoriza para que cuente la historia como testigo, pues testigo de los hechos fue Galdós; e igualmente lo autoriza a cambiar de estilo:

«A mi observación de que yo tendía por temperamento y volubilidad natural a la mudanza de opinión, y a variar mi carácter y estilo conforme a la ocasión y lugar en que la fatalidad me ponía, contestó que esto no le importaba, y que la variedad de mis posturas o disfraces daría más encanto a la obra.»²³³

En el verano del 71 se produjo la ruptura de los unionistas con los radicales. Entró a formar gobierno don Manuel Ruiz Zorrilla.

Durante la convalecencia de don Tito se produjo la apertura de las Cortes. El rey pronunció un discurso enfático y henchido de vanas promesas. Pero «la oposición era tremenda; entre federales, carlistas, moderados netos, alfonsinos de solemnidad o vergonzantes, formaban una falange de complejos rencores que iban en contra el Gobierno, el Rey y el Verbo divino.»²³⁴

Don Tito alaba el gobierno de Ruiz Zorrilla, «que era una República con rey». Tiene problemas económicos, cosa que hace que Felipa comience a sentir desafecto hacia su persona. Antes de abandonarlo, le da una azotaina como si de un niño se tratase. Al día siguiente, con un mensajero, le envía un terno y dos pesetas.

Durante el verano desaparecen amigos y conocidos. Y *El debate*, metido «en el pantano de las economías» licencia a don Tito, que se viste «la coraza del estoicismo». Escribe gratis en *La Igualdad* y en *La Ilustración Republicana Federal*. Allí conoce, entre otros, a Roberto Robert, de quien le encanta «su acerada sátira.» Con Roberto Robert comenta don Tito las famosas cacerías de Riofrío:

«Persiguiendo venados con el Rey, Serrano conspiraba para derribar a Zorrilla, al mes de subir este al poder. No sería verdad; pero el público, ávido siempre de novedades, se hartaba de aquella comidilla... Las cacerías fueron y son los más seguros vedados para matar las grandes reses políticas.»²³⁵

El párrafo, como se puede observar, no tiene desperdicio. Desde luego algún día habría que estudiar, si fuera posible, la importancia de las cacerías en la vida política del país.

²³¹ *Amadeo I*, cap. V.

²³² *Amadeo I*, cap. V.

²³³ *Amadeo I*, cap. VI.

²³⁴ *Amadeo I*, cap. VI.

²³⁵ *Amadeo I*, cap. VI.

La siguiente conquista de don Tito, volvemos a la historia menuda, es doña María de la Cabeza Ventosa de San José. Tan sonora señora es dueña de dos tiendas de telas. Y con ella entra todo el efluvio de *Fortunata y Jacinta* en el episodio: es don Plácido Estupiñá quien pone a don Tito en conocimiento de doña María de la Cabeza. Plácido Estupiñá, corredor de dependientes de comercio en el episodio, nacido en 1803, el mismo año en que nació Mesonero Romanos, aparece en el capítulo III, I parte, de *Fortunata...* Estupiñá es quien lleva al colegio a Juanito Santa Cruz. Y años después gracias a él, al enfermar e ir a visitarlo Juanito, es cuando este conoce a Fortunata, vecina de don Plácido.

Además doña María era nieta, por parte de madre, de don Benigno Cordero. Este personaje pertenece a la segunda serie de los *Episodios*; es amigo de Salvador Monsalud. Don Benigno, viudo ya, está a punto de casarse con Sole, quien, como otra Inés, aguarda a Monsalud a lo largo de todos los episodios de la serie. Al final lo espera en una finca de don Benigno. Don Benigno estuvo casado con doña Robustiana Toros de Guisando, una mujer que «con la estrechez del ajuste, los abundantes dones que en ella acumuló sin tasa Natura formaban un circuito de tanta extensión, que una mosca (esto puede asegurarse y lo certificaron testigos oculares), una mosca decimos, que salió de uno de los brazos para ir al otro, pasando por delante, tardó no se sabe cuánto tiempo en dar la vuelta y llegar a su destino.»²³⁶

Esta pareja tiene tres hijos, Elena, nacida el 21 de octubre de 1805, día de la batalla de Trafalgar; y Primitivo y Segundo. Elena, con el nombre cambiado, pasa a *Fortunata y Jacinta*. En la novela sigue siendo hija de don Benigno, pero se llama Isabel Cordero. Se casa con Gumersindo Arnáiz con quien tiene 17 hijos. En sus partos predominan las mujeres. Una de ellas es Jacinta. Isabel o Elena Cordero se lamenta de parir hijas a quien cuesta luego buscar maridos buenos... El autor nombra a varias de estas, pero entre ellas no aparece ninguna María de la Cabeza. Bien es verdad que el narrador corta la hebra de los casamientos de las nietas de don Benigno para hablar de lo que ha de preceder a la boda de Jacinta.²³⁷

Así, pues, doña María de la Cabeza es hija de Elena o Isabel Cordero; y, como el resto de su familia, será liberal, y tendrá tienda de telas como sus padres y familiares. También está emparentada con Mariana Pineda.

Plácido Estupiñá, que debe andar entonces por los 68 años, trata de convencer a don Tito para que deje la pluma por la vara de medir. Él lo pondrá en contacto con María de la Cabeza.

A los pocos días de empezar a trabajar, don Tito cae enfermo. Doña María lo cuida y alimenta. Él, agradecido, se lo paga con creces:

«Yo soy un hombre que no sabe disimular sus sentimientos. Soy todo un torrente para la sinceridad, y un águila para poner en ejecución, sin perder instantes, lo que me dicta mi conciencia. Consecuente conmigo, me arranqué, como suele decirse, de una vez, y le solté a mi doña Cabeza una declaración de amor tan coruscante y ardorosa que la buena señora se quedó asustadica, vacilante entre la risa y el asombro.»²³⁸

Es esta una época gloriosa para don Tito. Apenas si se inquieta por el cínico marido de doña María, un tal Serafín de San José al que despacha con dinero sacado del cajón de la tienda. Más le inquieta a don Tito que no visiten a doña María ciertos parientes; y que un tal Alberique se pasee por delante del establecimiento. Colige nuestro héroe que fue su antecesor en los afectos de doña Cabeza. Don Tito tiene unas palabras con él, de donde surge la idea de retarlo a un duelo. Entre tanto siguen las intrigas políticas, con su tantico de líos de faldas. Se concierta el duelo; doña María le pide a Tito que escriba en *Las Nove-*

²³⁶ *El terror de 1824*, cap. XII.

²³⁷ *Fortunata y Jacinta*, I parte, cap. II, V y VI.

²³⁸ *Amadeo I*, cap. VII.

dades ensalzando la figura de don Manuel Ruiz Zorrilla. Don Tito lo mismo ensalza a uno que a otro, al federalismo intransigente que al moderado, a la monarquía conservadora que a la democrática.

«Era yo, pues, un caso peregrino de proteísmo; y ved, amigos, como esta mi voluble constitución mental venía consagrada desde mi nacimiento y bautismo por mi nombre y cognomen. Yo me llamo, sabedlo ya, Proteo Liviano, de donde saqué el Tito Livio usado en mis primeros escritos, y el Tito a secas que hoy merece mi preferencia por lo picante y diminuto.»²³⁹

Pese a todo cayó Ruiz Zorrilla apareciendo por el foro derecha Serrano y Sagasta.

El duelo con Alberique no se puede hacer con arma blanca debido a la diferencia de estatura. Escogen las pistolas. Don Tito hiere de un tiro a Alberique al segundo intento no aviniéndose ni a saludos ni a reconciliaciones.

Al informar a Cabeza del duelo, esta le afea su conducta, pues Alberique es casado y con hijos; y no hay más honor que «el arreglo de los negocios, y respetar el tuyo y el mío.»²⁴⁰

Con el cambio de gobierno se producen tumultos en Madrid. La aristocracia, mientras tanto, está «ayudando a convertir en palabras vacías los tres rotundos jamases del general Prim.»

En los primeros días del nuevo gobierno, don Tito hace una nueva conquista, aunque en realidad fue él el conquistado. Una tarde, en la calle, una mujer le pone una carta en las manos. En ella lo alaba por su enfrentamiento con Alberique, diciéndole de paso que de niña jugaba con muñecas, y que con el paso del tiempo le agradan todos los muñecos. En la variedad está el gusto. La carta va firmada por una tal Graziella.

En el terreno político, «zorrillescos y sagastones» tratan de ponerse de acuerdo sobre sus respectivos manifiestos, que «parecían mellizos.» Cuando comenzaron a tejer aquella tela, don Tito recibió la segunda misiva. En ella Graziella le indica calle, número y hora para recibirlo.

La tal Graziella «era un anchuroso bulto de vieja, o una elefanta en dos pies cubierta de refajos.»²⁴¹

La mujer, sin embargo, no es tonta; le habla a don Tito con toda la naturalidad del mundo: «Si te dijera que soy honrada, te echarías a reír. Tráeme una honradez que me dé de comer, y tendrás que santiguarte al entrar en mi casa. [...] Como no quiero perjudicarte, lo primero que te digo es que no dejes a tu tendera lozana y rica... La engañas un tantico, y nada más. Yo no engaño... Vivo en libertad.»²⁴²

Añade a ello que es voluble y caprichosa, y que quien se la hace se la paga. A los días de este entrevista, don Tito, fingiendo que lo ha llamado Zorrilla, sale de casa de doña Cabeza para pasar la tarde con Graziella. Esta decide gastarle una broma, le esconde la ropa y lo obliga, así, a pasar la noche en su casa. De nada le valen al tenorio ni gritos ni súplicas. Graziella lo insta a que escriba un papelón político para Zorrilla; eso le servirá de justificación ante la señora Cabeza. Antes, sin embargo, sirvieron la cena. Tras esta es llevado en vilo por tres mujeres que lo arrojan sobre la cama.

A la mañana siguiente se pone a escribir. Una «matrona corpulenta» le trae los periódicos. Don Tito pregunta quién es. Y aparece así el personaje que, junto con nuestro pequeño héroe, va a convertir los últimos episodios en literatura surrealista, o, si se quiere, emparentada con una buena parte de la literatura clásica, sería la derivada de narraciones como la de don Juan Manuel, la titulada *De lo que aconteció a Deán de Santiago con don Yllán, el gran maestro de Toledo*. En ella, como es sabido, se confunde la

²³⁹ *Amadeo I*, cap. VII.

²⁴⁰ *Amadeo I*, cap. VIII.

²⁴¹ *Amadeo I*, cap. IX.

²⁴² *Amadeo I*, cap. IX.

realidad con el sueño. El personaje que ya va a tomar entidad es Marí Clío, que unas veces calza coturnos y otras zapatillas de estar por casa. «Sabe más de lo que parece, y cuando escribe lo hace con primor. Llámala para que te ayude, y te dará buena cuenta de lo mucho que ha visto, y te alumbrará las entendederas para que sepas lo que ahora pasa», le dice Graziella.²⁴³

Mientras lee los periódicos, sin que se percate de ello, Mariclío se sienta a su lado. Le comenta que entre Zorrilla y Sagasta no encontrarán la fórmula de avenencia: «De estos hombres que ponen en la mediocridad el límite más alto de sus ambiciones, nada puede esperarse.» Comparando luego el programa de Sagasta con el de Zorrilla llegan a la conclusión de que entre ambos hay la diferencia de un comino. Mariclío se duele: no entiende que un país con hombres que discurren con juicio esté en manos de «esta cuadrilla de politicajos por oficio y rutinas abogaciles, hombres de menguada afición, mil veces más dañinos que los ambiciosos de alto vuelo.»

Mariclío hace un duro retrato de los políticos españoles. Como se puede observar estamos ya muy lejos de la nación unida que lucha contra un enemigo, o de aquellos que pelean por un ideal. La política ha tomado unos vuelos tan rasos, tan ínfimos, que ya ni siquiera caben los grandes amores, o las grandes pasiones. Todo queda reducido a un juego, más o menos gracioso, entre dos o tres protagonistas. Nunca hay nada serio, como tampoco lo hay en los amores de Amadeo I con Adela Larra. Juego de intereses, que termina por confundir la realidad con lo soñado: en vano buscará don Tito, a los dos días de haber salido de allí, la casa de Graziella: ha desaparecido, o no ha existido nunca. Quien sí se aparecerá una y otra vez es doña Mariclío, maestra de vida. Sus apariciones y relaciones con don Tito están analizadas en el último capítulo de esta aproximación a los *Episodios* por lo que preferimos dejar aquí, inacabada, la vida de don Tito a fin de no repetimos. Baste con recalcar que en poco tiempo hemos pasado de unos amores ardientes, los de Fernanda, que causan la muerte, a las liviandades de aquella monarquía en la que todo se convierte en juego e intrigas ante lo cual no cabe sino subrayar la famosa exclamación del rey Amadeo I: ««Ah, per Bacco, io non capisco niente. Siamo una gabbia di pazzi.»

Todo esa ligereza y liviandad está contenida en los amores de don Tito.

Apuntamos las fechas de nacimiento de los héroes:

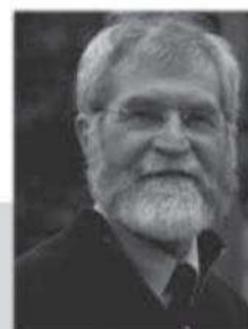
Gabriel Araceli	1791
Salvador Monsalud	1792
Beltrán de Urdaneta	1758
Fernando Calpena	1815
José García Fajardo	1825
Fernanda Ibero	1845
Tito Liviano	1848

²⁴³ *Amadeo I*, cap. IX.

*Benito Pérez
Galdós*

Miau

Traduction de Daniel Gautier



ISIDORA
Ediciones



II. LOS TÓPICOS

A lo largo de los *Episodios* don Benito va vertiendo sus opiniones sobre el Romanticismo, movimiento por el cual no sentía mucha simpatía, tal vez porque lo veía falso y lleno de tópicos. En el caso que nos ocupa el tópico viene dado por la visión, romántica, que franceses e ingleses tienen de España y de los españoles. Los otros tópicos, menos interesantes, los utilizados por los políticos, ya los resume Federico Carlos Sáinz de Robles en el prólogo: «Los tópicos son semejantes a los cohetes: sutileza silbante, estallido tremendo, chispas caedizas de mil colores —para todos los gustos— que pueden prender..., pero casi nunca prenden. Nada. ¡Tópicos!»¹ No obstante, veremos algunos de ellos. Nos interesan ahora los tópicos de los personajes de menos relumbré, pero que juegan un papel importante en los *Episodios*. Comencemos por los franceses y su tópica visión de España.

En 1823, como fin de fiesta del Trienio Liberal, se produjo la invasión de la Península por parte de los cien mil hijos de san Luis. Su objetivo era restaurar el absolutismo en España en la figura de Fernando VII, retenido por los liberales en Cádiz. En *Los cien mil hijos de san Luis*, Jenara Baraona, personaje de folletín en ocasiones, conspira, en Bayona y en Francia, para conseguir dicha restauración. Son importantes las aventuras y reflexiones de esta dama viajera, como la bautiza el mismo Galdós².

Jenara va a sufrir en propia carne lo que ya sufriera Araceli en *La batalla de los Arapiles*, convertirse en un tópico romántico cuando «el romanticismo existía ya, aunque no había sido bautizado.»³

Téngase en cuenta que la novela está ambientada en 1823.

De la mano de los tópicos irá casi siempre el folletín. Y personajes de folletín parecen muchas de las mujeres de Galdós: miss Fly, Jenara Baraona, Teresa Villaescusa y Fernanda Ibero, entre otras. Es interesante comparar a estas dos mujeres: miss Fly y Jenara Baraona. Ambas emprenden un duro, arduo y peligroso camino, propio de heroína de folletín, para llegar a estar junto al ideal o a la persona amada.

¹ Federico Carlos Sáinz de Robles, *Don Benito Pérez Galdós. Su vida. Su época*. En *Episodios nacionales*. Madrid, editorial Aguilar, 1973, p. 31.

² *Los cien mil hijos de san Luis*, cap. V.

³ *Los cien mil hijos...* cap. XIV.

Miss Fly, además, recorrerá el campo de batalla en busca del cuerpo de Gabriel Araceli, quien, por supuesto, está enamorado de Inés, como Salvador Monsalud, a quien persigue Jenara por media España, busca a su «hermana» Soledad.

Jenara, como hemos dicho, conspira a favor de Fernando VII, el Rey Neto, en Bayona y en París. En la capital de Francia, la dama viajera es vista como una rareza española: no solamente habla el francés con corrección, viste elegantemente y se entrevista con Chateaubriand, sino que además sabe leer y escribir. Estas son algunas de las percepciones de Jenara cuando se entrevista con Chateaubriand:

«Entendí que la presencia de la diplomática española le había causado sorpresa. Sin duda creía ver en mí una «maja» de esas que, conforme él dice en uno de sus libros, se alimentan con una bellota, una aceituna y un higo. Debí admirarle mi intachable vestido francés y la falta de aquella gravedad española que consiste, según ellos, en hablar campanudamente y con altanería. En sus miradas creí sorprender una curiosidad reparona, algo impropia de un hombre tan fino. Parecióme que miraba si había yo llevado el rosario para rezar en su presencia, o alguna guitarra para tocar y cantar mientras durase el largo plazo de la antesala. En sus primeras palabras advertí marcado deseo de llevarme al terreno literario, porque empezó hablando de lo mucho que admiraba a mi país, y del Romancero del Cid, asunto que no vino muy de molde.»⁴

No es solamente Chateaubriand quien tiene tales ideas de España. Tan negativa visión, Jenara la extiende a todos los franceses:

«Tenían de nuestro país una idea muy falsa. Cuando Chateaubriand, que era el genio de la Restauración, decía de España: *Allí el matar es cosa natural, ya sea por amor, ya sea por odio*, puede juzgarse lo que pensarían todas aquellas personas que no supieron escribir *El genio del Cristianismo*. Nos consideraban como un pueblo heroico y salvaje, dominado por pasiones violentas y por un fanatismo religioso semejante al del antiguo Egipto.

La princesa de la Trémouille se asombraba de que yo supiera escribir, y me presentó en su tertulia como un objeto raro, aunque sin dar a conocer ningún sentimiento ni idea que me mortificasen. Yo creo que ni uno solo de sus amigos dejó de enamorarse de mí, ilusionados con la idea de mi sentimentalismo andaluz y de mi gravedad calderoniana, o de la mezcla que suponían en mí de maja y gran señora, de Dulcinea y gitana. El más rendido se suponía expuesto a morir asesinado por mí en un arrebato de celos, pues tal idea tenían de las españolas, que en cada una de ellas se habían de hallar comprendidas dos personas, a saber: la *cantaora* de Sevilla y doña Jimena, la torera que gasta navaja y la dama ideal de los romances moriscos. Yo me reía con esto y llevaba adelante la broma.»⁵

Como no podía dejar de suceder de tan romántica y atractiva figura, de Jenara Baraona, se enamora un francés, el conde de Montguyon, que participa, álbum de dibujo en ristre, en la invasión de la península para poder estar al lado de la española. A su vez, sin saberlo, le facilitará los medios para que Jenara siga a Salvador Monsalud a Sevilla. Dice Jenara del conde:

«Elogiaba a los guerrilleros, diciendo que, a pesar de sus defectillos, eran tipos de heroísmo, de aquella independencia caballeresca que tanto había enaltecido el nombre español en tiempos remotos. También le seducían por ser, como los frailes, gente muy pintoresca. Mi don Quijote era una especie de artista, y gustaba de hacer monigotes en su libro, dibujando arcos viejos, mendigos, casuchas, una fila de chopos, carros, lanchas pescadoras y otras menudencias de que estaba muy envanecido.»⁶

También miss Fly, en sus correrías por España, lleva su álbum de dibujo. Ella ha venido con su hermano, «oficial de ingenieros de la división de Hill.»⁷ Muerto este en la batalla de Albuera, y repatriado el cuerpo, miss Fly decide quedarse en España:

⁴ *Los cien mil hijos de san Luis*, cap. X.

⁵ *Los cien mil hijos...* cap. XI.

⁶ *Los cien mil hijos...* cap. XIII.

⁷ *La batalla de los Arapiles*, cap. VII.

«En poco tiempo cumplí esta triste misión [repatriación del cuerpo], y hallándome sola traté de volver a mi país. Pero al mismo tiempo me cautivaban de mal modo la historia, las tradiciones, las costumbres, la literatura, las artes, las ruinas, la música popular, los bailes, los trajes de esta nación tan grande en otro tiempo y otra vez grandísima en la época presente, que formé el proyecto de quedarme aquí para estudiarlo todo, y previa licencia de mis padres, así lo he hecho.»⁸

Es ahora Gabriel Araceli quien se asombra de que una mujer sola vaya recorriendo los campos de España en medio de una guerra. Miss Fly le responde con otro tópico, como no podía dejar de suceder:

«¡Ah, no conocéis sin duda que nosotras las hijas de Inglaterra estamos protegidas por las leyes de tal manera y con tanto rigor, que ningún hombre se atreve a faltarnos al respeto!»⁹

A tal afirmación sigue un delicioso diálogo en el que miss Fly viene a decirle a Araceli que si la galantea de forma indebida, el ejército aliado o lo fusilaría, o mandaría que se casara con ella. Gabriel afirma que se casaría, pero miss Fly se toma aquello como una leve burla.

El romanticismo, y la inconsciencia, o la total seguridad en sí misma, convierten a miss Fly en un personaje folletinesco: cuando Gabriel se ofrece para entrar en la ocupada Salamanca a fin de espiar para los aliados, y descubrir el paradero de Inés, miss Fly, sin encomendarse a nadie, lo sigue. Le salvará la vida.¹⁰

Jenara Baraona se sirve del conde de Montguyon para llegar hasta Salvador Monsalud, novio al que abandonó y por el cual suspira ahora. También Inés encontrará a Gabriel, tras la batalla de los Arapiles, gracias a miss Fly. Al ver en el hospital el cariño del malherido Gabriel por Inés será cuando se desengañe la inglesa. Antes, no obstante, se ha sentido muy atraída por Araceli, atracción que comienza al enterarse esta de que mató a lord Gray en un duelo. Lord Gray para miss Fly es todo lo contrario de un caballero.¹¹ Y Gabriel será el caballero andante que protege el honor de las damas. Por eso mismo, no deja de ser interesante una de las preguntas que esta le hace a Araceli al poco tiempo de conocerlo:

«—Decidme: ¿sabéis tirar las armas, domar un potro, derribar un toro, tañer la guitarra y componer versos?»¹²

Gabriel Araceli se presta un poco al juego de la romántica inglesa contestando, no sin ironía, a sus preguntas. Miss Fly se percata de que Gabriel no está acostumbrado a ese tipo de conversación, y mete alguna que otra lindeza entre tópico y tópico:

«[...]Acostumbrado a no oír en boca de vuestras mojígatas compatriotas sino medias palabras, vulgaridades y frases de hipocresía, os sorprende esa libertad con que me expreso, estas extrañas preguntas que os dirijo... Quizás me juzguéis mal...»¹³

Indudablemente don Benito, a través de miss Fly, de los tópicos, nos está dando una visión, bastante real al parecer, sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres del siglo XIX, visión que se cierra con todo lo contrario de lo que atrae a miss Fly, muy impresionada por el duelo de Araceli con Lord Gray:

⁸ *La batalla de los Arapiles*, cap. VIII.

⁹ *La batalla de los Arapiles*, cap. VIII.

¹⁰ *La batalla de los Arapiles*, caps. XI y ss.

¹¹ *La batalla de los Arapiles*, cap. VIII.

¹² *La batalla de los Arapiles*, cap. IX.

¹³ *La batalla de los Arapiles*, cap. IX.

«Mi honor no depende de vuestros pensamientos. Serfais un necio si creyerais que esto es otra cosa que una curiosidad de inglesa, casi diré de artista y de viajera. Las costumbres y los caracteres de este país son dignos de profundo estudio.»¹⁴

Araceli adelantándose a lo que va a decir miss Fly se resigna «a ser un libro de texto.»¹⁵

Quien no lo será es Jenara. Ella pertenece a la burguesía conservadora, ha estado casada con un guerrillero, carlista al finalizar la guerra de la Independencia, y es lo suficientemente inteligente como para percatarse de cuánto de interés escondido hay en esas visiones tópicas del país que se va a invadir. En el fondo, parece advertirnos don Benito, los tópicos no ocultan sino un profundo desprecio. Así se percata Jenara, metida en otro ambiente y en otras circunstancias, de que España es la tierra donde se va a imponer la monarquía absolutista, merced a los Cien mil hijos de san Luis, para cumplir dos objetivos bien claros, sin hablar del comercio ni de las colonias:

«Su objetivo, su bello ideal, era aterrar a los revolucionarios franceses, harto entusiasmados con las demencias de nuestros bobos liberales, y, además, dar a la Dinastía restaurada el prestigio militar que no tenía.»¹⁶

Los franceses cumplieron su objetivo. Fernando VII fue restaurado en el trono, Riego ajusticiado, y el zar de Rusia pudo respirar más tranquilo, así como el rey de Francia. Mientras, en España la gente seguía matándose como la cosa más normal del mundo, *ya sea por amor, ya sea por odio*. Comenzó la Década Ominosa, contra la cual no protestaron las potencias extranjeras. Fernando VII estuvo a punto de acabar con el país. Y don Tadeo Calomarde se cubrió de gloria. Todo excesivamente típico.

Ni ingleses ni franceses, al menos en los *Episodios*, hablan de la Constitución de Cádiz, por ejemplo, ni de las ansias de renovación de una parte de la burguesía y del pueblo. No hablan de ella, pero sí envían un fuerte ejército en contra suya. Mientras, don Benito, como Jenara y Araceli, parece sonreír ante esa visión romántica y distorsionada, muy interesada, que se tiene del país.

Veinte años más tarde, en 1843, George Borrow publicaría un libro conocido entre nosotros como *La Biblia en España*. En el libro se pone de manifiesto, entre otras cosas, que cada uno ve del mundo lo que le interesa. Así la hija de Catalina de Aragón, para don Jorge, fue una sanguinaria papista, pero su real padre Enrique VIII no fue un sanguinario antipapista. Y la visión de Madrid queda reducida a un par de ejecuciones capitales. ¿Por qué no el Londres de Thomas Moro? España, es cierto, tuvo la desgracia de contar con unos reyes y unas camarillas impresentables. Y con unos viajeros que, como Polifemo, sólo tenían un ojo, y aun este lo traían con cataratas. En ningún momento habla don Jorgito de la Cuádruple Alianza, por ejemplo, aunque bien es verdad que Inglaterra fue contraria a la invasión¹⁷. ¿Qué iban a hacer Araceli y Jenara sino sonreír? A quienes se les congeló la sonrisa fue a los liberales que tuvieron la desgracia de vivir la Década Ominosa. No es de extrañar que el historiador Juan Santiuste, creación de don Benito, enloquezca, trate de escribir la Historia como debería haber pasado, y haga fusilar a Fernando VII en Cádiz. De haber sido así posiblemente nos hubiera ido a todos mejor. Y los tópicos hubieran sido otros.

¹⁴ *La batalla de los Arapiles*, cap. IX.

¹⁵ *La batalla de los Arapiles*, cap. IX.

¹⁶ *Los cien mil hijos de san Luis*, cap. XI.

¹⁷ Ángel Bahamonde y Jesús. A. Martínez, *Historia de España, siglo XIX*. Madrid, Ed. Cátedra, 2007, p. 151.

III. LA GUERRA

1. CONTRA EL INVASOR

La guerra, debido a los años convulsos que novela Galdós, va a ocupar una buena parte de los *Episodios nacionales*. La guerra estuvo muy presente en España a lo largo del siglo XIX, y parte del XX. Durante este periodo de tiempo, podemos hablar de dos tipos de guerras: la mantenida contra los invasores, los franceses, Guerra de Independencia; y la sostenida entre españoles contra españoles, carlistas contra liberales, guerras Carlistas. Las primeras abarcan desde 1808 a 1814, y la segundas, con intermitencias, desde 1833 hasta 1876.

Se utiliza un tono distinto, y distintos personajes, más complejos los últimos, para hablar de uno y otro conflicto, como iremos viendo. Los *Episodios nacionales* se abren, como es sabido, con el relato de los preparativos para la batalla de Trafalgar. Dicha batalla se va a convertir en el bautizo de fuego del protagonista de la primera serie, Gabriel Araceli. Transcurrido el combate naval, con el consiguiente desastre para España, Araceli recorrerá los más importantes campos de batalla de la Guerra de la Independencia. A través de estas batallas, Galdós irá desgranando sus opiniones sobre la guerra y sus consecuencias.

Contrastan dichas opiniones, negativas, con la aparición, en algunas de las novelas, del personaje épico, mayor por regla general, y un tanto trastornado, que va al combate como quien va a una gozosa fiesta. Es el caso de don Alonso Gutiérrez de Cisniega, y de su amigo Marcial, alias *Medio-hombre*¹. La realidad, sin embargo, se impondrá a sus absurdas ansias épicas y de grandeza. El combate no resulta lo que ellos habían imaginado. Araceli, además, comienza a tomar conciencia del peligro y de la muerte, del que no hablan dichos personajes, cuando los marineros se afanan en los preparativos para la inminente batalla:

«Pasando de mano en mano, subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fué grande cuando vi que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablones. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete de al lado.

¹ *Trafalgar*. Véase en especial los capítulos II, III y IV.

—Es para la sangre —me contestó con indiferencia.
—¡Para la sangre! —repetí yo sin poder reprimir un estremecimiento de terror.»²

Es así como Gabriel toma clara conciencia de lo que supone una batalla. Instantes después la épica, la gloria y los movimientos geniales de barcos y navíos, se transforman en la más cruda realidad:

«La sangre corría en abundancia por la cubierta y los puentes, y, a pesar de la arena, el movimiento del buque la llevaba de aquí para allí, formando fatídicos dibujos. Las balas de cañón, de tan cerca disparadas, mutilaban horriblemente los cuerpos, y era frecuente ver rodar a alguno, arrancada de cercén la cabeza, cuando la violencia del proyectil no arrojaba la víctima al mar, entre cuyas ondas debía perderse casi sin dolor la última noción de la vida. Otras balas rebotaban contra un palo o contra la obra muerta, levantando granizadas de astillas que herían como flechas. La fusilería de las cofas y la metralla de las carronadas esparcían otra muerte menos rápida y más dolorosa, y fué raro el que no salió marcado más o menos gravemente por el plomo y el hierro de nuestros enemigos.»³

Araceli, niño todavía, asiste al hundimiento del *Trinidad*, de cuyas troneras, sin que nadie pueda hacer nada por ellos, llegan los quejidos y lamentos de los heridos que son abandonados. Los ayes de desesperación de estos llenan el espacio causando horror.⁴ Así lo cuenta Gabriel:

«Se abandonó todo trabajo; no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos, sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con delirante extravío, buscando un portalón por donde arrojar al mar. Por las escotillas salía un lastimero clamor, que aún parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales sintiéndose anegados por el agua, que ya invadía aquel sitio, clamaban pidiendo socorro no sé si a Dios o a los hombres.»⁵

No hay ninguna guerra que no sea absurda y cruel. No obstante, parece que la guerra en el mar lo es doblemente: no hay posibilidad de escapatoria; y ser abandonado por los compañeros es una muerte segura por ahogamiento. Los marineros, no obstante, se libran de caer prisioneros y de sufrir torturas a manos de los vencedores. Algo es algo. Es esta la única batalla naval de todos los *Episodios*. Pues en el otro episodio, *La vuelta al mundo en La Numancia*, se cuentan ataques de barcos contra fortalezas terrestres, pero no un combate como tal.

Llama la atención en los *Episodios* las distintas reflexiones que hacen algunos de los personajes sobre la guerra y los enemigos. Don Benito, como siempre, nos da diversos puntos de vista:

«Siempre se me habían representado los ingleses como verdaderos piratas o salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su pabellón, saludándole con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces surcó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos, los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían a Dios que les concediera la victoria.»⁶

Como se puede observar estamos muy lejos de la épica y del maniqueísmo.

² *Trafalgar*, cap. X.

³ *Trafalgar*, cap. XI.

⁴ *Trafalgar*, cap. XII.

⁵ *Trafalgar*, cap. XII.

⁶ *Trafalgar*, cap. XII.

Tras la cruel y sangrienta batalla, con multitud de barcos hundidos, viene recoger a los náufragos, sean de la nacionalidad que sean. Ingleses y españoles comparten lanchas y reman en busca de la salvación. Gabriel los observa y reflexiona:

«Yo miraba a los ingleses, remando con tanta decisión como los nuestros; yo observaba en sus semblantes las mismas señales de terror o de esperanza, y, sobre todo, la expresión propia del santo sentimiento de humanidad y caridad, que era el móvil de unos y otros. Con estos pensamientos, decía para mí: «¿Para qué son las guerras, Dios mío? ¿Por qué estos hombres no han de ser amigos en todas las ocasiones de la vida, como lo son en las de peligro? Esto que veo, ¿no prueba que todos los hombres son hermanos?»⁷

Téngase en cuenta que tan preciosas reflexiones son hechas por un niño de catorce años, si bien se escriben setenta años después de famosa batalla. Por eso mismo la conclusión de Gabriel, del Gabriel ya anciano, no puede estar exenta de cierta amargura:

«Yo estoy seguro —añadí— de que esto no puede durar; apuesto doble contra sencillo a que dentro de poco los hombres de unas y otras islas se han de convencer de que hacen un gran disparate armando tan terribles guerras, y llegará un día en que se abrazarán, conviniendo todos en no formar más que una sola familia. Así pensaba yo. Después de esto he vivido setenta años, y no he visto llegar ese día.»⁸

Araceli habría perdido la apuesta, y no hubiese visto llegar ese día así hubiera vivido doscientos años más. Pues tras la Guerra de la Independencia, «la gran academia del desorden»⁹ surgieron las guerras carlistas, más crueles y sanguinarias, cuando no la represión, los fusilamientos y las venganzas.

Unido a toda guerra, inseparable de ella, formando parte de su misma naturaleza, va el saqueo, la destrucción del patrimonio nacional, el robo y la violación. Galdós pasa sobre esto último como sobre ascuas:

«Nos hablaron de la otra parte, ofreciéndonos socorro, y nos apresuramos a pasar; pero antes de que estuviéramos del opuesto lado sentimos a los mamelucos y otros soldados franceses vociferar en las habitaciones principales; oyóse un tiro; después una de las muchachas lanzó un grito espantoso y desgarrador. Lo que allí debió ocurrir no es para contado.»¹⁰

Idéntica fórmula repite en otro episodio:

«También pusieron mano [los franceses] en los conventos, encariñándose demasiado con los de religiosas, donde cometieron desafueros que mejor están callados que referidos.»¹¹

Consecuente con estas palabras, en todos los *Episodios* no se describe ninguna violación. Galdós las insinúa simplemente. Tan explícita como él es la madre Monserrat, del convento de San Salomó:

«[...] Yo he visto las horrosas calamidades de la guerra; yo he visto este santo asilo profanado, derribadas sus paredes a cañonazos, y sus claustros y celdas invadidos por una soldadesca infame. ¡Todo lo envilece, [la guerra], sí, todo lo envilece. [...]; yo vi a tres hermanas degolladas y otras injuriadas horriblemente.»¹²

⁷ *Trafalgar*, cap. XIII.

⁸ *Trafalgar*, cap. XIII.

⁹ *Juan Martín el Empecinado*, cap. V.

¹⁰ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. XXVII.

¹¹ *Un voluntario realista*, cap. I.

¹² *Un voluntario realista*, cap. V.

Las monjas están conspirando para ayudar a los carlistas, y la oponente de la madre Monserrat, sor Teodora de Aransis, distingue, o trata de distinguir, entre los soldados de Napoleón y los del hermano de Fernando VII. Esta es la conclusión de la madre Monserrat:

«Todos los soldados son iguales y todas las guerras odiosas...»¹³

Otro de los terribles componentes de la guerra es el hambre. De ella se ocupará Galdós muy especialmente en el episodio titulado *Gerona*. La ciudad está sitiada y sin víveres. En vano trata el ejército de romper el cerco formado por los franceses; cuando lo rompe no soluciona el problema:

«En cuanto a los auxilios, pasada la impresión del primer instante, todos caímos en la cuenta de que los mismos que nos los habían traído nos los quitarían, porque reforzada la guarnición con 4.000 hombres de Conde, estos nos ayudaban a consumir los víveres. ¡Funesto dilema de todas las plazas sitiadas! Pocas bocas para comer dan pocos brazos para pelear. Gran número de brazos trae gran número de bocas: de modo que si somos pocos, nos vence el arte enemigo; si somos muchos, nos vence el hambre. Sobre esta contradicción se funda verdaderamente todo el arte militar de los sitios.»¹⁴

La parte más dramática del hambre, de la hambruna, será la lucha a muerte que sostengan, por un gato, Andrés Marijuán y el doctor Nomdedéu, capaz de matar este último para poder alimentar a su enferma hija.¹⁵

Cazar ratones, a fin de poder comer, dará pie a Galdós para hacer una terrible comparación entre el ejército ratonil y los humanos. Los ratones, hambrientos también, se atacan entre ellos para devorarse. Don Benito compone, en pocas líneas, una terrible *ratomaquia o muromaquia*:

«Las belicosas uñas se afilan en el suelo, y en las cuentecitas de vidrio que tienen por ojos brilla el ardor de los combates. La hora terrible se acerca, y el ogro, hambriento de carne y nunca saciado, devorará a los hijos del Norte. ¡Ay! Las pobres madres han concebido y dado a luz nada más que para esto.»¹⁶

Se percata el narrador, Andresillo Marijuán, que con la guerra se persigue algo más que saciar el hambre. Humaniza a los ratones, o degrada a los humanos:

«Si lo que los impulsaba a la lucha era pura y simplemente el anhelo de satisfacer su apetito, una vez trabada aquella, despierto y exaltado el genio militar, los escuálidos soldados no se acordaban de llenar sus panzas con los despojos del vencido, y un ideal de gloria los impelía a lanzarse sobre los rotos escuadrones, sobre las tinajas teñidas de sangre, sobre el tonel jamás conquistado, dominándolo todo con su planta atrevida.»¹⁷

Es en esa lucha por comer donde el hombre pierde toda su dignidad. Marijuán y el doctor Nomdedéu han estado a punto de matarse por un gato. Las reflexiones del protagonista, a partir de ese momento, no pueden ser más amargas:

«Todo lo noble y hermoso que enaltece al hombre había desaparecido, y el brutal instinto sustituía a las generosas potencias eclipsadas. Sí, señores; yo era tan despreciable, tan bajo como aquellos inmundos animales que poco antes había visto despedazando a sus propios hermanos para comérselos.»¹⁸

¹³ *Un voluntario realista*, cap. V.

¹⁴ *Gerona*, cap. VII.

¹⁵ *Gerona*, cap. XII y XIX.

¹⁶ *Gerona*, cap XVIII.

¹⁷ *Gerona*, cap XVIII.

¹⁸ *Gerona*, cap XVIII.

Asqueado, con clara conciencia de que se ha llegado al final de la situación, «vamos a morir. Anhele la muerte», Marijuán se va a la muralla a gastar sus últimas fuerzas en la defensa de la ciudad. La visión que da de la guerra y de la batalla no puede estar más alejada de la épica:

«Fui a la muralla de Alemanes, hice fuego, me batí con desesperación contra los franceses que venían al asalto, gritaba como los demás y me movía como los demás. Era la rueda de una máquina, y me dejaba llevar engranado a mis compañeros. No era yo quien hacía todo aquello: era una fuerza superior, colectiva; un todo formidable que no paraba jamás. Lo mismo era para mí morir que vivir. Este es el heroísmo.»¹⁹

Con la guerra, sus causas y consecuencias, podríamos llenar volúmenes y volúmenes. Galdós no agota los temas: en unos episodios toca un aspecto de la guerra, y otro en otros. Será, por lo tanto, la lectura de todos la única forma de obtener una visión del conjunto. En el episodio titulado *Zaragoza*, llama la atención la aparición del egoísta, de quien ve en la guerra una excusa para que los demás lo despojen de cuanto tiene. El otro tema, terrible, será el de los muertos que quedan sin enterrar. Aquí no hay pactos como en el mundo clásico, con su entrega de cadáveres y honras fúnebres. No hay tiempo para eso. Pese a que los muertos molestan:

«las únicas honras fúnebres que por entonces podían hacerseles consistían en quitarlos de donde estorbaban.»²⁰

Así una madre verá, todos los días, a su hijo y a su nieto, muertos y sin enterrar. La mujer les habla como si con sus palabras los fuera a despertar de un dulce sueño²¹. La gente pasa, indiferente, por su lado.

«Pasaba la gente, pasaban soldados, frailes, paisanos. Todos veían aquello con indiferencia, porque a cada paso se encontraban con un espectáculo semejante.»²²

No podía faltar, por supuesto, a fin de tener una visión completa de la guerra, la ofrecida por una madre. Obsérvese cómo don Benito, al mismo tiempo, ya plantea un peliagudo tema que desarrollará luego el cine americano: el guerrero o soldado como persona incapaz de adaptarse a la paz:

«Doña Hermenegilda, que así se llamaba la dueña, era viuda de un guardamontes de la Borunda y había tenido siete hijos, de los cuales, a excepción del más pequeño, que emigró a las Américas, no quedaba ninguno, por haberlos absorbido todos, sucesivamente, las distintas guerras de la Península, desde la famosa de la Independencia hasta la de los agraviados en Cataluña. Tan guerreros eran, que en los pequeños claros o intervalos de paz, ninguno supo hacer cosa de provecho, y la poca hacienda que tenían fué pasando a los prestamistas, disolviéndose todo en comilonas, timbas, inútiles viajes, cacerías y compras de armas para camorras. De eso y del desastroso fin de todos ello nació en doña Hermenegilda un aborrecimiento tan vivo de las guerras, que no se le podía mentar nada de lo tocante al fiero Marte y su culto sangriento. Ella decía que una nación de cobardes sería la más feliz y próspera del mundo; y cuando le objetaban que esa nación no sería dueña de sí misma porque la esclavizaría cualquier conquistador extraño, respondía que su bello ideal era que todas las naciones del mundo fueran igualmente cobardes, para que resultara un globo terráqueo poblado en absoluto de seres prudentes. Doña Hermenegilda no era navarra.»²³

Doña Hermenegilda no era navarra; pero tenía mucho sentido común, pese a que este sirva de bien poco, y menos en situaciones prebélicas. Siempre resulta más fácil exaltar a la gente, lanzarla a la violencia

¹⁹ *Gerona*, cap XIX.

²⁰ *Zaragoza*, cap. XVIII.

²¹ *Zaragoza*, cap. XXV.

²² *Zaragoza*, cap. XXV.

²³ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XX.

y a la muerte que a la reflexión y al trabajo cotidiano. ¿Cuál es la solución? Galdós parece optar porque la gente sepa lo que es una batalla, la guerra. Por si no es suficiente con lo apuntado antes pone estas palabras en la boca, fijémonos bien, de un dragón francés:

«¿Sabes lo que es una batalla? Un engaño, chico, una farsa. Los generales embaucan a los pobres soldados, les hablan de la gloria, les arrastran a la barbarie, les hacen morir y luego la gloria es para ellos. Pónense a mirar la batalla desde una altura lejana, adonde las balas no llegan, y echando el antejo a un lado y a otro, hacen creer a los tontos que están observando distancias y calculando movimientos. [...]. Luego viene la Historia con sus palabrotas retumbantes, y entre tanta farsa caen unos reyes para subir otros, sin que el Pueblo sepa por qué, y los políticos hacen su agosto chupándose la sangre de la nación, que es lo que, a la postre, resulta de todo.»²⁴

Por si ni esto ni la cobardía surten efecto, la mejor batalla será definida por Santorcaz, el padre de Inés:

«La mejor batalla del mundo, hija mía, será aquella en que perezcan todos, todos los soldados de los dos ejércitos contendientes.»²⁵

Faltaría por saber si, de esta forma, con la cobardía, la conciencia de los desastres de la guerra, del engaño que oculta, o con el exterminio de los ejércitos contendientes, se lograría la paz. Tal vez nos conformemos todos con que no haya guerra. Erasmo de Rotterdam se mostraba de acuerdo con Cicerón cuando decía este que «una paz injusta es mejor que la guerra más justa.»²⁶

2. CONTRA HERMANOS

Hay un cierto eco erasmista en la conversación que, sobre la guerra y sus consecuencias, sostienen sor Monserrat, una monja mayor, «anciana y cadavérica»²⁷ y sor Teodora de Aransis, joven y bella. El convento de san Salomó, que alberga a dichas monjas y a algunas más, está situado en Solsona, Lérida; es descrito como un nido de desavenencias y rencores, donde si no reina la paz más perfecta, se han olvidado de la regla, de la caridad y de la fraternidad, no lo habían hecho, por el contrario, de guardar sus secretos.²⁸

Contrasta este convento con el de frailes mercedarios de la primera serie, con sus chistes en latín, y un ambiente jocoso y más o menos fraterno.²⁹

Si los frailes ayudan a Gabriel Araceli a huir de la represión francesa, las monjas, tal vez en la misma línea, son unas incansables activistas en pro del absolutismo más radical. Y partidarias de la guerra en la cual colaboran con sus medios. Son todas, salvo sor Monserrat, partidarias de la confrontación armada.

«Bueno es rezar; pero cuando el mal ha tomado proporciones y domina arriba y abajo, en el Trono y en la plebe, ¿de qué valen los rezos? ¿Por qué tantos ascos a la guerra? [...]. Bonito papel habría hecho san Fernando si, en vez de arremeter espada en mano contra los moros se hubiera puesto a rezar esperando vencerles con rosarios.»³⁰

²⁴ *El equipaje del rey José*, cap. XXI.

²⁵ *La batalla de los Arapiles*, cap. XXX.

²⁶ Stefan Zweig, *Erasmo de Rotterdam*, p. 98. Barcelona, Paidós, 2006.

²⁷ *Un voluntario realista*, cap. V.

²⁸ *Un voluntario realista*, cap. I.

²⁹ *Napoleón en Chamartín*, capítulos XXII y ss.

³⁰ *Un voluntario realista*, cap. V.

La respuesta de sor Monserrat a tales razonamientos no puede ser más escueta:

«Hermana Teodora de Aransis, usted es una niña.»³¹

Semejante respuesta recuerda la famosa sentencia erasmista a la que nos referíamos antes: *Dulce bellum inexpertum*. La guerra le gusta a la juventud. La vejez, por el contrario, cuenta con la experiencia y la rehuye. Sigue, pues, la madre Monserrat hablando de la guerra:

«¡Todo lo envilece, sí, todo lo envilece! [...]. Yo vi a tres hermanas degolladas y a otras injuriadas horriblemente.»³²

Sor Teodora rechaza esos argumentos aduciendo que aquella era una guerra contra el francés. Los soldados actuales son los soldados realistas, los soldados de la Fe.

«Todos los soldados son iguales y todas las guerras odiosas... Hay cabezas tan duras que no entenderán nunca.»³³

De nada va a servir la discusión. La madre abadesa que «tenía buen fondo; pero el fanatismo le había comido los sesos»³⁴ es, también, partidaria de la guerra, a la cual van a contribuir las monjas de forma activa olvidando que no es ese su cometido. Como veremos a lo largo de este ensayo no sólo fueron ellas quienes lo olvidaron. Otros, aparte de hacerlo, tomaron parte activa, armas en mano, deshonorando sus hábitos.

Uno de esos curas, José Fago, trasunto, por sus dotes de mando, del cura de Botorrita, aparecido en *Juan Martín el Empecinado*, nos va a proporcionar una nueva visión de la guerra: la parte que en ellas tienen las mujeres:

«En aquella terrible guerra, más que ganar batallas, urgía sostener el tesón de la Causa, y esto no se lograba sino aboliendo en absoluto toda compasión delante de los sectarios; tratando con crueldad al enemigo fuerte, con menosprecio al débil, para que cundiese y se afianzase la idea de que el cristino era forzosamente, por naturaleza, un ser inferior, abyecto, indigno hasta de las consideraciones más elementales. Sólo así se formaba un partido viril, duro, resistente a toda adversidad. Para poder lanzar confiadamente las masas de los hombres a combates desesperados, era forzoso encender en ellos sentimientos de implacable furor, los cuales debían tomar cebo y substancia de los odios femeniles. El genio de Zumalacarregui veía este resorte, por muchos inapreciable, del mecanismo de la guerra, y quería producir la ferocidad del varón con las pasioncillas villanas de la hembra. Azotó a las mujeres de los urbanos, no por gusto de maltratar inhumanamente a seres indefensos, sino por contener a las otras, a las furias chillonas de la Causa, que sostenían con su procacidad la exaltación populachera, fermento necesario en las guerras civiles.»³⁵

Ya es un tópico decir que la peor de todas las guerras es la guerra civil, o guerra entre hermanos. Y la guerra, contra unos y contra otros, no oculta sino intereses bajos y crematísticos, convenientemente adornados, por supuesto. A don Benito no se le escapan las distintas visiones que de la guerra tienen diversas personas. Y así, de la mano de José García Fajardo, uno de los protagonistas de la cuarta serie, nos dice, a fin de completar el cuadro:

«¡Desgraciado pueblo, que, no esperando nada de la paz, porque en este escepticismo lo mantienen sus gobernantes, lo espera todo de la guerra civil.»³⁶

³¹ *Un voluntario realista*, cap. V.

³² *Un voluntario realista*, cap. V.

³³ *Un voluntario realista*, cap. V.

³⁴ *Un voluntario realista*, cap. V.

³⁵ *Zumalacarregui*, cap. V.

³⁶ *La revolución de julio*, cap. XVIII.

Y, efectivamente, monjas, curas y frailes esperaban que no se perdiera la fe, es decir su estatus; como otros esperan buenos negocios, o tener trabajo. Así opinan dos personas, dos ancianos, hombre y mujer, sobre la guerra y sus consecuencias. Como se puede ver, don Benito muestra todas las facetas del diamante:

«Alguna de ellas [*de las ancianas*] me dijo que a la villa le venía bien aquella guerra, porque la tropa siempre deja dinero, y otra se lamentó de las muertes que habría, no sin atenuar su pena con esta consideración filosófica:

—*Tamién* hay que ver que es *güena* la guerra civil, porque en ella fenece toda la granjería de los pueblos. Perdidos, vagos, ladrones: en tiempo de paz no hay quien *vos* mate. Salta la guerra, y a la guerra os vais como las moscas a la miel. Sois valientes, metéis el pecho de veras. Ahí morís todos, pestilencia.

Y un vejete medio alelado y paralítico tomó la palabra:

—Esto que *vedéis* no es guerra *mesmamente* y de por sí, sino *rigolución*... Y quien *diz rigolución diz* dinero en Vicálvaro: la *rigolución trai* derribo de casas viejas, de conventos y *santularios*; *rompición* de calles, de lo que viene obra mucha de casas nuevas, y vender acá más yeso del que *hora* vendemos. Ya *vedéis* la *paradez* del yeso. *Pus* como ganen los libres, tendréis en *Madrid* obra de casas, y aquí el quintal de yeso por las nubes.»³⁷

Paralelo a este enriquecimiento, va el empobrecimiento del enemigo, un arma tan vieja como la misma guerra:

«[...], y los del 1º de Guipúzcoa ejecutaron la orden de vaciar las cubas de vino en las casas y bodegas de cristinos, resorte de guerra que se empleaba siempre en la Ribera, a fin de empobrecer al enemigo y aterrar a los labradores desafectos. Corría el líquido por las calles, mezclándose en algunos sitios con el rojo de la sangre, tan fácilmente derramada como si los cuerpos humanos fuesen odres que se vacían para volverlos a llenar.»³⁸

Lo malo es que los cuerpos humanos, al contrario que los odres, no se pueden volver a llenar. Todo se justifica, no obstante, si el yeso sube de precio, y si hay medro personal. El coste humano es lo de menos:

«[...], el optimismo embargaba las almas de los pobres ojalateros, pues cuál más, cuál menos, todos tenían sus esperanzas de medro en diferentes carreras y profesiones. Al regresar a sus hogares, donde les esperaba la menestra de borrajas, la sopita, el huevo pasado, et reliqua, se mecían en dulcísimas ilusiones. Este veía las insignias de coronel, aquel la congrua eclesiástica, el uno la judicial toga, el otro la mitra; y todos estos símbolos de autoridad y posición se les representaban en forma extrañísima: bombas y granadas cayendo sobre la infeliz Bilbao.»³⁹

No obstante, los hombres siguen muriendo, de forma horrible a veces, y las mujeres sufriendo:

«Horrible cosa es la guerra, que no respeta la vida del hombre ni el honor de la mujer.»⁴⁰

Y lo malo del caso es que muchas veces no saben ni por lo que luchan o mueren. José Fago, trasunto de Zumalacárregui, habla con este pocas horas antes de su fallecimiento. Entre otras cosas le dice:

«—La guerra, digo yo, deben hacerla en primera línea aquellos a quienes directamente interesa... Verdad que si tuvieran que hacerla ellos, quizás no habría guerras, y los pueblos no se enterarían de que existen estas o las otras causas por las cuales es preciso morir.

[...]

³⁷ *La revolución de julio*, cap. XVIII.

³⁸ *Zumalacarregui*, cap. VI.

³⁹ *Zumalacarregui*, cap. XXVIII.

⁴⁰ *Zumalacarregui*, cap. XXIII.

—Pienso yo, mi General, que nos afanamos más de la cuenta por las que llaman causas, y que entre éstas, aun las que parecen más contradictorias, no hay diferencias tan grandes como grandes son y profundos los ríos de sangre que las separan...»⁴¹

Tal vez lo peor de una guerra civil sea el rencor que es capaz de generar, o los viejos odios que despierta. Los franceses fusilaban porque tenían que defender el territorio conquistado, pero no vengaban antiguos rencores como parece que se hace en las guerras carlistas. En estas se fusiló sin medida, con verdadero odio:

«¡Pobres urbanos! ¡Así pagaban su tenaz resistencia celtibérica! ¡Así se derrochaba el tesoro inmenso de la energía española! ¡Es verdadero milagro que después de tan imprudente despilfarro del caudal por uno y otro bando, todavía quedara mucho, y quedará siempre, y quede todavía!...»⁴²

Las palabras más duras contra ese deporte nacional, el fusilamiento, cuando no prácticas peores, se pronuncian en *La campaña del Maestrazgo*. La crueldad llega a extremos inauditos:

«[...]..., les pusieron en cueros, sin distinguir..., vamos que a la chica le quitaron hasta la camisa, y luego les alancearon. [...]. El capitán pidió entonces a los cabecillas que no matasen al niño; pero para más crueldad fusilaron primero a la criatura, porque el padre lo viese, y luego a éste y a todos los demás después de desnudarlos... Al ponerse en marcha, Lorente dijo al cura de Alventosa que, so pena de la vida, dejara los cuerpos insepultos para escarmiento de las tropas cristinas que pasasen...»⁴³

Como se puede comprobar tenía razón sor Monserrat, pese a que Lorente, quien manda fusilar a un niño, era un cura que, supuestamente, luchaba por la religión. No es de extrañar que don Beltrán, el personaje de *La campaña...* quede hastiado de tanta matanza:

«Si yo fuera mozo, creánlo, iría a esa guerra, no para defender ambiciones y derechos de reyes más o menos legítimos, sino para perseguir y castigar tan salvajes crímenes, para vengar a Dios de los ultrajes que unos y otros le infieren; sería implacable con los cobardes asesinos de uno y otro bando, llamaránse Nogueras, llamaránse Cabrera, y vengaría a la madre de éste y a la esposa de Foniveros, y a todos esos infelices sacrificados con barbarie tan horrenda y estúpida.»⁴⁴

A estas palabras cabe añadir las no menos patéticas de Santiago Ibero, sobrino de Fernando Calpena cuando se produjo, en 1868, la sublevación contra Isabel II. Las pronuncia en plena batalla de Alcolea:

«—No es cobardía lo que me ha separado de vosotros —dijo Ibero a su amigo—; es el espanto de ver cómo se matan unos a otros los hermanos... Disparé, vi caer muerto a un cazador de Madrid... Tuve esa desgracia... Al segundo disparo no hice blanco; al tercero, sí... cayó, ignoro si herido o muerto, otro soldado de Madrid. No sé lo que me pasó al verlo... Rompí a llorar de pena... Creí que mataba a un hermano mío. Aumenta mi congoja al ver la ferocidad con que se matan estos y aquellos... y acaba de confundirme el verlos vestidos con el mismo traje. Un número no más los diferencia... Me ha entrado un terror muy grande sólo de pensar que puedo equivocarme de número.»⁴⁵

Leoncio Ansúrez, amigo de Ibero, le dice que no hay más remedio que pelear, pues en caso contrario serán declarados traidores. La reacción de Ibero es airada:

⁴¹ *Zumalacarregui*, cap. XXXII.

⁴² *Zumalacarregui*, cap. VI.

⁴³ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IV.

⁴⁴ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IV.

⁴⁵ *La de los tristes destinos*, cap. XXXI.

«—A todo seré traidor; pero no a la humanidad. Esta carnicería es estúpida... ¡La guerra civil!, ¡qué cosa más abominable!... Menos mal cuando se pelean los que quieren libertad con los que la aborrecen. Pero aquí, en uno y otro bando, todos piensan lo mismo. Métete en el pensamiento de ellos, examínalos por dentro uno por uno, y verás que no hay diferencia mayor en lo que desean... Todo es un puntillo de honor, un puntillo de disciplina y nada más.»⁴⁶

Evidentemente Ibero no tiene en cuenta los intereses de unos y de otros, ni las fuerzas económicas e ideológicas que hay detrás de cada uno de los bandos combatientes. Tampoco lo tuvo en cuenta Gabriel Araceli cuando reflexiona sobre el enemigo, los ingleses en aquel momento, tras la batalla de Trafalgar. Toda guerra, pese a sor Teodora, es estúpida y cruel. Pero por desgracia va a imperar su visión y la de Leoncio Ansúrez, que replica a Ibero:

«[...] déjate de humanidades y tonterías... Si pensáramos siempre en la humanidad, no habría guerras ni gloria militar. Con tus ideas, viene necesariamente el desmayo, y si desmayamos, nos derrotará y destrozará el que trae la bandera de doña Isabel y su camarilla.»⁴⁷

No le falta razón al bueno de Ansúrez. No hay que desmayar. Y no hay nada que hacer: cuando dos se quieren matar, se matan. Sólo cabe esperar que no lo cojan a uno de por medio, como le pasó a don Beltrán de Urdaneta.

3. CONTRA EL AGARENO

No estaría completo este breve estudio si no habláramos de una de las guerras más necias y absurdas que aparecen en los *Episodios nacionales*. Se trata de la guerra contra Marruecos, relatada en *Aita Tettauen*, novela perteneciente a la cuarta serie, y fechada en Madrid, finales de 1904 e inicios de 1905.

En Madrid, en 1859, se fue creando, de la mano de O'Donnell, un ambiente prebélico en el que contribuyó hasta la corona, y que obtuvo un gran éxito:

«Contra el pobre agareno iba el furor de pobres y ricos, de clero y nobleza, de niños pequeños y niños grandes. La Reina, al despedir a O'Donnell con frases de sincera emoción, le echaba al cuello medallitas que tenía por milagrosas. Sentía Isabel no ser hombre para coger un arma y acudir a tan santa guerra⁴⁸; y era verdad lo que expresaba, pues nadie como ella sintió el intenso amor de las aventuras españolas, mezcla de la fe religiosa, de locura caballerescas y de gallarda superstición. El efecto de unanimidad y de embriaguez sintética estaba conseguido. Gran triunfo del irlandés, de intención honda y vista penetrante.»⁴⁹

Nunca las causas de una guerra fueron más absurdas que lo fueron en aquella guerra:

«Guerra clamaban las verduleras; venganza y guerra, los obispos. No había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que a España dió la cabila de Anyera profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta.»⁵⁰

⁴⁶ *La de los tristes destinos*, cap. XXXI.

⁴⁷ *La de los tristes destinos*, cap. XXXI.

⁴⁸ El entusiasmo popular buscó también integrar a la reina en la fiebre patriótica del pueblo liberal y, en más ocasiones de las que se recordaba desde su niñez Isabel II fue vitoreada ante los balcones de Palacio o en sus paseos por Madrid. La explotación, en su beneficio, de la memoria de Isabel la Católica fue habitual en aquellos días. Sin embargo, el ingenio popular no dejaba pasar ninguna ocasión para disfrutar humorísticamente de las peculiaridades de la familia real. Así Altavilla recuerda cómo, entre risas maliciosas, se comentaba en Madrid una supuesta conversación de O'Donnell con los reyes antes de marchar al frente: «Si yo fuera hombre, le dijo la reina, con gran gusto te acompañaría a África. Y yo también, contestó el rey.» Isabel Burdiel, *Isabel II una biografía (1830-1904)*. Madrid, Taurus, 2010, p. 631.

⁴⁹ *Aita Tettauen*, cap. V.

⁵⁰ *Aita Tettauen*, cap. V.

También don Benito, por supuesto, explica el por qué del éxito de la proclamación de aquella guerra. Pone los pelos de punta pensar por las causas tan nimias que un pueblo es capaz de declarar la guerra a otro, sacrificando miles de vidas humanas, propias y ajenas:

«Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente.»⁵¹

Por supuesto fue el general O'Donnell quien supo aprovechar aquel ambiente y quien se aprovechó de él. A esto, como siempre, quedan reducidas las grandes proclamas:

«Imitador de Napoleón III, [O'Donnell] buscaba en la gloria militar un medio de integración de la nacionalidad, un dogmatismo patrio que disciplinara las almas y las hiciera más dóciles a la acción política. Con las victorias de Crimea y de Italia fabricó Napoleón patriotismo, más o menos de ley, que hubo de servirle para consolidar su imperio. Francia nos daba las modas en el vestir, las modas del pensar y del sentir artístico; nos hacía los ferrocarriles; nos ponía, con mano de niñera ilustrada, en los andadores del progreso; de Francia trajimos también una remesa de imperialismo casero y modestito, que refrescó nuestro ambiente y limpió nuestra sangre, viciada por las facciones.»⁵²

La guerra sirvió, también, para pasar a segundo plano la corrupción generalizada del Estado. El dinero destinado para reparar carreteras, pasó a utilizarse para otros menesteres. Y si bien este se repuso, en el camino volvió a desaparecer logrando que el ministro de Obras públicas trasladara a Londres su residencia⁵³. Son situaciones que recuerdan un tanto lo que sigue sucediendo ahora, y no por la guerra:

«Ruidoso escándalo trajo la grave acusación, una de las mayores torpezas de la Unión Liberal, porque en el proceso salieron a relucir infinidad de suciedades de nuestra Administración, y nadie, a la postre, fue castigado.»⁵⁴

La guerra contra el agareno fue, pues, la salvación: sirvió para unir y dulcificar a la nación haciéndola más dócil a los dictados del gobierno, para infundir orgullo patriótico, ganar algo de prestigio en Europa, y tapar la corrupción de unos y de otros. ¿Qué importaban unas cuantas vidas humanas entregadas, además, por la Patria? Valió la pena:

«Si no inventa O'Donnell la guerra de África, sabe Dios lo que hubiera pasado. Fue la guerra un colosal sahumero.»⁵⁵

Quizás todas las guerras en el fondo no hayan sido sino eso: un colosal sahumero, una forma como otra cualquiera, aunque costosísima, de tapar errores, necedades, corrupciones, frustraciones y crímenes. En verdad hay más buenos demolidores que malos arquitectos.⁵⁶ Hay algo que está viciado desde sus orígenes:

«No sé en qué consiste que el patriotismo es casi siempre un sentimiento guerrero; no concebimos la Patria sino incrustada en la idea de conquista; no pronunciamos su nombre sin que en el aire repercuta con son de trompetas y tambores.»⁵⁷

Sí, tal vez sea ese uno de los graves problemas. Que esconde y oculta, por supuesto, otros muchos. Máxime cuando es agitado por los militares, como fue el caso de O'Donnell y sus espurios intereses.

⁵¹ *Aita Tettauen*, cap. V.

⁵² *Aita Tettauen*, cap. V.

⁵³ *Aita Tettauen*, cap. V.

⁵⁴ *Aita Tettauen*, cap. V.

⁵⁵ *Aita Tettauen*, cap. V.

⁵⁶ *Prim*, cap. XI.

⁵⁷ *Aita Tettauen*, cap. X.

*Benito Pérez
Galdós*

La Diseredata

Traduzione e Introduzione di Assunta Polizzi



IV. VICTORIA Y REPRESIÓN

A lo largo de los *Episodios*, don Benito, de forma magistral, va desgranando diversas situaciones ficticias que se engarzan con las históricas, en tanto que crea infinitos personajes, que también funde con los históricos o reales. A veces la misma situación es contemplada desde otra perspectiva diferente; y un personaje se puede convertir en el trasunto o explicación de otro. Con ello pone de manifiesto, entre otras cosas, que es un excelente novelista; también un hombre inteligente y ecuánime, que no deja nada por explorar o analizar, no contentándose con una única explicación o visión de los hechos.

Galdós considera la Historia desde diversos puntos de vista. Igual, en consecuencia, el protagonista es un niño, *Trafalgar*, que un afrancesado, *El equipaje del rey José*, un marquesito tarambana, *Bailén*, o un cortesano, *La segunda casaca*, cuyos ideales ya quedan bien definidos en el título; o un masón, *El grande oriente*, episodio donde don Benito hace gala de toda su ironía: describe la ridiculez de unas ceremonias, las tenidas, que hasta a sus mismos protagonistas les causaban hilaridad. Como se puede observar la realidad está contemplada por diversos ojos bastante distintos entre sí.

Los personajes, por otra parte, rara vez se agotan en un episodio: como pequeños o grandes guadianas van pasando de uno a otro, y de una serie a otra, formando, así, un todo imbricado, un entramado lleno de vida a través del cual nos van mostrando las complejidades de sus caracteres y de los hechos narrados y vividos. Baste con nombrar a don Patricio Sarmiento y a don Juan Pipaón. El primero es un personaje fatuo, liberal y necio, hasta el punto de negar un vaso de agua a un vecino, anciano y absolutista, al que llevan preso, *7 de julio*, para terminar, recogido por la hija de su «enemigo», loco y condenado a la horca, *El terror de 1824*. Don Juan Pipaón, para no ser exhaustivos, aparece en *Memorias de un cortesano*, *El grande Oriente*, *7 de julio*, y *El terror de 1824*. Los ejemplos se podrían centuplicar. Todos se mueven por unos escenarios reales, caminan por situaciones de nuestra historia, y comparten vivencias con personajes que existieron en la realidad. Así Vicente Halconero o José García Fajardo conviven con Isabel II en *La de los tristes destinos*, en tanto que don Proteo Liviano es testigo de los Amores de Amadeo de Saboya con Adela, la hermana de Baldomera Larra, que montó la primera estafa piramidal en este país, *Amadeo I*.

Comparando los *Episodios* con cualquier libro de historia que trate de analizar la época novelada en ellos, podemos parafrasear a Carlos Marx cuando habló de Balzac y de su *Comedia humana*: quien quiera conocer la sociedad española del siglo XIX tiene que leer a don Benito.

En los *Episodios*, dejando de lado la guerra y la complejidad de los personajes, también se ve claramente la escisión de los liberales en moderados y exaltados, es decir masones y carbonarios en *El grande oriente*, como la división de los absolutistas, un rey obligado a abrir la mano, y una oposición, encabezada por su hermano Carlos, que generará el carlismo, *El terror de 1824*. Es en ese afán del rey por contentar a los extremistas, dejando de lado su mezquino y miserable carácter, donde se inscribe *El terror de 1824*. Vuelto Fernando VII al poder, la justicia, en sus manos, se transforma en una pura y mera venganza de todos aquellos que, en vez de decapitarlo, como hicieron en la dulce Francia, se contentaron con declararlo temporalmente enajenado mental, y llevarlo a Cádiz.

«Hay distintas maneras de cortar la cabeza, y es forzoso confesar que la adaptada por los liberales españoles tiene cierta grandeza moral y filosófica digna de admiración. «Antes que arrancar de los hombros una cabeza que no se puede volver a poner en ellos —dijeron— arranquémosle el juicio, y tomándonos la autoridad Real, la persona jurídica, podremos devolverlas cuando nos hagan falta.»¹

Esa grandeza moral y filosófica la iban a pagar bien cara los liberales de la época. En el episodio *El terror de 1824* asistimos a los procesos, a las condenas y a la represión de muchos de ellos. Aupado por el rey hace su aparición, con plenos poderes, don Tadeo Calomarde. Estamos en la Década Ominosa, donde los liberales que no huyeron fueron ejecutados. Entre estos últimos, descuella Mariana Pineda. Tanta ejecución da pie a don Benito para hablar de la pena de muerte. Hay en este episodio, *El terror de 1824*, lleno de intrigas y condenas al cadalso, unas impagables consideraciones del propio autor sobre dicha pena. Como siempre, no tienen desperdicio:

«Lo más cruel y repugnante que existe después de la pena de muerte es el ceremonial que la precede y su lúgubre antesala del cadalso, con sus cuarenta y ocho mortales horas de capilla. Casi más horrenda que la horca misma es aquella larga espera y agonía entre la vida y la muerte, durante la cual exponen la víctima a la compasión pública, como a la pública curiosidad los animales raros. La ley, que hasta entonces se ha mostrado severa, muéstrase ahora ferozmente burlona, permitiendo al reo la compañía de parientes y amigos y dándole de comer a qué quieres boca. Algún condenado de clase humilde prueba en esos dos días platos y delicadas confituras, cuyo sabor no conocía. Señores sacerdotes y altos personajes le dan la mano, le dirigen vulgares palabritas de consuelo, y todos se empeñan en hacerle creer que es el hombre más feliz de la Creación, que no debe envidiar a los que incurren en la tontería de seguir viviendo, y que estar en capilla con el implacable verdugo a la puerta es una delicia.»²

Puestos a ello, no obstante, hay que saber morir con una cierta dignidad. Implacable, por lo tanto, se muestra don Benito con don Rafael del Riego quien «pereció como la pobre alimaña que expira chillando entre los dientes del gato.»³ Riego no tuvo esa dignidad y decoro comportándose, por el contrario, como un vulgar cobarde:

«Un noble morir habría dado a su figura el realce heroico que no pudo alcanzar en tres años de incipiente agitación y bullanga; pero tan desgraciada era la libertad en nuestro país, que ni al morir bajo las soeces uñas del absolutismo, pudo alcanzar aquel hombre la dignidad y el prestigio de la idea que se avalora sucumbiendo. Pereció como la pobre alimaña que expira chillando entre los dientes del gato.»⁴

¹ *Los cien mil hijos de san Luis*, cap. XXV.

² *El terror de 1824*, cap. V.

³ *El terror de 1824*, cap. V.

⁴ *El terror de 1824*, cap. V.

Claro, que parte de la culpa del tal comportamiento la tuvo una cierta confianza en la magnanimidad del rey. Evidentemente Riego, pese a sublevarse en contra suya, no lo conocía:

«Creerfase que confiaba hasta entonces en la clemencia de los llamados jueces, o del Rey, que es todo el caudal de inocencia que puede haber en el espíritu de hombre nacido.»⁵

El comportamiento de Riego en el patíbulo, también da pie a don Benito para unas consideraciones muy a tener en cuenta sobre el procedimiento humano en estos casos:

«Una víctima sin nobleza, arrastrada al suplicio por verdugos feroces, es el espectáculo más triste que pueden ofrecer las miserias humanas; es el mal puro sin porción ninguna de bien, de ese bien moral que aparece más o menos claro aun en los más horrendos excesos del furor político y en los martirios a que es sometida la inocencia.»⁶

Con ser horroroso todo lo narrado por Galdós hasta el momento, en la ejecución de Riego, también se percata don Benito de cuánto de venganza personal hay en muchas de las delaciones y denuncias. Indudablemente la peor de las guerras se da siempre entre los vecinos de una pequeña comunidad. Y Madrid lo era en aquella época, como lo será, pocos años después, durante la Guerra civil de 1936. Toda comparación es odiosa, y por eso mismo los pelos se ponen de punta y las carnes de gallina.

Benigno Cordero y su hija Elena Cordero son conducidos a la cárcel, y acusados de conspiración, porque Elena rechaza a un realista, Juan Romo, por un militar liberal de quien está enamorada: Ángel Seudoquis. Invocando la fe, el trono y la patria, Romo, rechazado, consigue que condenen a muerte al padre y a la hija, condena de la que los salvará, como siempre, una situación rocambolesca, folletinesca, pero que tiene la virtud de poner de manifiesto cuánta miseria se esconde detrás de la defensa de las grandes palabras.⁷

Por ser feo y horrible todo cuanto rodea a las penas de muerte, hasta lo es el cuadro de Fernando VII, que adorna la oficina de don Juan Lobo, asesor privado del señor Chaperón, el cual «no come cebada por no dar que decir»⁸. Este personaje es quien dictamina las sentencias de los reos:

«Hasta el retrato de Fernando VII que decoraba la pared era el más feo de toda la casa, y comido de polilla, no presentaba a la admiración del espectador más que los ojos y parte del cuerpo. Lo demás era una mancha irregular con grandes brazos al modo de tentáculos. Parecía un gran cefalópodo que estaba contemplando a su víctima antes de chupársela.»⁹

La justicia, pues, ha sido sustituida por la venganza personal, los delitos consisten en no amar a quien tiene un cierto poder, y todo, en consecuencia, está en manos del capricho y de la intransigencia. Con la pena de muerte, además, se busca una clara didáctica:

«No hay enseñanza más eficaz que ésta.»¹⁰

Al mismo tiempo las mismas penas son un pulso entre el propio Rey, nada proclive a la compasión, y la camarilla o facción más rencorosa que le rodea:

⁵ *El terror de 1824*, cap. V.

⁶ *El terror de 1824*, cap. V.

⁷ *Ibidem*, capítulos XII y ss.

⁸ *Ibidem*, cap. XIX.

⁹ *Ibidem*, cap. XIX.

¹⁰ *Ibidem*, cap. IV.

«—Es que si se empeña en ir por el camino de la tibieza —dijo Romo dando un golpe en el puño de su sable—, nosotros no le dejaremos ir...»¹¹

Como se puede comprender lo que menos importa en estas situaciones es la justicia. Se busca el castigo, la ejemplaridad, apuntalar un sistema y, cómo no, mantener unos privilegios. El narrador lo deja bien claro:

«Ella ignoraba que en aquel odioso Tribunal las pruebas no hacían falta para condenar ni para absolver. No hacían falta para lo primero, porque se condenaba sin ellas; ni para lo segundo, porque se condenaba también a pesar de ellas.»¹²

Cuanto dice el narrador es reafirmado por un personaje, Juan Lobo, con conocimiento de causa:

«—Pero, señora doña Jenara de mis pecados, si aquí no hay causas, ni jurisprudencia, ni ley, ni sentencia, ni testimonio, ni pruebas, ni nada más que el capricho de la Comisión militar y de la Superintendencia, sometidas, como usted sabe, al capricho más bárbaro de los voluntarios realistas. Si todo este farrago de papeles que usted ve aquí es tan inútil para la suerte de los presos como los guijarros de que está empedrada la calle... ¡Si todo esto es vana fórmula; si yo escribo porque me pagan para que escriba; si esto es puramente lo que yo llamo pan de archivo, porque no sirve más que para llenar esa gran boca que está siempre abierta y nunca se sacia!...»¹³

Evidentemente, ni existe la justicia, ni la seguridad. Fernando VII, y quienes lo apoyaron, crearon el régimen del terror y del capricho:

«En estos tiempos, señora, ¿quién es el guapo que puede dar una seguridad? ¿No ve usted que todo está sujeto al capricho?»¹⁴

No se puede ir muy lejos cuando ley y orden están regidos por el odio, el rencor y el capricho. Y cuando en 1824 se intenta gobernar como si se estuviera en 1804, y no hubiera pasado nada. Aun así, el absolutismo duró mucho. También don Benito va dejando caer opiniones y sentencias sobre esa larga duración y sus causas. No se olvide que había muchos elementos, los carlistas entre ellos, partidarios de la restauración de la Santa Inquisición. Y «los voluntarios realistas le acusan [al gobierno] de que ahorca poco.»¹⁵

«¿Y cuál es nuestro criterio? Pues es ni más ni menos que exterminio absoluto: no perdonar a nadie, cortar toda cabeza que se levante un poco, aplacar todo chillido que sobresalga. ¡Ah, señores!, si así se hiciera, otro gallo nos cantara.»¹⁶

Por desgracia no terminaron las muertes ni el capricho patibulario con la muerte de Fernando VII. Su herencia fue tan nefasta como su vida. Y estalladas las guerras carlistas, los españoles con un empecinamiento digno de encomio, si lo hubieran aplicado a otros menesteres, continuaron matándose y llevándose ante el paredón de fusilamiento, como ya hemos tenido ocasión de ver. Baste, por ahora, tanta sangre y tanta brutalidad.

¹¹ *Ibidem*, cap. IV.

¹² *Ibidem*, cap. XV.

¹³ *Ibidem*, cap. XIX.

¹⁴ *Ibidem*, cap. XIX.

¹⁵ *Ibidem*, cap. XIX.

¹⁶ *Ibidem*, cap. XX.

V. GOBERNANTES Y GOBERNADOS

En la Grecia clásica ya hubo un claro conocimiento de la equivalencia o igualdad entre gobernantes y gobernados. Unos y otros, mandando y obedeciendo, terminan por parecerse como dos gotas de agua. No podía ser de otra forma, pues es imposible gobernar a un pueblo que no siga los dictados del monarca o jefe de la república. Este, además, tenderá a ofrecerse como modelo a imitar, o se alejará para marcar su importancia u origen divino. Jenofonte aconseja, al respecto, que los gobernantes, a fin de marcar distancias, vayan bien vestidos, se pinten los ojos para realzar su belleza, y lleven un calzado de elevada suela. No tienen que sonarse ni escupir en público, ni desviar la mirada; así parecerán hombres que no se asombran de nada. Deben hacer, pues, todo lo posible por alejarse del común de los mortales.¹

Parece lógico deducir que será distinto un pueblo regido por estos gobernantes que otros que lo estén por monarcas más próximos o familiares.

Si es así, se desprende del anterior razonamiento que un gobierno corrompido alentará y promoverá las malas costumbres entre los gobernados, pues el ser humano tiene más tendencia a hacer y reproducir el mal que el bien, y a justificarse unos con lo que hacen los otros². De alguna forma, los gobernantes son el espejo donde se miran los gobernados. Ahora bien, ni todos los tiempos son unos, ni todos los gobernados son iguales. Existen claras diferencias entre ellos. Esas diferencias, entre otras muchas cosas, son las que explican la división de la España posterior a la Guerra de la Independencia. Por una parte estaban los absolutistas, y por la otra los liberales. No formaban, no obstante, bloques compactos: algunos absolutistas, comprendiendo la imposibilidad de gobernar en 1824 como en 1808, intentaron una cierta apertura; de ese absolutismo «tolerante» se desgajó el carlismo. De la misma forma del liberalismo exaltado surgió el moderado.³

¹ Jenofonte, *Ciropeida*, Madrid, Gredos, 1987, nº.108, p. 436.

² Véase el respecto, Nicolás Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza editorial, 2005, p. 345.

³ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *Historia de España, siglo XIX*. Madrid, Cátedra. 2007. Véase en especial el Capítulo VIII, p. 153 y ss.

¿Qué causas determinaron esas dos divisiones? ¿Qué provoca que en el país existan dos grupos tan claramente diferenciados, liberales y absolutistas, con un claro deseo de exterminarse los unos a los otros? Parece ser que estos últimos estaban formados por «un complejo mundo social que se nutre de resistencias al cambio.»⁴ Ese complejo mundo social se situó sobre todo, en Cataluña y el País Vasco. Las grandes ciudades, Madrid, Bilbao, Cádiz, etc., a grandes rasgos, eran liberales.

No se debe olvidar tampoco que Europa, temerosa de nuevas veleidades similares a la de Napoleón, va a formar la Cuádruple Alianza que será, con la invasión de los Cien mil hijos de san Luis, crucial para el restablecimiento del absolutismo en España.⁵

Los guerrilleros, absolutistas en su mayor parte, y feroces enemigos de los franceses en 1808, serán ahora, en 1823, los grandes aliados de los Cien mil hijos de san Luis.⁶ Y serán ellos, junto con los frailes, quienes se nieguen a la más mínima transigencia con los liberales. La represión sobre estos fue feroz, como narra Galdós en *El terror de 1824*.

La realidad siempre es muy compleja. Por eso quizás la mejor forma de comprenderla sea leyendo y estudiando la buena literatura del momento. Don Benito lo dice claramente, distinguiendo entre Historiador y escritor de fábulas:

«Si el historiador acaso no las nombrase [habla de las víctimas nobles de la Década Ominosa], peor para él; el novelador las nombrará, y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve a asegurar que la ficción verosímil ajustada a la realidad documentada puede ser, en ciertos casos, más histórica y, seguramente, es más patriótica que la Historia misma.»⁷

A lo largo de los *Episodios* don Benito va desgranando personajes y situaciones. No son personajes planos, por mucho que la columna vertebral de algunos de ellos sea el folletín. Jenara Baraona, por ejemplo, es una bella mujer partidaria del absolutismo; pero de un absolutismo moderado. Por el contrario su marido, Carlos Navarro, un famoso guerrillero del que vive separada, es partidario del más feroz de los absolutismos. Jenara es una mujer inteligente, capaz de ver y percibir todo cuanto de malo y podrido hay en Bayona y en la invasión de los Cien mil hijos.⁸ Su marido, por el contrario, vive con una sola obsesión: la destrucción de todo aquello que huelga a liberalismo.

Tampoco se debe olvidar, y más en el siglo XIX, la figura y la personalidad del Rey. Y por quién se decantó este. Durante el Trienio Liberal obstruyó todo cuanto pudo la labor de las cortes y del gobierno⁹; y cuando fue liberado por los cien mil hijos de su prisión gaditana, se vengó con saña y furor de cuantos habían tratado de menoscabar su absolutismo. Se apoyó entonces en las partidas, muchas de ellas formadas por antiguos guerrilleros, sublevados contra el gobierno liberal. Fernando VII se sirvió de ellos y se decantó claramente por unas formas de gobierno caducas, periclitadas, y que sólo mediante una feroz represión se podían mantener. Ahora bien, la hacienda pública, en continua bancarrota, no poseía fondos para crear un ejército que fuese de fiar. Hubo de confiar parte de esa represión, o disuasión, a los cien mil hijos, que permanecieron en la península aun cuando el rey ya estaba sentado en su trono. Fue el gobierno quien corrió con los gastos. Se instalaron 45.000 soldados franceses en 18 plazas. «El convenio fue renovado anualmente hasta 1828.»¹⁰

⁴ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *op cit* .p. 147.

⁵ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *op cit* .p 149.

⁶ Pérez Galdós, *Los cien mil hijos de san Luis*. Véase en especial los capítulos III, IV y V.

⁷ *El terror de 1824*, cap. V.

⁸ Véase *Los cien mil hijos*, capítulos III, IV y V. Sobre la invasión, capítulos X y ss.

⁹ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *op cit* .p. 143-145.

¹⁰ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *op cit* .p. 158.

Fernando VII parece que temía tanto la reacción de los carlistas como de los propios liberales. En 1827 las protestas de los *malcontents* o agraviados catalanes degeneraron en revuelta armada. El rey visitó Cataluña, consiguiendo el descabezamiento de la revuelta. El *Catalán realista*, periódico editado en Manresa, declaraba sus principios: «Viva la religión, viva el rey absoluto, viva la Inquisición, muera la policía, muera el masonismo y toda la secta impía.»¹¹

Pese a todo queda sin contestar qué es lo que hizo que una parte importante de la población, en la que se apoyó el rey, y que, de alguna forma, le marcaba las pautas, se hiciera realista permaneciendo apegada a tradiciones y formas de pensar contrarias a cualquier innovación. Galdós dará su respuesta en *Un voluntario realista*. Es en este episodio donde con más *claridad* se ve la relación entre el monarca y quienes lo sustentan:

«Al leer esta pestilente página de nuestra Historia [la toma de Manresa por los realistas, conseguida mediante el soborno], se siente viva lástima de un Soberano contra quien se sublevaba una parte del Reino tomando su nombre. Pero la doblez ya proverbial del hijo de Carlos IV autorizaba este procedimiento.»¹²

A Fernando VII lo sobrepasaron sus propios súbditos, o bien este no era para ellos, en su doblez, sino un simple modelo a imitar, y nada más:

«Parecía aquello [la Junta] un mercado de infames ambiciones en que la vanidad cotizaba los servicios de cada sujeto en las campañas de la intriga. Un lenguaje soez, compuesto de los vocablos más populares, sobresalía entre aquel tumulto como el espumarajo que corona las olas agitadas por el mar.»¹³

Evidentemente nada tiene de extraño, con tanto gasto para pagar a los Cien mil hijos, y el intento de mantener el absolutismo, que hubiera sublevaciones. Por supuesto que el rey también tuvo fuertes apoyos. Quizás el más fuerte le vino de la Iglesia, temerosa de perder sus prerrogativas. Ya hay un avance de ello en el episodio titulado *Napoleón en Chamartín*, donde discuten varios frailes leyendo los Decretos de Napoleón:

«Considerando que los religiosos de las diversas Órdenes monásticas en España se han multiplicado con exceso; que si un cierto número es útil para ayudar a los ministros del altar en la administración de los Sacramentos, la existencia de un número demasiado considerable es perjudicial a la prosperidad del Estado, decretamos lo siguiente: Artículo 1º. El número de los conventos actualmente existente en España se reducirá a una tercera parte. Esta reducción se ejecutará reuniendo los religiosos de muchos conventos de la misma orden en una sola casa. Artículo 2º. No se admitirá ningún novicio ni permitirá que profese ninguno, hasta que el número de religiosos se reduzca a una tercera parte...»¹⁴

También se ofrecía la posibilidad de que abandonaran los conventos aquellos que lo desearan. Se les fijaba una pensión que saldría de la venta de los bienes de los monasterios. Su suprimía también la Inquisición, por supuesto. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que el clero odiara al francés, y al liberal, heredero de sus ideas.

Con estos decretos se toca un problema que venía de lejos:

«Siervos y colonos, para huir de su humillante condición y del peso del duro trabajo en los campos, encontraban libertad jurídica y promoción social dedicándose a la vida religiosa; rudos militares, inhabilitados por alguna mutilación

¹¹ Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *op cit.* p. 164-165.

¹² Véanse los capítulos XIII y XIV de *Un voluntario realista*.

¹³ *Un voluntario realista*, cap. XIV.

¹⁴ *Napoleón en Chamartín*, cap. XXIII.

para cualquier actividad productiva, o cansados de un oficio violento y sin perspectivas, hallaban en el retiro del claustro garantía y seguridad para su vejez.»¹⁵

Como es sabido también los hijos segundones, de la nobleza, y las hijas sin casar, y que no sabían qué hacer con ellas, venían a engrosar los diversos conventos.

«Así los claustros se llenaban de estos deshechos familiares, de estas ramas de la sociedad secas y torcidas que no daban seguro lustre al monasterio. Ulrico de Zell, abad de Cluny a principios del siglo XI, se indignaba al ver crecer las comunidades con semi homines y semi vivi: muchos novicios jóvenes eran cojos, jorobados, mancos, legañosos, tuertos o ciegos.»¹⁶

Muchas de estas personas, como se puede suponer, no tendrían la más mínima vocación, como queda reflejado en el *Lazarillo de Tormes*, Tratado IV, trasunto del cual es el padre Salmón.¹⁷

Así, pues, un gobierno anacrónico se apoya en unas formas de vida, los conventos, que ya en la Edad Media y en el Renacimiento fueron fuertemente criticadas.

Ahora bien, donde mejor se ve esa corrupción generalizada es en todas las intrigas que se urdieron en los conventos a favor del absolutismo y en contra, muchas veces de Isabel II, quien, como se sabe, sufrió un atentado a manos del cura Merino. A este respecto no tiene desperdicio la lectura del episodio titulado *Los duendes de la camarilla*.

Esa corrupción e intereses mezquinos hicieron que los madrileños acusaran al clero de envenenar las aguas de Madrid, y masacraran a muchos religiosos. Algo similar a lo que sucedió con Nerón y el incendio de Roma.¹⁸

Al final, pues, todos buscaron la solución a los problemas de idéntica forma: mediante la violencia, el asesinato y la guerra. Esa fue parte de la herencia que nos legó Fernando VII:

«Esta forma nueva de despotismo que se anuncia ahora será más brutal que cuantos despotismos se han conocido, porque sobre todos sus inconvenientes va a tener el de ser populachero.»¹⁹

Lógico que a un rey vulgar correspondiera un pueblo no menos vulgar que él. Pero no todos los tiempos son unos, por supuesto, ni todas las personas iguales. Tal vez por eso sobrevivimos.

¹⁵ Oronzo Giordano, *Higiene y buenas maneras en la alta edad media*, Madrid, editorial Gredos, 2001, ps-57-58.

¹⁶ Oronzo Giordano, *op cit.*, p. 58.

¹⁷ Véase *Napoleón en Chamartín*, cap. IV y ss.

¹⁸ Véase *Un faccioso más y algunos frailes menos*, en especial cap. XXVII y ss.

¹⁹ *Los apostólicos*, cap. XXVI.

VI. UN CLERO GUERRERO

1. ANTECEDENTES

Tal vez una de las cosas que más llame la atención de los *Episodios nacionales* sea la enorme cantidad de curas y frailes guerreros que aparecen en ellos, desde el cura de Botorrita hasta don José Fago, trasunto de Zumalacárregui, o el famoso cura Merino, que atentó contra Isabel II. No hay que olvidar, tampoco, los conventos; estos fueron un semillero de intrigas a favor del absolutismo, destacando entre todos La Latina, donde habitó sor Patrocinio, la monja de las llagas.

El clero que aparece en los *Episodios* es un clero soez y corrupto, capaz de empuñar las armas con las mismas manos con las que consagra la hostia. Para ese clero no existe la palabra caridad, amor, fraternidad o perdón. Se comportó no como si Jesucristo hubiera sido un carpintero sino como si hubiera sido el capitán de los Macabeos o algo similar.

Nada más contrario a la doctrina cristiana que la actuación de ese clero durante la guerra de la Independencia, y durante las guerras carlistas. No tienen ningún empacho estos hombres en ceñirse la espada sobre la sotana, armarse de pistolas, y salir a matar franceses en un primer momento, y enemigos del Trono y del Altar cuando las tropas de Napoleón han sido derrotadas. En ninguno de ellos, salvo en don José Fago hay el más mínimo atisbo de autocrítica o de planteamiento moral. Y jamás, por supuesto, ninguno de ellos invoca el Evangelio, la paz o el perdón. Todos parecen calcados del sacerdote del poema de Bernardo López:

*«¡Guerra!, clamó ante el altar
el sacerdote con ira.»*

Y ¡Guerra!, repiten todos ellos dedicándose a ella con verdadera pasión. Galdós, sin excepciones, los pinta como unos fanáticos obcecados por defender la patria y la religión a tiros. Ninguno de ellos se cuestiona, sin embargo, qué es defender la religión. Parece ser que es ir contra de los Decretos de Napoleón

dados en diciembre de 1808, y que suponían, entre otras cosas, la supresión de la Inquisición y la abolición del derecho feudal, cosa que al padre Castillo le suena a Jovellanos.¹

Como hemos visto antes, por los Decretos de Napoleón se regula el número de conventos y de frailes. Ni qué decir tiene que los buenos padres están en desacuerdo con Napoleón. Tampoco son partidarios, por supuesto, de que al pueblo lo priven del espectáculo de las procesiones del Santo Oficio. Por otra parte, 72 conventos para una población de 160.000 almas no les parece una exageración².

Ahora bien, ¿a qué se dedican los reverendos padres dentro del convento? ¿qué labor desarrollan tanto dentro como fuera? Fray Jacinto de los Traspasos de María se dedica a inventar chistes en latín, con doble sentido³; y el padre Salmón a recorrer las casas de Madrid de no muy buena fama, donde coincide con el marquesito de Rumblar⁴. Este buen padre recuerda, y mucho, al fraile de la misma orden, de la Merced, que era «gran enemigo del coro y del comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seculares y visitar. Tanto, que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento.»⁵ Don Patricio Sarmiento, pocas horas antes de ser ahorcado, le recordará sus andanzas al padre Salmón.

El padre Rubio, poco después de leídos los Decretos, ya piensa en «salir de Madrid e irme por esas provincias a predicar la guerra, juntando gente armada.»⁶

A él se opone el padre Castillo, voz discordante dentro del convento. Recuerda que se fundó la Orden para redimir cautivos y no para predicar la guerra, ni armar soldados. Y concluye ante las objeciones de otro fraile:

«Dios hará de nuestra Orden lo que fuese servido. [...]. En tanto, nosotros nos estamos mejor en nuestra casa que por montes y valles incitando a los hombres a matarse. Y no es que dejemos de ser patriotas. Más harán las oraciones de un fraile piadoso en pro de nuestros ejércitos que los sermones furibundos y crueles de esos desgraciados que con los hábitos al cinto se han lanzado a la guerra. [...]. Nada que sea contrario a las generales leyes de la caridad debe sacarnos de nuestra ordinaria vida.»⁷

Los frailes, sus compañeros, toman por pura retórica estas palabras. Uno de ellos, además, recurre a la reducción de los conventos como suficiente motivo para ir a la guerra.⁸

Cabría preguntarse, desde luego, cuál era la preparación de semejantes curas y frailes. Más que gente con vocación, parecen aquellos nobles segundones entregados a la Iglesia, o los guerreros venidos de otras guerras, y que buscan un acomodo, y nada más, en el convento. Todos ellos se caracterizan por un fanatismo obcecado negro y truculento.

2. ANTÓN TRIJUEQUE EL CURA DE BOTORRITA

Gabriel Araceli conoce al, tal vez, más fiero y despiadado de todos esos sacerdotes: mosén Antón Trijueque, más conocido como el cura de Botorrita. El conocimiento se produce en el episodio titulado *Juan*

¹ *Napoleón en Chamartín*, caps. XIII y XIV.

² *Napoleón en Chamartín*. Véase en especial el capítulo XIII.

³ *Napoleón en Chamartín*, cap. XII.

⁴ *Napoleón en Chamartín* cap. IV.

⁵ *La vida de Lazarillo de Tormes*. Ed. de Alberto Blecuá, Madrid, Castalia, 1982, Tratado IV.

⁶ *Napoleón, en Chamartín*, cap. XXII.

⁷ *Napoleón, en Chamartín*, cap. XXII.

⁸ *Napoleón, en Chamartín*, cap. XXII.

Martín el Empecinado: «Era mosén Antón Trijueque, cura aragonés, que había tomado las armas desde el principio de la guerra, y servía en las filas de Sardina no como capellán, sino como... jefe de la caballería.»⁹ Mosén Trijueque nos es descrito como un coloso, como «la batalla personificada, la más exacta expresión humana del golpe brutal que hiende, abolla, rompe, pulveriza y destroza.

Para que fuera más singular y extraño aquel guerrillero, cuya facha no podía mirarse sin espanto, vestía la sotana que llevaba cuando echó las llaves de la parroquia el 3 de junio de 1808, y de un grueso cinto de cuero sin curtir pendían dos pistolas y el largo sable.»¹⁰ El padre Antón, además, es incansable. Y como dice otro personaje de él: «Este clerigote es oro como militar; pero como hombre no vale una pieza de cobre.»¹¹

No piensa sino en la guerra, y por allá por donde pasa no ve más que afrancesados a los que manda fusilar:

«Nos saquearon los franceses anoche, y esta mañana nos han saqueado los tuyos... ¿Qué cuadrilla de tigres carniceros son éstas que traes contigo?»¹² El Empecinado se encara con el cura de Botorrita: «por ti nos aborrecen en los pueblos, y concluirán por alegrarse cuando entren los franceses.»¹³ El cura de Botorrita es, además, ambicioso: ansía el mando que no tiene él y que sí posee el *Empecinado*. Sin embargo, tanto este como Gabriel Araceli saben que no sirve para ejercerlo: «Estratégico incomparable en los valles y sierras, Trijueque era completamente inexperto en la táctica del humano corazón, y los recursos de su facultad seductora adolecían de su brusca torpeza.»¹⁴

Mosén Antón, deseando el mando que no le entrega Juan Martín, e incapaz de permanecer bajo sus órdenes, creyéndose mejor estratega que él, deserta pasándose al campo francés, pues lo que a él le importa es luchar, mandar y ser obedecido¹⁵. Con mando en el ejército enemigo, llega a enfrentarse con el *Empecinado*, el cual lo derrota. Y así contesta a la pregunta de este sobre si en su alma hay algo más que bravura:

«Hay ambición de gloria, de llevar a cabo grandes proezas, de asombrar al mundo con el poder de un solo hombre; hay un ansia horrorosa de que ningún nacido valga más que yo, ni pueda más que yo; hay la costumbre de mirar siempre para abajo cuando quiero ver al género humano.»¹⁶

Oyendo semejantes palabras en boca de un cura, es para cuestionarse todas las enseñanzas que estos recibían en el seminario, si es que recibían alguna. Perdonado, pese a todo, por el *Empecinado*, el cura de Botorrita, que deseaba la muerte, que pedía ser fusilado por el guerrillero, acabó sus días, por su propia mano, colgado de una encina.¹⁷

No podía tolerar el perdón, ni para los demás ni para él. Quizás por un exceso de orgullo que tan mal se avenía con su ministerio. Es Gabriel Araceli quien lo encuentra ahorcado en medio del campo minutos después de haber sido indultado por el *Empecinado*.

⁹ *Juan Martín el Empecinado*, cap. II.

¹⁰ *Juan Martín el Empecinado*, cap. II.

¹¹ *Juan Martín el Empecinado*, cap. IX.

¹² *Juan Martín el Empecinado*, cap. X.

¹³ *Juan Martín el Empecinado*, cap. X.

¹⁴ *Juan Martín el Empecinado*, cap. XIII.

¹⁵ *Juan Martín el Empecinado*, cap. XIII y ss.

¹⁶ *Juan Martín el Empecinado*, cap. XXIX.

¹⁷ *Juan Martín el Empecinado*, cap. XXX.

3. DON JOSÉ FAGO

Don José Fago es el trasunto, aunque mucho más dulcificado, humanizado si se quiere, de mosén Antón Trijueque, el cura de Botorrita. Don Benito Pérez Galdós, hombre nada dogmático, que conoce la realidad, se resiste a mostrar solamente una faceta del diamante. Muy a menudo, los personajes, en sus manos, son como una piedra preciosa que va haciendo girar ante nuestros ojos: vemos, pues, los defectos y las virtudes, la miseria y la grandeza, todas y cada una de las caras de la humanidad. Así José Fago, otro cura, se parece, en algunos aspectos a mosén Antón, aunque en otros difiere totalmente de él. Son dos formas de ver un problema o una realidad, en este caso la de la participación del clero en la guerra. José Fago es capaz de perdonar y de pedir perdón.

También hay diferencias entre Zumalacárregui y Juan Martín el *Empecinado*. El primero no es partidario de que los curas tomen parte activa en la guerra. El segundo no dice nada al respecto.

José Fago, aunque le atrae, está menos obcecado por el mando que mosén Antón. La primera misión en la que lo vemos participar es en la de auxiliar, mediante la confesión, a don Adrián Ulibarri, el alcalde de Miranda de Arga al que van a fusilar los soldados de Zumalacárregui. José Fago en su juventud sedujo, huyendo con ella, a Saloma. Tras una breve vida de escándalo esta lo abandonó, aunque no regresó a su casa. Saloma es la única hija de don Adrián Ulibarri. Al verlo ahora, próximo a ser fusilado, es el cura quien se confiesa con el seglar, el que pide perdón:

«Yo, José Fago, seduje y arrebaté del hogar paterno a la hija única de don Adrián Ulibarri, ante quien depongo ahora todo el fárrago de mis culpas.»¹⁸

Más tarde, arrepentido, tras una vida de escándalo, habiendo sido abandonado por Saloma, la hija de don Adrián, recabó en el monasterio de Veruela, donde se ordenó sacerdote. Nada más verse, ahora, pasados los años, con don Adrián, en tan dramática situación, es él, José Fago, quien le pide el perdón y la absolución.

Los soldados apremian, pues el ejército tiene que partir. Los dos hombres se abrazan. El alcalde, próximo a la muerte, se muestra generoso:

«José Fago, yo te perdono para que te perdone Dios... y me perdone también a mí.»¹⁹

Como se puede observar estamos ahora en un clima mucho más humano, abierto y distendido, pese al dramatismo de la situación, que con el cura de Botorrita, obsesionado por el mando y por fusilar desertores. Nos hallamos lejos del fanatismo carbonario:

«Bien sabe Dios que los que fusilaron a Ulibarri hicieronlo compadecidos y en extremo pesarosos, cumpliendo a regañadientes la inexorable Ordenanza. [...]. El capitán encargado de la ejecución estaba pálido como un muerto; un soldado se echó a llorar; pero todos supieron cumplir con su deber.»²⁰

Pese a ese fusilamiento, José Fago sigue a los soldados de Zumalacárregui, por quien siente verdadera admiración, una admiración anclada en sus creencias, o, al menos, en sus lecturas sacras:

¹⁸ *Zumalacarregui*, cap. I.

¹⁹ *Zumalacarregui*, cap. I.

²⁰ *Zumalacarregui*, cap. II.

«Gracias a Dios —se dijo Fago— que voy a ver a ese portento, el caudillo de los soldados de la Fe, el Macabeo redivivo.»²¹

Poco después, sin embargo, se tropezará con Saloma, no la hija de don Adrián, que le servirá de piedra de toque. Gracias a ella sabemos que también había curas en las facciones liberales:

«En Cadreita, dos leguas de aquí, hay un cura que ha levantado una partida liberal y mata faiciosos como moscas.»²²

Esta noticia va a dar origen a una breve discusión entre José Fago y Saloma. Fago se muestra muy convencido de sus principios políticos y de la legitimidad de su causa, que es la de Dios:

«Creo en la legitimidad, creo en los derechos indiscutibles de don Carlos, creo que los ejércitos carlinos defienden al verdadero Rey y al Dios verdadero.»²³

No se esperaba José Fago la respuesta de la espabilada Saloma, que no por falta de estudios está privada de sentido común. Y con todo el sentido común del mundo le replica:

«Y yo creo que usted es bobo. *Miá* que Dios... ¿Qué tiene que ver Dios con la guerra? ¿A Dios le puede gustar que *haigan* fusilado a *Mediagorri*?»²⁴

Fago no sabe qué responder. Las palabras de Saloma, sin embargo, no caen en el vacío, y será poco después, en otra conversación con el cura Ibarburu cuando verbalice lo que no sabe contestar a la moza:

«Yo no había visto nunca de cerca la guerra. Me ha impresionado profundamente.»²⁵

El otro sacerdote, Ibarburu, cree que la guerra le ha inspirado repulsión y tristeza a su amigo José Fago. No es así, aunque este está lleno de dudas:

«—No, señor; eso me ocurrió el primer día; después, no. Ante todo, quiero que me dé usted su opinión sobre un punto que creo elemental, y que desde anoche me sugiere angustiosas dudas. Yo pregunto: ¿Dios autoriza las guerras? ¿Dios puede tomar partido por uno de los combatientes, amparándole contra el otro, o abomina por igual de todos los que derraman sangre humana?

—Amigo mío, Dios ha de mirar mejor a los que defienden sus derechos.

—¿Los derechos de Dios! ¿Qué es eso?»²⁶

Ibarburu lo tiene muy claro: Dios defenderá a aquellos que luchen por la fe, favorecerá a quienes lo adoran y rechazará a los contrarios. Eso, sin embargo, no convence a Fago, que recuerda uno de los mandamientos: «No matar». Poco después se explaya sobre este punto:

«Lo que no me ha entrado todavía en la cabeza es que Dios consienta el matar frío y carnívoros, como sacrificio de reses, por las llamadas leyes de guerra, bien con el fin de asegurar la disciplina, bien con el de aterrorizar al enemigo y quitarle auxiliares o medios de comunicación.»²⁷

²¹ *Zumalacarregui*, cap. V.

²² *Zumalacarregui*, cap. VI.

²³ *Zumalacarregui*, cap. VI.

²⁴ *Zumalacarregui*, cap. VI.

²⁵ *Zumalacarregui*, cap. VII.

²⁶ *Zumalacarregui*, cap. VII.

²⁷ *Zumalacarregui*, cap. VII.

Estas palabras, que parecen fuertes convicciones no son sin embargo, más que las dudas de Fago, que Ibarburu va solucionando de forma tan eficaz como hicieron los griegos tras la toma de Troya: exterminando al enemigo por el bien de la futura paz:

«Si no admitimos el eclipse total de la benignidad y compasión por motivos de disciplina, o de organismo militar, no hay victoria posible, y el matar, que es un mal, sería interminable, y la paz, el supremo bien, no se restablecería nunca. Las crueldades que vemos un día y otro son actos de política, absolutamente necesarios.»²⁸

Solucionados sus problemas de conciencia, gracias a la intervención del cura Ibarburu, y sabiendo que don Carlos representa la legitimidad, la moral y el bien de los pueblos, José Fago ya puede dar rienda suelta a sus más íntimos pensamientos:

«[...], desde que vi al general Zumalacárregui, se me ha metido en el alma un ardentísimo deseo de tomar las armas. [...] Porque lo que siento, créame usted, es una furia, un frenesí impulsivo, y al propio tiempo un profundo desprecio de la vida de mis semejantes, sobre todo si son del bando o facción contraria a nuestras ideas. Y como conceptúo que este sentimiento se da de trompicones con la mansedumbre, cualidad primera del sacerdote, de aquí mi confusión, mi terror, más bien, viendo perdida en un instante la serenidad conquistada.»²⁹

De todo ello también va a deducir Fago que se equivocó en la elección de la carrera eclesiástica. No ha encontrado, dice justificándose, personas religiosas que despertaran en él deseos de emulación. Son palabras de autoexculpación; pero que también encierran una profunda crítica a la iglesia del momento. No obstante, Fago, oscilará entre la religión y la guerra, pues si en aquella «no he encontrado atmósfera de santidad, sencillamente porque no la hay, he encontrado atmósfera guerrera y política.»³⁰

Pese a todo, José Fago se va a tropezar con un problema con el que no se encuentra el cura de Botorrita. No deja de ser curioso que un guerrillero liberal, el *Empecinado*, admita en sus filas, en 1811 a un sacerdote, al que le da el mando de la caballería, y veintitrés años después, en 1834, un general carlista, absolutista, aunque militar de carrera, le deniegue el mando a un sacerdote, que sólo lo admite como soldado. Esto es lo que le dice Zumalacárregui a Fago:

«[...]. Déjeme usted ser franco y decirle que los curas armados me gustan poco.» [...] «[...]. Pero no les dejo capitanear partidas volantes, porque tengo para mí que nos afea la Causa el espectáculo de Cristo con un par de pistolas.»³¹

Surge entonces el encargo: José Fago, buen conocedor del terreno, tiene que recorrer pueblos y villas para hacerse con todo el metal posible: con ellos Zumalacárregui trata de fabricar los cañones que no tiene. Fago, decepcionado, no acepta la misión. Y es entonces cuando surge la propuesta de ir a por un cañón del doce abandonado por los liberales en Ondárroa. Llevarlo de allí a Guipúzcoa, por montes y senderos, será la labor épica de José Fago.³²

Es esta, sin ningún género de dudas, la parte más épica, quizás la única, de todos los *Episodios nacionales*. Aun así hay que hacer salvedades, pues en su camino, José Fago y sus compañeros se tropiezan con

²⁸ Zumalacárregui, cap. VII.

²⁹ Zumalacárregui, cap. VIII.

³⁰ Zumalacárregui, cap. VIII.

³¹ Zumalacárregui, cap. IX.

³² Zumalacárregui, caps. IX-XIII.

una figura inquietante, el ermitaño Borra, que va sembrar más dudas en el nada seguro corazón de Fago. Nos ocuparemos del ermitaño en otro apartado.

«Provenía la tristeza de Fago de una repentina intranquilidad de su conciencia. Todo aquello que hacía, ¿no era contrario a la ley de Dios? [...]

¿Representa nuestro don Carlos la ley divina? ¿Los de la otra parte, los que manda Oraa, Córdova o Mina, son realmente la maldad, la herejía, la ley del Demonio?»³³

Con todo ello, Fago, que no se siente digno de decir misa³⁴, aceptará entrar en filas como un simple soldado. No obstante, se sabe un buen estratega, y no pierde de vista a Zumalacárregui en tanto este inspecciona el terreno antes de la batalla:

«Ya, ya conozco tu plan: no puede ser otro que el que la configuración del terreno te señala y te inspira. Estoy dentro de tu cerebro, y sé todo lo que vas a disponer mañana, pasado mañana o cuando sea.»³⁵

No por eso desaparecen las dudas de Fago. Este comienza ya a dar claras señales de demencia, pues afirma haber visto, durante la batalla de Arquijas a don Adrián Ulibarri, al que remata a bayonetazos.³⁶ Duda de su visión, desde luego, y la duda adquiere un tinte religioso:

«Milagroso o no, el hombre que vi y que maté en un momento de furor instintivo, me reveló con su presencia que estoy nuevamente encenagado en el mal, que escarnezco la sagrada Orden cogiendo en mis manos un arma y matando sin piedad cristianos con ella... ¡Si al menos fuesen moros!... Pero tampoco, ni moros ni nada...»³⁷

Como se puede apreciar estamos muy lejos del cura de Botorrita y de su furor y fanatismo. Pocas líneas después de lo apuntado más arriba, dice:

«Llega un momento en que al hombre civilizado se le cae la ropa, y aparece el salvaje. Luego nos da vergüenza de vernos desnudos, y volvemos a encapillarnos la levita, la sotana o lo que sea.»³⁸

Lleno de remordimientos y pesadillas, José Fago, en medio de la niebla, se pierde, yendo a amanecer en el campo enemigo, donde es socorrido por una aragonesa. El clérigo se siente desfallecer:

«Lo mismo le importaba hallarse entre liberales que entre facciosos. Empequeñecidos ambos bandos, eran de la misma talla mezquina ante la magnitud del tremendo conflicto que él llevaba en su alma. Ni ¿cómo podía ser de Dios uno de los ejércitos y el otro no? Dios estaba en todos y en ninguno, y los hombres no se podían diferenciar ante Dios más que por sus conciencias.»³⁹

En el campo cristino añora el monasterio de Veruela donde, una vez, los padres lo volvieron a la vida. Las dudas y los desánimos de Fago van paralelos con el desengaño de Zumalacárregui, que ni consigue dinero ni munición para su ejército. Tras una serie de aventuras de Fago, en pos de Saloma, a quien busca

³³ *Zumalacarregui*, cap. XIII.

³⁴ *Zumalacarregui*, cap. XIII.

³⁵ *Zumalacarregui*, cap. XIV.

³⁶ *Zumalacarregui*, cap. XVI.

³⁷ *Zumalacarregui*, cap. XVI.

³⁸ *Zumalacarregui*, cap. XVII.

³⁹ *Zumalacarregui*, cap. XVIII.

desesperadamente, vuelve a dar con Zumalacárregui, poco antes del famoso y mortal sitio de Bilbao, que emprende, contra su opinión y siguiendo los mandatos del inútil rey. José Fago se atreve a decir en voz alta lo que piensa el general: ambos son contrarios a la toma de la ciudad.⁴⁰ El intento le costó la vida a Zumalacárregui, y muerto este, muere Fago también. La duda, el perdón y el remordimiento ha sido una constante en su vida. Quizás por ello los momentos más felices fueron aquellos pasados por montes y valles transportando un cañón. Pero hasta allí se le aparece su conciencia en la persona del ermitaño Borra.

4. LA VOCACIÓN

Si bien las monjas en aquella época no podían tomar parte en las batallas, como hacían frailes y curas, sí podían intrigar, recabar dinero y movilizar a las personas desde sus iglesias y conventos. Famosa se hizo, en la época de Isabel II, sor Patrocinio, la monja de las llagas. El convento donde habitó, La Latina, el más famoso de todos, fue un hervidero de intrigas siempre, por supuesto, a favor de la religión, es decir del absolutismo más intransigente, representado por el Rey, Francisco de Asís. Hablaremos de ella más hacia delante. Baste ahora con comentar los primeros capítulos de *Un voluntario realista*, que transcurren en el convento de San Salomó, en Solsona. El episodio está ambientado en 1827.

Sabemos que José Fago, asqueado, se retiró a Veruela tras una agitada juventud llena de escándalo. No se habla en ningún momento de la vocación de Antón Trijueque, ni de sus motivos para abrazar la carrera eclesiástica. Con respecto a las monjas, Galdós, nos va a advertir enseguida de dónde estamos y con quién nos las vamos a ver. Dice esto, con respecto a la vocación, tras describir el semiderruido convento:

«Siempre fueron las dominicas poco inclinadas a la pobreza absoluta; su Orden ha sido por lo general aristocrática, compartiendo con la del Císter la prerrogativa de acoger a las señoritas nobles a quienes vocación sincera, desgraciados amores o la imposibilidad de ocupar alta posición arrojaban del mundo. [...]. Todas eran nobles, pues no podía convenir al decoro del reino de Dios que mancomunadamente con la hijas de marqueses y condes vivieran mujeres de baja estofa.»⁴¹

No le falta el toque de leve ironía a don Benito. Insistirá sobre él poniéndonos, de paso, en antecedentes, creando el clima que le va a permitir, una vez más, darnos dos visiones, como mínimo de un mismo asunto:

«Es posible que no reinara dentro de San Salomó la paz más perfecta, como acontece en los claustros donde se han relajado todas las reglas y sobre la fraternidad impera el egoísmo; pero también es probable que los solsonenses no supiesen nada de esto, porque entonces los conventos, si habían olvidado muchas cosas, aún sabían guardar a maravilla sus secretos.»⁴²

Alguno trascendía, no obstante. La regla se relajaba, y tal vez en ese relajamiento esté la explicación de dedicarse frailes y monjas a lo que jamás se deberían haber dedicado:

«Como la regla mandaba que las monjas no tuvieran cama, sino un solo colchón puesto sobre el suelo, el lecho de sor Teodora, como el de todas las monjas de San Salomó y el de muchas monjas que hoy existen en Madrid y provincias,

⁴⁰ *Zumalacárregui*, cap. XXIX.

⁴¹ *Un voluntario realista*, cap. I.

⁴² *Un voluntario realista*, cap. I.

era un inmenso colchón de tres pies de alto. Véase aquí como interpretando la regla por la manera más ingeniosa, y burlándola en realidad, convertían las monjas la mortificación en comodidad, y la pobreza en el refinamiento del bienestar.»⁴³

En el convento de san Salomó se intriga, y se guarda dinero, a favor del carlismo. Hay una fuerte discusión entre las monjas, en catalán, según el narrador,⁴⁴ a causa de la guerra. Como no podía dejar de suceder, la hermana de más años, es contraria a ella, en tanto sor Teodora de Aransis, la más joven, es una acérrima partidaria. La discusión se agría, y la Madre Superiora manda que se abracen y se besen. Tras la discusión, esto es lo que dice de ella el narrador:

«Tenía buen fondo; pero el fanatismo le había sorbido los sesos.»⁴⁵

Recapitulando un poco cabe percatarse de que hemos ido de un personaje tallado a golpes de martillo, sin matices, don Antón Trijueque, el cura de Botorrita, a las complejidades de don José Fago, un hombre que duda de todo cuanto hace, no atreviéndose a hacerse seglar, ni a continuar diciendo misa. Ahora nos encontramos con unas monjas, unas contrarias a la guerra, otras con buen fondo, pero presas del fanatismo, partidarias de ella, y otra que descubrirá pronto que no tiene vocación, aunque no por eso abandonará el convento. Es este personaje, sor Teodora de Aransis, uno de los más inquietantes de los *Episodios*, y del que nunca se supo: abandonada en las montañas del Cadí, con un amante muerto, fusilado, y el otro huido, se queda, como Fago, en medio del camino. Sabremos después, por la novela *La desheredada*, que siguió en el convento, fue abadesa, y murió en él:

«—Es el retrato de sor Teodora de Aransis —indicó Alonso con respeto—, superiora del convento de San Salomó, donde murió ya muy anciana y en olor de santidad hace diez años...»⁴⁶

Si bien las monjas no participan en la guerra, Galdós hace con ellas lo que no resuelve con el cura de Botorrita: contarnos cómo surge la vocación. Vemos así el lado más humano de estas mujeres, tan desgraciadas como otras: huérfana de padres, la joven Teodora se deja llevar por sus ensoñaciones juveniles.

«Su vocación había sido, dicho sea sin irreverencia, como esos amores juveniles tan parecidos a los fuegos artificiales, que se desvanecen después de haber sonreído y estallado en la obscuridad, y no dejan tras sí más que ceniza, humo, sombras.»⁴⁷

No cabe más humanismo a la hora de dibujar a un personaje. Y por si ello no quedara claro, lo remacha poco después. Sor Teodora, con todo esto, queda más que justificada para salvar a Monsalud a cambio de la vida de Tilín, el sacristán del convento enamorado perdidamente de ella. Sor Teodora los pierde a los dos, y no le queda más camino que el convento, donde no es feliz:

«En el recinto triste y sombrío de San Salomó, aquella belleza de un carácter gracioso, seductor, mundano y ligeramente maligno, parecía, según la expresión de mosén Crispí de Tortellá, la imagen del sol de mediodía en el fondo de un pozo.»⁴⁸

⁴³ *Un voluntario realista*, cap. XV.

⁴⁴ *Un voluntario realista*, cap. V.

⁴⁵ *Un voluntario realista*, cap. V.

⁴⁶ Benito Pérez Galdós, *La desheredada*, Madrid, Alianza Editorial, 1988, cap. 10.

⁴⁷ *Un voluntario realista*, cap. XVI.

⁴⁸ *Un voluntario realista*, cap. XVI.

El problema de la vocación es un problema que viene de lejos. Muchas mujeres eran llevadas a los conventos sin que la tuvieran, ni hubieran soñado jamás con llevar una vida religiosa.

No es de extrañar, por lo tanto, que también Galdós se ocupe de este problema. Sor María de los Remedios, por ejemplo, monja que fue con sor Patrocinio, la Madre, se transforma en Domiciana: abandona el convento; su vocación es otra. A esa transformación sigue otra mucho más atrevida: llega a secuestrar al novio de su amiga, Lucila Ansúrez, que lo reserva para uso particular. Por cierto, será con el cuchillo que lleva Lucila para matar a Domiciana con que el cura Merino atentará contra Isabel II⁴⁹

Más divertida y humana es la forma de salir del convento de otra monja, Angustias en el siglo, que será luego la mujer de Diego Ansúrez, rebautizada como Esperanza. Esta, cansada del convento, una noche se deja caer por una ventana yendo a parar sobre los lomos de Diego Ansúrez a quien le ruega la aleje del convento de la Consolación de Játiva:

«Lléveme lejos, lejos, a donde no puedan alcanzarme»⁵⁰

El contrapunto, triste, lo pone la historia de Saloma, la hija de Baldomero Galán y de Saloma Ulibarri, la antigua amante de José Fago. De Saloma, la hija, se enamora Santiago Ibero, y trata de huir con ella, pues los padres se oponen a ese noviazgo.⁵¹ Santiago Ibero, como antes hiciera Gabriel Araceli, recorrerá parte de España, y de Francia, en busca de Saloma. Esta ha sido metida en un convento de Lourdes por su viudo padre «para que se la educaran a la francesa con mucha finura y mucho aquel y ellas [las monjas], viéndola tan mona, dijeron que debía ser para Dios, no para los hombres.»⁵²

En vano intentará don Baldomero Galán, el padre, sacarla del convento. Las madres no lo dejan ni ver a su hija, que se queda en el claustro. A Ibero se le cierran todas las posibilidades, si bien es cierto que las palabras que siguen se las dice una mujer, Teresa Villaescusa, que está locamente enamorada de él:

«Si la encontraras en alguna parte, [a Saloma], verías que se ha vuelto idiota... Por supuesto, yo no me equivoqué, Santiago: siempre creí que Salomita tenía muy poca sal en la mollera; a un entendimiento bien sazonado no le entran esas bromas del monjío...»⁵³

Ya tenemos, pues, todas las opciones. Y en ninguna de ellas se habla de verdadera fe o de amor cristiano. Parece ser que las personas entraban en los conventos buscando un medio de vida descansado que, además, tenía prestigio, poder e influencia. De ahí que luchen denodadamente por no perder aquello que han conseguido tan fácilmente. Con la intransigencia, a veces, del que necesita reafirmarse a costa de los demás.

⁴⁹ *Los duendes de la camarilla*, cap. IV y XXXIII.

⁵⁰ *La vuelta al mundo en la «Numancia»*, cap. I.

⁵¹ *Prim*, cap. XXVIII.

⁵² *La de los tristes destinos*, cap. XX.

⁵³ *La de los tristes destinos*, cap. XX.

VII. TRES PENITENTES

1. JUAN DE DIOS

Un papel también destacado, aunque sólo sea por el contraste que ofrecen con la Iglesia oficial, lo juegan los varios penitentes que aparecen a lo largo de los *Episodios*. Estas personas, alejadas del trato social, no intrigan en contra de nadie, ni defienden ninguna idea de tipo político ni incluso religioso. Son seres pacíficos con un pasado bastante normal o anodino. Han llegado a la soledad y al ascetismo por diversos motivos, pero todos impelidos por la guerra.

Quizás por su nula influencia en la sociedad sólo aparecen tres penitentes, dos hombres y una mujer, y apenas si tienen incidencia en la acción. No obstante, a Galdós le van a servir para mostrar otra faceta del diamante, la de la religión no oficial ni batalladora en este caso, pero que sigue el ejemplo de Jesús, pobreza y amor al prójimo. Dentro de estos penitentes, el más inquietante de ellos es el ermitaño Borra. Pero vayamos por partes, y por orden cronológico.

El primero en aparecer como penitente, que no como personaje, lo hace en la última novela de la primera serie, *La batalla de los Arapiles*. Gabriel Araceli se lo encuentra en pleno monte, muy cerca de San Francisco de la Sierra, en tanto se dirige, con el resto del ejército, hacia Sancti Spiritus. Con este pobre penitente, gastándole bromas un tanto pesadas, se entretienen los soldados durante un tiempo. Hasta que llega Araceli, con el grado de comandante, a poner orden. Esto es lo que ve:

«Su hábito descolorido y lleno de agujeros cuadraba muy bien a la miserable catadura de un flaquísimo y amarillo rostro, donde el polvo, con lágrimas o sudores amasado, formaba costras parduzcas. Lejos de revelar aquella miserable persona la holgura y saciedad de los conventos urbanos, los mejores criaderos de gente que se han conocido, parecía anacoreta de los desiertos o mendigo de los campos.»¹

Luego, cuando lo mira detenidamente, Gabriel reconoce en el penitente a Juan de Dios, un antiguo compañero de infortunio. Ambos sirvieron en casa de Mauro Requejo, de donde salieron huyendo. Araceli se alegra del encuentro e invita a comer al penitente, que rechaza la invitación:

¹ *La batalla de los Arapiles*, cap. IV.

«—Yo no puedo probar eso —repuso sonriendo—. Me alimento tan sólo con yerbas del campo y raíces silvestres.»²

También confiesa no beber más que agua, y no montar nunca el asno que lleva. Lo utiliza para trasladar a los pobres a los hospitales. Araceli lo observa detenidamente:

«Observándole bien, advertí las señales que en su extenuado rostro patentizaban no ser jactancia de beato aquello de las campestres yerbecitas y agua de los arroyos cristalinos. [...]. Su expresión era la de las almas exaltadas por una piedad que igualmente hace sus efectos en el espíritu y en el sistema nervioso. Misticismo y enfermedad al mismo tiempo, es una devoción singular que ha llevado hermosísimas figuras al cielo de las grandezas humanas. Si en un principio creí ver en Juan de Dios un poco de artificio e hipocresía, muy luego convencíme de lo contrario, y aquel santo varón, arrojado por las tempestades mundanas a la vida contemplativa y austera, vivía inflamado por un fervor tan ardiente como sincero.»³

Evidentemente, y como dice el mismo Galdós, estamos muy lejos de los frailes conventuales, «los mejores criaderos de gente que se han conocido.» Y por una vez, hablando un religioso, se habla de caridad y de amor al prójimo, aunque se haga indirectamente:

«Recogemos los mendigos de los caminos, visitamos las casas de los pobres para cuidar a los enfermos que no quieren ir a la nuestra, y vivimos de limosna.»⁴

Juan de Dios, pese a todo, es un hombre. Así nos aparece retratado en *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Se cuenta en este episodio, entre otras cosas, el intento de Mauro Requejo de casarse con Inés, la enamorada de Gabriel Araceli, a quien ya saben hija ilegítima de una marquesa. Los hermanos Requejo, Mauro y Restituta, alegando que era hija de una pariente suya, se la llevan a casa, una tienda de telas, donde la encierran en un cuarto esperando torcer su voluntad para aceptar a Mauro Requejo como marido. De esta forma se harán con su herencia. Inés, por supuesto, no acepta la unión.⁵

Antes, no sabiendo qué hacer con su fortuna, puesto que ambos hermanos están solteros y sin descendencia, ha pensado Mauro en casar a Restituta con su empleado Juan de Dios «El cual era hombre cuajado, quiero decir que parecía haberse detenido en un punto de su existencia, renunciando a las transformaciones progresivas del cuerpo y del alma. Juan de Dios ofrecía el aspecto de los treinta años, aunque frisaba en los cuarenta.»⁶

Pese a todo, a la edad y a la fortuna de Restituta, Juan de Dios se enamora de Inés, así se lo confiesa a Gabriel, como también le dice que Mauro Requejo no se casará con ella. Con la llegada de Inés, Juan de Dios ha vuelto a la vida: «Nunca voy a los bailes ni a tertulias, y con tan uniforme vida me he vuelto tan tristón, que me aburro de mí mismo.»⁷ Ahora, con la llegada de Inés, todo va a ser distinto. Es la mujer de su vida. «Yo de veras te digo que por verme amado de ella por todo el día de hoy consentiría mañana en perder la vida.»⁸

Gabriel se aprovechará de esa pasión para, entre los dos, sacar a Inés de la casa de los Requejo burlando al mismo tiempo la vigilancia de estos y las pobres esperanzas de Juan de Dios.⁹ No podía hacer otra

² *La batalla de los Arapiles*, cap. IV.

³ *La batalla de los Arapiles*, cap. IV.

⁴ *La batalla de los Arapiles*, cap. IV.

⁵ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, caps. XIX y ss.

⁶ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. XV.

⁷ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. XX.

⁸ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. XX.

⁹ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. XXIV.

cosa Araceli para impedir el matrimonio de Inés con Mauro Requejo. Aun así, pese al final feliz, queda un halo de tristeza y de amargura por el pobre empleado de los hermanos Requejo. Pasado el tiempo, ya en la sierra de Salamanca, próxima la batalla de los Arapiles, Gabriel quiere saber lo que ha quedado de aquel viejo amor. Juan de Dios se carga entonces de humanidad.

«Cuando Dios me crió dispuso que padeciese, y he padecido como ningún otro mortal. [...]... Amé a una mujer, más con tanta exaltación, que mi naturaleza quedó en aquel trance trastornada. Cuando comprendí que todo había concluido, yo no tenía ya entendimiento, memoria ni voluntad. Era una máquina, señor oficial, una máquina estúpida.»¹⁰

Es entonces cuando el bueno de Juan de Dios decide hacerse fraile. Escoge la orden «más pobre y donde más trabajase el cuerpo y más apartada de mundanales atractivos estuviese el ánimo.»¹¹ No por ello van a cesar sus tormentos: un día, leyendo *Los nombres de Cristo*, de fray Luis de León, en una huerta, se le aparece ella: «Estaba vestida con riquísima túnica de una blanca y sutil tela, la cual, así como las nubes ocultan el sol sin esconderlo, ocultaba su hermoso cuerpo, antes empañándolo que cubriéndolo. Bajo su falda asomaba, desnudo, uno de sus delicados pies; sus cabellos, ensortijados con arte incomparable, le caían en hermosas guedejas a un lado y otro de la cara, entre sartas de orientales perlas, y en la mano derecha sostenía un pequeño ramillete de olorosas flores, cuya esencia llegaba hasta mí, embriagándome el sentido.»¹²

Gabriel no reconoce a Inés en esa aparición. Juan de Dios le explica que eso se debe a que ella ha muerto, a que ya no existe, pese a lo cual el pobre hombre sigue sufriendo por ella. Obsérvese la descripción que hace Galdós, la penetración psicológica de la misma: «Por mi cuerpo corrían, a modo de relámpagos del movimiento, unas convulsiones ardientes... ¡Ay!, no, no puedo de modo alguno explicar esto... En mi cuerpo chisporroteaba algo, cual mechas que se van apagando, y cuyas pavesas, mitad fuego, mitad ceniza, caen al suelo...»¹³ Juan de Dios, tras la visión de Inés, intenta refugiarse en la iglesia del convento, pero una mano le tira del hábito impidiéndole entrar.

El pobre penitente no logra olvidar a Inés:

«Cerca de tres años de mortificaciones, de ejercicios, de penitencias, de vigiliyas, de rigores, de dormir en campo raso y comer berraza y jaramagos crudos, si han fortalecido mi espíritu, librándome de aquellas vaguedades voluptuosas que al principio ponían al borde del precipicio mi santidad, no me han liberado de los continuos asaltos del ángel infernal, que un día y otro, señor, en el campo y bajo techo, en la dulce obscuridad de la alta y triste noche, lo mismo que a la luz deslumbradora del sol, me pone ante los ojos la imagen de la persona que adoré en el siglo.»¹⁴

Inés no cesa de aparecérselle al pobre penitente, que está cercano ya a la desesperación: «¡Es terrible sentirse uno con el corazón y el espíritu todo dispuesto a la santidad y no poder conseguir el perfecto estado! [...]. No puedo ser santo, no puedo arrojar de mí esta segunda persona que me acompaña sin cesar.»¹⁵

Inés se le vuelve a aparecer bajo la forma de una monja. Y es esta la única vez que Juan de Dios habla de la guerra. Obsérvese que no habla de política ni de razones sino del salvajismo de la contienda:

¹⁰ *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

¹¹ *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

¹² *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

¹³ *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

¹⁴ *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

¹⁵ *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

«Hallábame sirviendo en el hospital cuando comenzó el cerco, y entonces otros buenos padres y yo salimos a asistir a los muchos heridos franceses que caían en la muralla. Yo estaba aterrado, pues nunca había visto mortandad semejante, e invocaba sin cesar a la divina Madre de Nuestro Señor para que por su intercesión se amansase la furia de los angloportugueses. El día 18, el arrabal donde yo estaba dióme idea de cómo es el Infierno. [...]»¹⁶

Juan de Dios cae herido, y, sintiendo una sed abrasadora, es, otra vez, la propia Inés quien le da a beber agua con su blanca mano. Tanto lo acompaña la imagen de esta que cuando ve a la verdadera Inés, en cuerpo y alma, la toma por una visión más. No obstante, le da una información valiosísima a Gabriel Araceli que, va en busca de Inés. Así lo describe, por última vez, Araceli, dejando, como siempre, un poso de tristeza muy humana, y muy alejada del resto de frailes y curas, que aparecen en los *Episodios*:

«Cuando su enjuta figura negruzca se alejó al bajar un cerro, parecióme ver en él un cuerpo que melancólicamente buscaba su perdida sepultura sin poder encontrarla.»¹⁷

Juan de Dios amaba a Inés. Ella supuso su despertar, su nacimiento a la vida. De ese amor se aprovecha Gabriel. Y perdida Inés, Juan de Dios se queda como cáscara vacía. Intenta suplantar el amor de Inés por el amor a Dios; pero el recuerdo de la primera, como hemos visto, no lo deja en paz. Vive en el infierno en vida; y ni las humillaciones, ni la entrega al prójimo, le devuelven la tranquilidad. Sí, es un cuerpo que busca una sepultura quizás porque sabe que nunca la encontrará a ella, a quien verdaderamente añora.

2. EL ERMITAÑO BORRA

El ermitaño Borra aparece en la primera novela, *Zumalacárregui*, de la tercera serie. Se tropieza con él don José Fago cuando, cumpliendo órdenes de Zumalacárregui, regresa de Ondárroa adonde ha ido en busca de un cañón abandonado por los liberales. El ermitaño vive en una de las vertientes del monte Murumendi. Por allí pasan Fago y sus compañeros arrastrando el cañón.

José Fago duda, y mucho, sobre la bondad de esa guerra que, según el capellán Ibarburu, defiende los derechos de Dios, que son los de los carlistas, en contra de los liberales, quienes, al parecer, desean acabar con el Trono y el Altar. Estos son, en consecuencia, los enemigos del Señor.

José Fago es la duda hecha carne. Es, también, una persona muy influenciabile: según con quien esté opina de una forma o de otra. Como muchos otros sacerdotes participa en la guerra de forma activa. Zumalacárregui, sin embargo, no quiere curas con pistolones ni con mando. Tal vez por necesidad de hombres lo admite en su ejército como soldado raso. Fago acepta. También acepta el mando para ir a por el cañón de Ondárroa. El ermitaño Borra, en el camino de regreso, será su piedra de toque, quien se oponga a las burdas justificaciones del capellán Ibarburu.¹⁸

El ermitaño Borra también tiene pasado, como Juan de Dios: «contaron que había militado en las partidas realistas del año 22, y que habiéndole sorprendido Mina en actos de espionaje le condenó a muerte, conmutándole luego la pena por la menos cruel y más infamante de cortarle las orejas.»¹⁹

¹⁶ *La batalla de los Arapiles*, cap. VI.

¹⁷ *La batalla de los Arapiles*, cap. V.

¹⁸ Véase *Zumalacárregui*, cap. VII y VIII.

¹⁹ *Zumalacárregui*, cap. XII.

Tras sufrir el castigo, el hombre se fue a su casa habiendo perdido las ganas de guerrear. Su familia también ha desaparecido, así que lo vende todo y se va al monte «ávido de quietud religiosa, lejos de las pasiones humanas y del loco trajín del mundo.»²⁰ Nunca más vuelve a cortarse el pelo ni la barba. Los cabellos cubren las mutilaciones. Vive acompañado de una cabra y de un perro. Y se alimenta de lo que le da su huerto: coles, borraja y alguna patata. Ni caza, ni tiene instrumentos que sirvan para matar.

«Era alto y huesudo, tan tieso que parecía de madera; figura semejante a muchas que se ven en los nichos polvorosos de las iglesias, olvidadas de la devoción, sin ofrendas, sin culto.»²¹

El ermitaño Borra lleva a la fuente a José Fago y a sus dos acompañantes. Allí Fago se presenta como servidor de Carlos V por quien cree que ora el ermitaño. Este los desengaña: «Nada le importaba ya que mandase Juan o Pedro, y le gustaba más mirar las estrellas que a los hombres.»²²

Dicho esto, lanza una terrible filípica en contra de la guerra:

«—Oiganme, señores míos, y si quieren hacerme caso, bien, y si no también. Yo les digo que la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los Infiernos está señalado para los generales que mandan tropas, para los armeros que fabrican espadas o fusiles, y para todos, todos los que llevan a los hombres a este matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el Demonio adorna su cabeza. El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la Religión, pues la Religión no necesita que nadie ande a trastazos por ella. ¿Es santa, es divina? Luego no entra con las espadas. La sangre que había que derramar por la verdad, ya la derramó Cristo, y era su sangre, no la de sus enemigos. ¿Quién es ese que llaman el enemigo? Pues es otro como yo mismo, el prójimo. No hay más enemigo que Satanás, y contra este deben ir todos los tiros, los tiros que a éste le matan son nuestras buenas ideas, nuestras buenas acciones.»²³

Fago trata de responderle defendiendo las guerras, pero Borra se niega a oír semejantes argumentos:

«Condenado Fernando VII, condenado don Carlos María Isidro, y condenadas todas las reinas, magnates y archipámpanos que andan en este pleito.»²⁴

Dos enemigos hay para Borra: la guerra y las mujeres: «Detrás de las matanzas entre hombres, hay siempre querellas, envidias y trapisondas de mujeres.»²⁵

Suponemos que Borra hace dicha afirmación sin saber cuanto había acontecido en la corte de Fernando VII con su mujer y la hermana de esta; ignorando las intrigas de María Cristina y de su morganático marido en contra de su propia hija, Isabel II; y sin saber nada de sor Patrocinio y de las monjas de La Latina. Quien sí lo sabía, por supuesto, era Galdós. Y por eso mismo resultan inquietantes las palabras de Borra: detrás de una aparente misoginia hay una terrible verdad.

Uno de los acompañantes de Fago trata de soliviantar a Borra recordándole a Mina, el general que mandó que lo desorejaron. Fago a su vez le recuerda, sin duda para ponerlo a prueba, que tiene que perdonar a sus enemigos. Esta es la respuesta del ermitaño:

«—Y los perdono. Pero Dios no los perdonará..., digo, no sé. Allá él. Yo rezo todos los días por que los militares abren los ojos a la verdad, y abominen de las matanzas. Pero nada consigo. Todos los que vienen a verme me dicen que

²⁰ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²¹ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²² *Zumalacarregui*, cap. XII.

²³ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²⁴ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²⁵ *Zumalacarregui*, cap. XII.

cada día es más terrible la guerra, y ya no guerrean sólo los hombres, sino los viejos y hasta los niños. Vosotros, que venís a dar un consuelo al pobre ermitaño, guerreros sois también y sin duda de los que andan al acarreo de armas y municiones.»²⁶

Fago quiere estar seguro de si el ermitaño dice lo que siente, y si está seguro de ello. Borra los despide reafirmando sus ideas: «Tan seguro [...] como lo estoy de que los tres sois alcahuetes de la guerra y mequetrefes de Satanás. Ya os estáis marchando para abajo, que yo me encuentro mejor en la compañía de los pájaros y de las moscas que en vuestra compañía.»²⁷

Antes de irse tratan de darle una moneda. «Ahí tenéis otro motivo de condenación, el maldito dinero, que no sirve más que para hacer a los hombres codiciosos y avarientos. Por dinero salta el hombre y baila la mujer, y de esos brincos sale la guerra... Guárdate tu moneda, que yo no tengo bolsillo. Mira las hormigas cómo viven sin dinero. [...]»²⁸

La respuesta de los compañeros del padre Fago es querer estamparle una piedra en mitad de la frente «para que se le aclaren las entendederas.» Fago detiene tan caritativa empresa. Y sea por este encuentro, o por el encuentro con el cura de San Gregorio, «soldado platónico», Fago ya no se atreve a decir misa: tiene el mismo temor al altar que su compañero a la guerra.²⁹

El padre Fago, influenciado por las palabras del ermitaño, entra en crisis. Crisis que, al final, lo llevará a la muerte.

3. MARCELA, LA MONJA ANDARIEGA

Esta penitente pertenece también a la tercera serie de los *Episodios*. Hace su entrada cuando el protagonismo ha pasado de Fernando Calpena a don Beltrán de Urdaneta.

Don Beltrán de Urdaneta es un viejo noble que no quiere aceptar que los tiempos han cambiado, y que no puede vivir con el boato con el que ha vivido hasta ese momento. Es una figura que recuerda, y mucho, al rey Lear. Como él, al final de su vida, se va a ver envuelto en un viaje iniciático, duro, que le va a servir para apreciar lo que tiene olvidándose de sus pasadas glorias. El viaje lo va a llevar a cabo durante la tercera guerra carlista, durante la dura campaña del Maestrazgo.

Aparece don Beltrán en el capítulo IX de *Luchana*, invadiendo el alojamiento de Calpena en Trespaerterne. Allí Fernando Calpena se entera, por un criado, de que «Don Beltrán ha sido toda su vida un disipador de lo suyo y de lo ajeno; como que no ha hecho más que divertirse y darse buena vida en los Parises y otras tierras de vicio. En cambio, su nieto ha salido tan allegador y de puño tan cerrado, que no hay más que pedir.»³⁰

Poco después será el mismo don Beltrán quien se sincere con Calpena, dándole un consejo que él mismo no sigue: «[...] cuando el Destino nos pone al pie de un árbol de buena sombra, cargado de fruto, y nos dice «Siéntate y come», es locura desobedecerle y lanzarse en busca de esos otros árboles fantásticos, estériles, que en vez de raíces tienen patas... y corren...»³¹

²⁶ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²⁷ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²⁸ *Zumalacarregui*, cap. XII.

²⁹ *Zumalacarregui*, cap. XIII.

³⁰ *Luchana*, cap. XI.

³¹ *Luchana*, cap. XII.

Don Beltrán vive con su nieto, y la madre de este. Entre los dos le tasan los gastos al anciano. Don Beltrán se subleva contra ellos, austeros, cortos de miras y guardadores de las formas. Don Beltrán huye de casa.

También huye de casa de su hija, pues como le explica a Saloma, la hija de don Adrián Ulibarri, «[...]... Ya no hay hijos, quiero decir hijos buenos. Esa raza concluyó. Con estas malditas guerras entre hermanos parece que ha venido al suelo toda ley de humanidad, y hasta los sagrados fueros de parentesco, y de sangre.»³²

Don Beltrán se encamina, en medio de la guerra, hacia Rubielos, en la provincia de Teruel, donde espera encontrar al Alcalde, Juan Luco, que le debe cierto dinero. Recuperado, sin rendir cuentas a nadie, podrá llevar el tren de vida que llevaba antes. Preguntando por Luco, habla con Tanasio Joreas, un arrepentido de la facción «en busca de un terreno donde haiga paz, donde los hombres sean cristianos, no carniceros.»³³

Este Joreas fue uno de los que formó parte del pelotón que fusiló a Juan Luco, el deudor de don Beltrán. Pregunta este por los hijos de Luco: de los tres, uno, Bruno, alistado «en las sacras banderas» da a entender Joreas que fue pasado por las armas. Cinto Luco, el segundo hijo, partidario de Isabel II, fue desnudado, como su familia, siendo alanceados todos por la tropa del cura Lorente. El tercer hijo, Francisquín, liberal, fue hecho prisionero en Liria, Valencia; y fusilado, al parecer, o bien en Villar del Arzobispo o en Chiva.³⁴

Don Beltrán, horrorizado, pregunta entonces por la única hija de Juan Luco. «Es monja penitente», le contestan. Y le cuentan, de paso, todos los fusilamientos y carnicerías entre liberales y carlistas tras el ajusticiamiento de la madre de Cabrera. Unos y otros le relatan horrores al noble anciano.³⁵

Al día siguiente, don Beltrán, empecinado en su búsqueda, sigue preguntando por los hijos de Juan Luco: de Francisquín nada saben en concreto, pero sí de Marcela: «Había despuntado Marcela, desde su entrada en religión, por su ciencia grave y su lucido ingenio; sabía latín, y dándose a la lectura, lo mismo platicaba de Teología que enjaretaba versos y prosas en loor de los sagrados Misterios.»³⁶

Obsérvese que, a diferencia de los otros penitentes, la monja Marcela, nombre bien cervantino, es letrada, hasta el punto de que «iban a verla el arcipreste de Mequinenza, el abad de Veruela y muchos calonges y prestes de Huesca, Tarragona y hasta de Aviñón, que es la Roma de esta parte de Francia»³⁷

El otro personaje, que informa a don Beltrán, insistirá en la clara sapiencia de la monja Marcela: «escribió un lindo poema sobre el milagro de los Corporales de Daroca, y también conozco unas quintillas a la Transfiguración del Señor. Sé que de diversas partes iban personas eruditas a consultar con ella puntos graves de Moral, de Filosofía o de Religión, y que el meollo de sus sentencias era el asombro de cuantos la oían.»³⁸

Cuentan que en los principios de la guerra, llamó a Cabrera para incitarle a no emplear medios crueles. Lo mismo hizo con Noguerras y con Mina. Pero las partidas de Llarch de Copons y de *Camas-Crúas* atacaron el convento de Sigena, de donde «salieron dispersas las señoras monjas, como las abejas cuando les ahuman la colmena. Cada religiosa tiró por su lado, buscando el amparo de otros conventos o de casas

³² *La campaña del Maestrazgo*, cap. I.

³³ *La campaña del Maestrazgo*, cap. II.

³⁴ *La campaña del Maestrazgo*, cap. III.

³⁵ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IV.

³⁶ *La campaña del Maestrazgo*, cap. V.

³⁷ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VI.

³⁸ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VI.

honestas; y sor Marcela, a quien se creyó muerta o extraviada, apareció en una ermita solitaria de la sierra de los Monegros, vestida con un saco al modo de penitente, el cabello suelto, como pintan a la Magdalena, sólo que más corto, los pies descalzos, una cuerda a la cintura; y dicen que iba predicando a los pastores y gente rústica para que se apercibiesen a la guerra en nombre de Cristo, peleando contra los dos ejércitos, cristino y carlino, según ella legiones de Satanás, que quieren dominar la tierra y establecer el imperio de la injusticia.»³⁹

Amén de todas estas virtudes, la monja Marcela es «mujer de tanta gallardía y belleza, que aun con aquel desavío de penitente da quince y raya a las señoras más bien aderezadas.»⁴⁰

Quien así la describe calla que la requirió de amores con solicitudes atrevidas. Doña Marcela, ni corta ni perezosa, le arreó una bofetada que lo arrojó al suelo, y cuando el enamorado muchacho pateaba para incorporarse, la buena de la monja con una tranca, o una cruz de madera, que en esto hay diversidad de opiniones, le dio tales golpes en la cabeza que si no se lo quitan del medio, hubiera dado cuenta de él y aun de toda su parentela.⁴¹

Don Beltrán sigue tras la monja Marcela, pues se entera de que vive Francisquín, y de que Juan Luco, antes de partir para la guerra, había enterrado una olla de onzas. Lo propio hicieron sus hijos. Hay ollas con onzas de oro en Valderrobles, en Calanda y en Morella; también las hay en los montes Gúdar, en el desfiladero de Vallivana, en Peñagolosa, en Beceite...⁴² Don Beltrán, entusiasmado, espera hacerse con el dinero que se le adeuda. También el informante le cuenta algo no menos inquietante:

«Dice el pueblo, y cuando el pueblo lo dice es porque lo cree como el Evangelio, que esta señora monja ha tomado este empaque ermitañoso y peregrino para recorrer y vigilar los lugares donde yacen escondidas las preciosas tinajas.»⁴³

Don Beltrán se alegra con la noticia, por supuesto, decidiendo salir inmediatamente en busca de la andariega monja y de las apetitosas ollas o tinajas, que también en esto hay diversos pareceres. Poco después, en una choza, se tropieza con dos pastores a los que arenga de forma muy cervantina, encareciendo el pastoreo como el oficio de los patriarcas y de los primeros que adoraron a Nuestro Señor Jesucristo. Pero los ancianos no son pastores, sino sepultureros, que han dejado su noble oficio para seguir a la divina Marcela.⁴⁴

Los tres se van a su encuentro a pie. Don Beltrán, sin embargo, no puede seguir, así que será Marcela quien vaya en su búsqueda. Cuando se encuentran, Marcela le reafirma que, efectivamente, su padre, Juan Luco, sentía un gran aprecio por don Beltrán de Urdaneta. A sus hijos les enseñó a pronunciar su nombre con respeto. Marcela, dicho esto, invita a don Beltrán a su alojamiento de Calanda. Don Beltrán la sigue. Marcela inmediatamente comienza a hablar de la muerte:

«Convenzámonos de que sólo breves instantes nos faltan para morir, que no hemos muerto ya por cansancio de la misma Muerte, la cual apenas tiene aliento para cortar tantas vidas, y preparémonos...»⁴⁵

Camino de Calanda, Marcela, hablando con don Beltrán, cita, siempre de memoria, a san Nicéforo, a San Juan, a Crisóstomo, a Eusebio, a san Jerónimo y a san Ignacio. Don Beltrán de Urdaneta, que al

³⁹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VI.

⁴⁰ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VI.

⁴¹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VI.

⁴² *La campaña del Maestrazgo*, cap. VIII.

⁴³ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VIII.

⁴⁴ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VIII.

⁴⁵ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IX.

principio se ha sentido atraído por ella, ante todo aquel fárrago de citas, «diputó a Marcela por un papagayo con más memoria que discernimiento.»⁴⁶

Ya en Calanda, y poco antes de acostarse, don Beltrán le recuerda a Marcela todas las ventas que hizo a su padre, y que este le abonaba cuando podía; algunas quedaron pendientes. Marcela, con citas en latín, acusa a don Beltrán de tener una buena parte de culpa por hallarse en la situación actual de pobreza y penuria. Pese a ello, la monja promete satisfacer la deuda a don Beltrán, aunque esto va a resultar dificultoso.

Su criado le informa, a la mañana siguiente, que Marcela «debe de ser santa, porque la vi de rodillas más de cuatro horas, y a ratos echábase de cara contra el suelo y parecía que lloraba con ansias y congojas...»⁴⁷

A la mañana siguiente, camino de la Codoñera, Marcela promete darle satisfacción a don Beltrán. Salen acompañados del criado de este y de los dos sepultureros. Así le explica la exclaustrada la misión de estos: «—Se han impuesto por penitencia dar sepultura a todos los muertos que dejan tras de sí, en sus horribles batallas, liberales y absolutos. Por mi cuenta han enterrado ya como tres centenares de cristianos sacrificados a la ambición de los poderosos del mundo.»⁴⁸

A don Beltrán lo que le interesa, lógicamente, es ver satisfecha la meta que le ha llevado hasta allí: lograr el dinero para no depender de su familia. El pobre hombre, con las palabras de Marcela, recibe un jarro de agua fría: «Con el estilo severo y elegante, aunque algo duro, que en la lectura de autores místicos se había asimilado, interpolando a cada instante citas de Santos Padres o de Aristóteles, Longinos, Teofrasto, Paracelso y otros sabios, como si con la erudición quisiera dilatar la sentencia, Marcela manifestó a don Beltrán que ella y su hermano Francisco ignoraban dónde yacían soterrados los dineros que Juan Luco poseía en sus últimos años, salvo una pequeña parte, cuyo paradero, por declaración de su difunto hermano Cinto, conocía; que si lograba descubrirlo y asegurarlo todo, cosa en extremo difícil en medio de guerra tan desafortunada, lo destinaría a una obra de gran piedad, como desagravio al Señor por las iniquidades que las dos catervas de combatientes cometían. [...]»⁴⁹

Van a destinar el dinero para la Orden que abraza el hijo menor de Juan Luco, al que estuvieron a punto de fusilar en Liria. Don Beltrán inquiere el paradero del hermano, pues no duda de que este sabrá recompensarlo. La monja, ante la insistencia, pasa al ataque:

«—Si he de hablar al señor de Urdaneta con la plenitud de verdad que se desborda en mi corazón —dijo la monja endulzando la voz—, le manifestaré que me parece impropio de sus años ese insano apetito de las riquezas. En la declinación de la vida, y cuando Dios ha decretado ya para usted el acabamiento de todas las vanidades, ¿para qué quiere lo que no puede disfrutar, ni tiempo tiene para ello?»⁵⁰

Marcela sigue amonestado a don Beltrán, citando a san Pablo, a la Biblia, a Tertuliano y hablado en latín. A los latines de Marcela responde así don Beltrán:

«—Oh, la mère latiniste!... Je n'aime pas les gens qu'à tout propos crachent du grec et du latin.»⁵¹

⁴⁶ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IX.

⁴⁷ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

⁴⁸ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

⁴⁹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

⁵⁰ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

⁵¹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

Marcela confiesa no entender el francés, y don Beltrán no comprender el latín. «Hablemos en lengua común», dice este acabando así con tanta cita y tanta erudición. No por ello se terminan los problemas de don Beltrán, pues Marcela no está dispuesta a soltar la olla con las onzas de oro. La exclausturada le propone al anciano, a fin de que no padezca agobios económicos, entrar en la vida religiosa: ella corre con los gastos, y paga sus deudas, con el dinero de don Beltrán, por supuesto. El anciano, atónito, se va excusando como puede, pero la monja andariega es implacable: «Hágase cuenta de que Dios le da el miserable puñado de metal que necesita para cumplir con el mundo; pero que no se lo da por su linda cara, sino a cambio de su alma, en lo cual se ve patente la bondad infinita.»⁵²

Ninguno de los anteriores penitentes se hubiera atrevido a hablar de esta forma. Juan de Dios se sabe muy lejos de la santidad, y el ermitaño Borra no sabe si Dios perdonará o no a Mina por haberlo desorejado. La monja Marcela, sin embargo, sabe lo que piensa Dios, y habla por él con total seguridad.

Excusándose estaba con eufemismos don Beltrán, cuando son rodeados por una tropa de facciosos. Todos, menos Marcela, se echan a temblar temiendo por sus vidas.⁵³

El jefe de los facciosos, gritando, le recuerda a Marcela que le dijo que la fusilaría si la volvía a encontrar por el monte. La monja no se arredra y ofrece su vida y la de sus compañeros. El jefe de la partida se los lleva a la Codoñera para que los confiese el párroco, tras lo cual serán pasados por las armas.

Camino de la Codoñera, don Beltrán descubre que el león no es tan fiero como lo pintan: involuntariamente oye lo que le dice Nelet, el jefe de los facciosos, a la atractiva exclausturada:

«—Todo esto te pasa porque quieres. Sabes que te estimo. Marcela, quédate conmigo, que más has de valer señora sentada que no monja andariega.»⁵⁴

Marcela es el contrapunto del bueno de Juan de Dios. Al requerimiento amoroso, que no a la aparición, responde de la forma más desabrida posible, y con un desprecio digno de encomio:

«—En verdad te digo, Nelet, que los escarabajos, salamanquesas y cucarachas que adornan el trono de inmundicia de Satanás son menos asquerosos que tú.»⁵⁵

Nelet, pese a los desprecios, no da su brazo a torcer:

«[...]. Marcela, si has olvidado que eres mujer, yo haré que lo recuerdes y te alegres de recordarlo.»⁵⁶

La exclausturada, como le corresponde, prefiere la muerte, por supuesto. Nelet lo acepta de mil amores:

«—Si no me das la satisfacción de tenerte a mi lado, me consolaré con el goce de fusilarte... Es un gusto créelo, un gusto fusilar a quien se ama; así sabe uno que no ha de ser para otro..., y ver ese lindo cuerpo retorciéndose..., y luego cogerlo uno y meterlo en el hoyo y agasajarlo con tierra...»⁵⁷

Es don Beltrán quien no está de acuerdo con eso de la muerte; trata de desvincularse de la andariega Marcela, pero esta lo increpa «dándole tan fuerte pellizco que le hizo ver las estrellas.» «Si hemos de morir, suprimamos los pellizcos» le ruega don Beltrán, muy dolorido.⁵⁸

⁵² *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

⁵³ *La campaña del Maestrazgo*, cap. X.

⁵⁴ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

⁵⁵ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

⁵⁶ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

⁵⁷ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

⁵⁸ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

Unidos Nelet y los suyos al grueso de la partida, el jefe de todos ellos da orden de no fusilar a nadie: «A estos cuatro simples no se les fusila. Si ella no fuera hembra y ellos unos vejestorios, les daríamos cincuenta palos... Eso les vale. Llévalos a Valderrobles, y yo les recogeré allí. Ya sabes que me dijo don Ramón que si otra vez cogíamos a esta saltamontes se la llevaríamos. Quiere conocerla.»⁵⁹

Tras pésima noche, en la que don Beltrán reniega de sus vanas ilusiones, salen hacia Beceite. El pobre hombre no puede con su alma. Nelet, compadecido, le ofrece una montura, y Marcela lo consuela citando a san Juan de la Cruz. Son las últimas palabras de esta monja, de la que no volvemos a saber hasta el capítulo XVI.

Entre tanto asistimos a toda la crueldad de la guerra, con inacabables fusilamientos, y a la degradación de don Beltrán. El anciano acepta su destino sabiéndose culpable.

En el mencionado capítulo XVI le cuenta Nelet a don Beltrán que Cabrera hizo encerrar a Marcela en un convento, en el mismo que están alojados ellos.⁶⁰ Nelet tiene previsto sacarla del convento, y una vez en la calle, requerirla de amores una vez más. Recurre para ello a los consejos de don Beltrán. Y la libera. Esta se va con sus enterradores.⁶¹ Vuelve a aparecer en el capítulo XXI donde tiene una erudita discusión con Nelet y don Beltrán sobre el amor. Pese a que esta la juzga como mujer, y enamorada, la monja Marcela vuelve a desaparecer. Y de nuevo asistimos a las crueldades de la guerra. En el siguiente encuentro, Nelet le confiesa a Marcela que fue él quien mató a su padre. Le pide perdón por ello. Marcela lo perdona, pero no quiere estar con él: «[...]... Como cristiana, te perdono... Pero huye, vete al fin de la tierra, o a donde yo no te vea más.»⁶²

Nelet no se resigna a vivir sin ella; Marcela, no obstante, lo rehuye. Él no desea tener más soledad y corre tras ella.

«Y viendo a la desdichada mujer buscar refugio tras unas altas piedras como res acosada que se esconde, allí la persiguió y allí, antes de que los atontados viejos pudieran acudir en defensa de su maestra y señora, le dió bárbara y pronta muerte. Retumbó el pistoletazo en la tristísima cavidad del castillo como si todas sus piedras de golpe se derrumbaran. Sobrecogido, exánime, el rostro contra el suelo, don Beltrán dijo:

-Nelet, ¿qué haces?

Pasados algunos segundos de pavoroso silencio, oyó el anciano la respuesta, que fué otro tiro no menos estruendoso y lúgubre que el primero.»⁶³

Así termina, pues, la monja Marcela, en uno de los episodios, *La campaña del Maestrazgo*, más crudo de aquella salvaje guerra entre hermanos. Entre tanta muerte, odios, fusilamientos y venganzas bárbaras sin fin, don Beltrán termina por olvidar sus antiguas pretensiones de viejo señor feudal. La monja, mientras tanto, se reviste de un dramatismo, muy romántico en su desenlace que no en su desarrollo, que no tenía al principio. No insiste mucho Marcela en la guerra, aunque odia por igual a un partido y a otro, y contra los cuales trata de armar un tercer ejército. Sin duda hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Tal vez porque lo intuye, o porque no tiene el suficiente poder se limita, acompañada de dos ancianos, a enterrar los muertos de ambos bandos. Pero los carlistas no son nada partidarios de monjas andariegas. Cabrera la hace encerrar en un convento de donde la sacará un don Juan crecido aunque sea para matarla. Son tiempos de una enorme violencia, como queda claro tanto al principio como al final de este

⁵⁹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XI.

⁶⁰ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XVI.

⁶¹ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XVIII.

⁶² *La campaña del Maestrazgo*, cap. XXXI.

⁶³ *La campaña del Maestrazgo*, cap. XXXI.

episodio, sin duda el más crudo de todos ellos. Y el más claro. Sirvan para cerrarlo las palabras que un personaje, Estercuel, dirige a don Beltrán:

«Cuando me pongo a desentrañar la filosofía de esta guerra, no puedo menos de echarme a reír..., y riéndome y pensando, acabo por convencerme de que todos estamos locos. ¿Cree usted que a Cabrera le importan algo los derechos de Su Majestad varón? ¿Y a los de acá los derechos de Su Majestad hembra?... Creo que se lucha por la dominación, y nada más; por el mando, por el mangoneo, por ver quién reparte el pedazo de pan, el puñado de garbanzos y el medio vaso de vino que corresponde a cada español.»⁶⁴

Por poca cosa, pues, se están matando, y por menos matan a la penitente que, pedanterías a parte, molestaba al ejército carlino con su continuo ir y venir. Son dos viajes bien diferentes: el de Marcela en busca de muertos que enterrar, y el de don Beltrán en pos del dinero que le permita vivir con independencia. Una pagará con su vida, y el otro sufrirá una profunda transformación.

⁶⁴ *La campaña del Maestrazgo*, cap. VII.

VIII. CINCO MUERTES EJEMPLARES, CUATRO ASESINATOS IMPUNES

1. DON PATRICIO SARMIENTO

«Lo más cruel y repugnante que existe después de la pena de muerte, es el ceremonial que la precede y la lúgubre antesala del cadalso, con sus cuarenta y ocho mortales horas de capilla. Casi más horrenda que la horca misma es aquella larga espera y agonía entre la vida y la muerte, durante la cual exponen la víctima a la compasión pública, como a la pública curiosidad los animales raros. La ley, que hasta entonces se ha mostrado severa, muéstrase ahora ferozmente burlesca, permitiendo al reo la compañía de parientes y amigos y dándole de comer a qué quieres boca. Algún condenado de clase humilde prueba en esos dos días platos y delicadas confituras, cuyo sabor no conocía. Señores sacerdotes y altos personajes le dan la mano, le dirigen vulgares palabritas de consuelo, y todos se empeñan en hacerle creer que es el hombre más feliz de la Creación, que no debe envidiar a los que incurren en la tontería de seguir viviendo, y que estar en capilla con el implacable verdugo a la puerta es una delicia. Sin embargo, a nadie se le ha ocurrido solicitar expresamente tanta felicidad, ni contar a Nerón, Luis XI, don Pedro de Castilla, Felipe II, Robespierre y Fernando VII entre los bienhechores de la Humanidad.»¹

En los *Episodios nacionales* se relatan infinidad de muertes y ejecuciones. Durante las guerras carlistas van a predominar las ejecuciones, y no porque no hubiera muertos en las batallas. De entre todas estas muertes, cinco, por una causa u otra, nos han llamado especialmente la atención. Tienen en común entre ellas la intervención del clero, la resignación ante lo inevitable, si bien una de ellas es por muerte natural, obedeciendo las otras a ejecuciones de signo bien distinto, aunque siempre buscando la didáctica, la macabra enseñanza. La primera ejecución que vamos a tratar es la de don Patricio Sarmiento. Está relatada en *El terror de 1824*, episodio perteneciente a la segunda serie, la protagonizada por Salvador Monsalud.

Don Patricio Sarmiento es otro de los personajes de los *Episodios* con un fuerte sabor cervantino. La influencia de Cervantes en Galdós es enorme y Galdós no la oculta.

Don Patricio Sarmiento es un loco cuerdo, una persona mayor, un viejo maestro un tanto despistado, que enloquece en cuanto se habla de libertad o de la heroica lucha por conquistarla. El resto del tiempo se comporta como una persona normal, si tenemos en cuenta su edad y todo cuanto ha sufrido.

¹ *El terror de 1824*, cap. V.

Don Patricio Sarmiento, que llega a la horca de forma rocambolésca, propia de un folletín, es un anciano maestro, pedante y un tanto fatuo² Este hombre, en capilla, termina haciendo dudar a uno de sus confesores de la locura y sensatez de reos y jueces. Es don Patricio un loco trágico; se comporta ante la muerte con toda la entereza que más de un cuerdo quisiera para sí. Lo hace de tal forma pese a las advertencias del narrador, o gracias a ellas:

«Por grandes que sean los bríos de un alma valerosa, la idea del morir y de un morir violento, antinatural y vergonzoso, la turba, la acomete con fiera sacudida, prueba clara de que sólo a Dios corresponde matar.»³

Don Patricio no está en sus cabales. Lleva el ideal por la lucha hasta el punto de creer que su muerte, su cuerpo colgando de la horca, será la antorcha que ilumine el camino hacia la libertad⁴. No obstante, y por si alguien lo dudaba, será el mismo narrador quien desengañe al lector:

«Murió pensando en la página histórica que no había de llenar, y en la fama póstuma que no había de tener. ¡Oh, Dios poderoso! ¡Cuántos tienen ésta con menos motivo, y cuántos ocupan aquélla habiendo sido tan locos como él y menos, mucho menos sublimes!»⁵

El primer capítulo del episodio recuerda el desesperado callejear de algunas heroínas de Galdós, Lucila Ansúrez en busca de su amante Bartolomé Gracián, capítulos XVII y XVIII de los *Duendes de la camarilla*; Clara, en *La fontana de oro*, cuando es expulsada de casa de las Porreño, capítulo XXXVII, «El via crucis de Clara», etc, etc. Don Patricio Sarmiento, como estas heroínas, se lanza a las calles de Madrid, bajo una continua lluvia, para inquirir por la suerte de su único hijo, Lucas, liberal como él. Partió a luchar a Andalucía, en defensa de la libertad, y nada se ha vuelto a saber del muchacho.

Don Patricio, preguntando por su hijo, se entrevista con Carlos Garrote, de quien trataremos más hacia delante. Carlos Garrote es un furibundo absolutista, hermanastro de Salvador Monsalud y marido, aunque separados, de Jenara Baraona. No trata mal a don Patricio aunque, por supuesto, le impide hablar de la libertad tildándolo de loco:

«¡Todo ha caído, todo es desolación, muerte y ruinas! Aquellos adalides de la Libertad, que arrancaron a la madre España de las garras del Despotismo, aquellos fieros leones matritenses, que con sólo un resoplido de su augusta cólera desbarataron a la Guardia Real, ¿qué se hicieron? ¿Qué se hizo de la elocuencia que relampagueaba tronando en los cafés, con luz y estruendo sorprendente? ¿Qué se hizo de aquellas ideas de emancipación que inundaba de gozo nuestros corazones? Todo cayó, todo se desvaneció en tinieblas, como lumbre extinguida por la corriente de las aguas. La oleada de fango fraileesco ha venido arrasándolo todo. [...]»⁶

Carlos Garrote lo manda callar tildándolo de loco. El buen anciano así lo hace:

«Vuecencia me tapa la boca, que es el único desahogo de mi alma abrasada... Callaré, pero déme Vuecencia nuevas de mi hijo, aunque sean nuevas de su muerte.»⁷

Don Patricio podrá parecer un loco, pero es un loco con la dignidad del viejo hidalgo. Hablando don Patricio con Carlos Garrote, aparece otro personaje, Romo, «que parecía una cárcel». Este, y así se nos va

² *El grande oriente*, cap. I.

³ *El terror de 1824*, cap. XXIII.

⁴ *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

⁵ *El terror de 1824*, cap. XXIX.

⁶ *El terror de 1824*, cap I.

⁷ *El terror de 1824*, cap I.

a comenzar a dar la medida de lo que fue la Justicia en 1824, da una peseta a don Patricio, para que pueda comer carne, a cambio de que lleve una carta a Elena Cordero, una vecina de don Patricio, de quien está enamorado o encaprichado el tal Romo. De esta forma reacciona el anciano don Patricio:

«[...] usted es un simple si me toma por alcahuete. [...]. Guarde usted su peseta, y yo me guardaré mi gana de comer. ¡Por vida de la chilindrana! No faltan almas caritativas que hagan limosnas sin humillarnos.»⁸

La respuesta del absolutista es golpear al anciano dejándolo tendido en tierra. Dolido sale don Patricio del cuerpo de guardia, pues se oye ajeteo por el camino. Llegan carros con prisioneros. Entre ellos va Riego, a quien «un pedazo de populacho, de esos que desgarrándose se separan del cuerpo de la nación soberana para correr solos, manchando y envileciendo cuanto tocan, empezó a gritar con el gruñido de la cobardía que se finge valiente fiando en la impunidad.»⁹

En uno de los carros, herido y prisionero, viaja *Pujitos*. *Pujitos* es uno de esos personajes que pasa de una serie a otra; aparece en el capítulo VIII de *El 19 de marzo y el 2 de mayo* luchando codo con codo con Gabriel Araceli contra los franceses. Era el tal *Pujitos* un majo decente, español con su poco de imaginación y algo de sal en la mollera. No sabía leer, pero retenía con facilidad cuanto oía aunque lo hinchaba luego de tal forma que rechazaría las ideas el mismo que se las dijera.¹⁰

Por el tal *Pujitos*, a quien espera la horca, como a Riego y al resto de acompañantes, se entera don Patricio de la muerte de su hijo en Jaén. Una muerte que no ha sido lo épica y valerosa que el pobre anciano imagina, quiere y desea. Lucas Sarmiento, sin haber entrado en combate, murió de un calenturón. *Pujitos*, tras contar la historia de Lucas, dice temer por su vida. El pobre anciano, sin nadie ya en el mundo, hace una declaración de principios ante la retórica afirmación de *Pujitos* de que los van a ahorcar a todos.

«—Eso es indudable —contestó Sarmiento en tono que más era de satisfacción y orgullo que de lástima—. ¡Fin lamentable, pero glorioso! ¿Qué mayor honra que morir por la Libertad y ser mártires de tan sublime idea?»¹¹

Los carros se ponen en marcha haciendo gemir lúgubrementemente los mal engrasados ejes de las ruedas. Don Patricio los sigue con la vista guiándose por la lucecita del primero de ellos. Con voz sorda hace un patético saludo a Riego, que concluye de esta forma, sabiendo que van a ahorcar al héroe de Cabezas de san Juan:

«Este honor yo lo ambiciono y lo deseo con todas las fuerzas de mi alma. Vacío y desierto está el mundo para mí, después que he perdido al lucero de mi existencia, a aquel preciosísimo mancebo inmolado, como tú, al numen sanguiinario de la reacción... Quiero morir, sí, y moriré.»¹²

Nada hay en esta vida como desear una cosa para conseguirla, sobre todo si dicha cosa es negativa. Entiéndase, por lo tanto, que desear la muerte en ciertos casos, es algo enteramente positivo. De ahí que no se logre. Don Patricio, sin embargo, conseguirá lo que ambiciona, sin duda porque tuvo la desgracia de vivir el tiempo aquel de odios y rencores. Antes, no obstante, tendrá que pasar por toda una experiencia, un viaje iniciático que lo llevará a la paz consigo mismo. El viaje se inicia con un triste recuerdo.

⁸ *El terror de 1824*, cap I.

⁹ *El terror de 1824*, cap II.

¹⁰ *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, cap. VIII.

¹¹ *El terror de 1824*, cap II.

¹² *El terror de 1824*, cap II.

Empapado por la persistente lluvia, hambriento, con la terrible noticia de la muerte de su hijo en el cuerpo, y sin dinero para comerse ni un mendrugo de pan, entra en su calle. Allí recuerda a don Urbano Gil de la Cuadra arrojado al suelo, arrastrando ignominiosa cadena e insultado por los polizontes.

«De todos los incidentes de aquella lúgubre escena, el más presente en la memoria de don Patricio y el que le causaba más dolor era el ocurrido cuando el infeliz vecino, preso pidió agua, y Sarmiento, inspirándose en el más cruel fanatismo, se la negó.»¹³

Bien arrepentido se muestra ahora, en los duros inicios de su viaje iniciático. Pero entonces, siguiendo con su absurda idea de poner una cierta idea de la libertad por encima de las personas, no solamente no le da agua al preso sino que habla a la hija de este, Soledad, con un desprecio rayando en el absurdo. Desprecio que justifica delante de su hijo con la idea de una conspiración absolutista para acabar con el liberalismo. Tampoco Soledad sale muy bien parada de labios de don Patricio Sarmiento. Según él la miseria «la ha hecho entrar en el camino de la perdición para encontrar un pedazo de pan que ponerle en la boca al tunante de Cuadra. Justo castigo, ¡vive Dios!, de las ideas contrarias a la libertad de los pueblos...»¹⁴

Viudo, con su hijo luchando y muriendo, de forma nada heroica, cerca de Jaén, pobre y desamparado, don Patricio termina siendo, con la vuelta del absolutismo, el hazmerreír de los mozalbetes.¹⁵ Enterado de la muerte de su hijo en una noche de lluvia, pobre, hambriento, mojado y solo, se equivoca de casa yendo a parar a la de su vecina Soledad Gil de la Cuadra. Esta se percata de la situación, y lo recoge y lo atiende como si fuera su padre. Pese a las bondades de Soledad, don Patricio jamás renuncia a su monomanía de morir por la libertad. Esa gloria es la que le entregará, como recompensa, a Soledad, a quien nada más puede dar. Don Patricio Sarmiento es uno de los tantos locos, a mitad camino entre el Licenciado Vidriera¹⁶ y don Quijote, que pueblan los *Episodios*. El, sin embargo, que ya se sabe derrotado, no busca poner su brazo al servicio de ninguna princesa, sino el morir de forma gloriosa, convertir la horca en una antorcha de libertad.

Por toda una serie de hechos puramente folletinescos, tanto don Patricio como Soledad van a dar a las cárceles del absolutismo, es decir a las de don Tadeo Calomarde y de su subordinado don Juan Chaperón, «que no come cebada por no dar qué decir.»¹⁷

Soledad se ha autodenunciado para salvar a Elena Cordero, denunciada a su vez por un pretendiente desechado, Juan Romo, quien, como vimos, ya trató de servirse de don Patricio como alcahuete. Las cartas que el desechado Romo cree dirigidas a Elena por su novio desde el exilio liberal, las recibe, en realidad, Soledad, de su «hermano» Salvador Monsalud, liberal que intriga en contra del absolutismo. Al hacer el registro de la casa de esta detienen a don Patricio Sarmiento quien, por fin, va ver cumplido su deseo de morir por la libertad. Por influencias y problemas de conciencia de otro personaje, Jenara Baraona, antigua novia de Monsalud y mujer de Carlos Garrote, salvan a Soledad; pero el Tribunal condena a la horca a don Patricio. Se necesitaban víctimas para frenar a los liberales.

«Todas las mañanas, antes de reunirse [el Tribunal], oía misa llamada de Espíritu Santo, sin duda porque era celebrada con irreverente pretensión de que bajara a iluminarlos la tercera persona de la Santísima Trinidad. Por eso delibe-

¹³ *El terror de 1824*, cap. II. Véase también *El grande Oriente*, cap. V.

¹⁴ *7 de julio*, cap. I.

¹⁵ *El terror de 1824*, cap. I y II.

¹⁶ Así lo nombra el mismo D. Francisco Chaperón, cap. XXVI.

¹⁷ *El terror de 1824*, cap. XIX.

raban tranquila, rápidamente y sin quebraderos de cabeza. Todos los días [...] el Capitán General designaba al sacerdote castrense que había de decir la misa de Espíritu Santo. Esto era como señal de ahorcar.»¹⁸

Se celebra dicha misa, y le dan la terrible noticia a don Patricio Sarmiento, quien al enterarse de la sentencia, exclamó:

«¡Gracias, Dios de los justos, Dios de los buenos! ¡Gracias, Dios mío, por haber oído mis ruegos!... ¡Ella [Soledad], libre; yo, mártir; yo, dichoso; yo, inmortal; yo, santificado por los siglos de los siglos!... Gracias, Señor... Mi destino se cumple... No podía ser de otra manera... Jueces, yo os bendigo. Pueblo, mírame en mi trono... Estoy rodeado de luz.»¹⁹

Conducen a don Patricio a capilla, una sala que nos es descrita como una pocilga. Allí el reo está obligado a recibir visitas:

«En la capilla entraban, movidos de curiosidad o compasión, muchos personajes de viso: señores obispos, consejeros, generales, gentileshombres, y no se les había de recibir como a cualquier pelagatos.»²⁰

La escasa luz, proveniente de un patio lejano, no es suficiente para iluminar al reo, así que le encienden las amarillas velas del altar, lo cual contribuye al tétrico ambiente de la capilla. El reo, por supuesto, ha ido adquiriendo ya el tono cadavérico: es un muerto sano, un muerto que come y habla:

«Generalmente, los condenados, por valientes que sean, toman un tinte cadavérico que anticipa en ellos la imagen de la descomposición física, asemejándoles a difuntos que comen, hablan, oyen, miran y lloran, para burlarse de la vida que abandonaron.

No fué así don Patricio Sarmiento, pues desde que le entraron en la capilla en la para él felicísima mañana del 4 de septiembre, pareció que se rejuvenecía; tales eran el contento y la animación que en sus ojos brillaban. De un rojo insano se tiñeron sus ajadas mejillas, y su espina dorsal hubo de adquirir una rectitud y esbeltez que recordaba sus buenos tiempos de Roma y Cartago. Soledad, a quien permitieron acompañarle todo el tiempo que quisiera, se hallaba en estado de viva consternación, de tal modo que ella parecía la condenada, y él el absuelto.»²¹

Le asisten en capilla, en sus últimas horas, el padre Salmón, aparecido ya en *Napoleón en Chamartín*, y del cual se nos predice su terrible muerte veintiséis años después²², y el padre Alelí. También para ellos tiene buenas palabras don Patricio:

«—Yo no daré a Vuestras Reverencias mucho trabajo [...], porque mi espíritu no necesita de cierta clase de consuellos mimosos que otras vulgares almas apetecen en esta ocasión; y en cuanto al auxilio puramente religioso, yo gusto de la sencillez suma. En ello estriba la grandeza del dogma.»²³

Los dos padres se quedan sin saber qué decir. Y aun antes de que abran la boca, don Patricio les espetta que él es «enemigo del instituto que representan esos frailunos trajes». No obstante, distingue entre cosas y personas, y desea morir cristianamente. Don Patricio no ha tenido en cuenta que toda institución, sea humana o divina, tiene su propia retórica, y que, necesariamente, hay que acoplarse a ella. Máxime cuando hay personas encargadas de tan delicado asunto.

¹⁸ *El terror de 1824*, cap. XXIV.

¹⁹ *El terror de 1824*, cap. XXIV.

²⁰ *El terror de 1824*, cap. XXV.

²¹ *El terror de 1824*, cap. XXV.

²² *Napoleón en Chamartín*, cap. IV.

²³ *El terror de 1824*, cap. XXV.

El padre Alelí es el primero en llamarlo al orden, a la retórica que exige la situación. A él se le añadirá el padre Salmón. Ambos lucharán a brazo partido porque el bueno de don Patricio muestre un poco de juicio, se olvide de la lucha por la libertad y del absolutismo, el guisado de vaca, como lo llama, al que se la fue la mano a la cocinera con la sal. Ahora es el momento de rezar y pedir perdón. Don Patricio no está de acuerdo:

«Yo sé bien lo que corresponde a cada momento, y repito que consagraré a la Religión y a mi conciencia todo el tiempo que fuere necesario.»²⁴

Es inútil. Los frailes tratan, con verdadero sadismo, de doblegarlo por todos los medios posibles para que rece, llore y se comporte como un condenado a muerte. No lo consiguen. Ante el fracaso, dolidos, recurren a lo que más puede herir al viejo, a la murmuración, a las hablillas de que se finge enajenado para hablar impunemente de cosas prohibidas. Don Patricio recuerda otras hablillas:

«Hablillas del vulgo. Si fuéramos a hacer caso de ellas, ¿cómo quedaría el padre Salmón en la opinión del mundo? ¿No dicen de él que sólo piensa en llenar la panza y en darse buena vida? ¿No goza fama de ser mejor cocinero que predicador?... ¿De frecuentar más los estrados de las damas para hablar de modas y comidas que el coro para rezar y la cátedra para enseñar? Eso dice el vulgo. ¿Hemos de creer lo que diga? Pues el padre Alelí, que me está oyendo y que es persona apreciableísima, ¿no se le acusó en otro tiempo de volteriano? ¿No le tuvo entre los ojos la Inquisición? ¿No decían que antaño era amigo de Olavide y que después se había congraciado con los realistas? Esto se dijo. ¿Hemos de hacer caso de las necedades del pueblo?»²⁵

Los dos frailes, tocados en la línea de flotación, se quedan sin palabras. Y estos y similares razonamientos servirán a don Francisco Chaperón, «el abastecedor de la horca» para acallar su conciencia tratando a don Patricio de «solemnísimo pillo».

Prosiguen las visitas al pobre reo, que se muestra amable con todos. Tanta entereza ante la muerte, sin embargo, molesta a unos y a otros, no viendo en ella sino fingimiento e hipocresía. Hasta el mismo obispo toma cartas en el asunto, sin mojarse, por supuesto:

«si no constara en los autos, como aseguran de una manera indubitable, que se ha fingido y se finge loco para hablar impunemente de temas vedados, la ejecución de este hombre sería un asesinato.»²⁶

Al día siguiente, don Patricio se despide de Sola, y cuando el padre Alelí acude a confesarlo, don Patricio da gracias a Dios por la moral que nos dio y que rige al mundo. «Después le dió la idea política, es decir la Libertad, para que se gobernase, y todavía el mundo no la ha aceptado en su totalidad. Estamos en la época de la predicación, del martirio...»²⁷

El padre Alelí no lo deja continuar por ahí. Comienza entonces una confesión en toda regla, donde vuelve a salir el recuerdo de don Urbano Gil de la Cuadra, el padre de Sola:

«Hallándose preso y encadenado un vecino mío, padre de esta joven que me acompaña, pidió un vaso de agua y se lo negué. ¡Qué infame bellaquería! Pero válgame mi contricción sincera y el cariño ardiente que después he puesto en la bendita hija de aquel desgraciado.»²⁸

²⁴ *El terror de 1824*, cap. XXVI.

²⁵ *El terror de 1824*, cap. XXVI.

²⁶ *El terror de 1824*, cap. XXVII.

²⁷ *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

²⁸ *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

Sigue la confesión, y cuando don Patricio confiesa que «si alguna vez falté a la verdad, fué en negocios baladíes y de poca monta», el padre Alelí trata de hacerle confesar que se está fingiendo loco para conseguir el indulto. Don Patricio estalla, lo manda a confesar colegiales, y, puesto de rodillas, hace una confesión de viva voz pidiendo perdón por los errores cometidos y perdonando a sus enemigos. Acto seguido le pide al padre Alelí que le de la Sagrada Eucaristía, cosa que le niega el fraile. En tanto Sola consuela a don Patricio, el padre Alelí habla con el padre Salmón:

«Yo repito que ajusticiar a este hombre es un asesinato, y Chaperón, los jueces que le sentenciaron y nosotros que le asistimos estamos más locos que él. Yo no puedo ver este horrible espectáculo. Pero ¿no es evidente que este hombre es necio de capirote? Estamos coadyuvando a una obra inicua. ¡Y esperábamos que confesase su comedia!»²⁹

El padre Alelí no consigue el indulto. Poco después le comunican que hay una misa con indulgencia plenaria para todos los que asistan a ella. Se va a pedir por la concordia de los príncipes cristianos y por la exaltación de la Fe católica.

«De modo —dijo Sarmiento con amarga ironía— que en esa misa se hace oración por todo, menos por mí.»³⁰

Es el propio don Patricio quien teme flaquear en el último momento, y pide que se apresure el suplicio. Ya en la calle, camino del patíbulo, el padre Alelí le mostraba el Crucifijo y «Después, el venerable fraile rezaba en silencio, no se sabe si por el reo o por sus jueces. Probablemente por estos últimos.»³¹

Llevado al cadalso, don Patricio es ahorcado cuando intenta dirigirse al pueblo.

«Los sacerdotes habían empezado el Credo. Callaron. Juzgando que el silencio era permiso para hablar, el patriota se dirigió al pueblo en estos términos:

—Pueblo, pueblo mío, contéplame y une tu voz a la mía para gritar: “¡Viva la...!”
Empujóle el verdugo y se lanzó con él.»³²

Cierra Galdós el asesinato de este hombre con las siguientes palabras, pues las denuncias a las penas de muerte y a las barbaridades del absolutismo se pueden ver a lo largo de todo el episodio:

«Murió pensando en la página histórica que no había de llenar, y en la fama póstuma que no había de tener. ¡Oh Dios Poderoso! ¡Cuántos tienen ésta con menos motivo, y cuántos ocupan aquélla habiendo sido tan locos como él, y menos, mucho menos sublimes!»³³

Descanse en paz don Patricio Sarmiento. Y él nos libre de semejantes situaciones.

2. CARLOS NAVARRO

Carlos Navarro, alias Garrote, al parecer por la afición de su familia a dominar a los más débiles y a machacar a los humildes³⁴, es uno de los protagonistas de la segunda serie de los *Episodios nacionales*. Ya

²⁹ *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

³⁰ *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

³¹ *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

³² *El terror de 1824*, cap. XXVIII.

³³ *El terror de 1824*, cap. XIX.

³⁴ *El equipaje del rey José*, cap. XIII.

lo hemos visto en el Cuerpo de Guardia atendiendo a don Patricio Sarmiento cuando este busca noticias de su hijo. Aparece por primera vez, joven guerrillero y enamorado de Jenara Baraona, en *El equipaje del rey José*; y muere, enloquecido, creyéndose el coronel Zumalacárregui, en el último episodio, capítulo XXIII, de la segunda serie, es decir en *Un faccioso más y algunos frailes menos*.

Carlos Navarro, desde su aparición hasta su muerte, se va encontrando con su hermanastro, Salvador Monsalud, a lo largo de varias novelas. Monsalud, tras un primer topetazo totalmente negativo, busca a su hermanastro para congraciarse con él; y Garrote, tal vez deseando borrar culpas de su padre, para matarlo. Uno, Salvador Monsalud, es afrancesado y luego liberal; y el otro, Carlos Navarro, es guerrillero contra las tropas de Napoleón, y guerrillero absolutista contra los liberales. La situación de los hermanastros tiene un pálido parecido con *Los duelistas*, de Conrad.

La muerte de Carlos Navarro es el reverso de la muerte de don Patricio Sarmiento. La traemos a colación por la actitud del clero, entre otras cosas. Carlos Navarro muere de muerte natural, está enfermo del hígado; y muere como había vivido: renegando y no perdonando a nadie, ni siquiera a su hermanastro, que ha arriesgado su vida por él varias y repetidas veces; es el único que lo acompaña en el trance, y es quien lo entierra.

Carlos Navarro es un absolutista furibundo que se siente estafado con la revuelta de los *malcontents* y la solución dada por el rey. Se muestra en desacuerdo con Fernando VII, desacuerdo que lo lleva a retirarse a su tierra³⁵. Antes, tras otro rocambolesco encuentro con Monsalud, a quien apresa en Solsona y lleva consigo hasta el convento de Regina Coeli, deja el encargo a don Francisco Chaperón de que lo fusile³⁶.

Salvador Monsalud, ahora bajo el nombre de Jaime Servet, es salvado, de forma folletinesca, por sor Teodora de Aransis, una bellísima monja que se ha enamorado de él. Secuestrada esta y llevada, de forma accidental, al convento de Regina Coeli, convence al fiero *Tilín*, su secuestrador, para que ocupe el puesto de Monsalud ante el paredón a cambio «¡de un amor, de un premio que recibiré... en la eternidad!»³⁷ Así expresa *Tilín* las palabras de sor Teodora, a quien interpreta correctamente.

Carlos Garrote, pues, habiendo dejado el encargo de que fusilen a su hermanastro, confiando en ello, se retira a sus tierras. Pero Salvador Monsalud es salvado por sor Teodora de Aransis. Recuperada la libertad, se marcha al extranjero, «donde ya se estaba elaborando el Romanticismo.»³⁸

Al regreso, en *Un faccioso más y algunos frailes menos*, ambientada en 1832, encontramos a Carlos Navarro en Madrid, en casa de las Porreño, «que era, sin duda, uno de los mejores museos de fósiles que por entonces existían en España.»³⁹ Dichos fósiles, absolutistas, se mantienen con el hospedaje de un caballero tan rico como respetable, gracias al cual consiguen renovar el mobiliaje. Y «¡Cosa admirable, el reloj había vuelto a andar; mas por malicia del relojero o por un misterio mecánico imposible de penetrar, andaba para atrás; después de las doce daba la once, luego las diez, y así sucesivamente.»⁴⁰ Estas señoras, hospedan a Carlos Navarro, quien «moraba en la misma habitación ocupada algunos años antes por una mujer que murió en olor de santidad.»⁴¹ Es la habitación que ocupaba doña Paulita, cuya patética historia, y la de las otras Porreño, María de la Paz y María Salomé, se relata por extenso en *La fontana de oro*.

³⁵ *Un voluntario realista*, cap. XXVIII.

³⁶ *Un voluntario realista*, cap. XXVIII.

³⁷ *Un voluntario realista*, cap. XXX.

³⁸ *Un voluntario realista*, cap. XXXII.

³⁹ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. III.

⁴⁰ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. III.

⁴¹ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. III.

Carlos Navarro está enfermo, si bien espera reponerse para lanzarse al campo con Zumalacárregui. Y es en la habitación de las Porreño donde lo visita Salvador Monsalud. Y es allí donde le presenta el documento que demuestra que son hermanastros. Navarro lo acepta, «[...]... Pero no, la fraternidad no se improvisa. Eres hijo de mi padre, pero no eres ni serás nunca mi hermano.»⁴²

Poco después de separarse los hermanastros hay, en Madrid, una redada de absolutistas. Carlos Navarro es detenido. Monsalud y Jenara harán lo imposible por sacarlo de la cárcel.⁴³ Lo consiguen al final. Y «el atroz Navarro, luego que se vió fuera de la Cárcel, no quiso averiguar el poder que le había salvado. Su orgullo le inclinaba a no atribuir su salvación a ninguna persona que le tuviera afecto. «A mí nadie me quiere —decía—; nada tengo que agradecer a ningún hombre. Sólo Dios me ha salvado. [...]. Se fué con su indignación crónica y su incurable soberbia, siempre enfermo, gruñón siempre.»⁴⁴

Entretanto, 29 de septiembre de 1833, muere Fernando VII. Soledad Gil de la Cuadra vaticina lo que va a suceder:

«Ahora, con la muerte del Rey, se va a encender una guerra tal que España será una nación de huérfanos y viudas. Sí: así será... Correrán ríos de sangre, ríos caudalosos, como los de agua, y los hermanos matarán a los hermanos..., todo por saber si ha de reinar la sobrina del tío o el tío de la sobrina. ¡Qué horrosos disparates! Y estas cosas pasan en reuniones de gente que se llaman países y naciones!... ¡Y esta es la decantada sabiduría de los hombres de Europa, que se ríen de los salvajes! Yo, mujer ignorante, digo que esos sabios no tienen sentido común.»⁴⁵

Como cumplimiento de esas palabras, poco después Navarro vuelve a ser detenido; ahora es condenado a muerte. Es la enfermedad quien lo libra del paredón. Llevado al hospital, Monsalud puede visitarlo y cuidarlo.⁴⁶ Allí le informa de que Zumalacárregui se ha pasado al bando absolutista, y que ha partido hacia Huarte-Araquil donde le aguardaban otros dos cabecillas: el cura Irañeta y Mongelos. Navarro piensa que lo que ha hecho Zumalacárregui es lo que tenía que haber hecho él.

Salvador Monsalud saca a su hermano del hospital y lo lleva a casa de doña Hermenegilda, quien tuvo siete hijos perdiendo seis de ellos en las sucesivas guerras del país. El séptimo está en América. En casa de doña Hermenegilda vivirá Navarro los únicos momentos apacibles de su existencia. Navarro, sin embargo, empieza a desvariar, otro loco más, creyéndose Zumalacárregui. Poco después se escapa.⁴⁷

Monsalud parte en su búsqueda. Va acompañado de un conocido de su hermano, el cura Zorraquín, el cual «como le crecía la barba, y no había querido afeitarse, ya no parecía tal cura, sino un capitán de malhechores, jefe de guerrilla o cosa así. Él se reía, se reía y estaba cada vez más contento.»⁴⁸

Salvador encuentra a su hermano en una casa de Elizondo. Este, enloquecido, ya se cree Zumalacárregui. Salvador le busca mejor alojamiento, y lo cuida. Carlos Navarro recupera la razón al cabo de unos días: «Ya es tarde; corre el tiempo y yo me muero, porque seguramente esta vuelta mía a la razón es, como en don Quijote, señal de muerte próxima.»⁴⁹

Pide confesarse, y al saber que ha llegado su viejo amigo, el cura Zorraquín, con las tropas carlistas, pide que sea él quien lo confiese. Así nos es descrito el cura cuando va a auxiliar, espiritualmente, a su antiguo amigo:

⁴² *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. IV.

⁴³ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. VII.

⁴⁴ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XIV.

⁴⁵ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XVI.

⁴⁶ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XX.

⁴⁷ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, caps. XX y XXI.

⁴⁸ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXII.

⁴⁹ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXIII.

«El sable le arrastraba por el suelo, sonando a pandereta rota. Las botas desaparecían bajo salpicaduras de fango; las pistolas eran negras como la zamarra, y las manos de color hierro viejo. Por donde quiera que iba el guerrero, difundía en torno suyo un complejo olor a pólvora, a cuadra y a vino.»⁵⁰

El moribundo se explaya en su confesión. Pero no es esta la que le interesa a Galdós, sino la actitud del sacerdote: «Zorraquín halló en su espíritu cierta dificultad para retrotraerse a su antiguo oficio, tan distinto del que entonces tenía; pero al fin pudo vencer su desgana de oír pecados. Quitóse la boina, sentóse, apoyó el codo izquierdo en la cama, y acariciando con la derecha mano el sable, preparóse a escuchar la confesión de su infeliz amigo.»⁵¹

El moribundo se toma su tiempo, se explaya y le cuenta escrúpulos y más escrúpulos, y hace una consulta tras otra. Esto termina con la paciencia del cura, que tiene cosas más interesantes que hacer:

«Al principio le oyó con paciencia y bondad Zorraquín, dirigiendo al penitente los más edificantes consuelos; pero tanto y tanto machacaba Navarro y dimensiones tales daba al acto de limpiar su conciencia, que el clerizonte no pudo menos de considerar cuán incompatibles eran en aquel caso las funciones de guerrero y las de pastor de almas. Empezó a sonar en el pueblo ruido de tambores tocando llamada. El Ejército se iba a poner en marcha, y héteme aquí a uno de los más importantes jefes clavado al lecho de un moribundo. Abandonar a éste cuando más contrito parecía y más necesitado de consuelos, era imposible; y dejar de acudir a donde el honor militar y el deber le llamaban, también era imposible para Zorraquín.»⁵²

Al final el cura se disculpa con el moribundo penitente, quien, cómo no, le da permiso para irse con el Ejército. El cura parte dándole la absolución:

«Y extendiendo su brazo murmuró muy aprisa latines que más bien parecían escupidos que hablados. Desde la puerta dijo: Ego te absolvo; hizo la señal de la Cruz, como quien da bofetadas en el aire, y echó a correr, arrastrando el sable y tropezando contra todo lo que hallaba a su paso. Parecía una bestia recién escapada de la jaula que busca su libertad entre la muchedumbre.»⁵³

La confesión, como es fácil imaginar, no debió de ser muy reconfortante, pues Carlos Navarro muere sin perdonar a nadie, ni a su mujer, Jenara Baraona, «dile que no la perdono, que no la puedo perdonar» le dice a su hermanastro, añadiendo poco después: «¡Ni a ti tampoco!»⁵⁴

En ninguna de estas dos muertes ha brillado el clero por su especial y reconfortante ayuda: en el caso de Sarmiento no desean los padres sino que el reo haga lo que ellos piden, que cumpla con la retórica del caso, y que sienta un cierto temor y algo de arrepentimiento. Y en el de Carlos Navarro, que este lo deje en paz a fin de poder marcharse a la guerra. La caridad cristiana brilla por su ausencia. Es una religión llena de odios y rencores. Esos odios y rencores se han llevado a todos los hombres de Elizondo. Carlos Navarro tiene que ser enterrado por las mujeres del pueblo. No obstante, dada la cercanía del cementerio, es Salvador Monsalud quien carga con el cadáver. En el entierro no hay sacerdote. Estaba ocupado en matar personas.

⁵⁰ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXIII.

⁵¹ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXIII.

⁵² *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXIII.

⁵³ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXIII.

⁵⁴ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XXIII.

3. DON ADRIÁN ULIBARRI

La violenta muerte de don Adrián Ulibarri es triste, dolorosa y ejemplar. Su muerte es un esperpento en el que el reo termina por absolver al confesor que le ha tocado en suerte. La muerte, por fusilamiento, de don Adrián Ulibarri se narra en las páginas iniciales de la tercera serie de los *Episodios nacionales*, en *Zumalacarregui*. Hay en Galdós, según confesión propia, un claro gusto por referir las cosas pequeñas antes que las grandes. Las cosas pequeñas son las cosas que no pasan a la Historia, como le gusta escribir a don Benito; pero que explican perfectamente bien lo que está sucediendo en un momento determinado. En este caso el desprecio hacia la vida, desprecio que abundó a lo largo de las tres guerras carlistas, y que abunda, igualmente, en todas las guerras y en todos los conflictos. Así se resume en los *Episodios*:

«Cortar bárbaramente la [vida] del que se conceptúa traidor, y que por la parte contraria resulta dechado de lealtad, quizás de heroica entereza, era en aquellos ejércitos acto tan sencillo como los ordinarios de carnicería ambulante: la matanza de ovejas, carneros y bueyes para alimentarse.»⁵⁵

Don Adrián, como la madre de Cabrera, María Griñán, y como tantos otros, servirá, pues, de pasto al rencor y a la terrible lógica de la guerra. Y gracias a esas cosas pequeñas que nombra Galdós, nos enteramos del por qué del fusilamiento de don Adrián Ulibarri:

«Habiendo llegado a manos de Zumalacarregui un parte oficial en que el alcalde de Miranda de Arga avisaba al comandante de Tafalla la reciente entrada de los facciosos, con expresión de su fuerza y otras particularidades, mandó que le cogieran (al Alcalde), y por primera providencia le pasaran por las armas.»⁵⁶

A más de un reo, en la Edad Media, se le negó la confesión y absolución de sus pecados, aumentado de esta forma la tortura y el castigo. Rara vez carlistas y liberales llegaron a esta situación, aunque sí a la contraria: confesar a los condenados el mismo párroco que dirigía el pelotón de fusilamiento.⁵⁷ No obstante, los liberales, comandados por Maroto, no dieron la confesión a los absolutistas en el motín de Estella:

«Cogidas las seis cabezas del motín, no se entretuvo Maroto en fiestas de procedimientos jurídicos y militares. Sin Consejo de guerra, sin auxilio religioso, sin otro trámite que cargar los fusiles y formar el cuadro fueron pasados por las armas de dos en dos.»⁵⁸

Los carlistas, al menos las tropas de Zumalacárregui, procuran no fusilar a nadie que no haya confesado sus pecados y obtenido el perdón divino. No van a hacer una excepción con el alcalde de Miranda de Arga. Los soldados de Zumalacárregui ejecutan las órdenes prontamente. «Y metieron, pues, al desgraciado Ulibarri en la sacristía de una ermita que está como a mitad de camino entre Miranda y Falces, y le dijeron: “Estése ahí un rato, don Adrián. Le traeremos un cura del Cuartel Real, porque los nuestros van ya camino de Peralta.”»⁵⁹

Como puede observarse los soldados tratan al alcalde con toda deferencia, como si el fusilar a una persona fuera lo mismo que invitarlo a tomar una taza de chocolate. El buen hombre trata de resignarse, aunque en su alma luchan sentimientos encontrados. Y trata de aferrarse a la vida, pese a todo:

⁵⁵ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁵⁶ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁵⁷ *La campaña del Maestrazgo*, cap. IV.

⁵⁸ *Vergara*, cap. XXVII.

⁵⁹ *Zumalacarregui*, cap. I.

«Malo, muy malo es este mundo; pero de tanto vivir en él, nos connaturalizamos con sus miserias y con todo el farrago de desdichas que nos abruma.»⁶⁰

El confesor tarda en llegar. Y cuando lo hace, penetra en la sacristía con verdadero temor, como si fuera él el condenado a muerte. El párroco se llama José Fago. Y con él Galdós monta una especie de esperpento, por la situación, que no por el lenguaje, en el cual es el sacerdote quien se confiesa, y el reo quien da la absolución. «Dios, que ve en nuestras almas —dijo—, sabe que en este singular caso, el reo soy yo, y usted el sacerdote.»⁶¹

La explicación del trueque es muy sencilla: José Fago, el sacerdote, sedujo a Saloma, la hija de don Adrián; pero fue ella quien, pasado un tiempo, lo abandonó por la vida escandalosa que este llevaba. Así comienza su confesión el sacerdote: «Tres años hace que no nos hemos visto, y en esos tres años, señor don Adrián de mi alma, han pasado cosas que usted debe saber, para que no me crea peor de lo que soy.»⁶² En ese espacio de tiempo lo recogieron en el monasterio de Veruela, monasterio recurrente en Galdós, de donde pasó a Jaca y a Olorón, donde cantó misa. Poco tiempo nos parece para alcanzar el sacerdocio, pero tampoco importa mucho para el caso ni para el desarrollo de la acción⁶³.

Prosigue la confesión del párroco ante el aterrado Alcalde: «Yo, José Fago, seduje y arrebaté del hogar paterno a la única hija de don Adrián Ulibarri, ante quien depongo ahora todo el farrago de mis culpas. Enamorado de Saloma, que así nombraban familiarmente a Salomé, y no pudiendo obtener de usted el consentimiento para casarme con ella, la hice mía con escándalo...»⁶⁴

El carácter violento de Fago hizo que Saloma lo abandonara; y él, tras discurrir por varios pueblos, fue a dar al monasterio de Veruela. Lo llevó allí «una viejecita medio ciega que pedía limosna»⁶⁵ La narración de José Fago es interrumpida por los soldados, impacientes como el cura Zorraquín por entrar en campaña:

«En este punto abrióse la puerta, y una voz dijo: «¿Estamos ya...?», seguido de un refunfuño de impaciencia que, traducido al lenguaje, era poco más o menos así: «¡Con qué calma se lo toman!... En campaña, ¡redió!, hay que abreviar el Sacramento...» Y luego, en voz alta: «Que salimos, que nos vamos... Despachen de una vez.»⁶⁶

Fago no está para voces. Obsesionado repite una y otra vez lo mismo: «No he vuelto a saber de ella, don Adrián... Créamelo, que hablando con usted ahora, hablando estoy con el Dios que nos ha criado a todos, y que a todos ha de juzgarnos.» [...] «Tú no has vuelto a verla..., yo tampoco» —le responde el Alcalde.⁶⁷

Los soldados, una vez más, les meten prisa. No hay nada que hacer. Don Adrián Ulibarri abraza al seductor de su hija, y «con soberano esfuerzo» le dijo:

«José Fago, yo te perdono para que te perdone Dios... y me perdone también a mí.»⁶⁸

⁶⁰ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶¹ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶² *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶³ Se confirma después que el tiempo es de tres años, cuando Pilar, la prima de Soloma, reconoce al cura, José Fago. *Zumalacarregui*, cap. I y XXIII.

⁶⁴ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶⁵ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶⁶ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶⁷ *Zumalacarregui*, cap. I.

⁶⁸ *Zumalacarregui*, cap. I.

Instantes después el Alcalde es fusilado por unos soldados compadecidos y llorosos.

«Bien sabe Dios que los que fusilaron al pobre Ulibarri hicieronlo compadecidos y en extremo pesarosos, cumpliendo a regañadientes la inexorable Ordenanza, que arrancaba la vida a un hombre honrado, muy querido en el país, sin otra culpa que la tibieza que mostrara por la llamada legitimidad, y su amistad con Espoz y Mina, adhesión puramente personal y como de familia. El capitán encargado de la ejecución estaba pálido como un muerto; un soldado se echó a llorar; pero todos supieron cumplir con su deber.»⁶⁹

José Fago, ayudado por unas ancianas, y con un azadón y una laya, que alguien consigue, se queda para enterrar el cadáver. En tanto hace el hoyo, llorando repite, como una cantinela, que no fue él quien abandonó a Saloma...⁷⁰

Los soldados también se excusarán, a veces, diciendo que tampoco ellos querían fusilar, pero las órdenes y las ordenanzas así lo decidían, y contra ellas nada se puede. Justificaciones nunca faltan, desde luego.

4. MONTES DE OCA

El episodio dedicado enteramente a Montes de Oca está ambientado en 1840 «cuando la exótica palabra *restaurant* no era todavía vocablo corriente en bocas españolas; se decía *fonda y comer y comer de fonda*, y fondas eran alojamientos con manutención y asistencia, así como los refectorios sin pupillaje.»⁷¹

1840 marca el final de la primera guerra carlista, y los enfrentamientos de Espartero con la reina regente, María Cristina y su morganático consorte. Esta cedió la regencia: «No te canses; no puedo gobernar en España porque tengo compromisos con un partido; por lo mismo que Espartero no podrá hacerlo tampoco.»⁷²

Espartero, como predijo la viuda de Fernando VII, no tardó en contar con una fuerte oposición, tanto dentro como fuera de su partido. Uno de los que se iban a sublevar en contra del Espadón de Loja fue Montes de Oca. De Montes de Oca, Galdós nos ofrece, enseguida, dos versiones distintas por boca de dos personajes, Maturana y don Víctor Ibraim, castrense:

«Un hombre existía con hígados bastantes para arrancar el bastón de manos del Duque [Espartero]; un hombre, sí, de grande ánimo y convicciones profundas: don Manuel Montes de Oca; pero ¿qué podía un sólo individuo, por animoso que fuera, entre tantos que creían resolver las cuestiones con discursos, con arreglitos y dimes y diretes?» [...]

«Don Manuel Montes de Oca no era más que un barbilindo que no servía para nada. Sus habilidades consistían en componer versos clásicos de la escuela del señor Reinoso, y pronunciar discursos acaramelados imitando a Martínez de la Rosa. Todos sus actos como político y como escritor eran los de un Quijote chico que había tomado a María Cristina por Dulcinea y al moderantismo por la ley de la andante caballería.»⁷³

Sea como fuere, Montes de Oca, brillante marino, se sublevó contra Espartero porque como dice poco después de oír su sentencia de muerte, «para él toda autoridad que no fuese la de la reina doña María Cristina era ilegal y usurpadora.»⁷⁴ Antes, sin embargo, el narrador ya nos ha advertido, siguiendo la ante-

⁶⁹ *Zumalacarregui*, cap. II.

⁷⁰ *Zumalacarregui*, cap. II.

⁷¹ *Montes de Oca*, cap. I.

⁷² Fernando Fernández Bastarreche, *Los espadones románticos*, Madrid, editorial Síntesis, 2007, p. 220. Véase también el capítulo VII de *Montes de Oca*, donde hay una discusión de la Reina con Espartero.

⁷³ *Montes de Oca*, cap. II.

⁷⁴ *Montes de Oca*, cap. XXIX.

rior metáfora de don Víctor Ibraim que «Valía más el Quijote que la dama, y era ella menos ideal de lo que la suponía el ofuscado caballero. Si en la imaginación de este ahechaba perlas, a la vista de todo el mundo ahechaba trigo candeal superior la buena de Aldonza Lorenzo.»⁷⁵

Montes de Oca se sublevó. Y «ya tenemos en campaña otra guerra fratricida, en nombre de principios más o menos claros, invocando el sagrado lema de la defensa de la débil mujer contra el varón fuerte, de los derechos de la sangre contra los artificios de la Soberanía Nacional.»⁷⁶

La Reina, por supuesto, nada sabía de esos levantamientos. Montes de Oca no da crédito a semejante ignorancia. Ni tampoco se percata de que ha sido traicionado y vendido a Rodil por 10.000 duros.⁷⁷ Cuando un antiguo conocido, el coronel Santiago Ibero, lo visita en capilla, Montes de Oca, tranquilo, pide todo lo necesario para su higiene personal. Ibero todavía confía en conseguir el indulto. Todos, sin embargo, se muestran inflexibles con él, aun cuando las intenciones de los militares se saldaban, generalmente, con amonestaciones o el exilio, como si fueran travesuras entre amigos. Montes de Oca será la excepción.

Condenado a muerte, pide ser él mismo quien de las órdenes al pelotón de fusilamiento:

«Asimismo quiso el mártir que se le consintiera mandar el fuego, y con tal afán lo pedía, que hubo de acceder Alesón, recordando que había no pocos ejemplos de esta tolerancia en la rica historia del fusilamiento nacional. Pero al propio tiempo que la autoridad militar asentía, protestaba la eclesiástica: el sacerdote declaró con grave acento que el dar la víctima las voces de mando en acto de tal naturaleza, era contrario a los principios religiosos. La muerte en esta forma consumada era un suicidio, y por ningún caso la autorizaba.»⁷⁸

Queda claro que no sólo se trata de morir, sino de hacerlo siguiendo unas determinadas normas, un ritual servido por unos oficiantes. El reo no puede ser un personaje activo.

Así nos es relatada la muerte de Montes de Oca. El pelotón de fusilamiento lo dirige Santiago Ibero, al que falta valor para dar las órdenes pertinentes:

«Pusiéronle en el sitio donde debía morir; [...]. Sonó la descarga, y herido en el vientre, el reo permaneció en pie, las manos en los bolsillos del gabán, presentando el pecho a los fusiles. Dió un paso hacia la izquierda; la segunda descarga le hirió en el pecho; se tambaleó, cayendo, por fin. Pero continuaba vivo. Ibero se acercó: los azules ojos del mártir le miraron, y sus dos manos señalaron las sienes. Ojos y manos le decían: “Tírame aquí, y acabemos”. Un soldado le remató.»⁷⁹

Así finalizó la vida de aquel buen Quijote, lejos de su tierra, sin que nadie, salvo Ibero, lo llorara. La novedad en esta ejecución está en la clara distinción entre suicidio y pena. Todo depende, según el señor cura, de quién da la orden de hacer fuego. Según quien la dé se abren o se cierran las puertas del paraíso.

5. EL GENERAL ORTEGA

El fusilamiento del general Ortega se narra en el octavo episodio de la cuarta serie, titulado *Carlos VI en la Rápita*. Este episodio está relatado en primera persona. El narrador y protagonista es Juan Santiuste,

⁷⁵ *Montes de Oca*, cap. XXIII.

⁷⁶ *Montes de Oca*, cap. XXII.

⁷⁷ *Montes de Oca*, cap. XXV.

⁷⁸ *Montes de Oca*, cap. XXIX.

⁷⁹ *Montes de Oca*, cap. XXX.

emisario de José García Fajardo, marqués de Beramendi. Juan Santiuste, alias *Confusio*, se empeñará después, con el beneplácito del marqués de Beramendi, en escribir la Historia de España no como sucedió, sino como debiera haber sucedido. La realización del proyecto le creará muchos y delicados problemas: al hacer fusilar, por ejemplo, a Fernando VII en Cádiz, ya no sabe cómo continuar la historia, pues se queda sin guerras carlistas, entre otras cosas. Santiuste narra la intentona y la muerte del general Ortega antes de plantearse escribir una historia ideal que nunca sucedió.

Juan Santiuste es el alter ego de don Benito. A punto de finalizar la cuarta serie de los *Episodios*, pone en boca de Santiuste las siguientes palabras:

«Escribo sin saber adónde irán a parar estas crónicas. Ignoro si serán leídas por muchos o tan sólo por el desocupado Beramendi, que, como hombre rico, se permite curiosidades superfluas y entretenimientos sin ningún fin práctico.»⁸⁰

Quizás don Benito nos está retratando así a sus propios lectores y a su propia obra. Sí, es posible que todo sean curiosidades superfluas sin ningún sentido práctico. Es posible. Pero con algo hay que entretener esta triste vida. Vamos a la historias.

Para estar al tanto de los movimientos de Carlos Luis, conde de Montemolín, que ansía convertirse en Carlos VI de España, Beramendi, partidario de O'Donnell, envía a Santiuste a Tarragona.⁸¹ Este es detenido por una partida de facinerosos en Ulldecona. El jefe de la partida es el vicario para quien *Confusio* lleva cartas. Dicho vicario, confiado, le advierte enseguida de cuanto ha sucedido, renegando de todos:

«—En San Carlos de la Rápita desembarcó la locura. Venía guiada por la necesidad, y a recibirla salió la ceguera.»⁸²

El plan era el siguiente: «El rey Francisco [Francisco de Asís, casado con Isabel II] y don Carlos Luis, heredero de los derechos de Carlos V, han tirado de pluma grandemente en estos años, y de su continuada correspondencia furtiva ha salido al final el amasijo. Don Carlos Luis, conde de Montemolín, subirá al Trono con la denominación de Carlos VI... La actual reina doña Isabel y su esposo se avendrán a una jubilación decorosa, conservando título y honores de reyes... El hijo de Montemolín se casará con la infanta Isabel y subirá al Trono cuando cumpla veinticinco años... Isabel y Carlos reinarán juntos con igual derecho mayestático, y se titularán Segundos Reyes Católicos.»⁸³

Sabido es que el rey, Francisco de Asís, ayudado, entre otros por sor Patrocinio, la monja de las llagas, conspiró contra su mujer por la vuelta al absolutismo más rabioso. Contaba en este *pasteleo*, como se decía en la época, con que el país se pronunciara a su favor, y contaba con que O'Donnell se sumara a la causa. Pero Beramendi, entre otros, no estaba dispuesto a ello. Consigue este una carta de sor Patrocinio a favor de *Confusio*. En ella se dice que este va a Tarragona a completar estudios eclesiásticos. Va, en realidad, a espiar los movimientos de los absolutistas. La carta confunde al Arcipreste de Ulldecona. Este es otro de los tantos sacerdotes que insiste en la justificación de la guerra y el sacerdocio. Es la otra cara del cura de Botorrita, aunque con final feliz:

«Tiene el soldado su conciencia muy distinta de la conciencia del cura... Nada tiene que ver una conciencia con otra... Las vidas no suponen nada... Por delante de las vidas ha de ir la Causa..., y Dios, que es la Causa de las Causas, mira por lo suyo...»⁸⁴

⁸⁰ *Carlos VI en la Rápita*, cap. III.

⁸¹ *Carlos VI en la Rápita*, caps. XIV y XV.

⁸² *Carlos VI en la Rápita*, cap. XVII.

⁸³ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XV.

⁸⁴ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XVIII.

No sabemos si habla el cura o el soldado. Aunque, al final, parece que todo se superpone. El arcipreste supera las dudas de José Fago. Más adelante especificará que «no sabe uno cuándo es cura ni cuándo soldado.»⁸⁵ El arcipreste es de conciencia ancha. Vive como un señor feudal:

«Me encantaba aquel tío rudo y noblote, gran señor a su modo en la paz, como había sido esforzado paladín en la guerra. Durante su relación, ni un momento vi en él al sacerdote. En la punta de la lengua tuve este concepto: «Dígame, señor Arcipreste, cuántas amas y sobrinas tiene?» Pero antes de pronunciar la primera palabra, vi la indiscreción de tal pregunta.»⁸⁶

Este arcipreste es el antecesor del amante de Graziella, el que explica al de Ulldecona: «Reprende todos los vicios, pero hay uno en que a mi buen cura le falta valor para incomodarse..., y abre la mano... Lo que él me ha dicho mil veces: “Por esta debilidad, que es imperio de la carne, no se va al infierno. Se va por la crueldad, por no socorrer a nuestros semejantes cuando están necesitados, por levantar falsos testimonios, por la usura, la ira y la soberbia”»⁸⁷.

Juan Santiuste, alias *Confusio*, acabará enamorado de una de las sobrinas del arcipreste el cual, como no podía dejar de suceder, se llama don Juan Ruiz. Dice don Juan Ruiz que no se descuida con las mozas, que las tiene siempre ocupadas, aunque algunas se inclinan por lo espiritual. A esas las deja en paz, «porque con el pío pío del rezar continuo llegan a ser unos pobres ángeles..., y de los ángeles hace uno lo que quiere»⁸⁸.

Con el Arcipreste de Ulldecona tenemos una nueva visión del carlismo, una interpretación que no se había visto, hasta ahora al menos, en los *Episodios*:

«[...]... Juan Ruiz se ha sublevado, créalo usted, y se sublevará cuantas veces sea menester, porque ha visto y ve en los españoles un pobre pueblo sacrificado a los fanfarriosos de Madrid... Yo he tirado contra el Gobierno que agobia a España con las contribuciones y no da ningún bienestar a los pueblos... El pueblo no come, y allá los ricos holgazanes viven de estrujar a la pobreza. Por esto me he sublevado... Y yo le dije a Cabrera, cuando escoltábamos a don Carlos: «Ni tú ni yo combatimos porque sea Rey este alcornoque. Cuando lo sea, no valdrá más que la Isabel, ni remediará la miseria del pueblo»⁸⁹.

Como se puede apreciar, y pese al título del episodio, es más, mucha más, la importancia que concede Galdós a don Juan Ruiz, cuyo paralelismo total con el arcipreste de Hita lo establece en el capítulo XXI, que al general Ortega. No obstante, hay un trabajo que cumplir. Y así se despide Juan Ruiz: «Adiós, hijo mío, que seas bueno, que metas el dedo en la olla de la miel prohibida... Adiós»⁹⁰.

Juan Santiuste lo mete a conciencia: huye con Donata, una bella sobrina de don Juan Ruiz. No por eso descuida el encargo del marqués de Beramendi ocupándose enseguida «de la calaverada orteguista, del estúpido desenlace de aquel drama político, el peor aderezado y compuesto que nos ofrece nuestra Historia, primer teatro del mundo en sediciosos y pronunciamientos»⁹¹.

Al general Ortega, destinado en Baleares, le dijeron que el pronunciamiento era cosa seria, que cuando llegara él a san Carlos de la Rápita se le uniría una buen parte del país, y que la reina abdicaría. Con-

⁸⁵ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXI.

⁸⁶ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XVIII.

⁸⁷ *Amadeo I*, cap. X.

⁸⁸ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XVIII.

⁸⁹ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXI.

⁹⁰ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXII.

⁹¹ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXIV.

taba con el apoyo, entre otros, del Cardenal y Obispo de Toledo y con 3.000 hombres. El general Ortega se decidió por la sublevación; sin decir nada a sus soldados ni oficiales, los embarcó con rumbo a san Carlos de la Rápita. En la travesía ya hubo un intento de amotinamiento, al sospechar la tropa de cuál iba a ser su misión.

Juan Santiuste, como hemos dicho al principio, tiene que informar de todo al marqués de Beramendi. Y como buen historiador que es recurre a las fuentes originales. Reproduce lo que le cuenta un testigo presencial, teniente del *Provincial de Tarragona*:

«—Salimos de San Carlos. Ignorábamos adónde se nos llevaba. Esto fué el día 2. Hasta entonces nada sospechábamos, o, por mejor decir, ninguno de nosotros sacaba del corazón su vaga sospecha... Habíamos visto dos tartanas que iban delante de las tropas, a regular distancia. Cuando el General a ellas se acercaba, se descubría con todo respeto y reverencia... Ya empezaba a correr un cierto runrún de boca en boca. Llegamos a un sitio llamado Coll de Creu, donde se hizo alto para comer... Formamos pabellones, y los soldados se quitaron las mochilas. En la vanguardia se sirvió la comida al General y a cinco a seis personas más, debajo de unos árboles... Yo no puedo referir lo que pasó...; sólo diré que en nuestro batallón corrió de punta a punta una ráfaga de luz, de inspiración; nos pusimos todos en pie, abandonando las raciones; sonó toque de llamada; los soldados echaron mano a las mochilas. Nuestro Teniente Coronel nos habló a gritos: «¡Hijos, vamos vendidos!... ¡Viva Isabel II!» Yo no sé lo que pasó, vuelvo a decir. Sé que algunos soldados señalaban una nube de polvo en que iba Ortega con cuatro más, a galope tendido. Desaparecieron...!»⁹²

El resto es conocido: los huidos, en lugar de embarcarse y salir del país, se adentraron en él creyendo que todavía era posible en el levantamiento. En Calanda, sin embargo, se les acabaron las ilusiones: Ortega y su ayudante fueron reconocidos por el alcalde, quien los puso bajo recaudo de la guardia civil. Era el general un hombre un tanto inclinado a la presunción, y pedía cosas que, en aquellos pueblos, no le podían dar. Sus guardianes, para más tormento, temiendo que se suicidara no lo dejaban afeitarse. Por lo mismo, y esto terminó de irritarlo, le servían la comida sin cuchillo ni tenedor. El pobre hombre protestó todo cuanto pudo:

«—Yo haré saber a la Europa este bárbaro tratamiento que se da a un General español por el hecho de querer traer a su patria la paz definitiva. Yo no soy carlista, no soy absolutista..., quiero la fusión de las dos ramas, deseo ardiente de todo español honrado... Yo defendiendo la causa fusionista, y por ella moriré, si así lo quieren mis enemigos»⁹³.

Juan Santiuste no puede dejar de meter su cucharada y dar su opinión:

«¡Infeliz hombre! Mimado de la sociedad y favorecido de las damas, su buena figura y sus relaciones no habían tenido poca parte en los fáciles adelantos de su carrera militar. Era un caso de señoritismo endiosado, que, desvanecido con los triunfos sociales, acaba por creerse un derecho y una fuerza. Fuerza ilusoria es, bomba de vidrio fundida en salones y tertulias, y que al salir disparada de esas esferas, se estrella en mil cascotes contra el primer muro que encuentra.»⁹⁴

Se comenzó a sospechar, dice Juan Santiuste, que el general Ortega era «más merecedor del manicomio que del patíbulo.» Pero Dulce, capitán general de Cataluña, reventó de inflexibilidad. O'Donnell, desde África, negó el perdón, e Isabel II le puso freno a su clemencia. El general Ortega fue condenado a muerte.⁹⁵

⁹² *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXIV.

⁹³ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXIV.

⁹⁴ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXIV.

⁹⁵ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXIV.

«Dicen que esto es necesario para que subsista en su inmaculada doncellez la disciplina militar, y en ello conven-
dríamos todos si no supiéramos que ya está bien violada de innumerables seductores, aunque se guarda como un dogma
el convencionalismo de que substancialmente convivan violación y la virginidad.»⁹⁶

Son palabras de Santiuste.

El general Ortega fue ejecutado el 18 de abril de 1860. Este se mostró sereno en todo momento, escribió a su mujer una afectuosa carta, y se despidió de amigos y cómplices. Tampoco, como a Montes de Oca, se le permitió mandar al pelotón de fusilamiento:

«Como expresara su propósito de mandar el fuego, el cura que le asistía le arguyó que es más cristiano el valor
callado que el jactancioso. Así pudo quitarle de la cabeza lo de dar las voces de «¡Apunten, fuego!», que revela el apego a
las vanidades terrestres en el momento de cambiarlas por la eternidad gloriosa.»⁹⁷

Fue una ejecución pública. Asiste Santiuste a ella. Tras haber visto el asesinato del general Ortega se deshace contra la Ley y «los hombres trajeados de negro, cuya misión en el patíbulo es comprometer a Dios a que sancione la barbarie llamada pena de muerte...»⁹⁸

A quienes no condenaron, por supuesto, fue a los hijos de Carlos María Isidro, escondidos en un convento de monjas de Ulldecona. Hicieron, eso sí, pública renuncia de sus pretensiones a la Corona.

«¡Y para esto vinieron al mundo Cabrera y Zumalacarregui, y anduvo en loca peregrinación don Carlos Isidro, llevando a rastras la *Generalísima* su Patrona! Dijeron el Rey y su hermano en su declaración que hacían la renuncia por libre y espontánea voluntad. ¡Pobrecitos, qué buenos son y cuánto debemos a sus corazones magnánimos!»⁹⁹

Terminada su misión en tierras catalanas, Juan Santiuste, incitado por la «raptada» sobrina de don Juan Ruiz busca la manera de salir de allí, pues el vicario los persigue con fines nada cristianos. Los saca, por mar, Diego Ansúrez, hermano de Lucila Ansúrez, familia sobre la que volveremos.

⁹⁶ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXIV.

⁹⁷ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXV.

⁹⁸ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXV.

⁹⁹ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXV.

IX. BODAS REALES O MENOSPRECIO DE CORTE Y ALABANZA DE ALDEA

1. ÁRBOLES

Bodas reales es el último episodio de la tercera serie de los *Episodios nacionales*. Narra el fin de la regencia de don Baldomero Espartero, el inicio de la de Narváez, que continuó con el deporte nacional de fusilar a medio país, y la boda de Isabel II con su primo Francisco de Asís. Estas, entre otras, Luis González Bravo, Martín Zurbano, los funcionarios, la prensa, etc., son las figuras de fondo, el cañamazo, pues los personajes relevantes de dicho episodio son los componentes de la familia Carrasco.

La familia Carrasco la compone el matrimonio formado por don Bruno Carrasco y Armas y doña Leandra Quijada, ambos de rancio abolengo literario, como habrá notado el paciente lector. Esta pareja tiene dos hijas, Lea, la mayor, y Eufrasia, más dos hijos, Bruno y Mateo. El personaje importante, la protagonista, es la madre, doña Leandra Quijada. A través de ella, Galdós hace, a lo largo de todo el episodio, el menosprecio de corte y la alabanza de aldea. Doña Leandra, vecina de Madrid, suspira por volver a su pueblo; busca sus aromas en la ciudad. Proviene la familia, como no podía dejar de suceder, de la Mancha, de Peralvillo, y se ha aposentado en la capital por mor de la vocación política del cabeza de familia, cesante en el momento de iniciarse el episodio, año de 1843¹.

Desde el principio de la narración se establece una clara distinción entre el matrimonio, tal como la había entre don Quijote y el bachiller Sansón Carrasco. Doña Leandra Quijada suspira por la Mancha, se siente extranjera en Madrid; y don Bruno ni en el peor de los sueños quiere regresar al pueblo. A fin de ahorrar, por la cesantía de don Bruno, se desplaza la familia a vivir al sur de Madrid, «que entonces era, y hoy quizás lo es todavía, lo más septentrional de la Mancha»². Allí se tropieza doña Leandra con gente de su tierra y aldeaños, con lo cual encuentra un grandísimo alivio para sus prisiones:

¹ *Bodas reales*, cap. I.

² *Bodas reales*, cap. I.

«Era su más grato esparcimiento salir muy temprano a la compra, con la muchacha o sin ella, y de paso hacer la visita de mesones, viendo y examinando la carga y personas que venían de los pueblos. En estas idas y venidas de mosca prisionera que busca la luz y el aire, doña Leandra corría con preferencia cariñosa tras los ordinarios manchegos, que traían a Madrid, con el vino y la cebada, el calor y las alegrías de la tierra. Casi con lágrimas en los ojos entraba la señora en el Mesón de la Acemilería, calle de Toledo, donde paraban los mozos de Consuegra, Daimiel, Herencia, Horcajo y Calatrava...»³

Allí, con aquellas compañías, todo era distinto del Madrid céntrico, «y en vez del castellano relamido y desazonado que en el centro hablaban los señores, oíanse los tonos vigorosos de la lengua madre, caliente, vibrante y fiera, con las inflexiones más robustas, el silbar de las eses, el rodar de las erres, la dureza de las jotas, todo con cebolla y ajo abundantes, bien cargado de guindilla.»⁴

Aquellas salidas son las alegrías de doña Leandra. Poco, sin embargo, le va a durar el grato esparcimiento a la buena señora: un cambio de gobierno, uno de tantos, provee a don Bruno Carrasco de un nuevo cargo, subdirector de Aduanas⁵. Y la familia se desplaza, de nuevo, al centro de Madrid, al barrio de Peligros⁶. Doña Leandra se resigna. Poco antes, en contacto con la gente de su pueblo, ya nos había dado una visión, muy negativa, de la capital, de Madrid:

«Este pueblo no es más que miseria con mucha palabrería salpimentada; engaño para todo, engaño en lo que se come, en lo que se habla y hasta en los vestidos y afeites, pues hombres y mujeres se pegotean cosas postizas y enmiendan las naturales. ¿Qué hay en Madrid? Mucha pierna larga, mucha sábana corta, presumir y charlar, farsa, ministros, papeles públicos, que uno dice fu y otro fa; [...] Carros de basura, ciegos y esportilleros, para que una trompique a cada paso; muertos que pasan a todas horas para que uno se aflija, y árboles, Señor, árboles sin fruto, plantados hasta en las plazuelas, hasta en las calles, para que una no pueda gozar la bendita luz del sol.»⁷

Obsérvese la gradación en los elementos negativos de la ciudad, y como deja para el final el punto álgido, el que mejor define a la villa y corte: abundancia de árboles inútiles que nos privan del sol. Ya tenemos planteado el problema que tanto preocupó a Azorín cuando hablaba de Castilla: los árboles y el agua⁸. Cita Azorín a don Guillermo Bowles y a su *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España*, segunda edición, 1782, página 287: «[...] aquellas gentes aborrecen los árboles, diciendo que sólo les servirían para multiplicar los pájaros que les comen el trigo y la uva.»⁹

Añade Azorín que a los castellanos no les gustan los árboles. Doña Leandra participa de tan castizo odio. Y cuando se percata de que no va a poder regresar a su Mancha querida, por necias estupideces de su marido, y por los novios de las niñas, se sacrifica por la familia y da en viajar en su particular Clavileño. Ya en su pueblo, «el mayor gusto de doña Leandra era soltar la mirada, como se suelta un ave, para que corriese por toda la horizontalidad majestuosa del suelo, sin parar hasta la línea en que tierra y cielo se juntaban. Tras aquella línea había más Mancha, hasta llegar a los montes de Toledo, donde todo eran cuestas, subidas y bajadas. No estorbaban al libre vuelo de la mirada de la señora árboles ni sombrajo alguno, fuera del bulto que hacían las casas del pueblo y la torre gallarda de su iglesia.»¹⁰

³ *Bodas reales*, cap. I.

⁴ *Bodas reales*, cap. I.

⁵ *Bodas reales*, cap. VII.

⁶ *Bodas reales*, cap. XVIII.

⁷ *Bodas reales*, cap. I.

⁸ Véase su artículo «Los árboles y el agua» en el volumen *Política y literatura*, Madrid, Alianza Editorial, 1980, ps. 60-67.

⁹ Azorín, artículo citado, p. 63.

¹⁰ *Bodas reales*, cap. XXVIII.

No termina aquí la obsesión de doña Leandra por los árboles. Cuando su *otílo* le dice que quiere que el hijo mayor estudie para Ingeniero de montes, «y ello tiene por objeto estudiar y dirigir la replantación de arbolado, para que llueva más y no tengamos sequía.»¹¹, como le explica su marido, ella lo acepta, como acepta cuanto este le propone. No obstante, «aunque nada más dijo, no se quedó muy conforme la señora con que su hijo aprendiera oficio de plantar árboles, a los cuales miraba la señora con prevención, porque sólo servían para albergue de pájaros dañinos y para dar sombra a la tierra.»¹²

Ni aun muerta quiere árboles doña Leandra. Dice Galdós pocas líneas después de lo apuntado más arriba: «Pensaba también, y así lo dijo por la tarde a Lea y a Vicentico, que si se moría en los infames Madriles, no la enterrarán en nicho, sino en el suelo; pero en suelo sin árboles, que no gustaba ella de estar a la sombra ni viva ni muerta.»¹³

La buena señora prefiere el campo despejado, la llanura infinita, y el sol, el sol que nos alumbre sin ningún impedimento. Y que caliente nuestra tumba cuando nos hayamos ido de este mundo sin que ramas ni hojas se lo veden.

2. CAMBIOS

Los cambios de gobierno durante aquel año, 1843, se sucedieron con rapidez vertiginosa. Se pidió, antes que nada, una Junta Central que «acordase lo concerniente a la Regencia nueva o declaración de mayor de edad de Isabel II.»¹⁴ Sobrevino con ello una honda turbación «y el Gobierno tuvo que desmentir su programa de reconciliación, concordias y abrazos, metiendo en la cárcel a infinidad de españoles que días antes fueron proclamados buenos, y ya se habían vuelto malos sólo por querer armar su revolucioncita correspondiente.»¹⁵ Narváez actuó con contundencia y dureza.

«Las cárceles rebosaban de presos políticos; habíamos vuelto a los tiempos de Chaperón, o poco menos, y al delicioso sistema de las purificaciones, atenuado en la forma, más que en el fondo, por la poquita cultura ganada entre unos y otros años.»¹⁶

El descontento se materializaba, también, en los cambios de gobierno: a Espartero le siguió Narváez, a este Miraflores, y a ambos Javier Istúriz, el instrumento perfecto para la reina María Cristina.¹⁷

«Mangoneando a sus anchas la ex-Gobernadora, ayudada de tan dócil mecanismo como Istúriz, ya podía entenderse libremente con su tío Luis Felipe para condimentar a gusto de ambos el guisote de los casamientos.»¹⁸

Antes, el reaccionario Luis González Bravo a quien «la Historia vacila entre admirar a este hombre o inscribirle con asco en sus anales»¹⁹, tuvo que acusar falsamente a Salustiano Olózaga a fin de arrebatárle

¹¹ *Bodas reales*, cap. XXIX.

¹² *Bodas reales*, cap. XXIX.

¹³ *Bodas reales*, cap. XXIX.

¹⁴ *Bodas reales*, cap. VII.

¹⁵ *Bodas reales*, cap. VII.

¹⁶ *Bodas reales*, cap. XIV.

¹⁷ *Bodas reales*, cap. XXII.

¹⁸ *Bodas reales*, cap. XXII.

¹⁹ *Bodas reales*, cap. IX.

la presidencia.²⁰ Sostenía aquel que Olózaga había tratado de obtener la disolución de las cortes mediante violencia a la reina. Logró la sustitución de don Salustiano.

Cada uno de estos cambios comportaba el relevo de los covachuelistas correspondientes. «El Ministerio González Bravo procuraba entrar en la normal vida política, consistente tan sólo en dar y quitar destinos.»²¹

Y uno de los agraciados con un nuevo destino será don Bruno Carrasco. Este, pese a los apuros económicos, se muestra reacio a aceptarlo por venir de quien viene. Don Bruno es defensor del Progreso y de la Libertad. Mantiene una interesante discusión con su mujer, ante quien intenta defender su honestidad política²². Doña Leandra sabe que aceptar el tal destino supone no volver nunca más a su pueblo, como habían pensado y por el cual suspira.

«Muriéndose de pena, aconsejaría decididamente a don Bruno que aceptara lo que el Gobierno le ofrecía, sacrificando al bien de la familia sus escrúpulos y la fidelidad al Progreso, vana palabra sin sentido. Regó la pobre señora con su llanto las sábanas en que se envolvía formando como una pelota, y dijo: «Si el Señor quiere que nunca más vea yo el suelo y el cielo de mi querida Mancha, hágase conforme a su santa voluntad. ¡Viva Bruno y vivan los hijos!, y vean todos satisfechas sus ambiciones, aunque yo me muera y queden mis pobres huesos en estos nichos, y mi alma suba al Cielo, no sin pasar antes por la tierra en que nací.»²³

Por si esto fuera poco para doña Leandra, también las niñas tenían novios, y se había prometido un cargo para el hijo mayor. Padre e hijo, no obstante, quedan cesantes: «A los faldones del señor Mon, nuevo ministro de Hacienda, se agarraba media Asturias pidiendo credenciales.»²⁴

Ni aun así, pese a reconocer que debía ir a la Mancha a visitar sus tierras, y a pedir cuentas, se hace el ánimo don Bruno para emprender el viaje. Doña Leandra sufre demora tras demora. Las niñas terminan mal con sus novios. Lea y Tomás O'Lean riñen por motivos políticos: «Germen de discordias es para los individuos, así como para las colectividades, la opinión política, y por causa de esta monstruosa fiera, o hidra, para decirlo mejor, han llorado y lloran grandes desdichas, cuando no tragedias, los humanos. A los amantes también les desazona esta bestia cruel, y por ella se han visto rotos los más dulces lazos y desconcertados los matrimonios más felices.»²⁵

Efectivamente, al defender Lea, como había oído decir a su padre, que Isabel II no podía casarse con Carlos Luis, representante de la teocracia absolutista, Tomás O'Lean le escribe lo clásico: «Tus conceptos execrables han abierto un abismo entre nosotros.»²⁶ Y el abismo se hace insalvable.

Mientras tanto, Eufrasia, la hija menor de doña Leandra, comienza a aceptar valiosos regalos de su novio. Y entre una y otra cosa, don Bruno, cesante, se pega al Casino donde, cómo no, comienza a intrigar para que Isabel II se case no con quien quieren las potencias o la reina madre, sino con su primo Enrique, que es liberal. España queda dividida así entre paquistas y enriquistas. Don Bruno es un pobre fatuo como antes lo fue don Patricio Sarmiento. Está en relación con personas encopetadas que hablan en el Casino fingiendo terribles intrigas.

²⁰ *Bodas reales*, cap. IX.

²¹ *Bodas reales*, cap. X.

²² *Bodas reales*, caps. X, XI y XII.

²³ *Bodas reales*, cap. XII.

²⁴ *Bodas reales*, cap. XIII.

²⁵ *Bodas reales*, cap. XXII.

²⁶ *Bodas reales*, cap. XXII.

Doña Leandra, con las esperanzas de volver al pueblo muy disminuidas, comienza a atacar a su marido, no sin razón: «Entiendo yo que los cafés son las parroquias del embuste, y que la catedral del mentir es el Casino, esa taberna fina y de señores adonde vas tú a perder el tiempo y a llenarte de sinrazones.»²⁷

Don Bruno Carrasco es un pobre fatuo, como algunos de los personajes que aparecen a lo largo de los *Episodios*. Se disfraza de conspirador y pasa el día en el casino; mientras tanto, su hija Eufrosia ha huido con su novio sin que ni la enfermedad de la madre, ni la hermana, ni su nuevo prometido, fueran capaces de detenerla. Don Bruno estaba conspirando en el casino. Esa fuga, con un padre dedicado a sus labores, no hubiera sucedido en la aldea... Doña Leandra ya ha comprendido que nunca jamás volverá a su amado pueblo:

«Es el destino, hija, o hablando con cristiandad, es Dios que no quiere que veamos a nuestra tierra, sin duda porque no nos conviene. Conformémonos con la divina voluntad, y pidámosle que lo que no es hoy, pueda ser mañana. ¡Mañana! ¡Ay, tú eres joven y puedes esperar!... El esperar de los viejos, el mañana de los viejos suele ser el día negro..., la muerte.»²⁸

No le falta razón a la buena mujer. No obstante, poco antes ha concebido esperanzas de volver al pueblo, pues la ruptura de Lea con su novio ha acercado a madre e hija, que pasan largo tiempo hablando:

«De estos coloquios nació en la joven el sentimiento del país natal, como consuelo de tristezas y reparación del organismo gastado por las cortesanas luchas; la común pena hizo una sola llama de la nostalgia de una y otra mujer, y ambas desearon lo mismo: huir de Madrid, respirar los aires manchegos y reanudar la vida del campo con todas sus delicias y pacíficas dulzuras.»²⁹

A todo ello se opondrá, una vez más, don Bruno y sus continuas intrigas a favor de la Libertad y del Progreso. A doña Leandra sólo le quedará Clavileño y el pataleo:

«—Bruno, quisiera reírme, y la risa se me convierte en llanto, y las burlas en ira contra ti y toda esa recua de mentecatos que no sueñan más que con trifulcas; éstos son los Milagros y Centuriones, que por pescar el pececillo de un destinejo son capaces de secar un río si pueden, y por coger la fruta de un árbol le dan por el tronco...»³⁰

De nada le van a servir a doña Leandra sus palabras. A su indudable sentido común opondrá don Bruno una necedad de intrigante de casino.

3. MUERTE. VENGANZA DE LA GRAN CIUDAD

Por más que espera y pide a don Bruno el regreso al pueblo, siempre hay algo que lo imposibilita. Don Bruno se vuelve a negar, una vez más, a hacer el viaje. La mujer va acusando los golpes: «A la sorpresa de doña Leandra siguió una pena hondísima, un desconsuelo que abatía su alma y la incapacitaba para toda resolución.»³¹

²⁷ *Bodas reales*, cap. XXIV.

²⁸ *Bodas reales*, cap. XXIV.

²⁹ *Bodas reales*, cap. XXII.

³⁰ *Bodas reales*, cap. XXIII.

³¹ *Bodas reales*, cap. XXV.

Tendrá la alegría, no obstante, de ver a su hija Lea comprometida con Vicente Sancho, «distinguido mancebo de la botica de Palacio, y por añadidura, paisano nuestro y pariente.»³² Así se lo anuncia su marido. Declara la buena mujer que estima más a Vicente, boticario, que a todos los señoríticos de Madrid. Y, además, es de la tierra. «Por humilde no habían de despreciar a Vicente, el cual a todos los novios del orbe cristiano llevaba la ventaja de ser manchego.»³³

Lea, la hija mayor de don Bruno Carrasco y de doña Leandra Quijada, se conforma con su nuevo novio, Vicente Sancho, «la conformidad y el buen criterio hicieronla dichosa.»³⁴ No puede decir lo mismo la madre, pese a todo, quien «por fas o por nefas, por los sucesos buenos así como los malos, la realización del deseo que le llenaba toda el alma era más problemática cada día. Cuando ya creía tocar con su flaca mano el suelo manchego, éste se alejaba, y, como un fantástico paisaje, acababa por desvanecerse en el horizonte.»³⁵

Enfermó doña Leandra y «terminó afirmando que su cuerpo no le pedía ya movimiento, sino descanso, y que descanso le daría ella muy pronto.»³⁶ Su amiga Cristeta Socobio le propone ir «a visitar a una amiga mía, monja de gran virtud y saber, que a más de consolar a usted con su palabra, más divina que humana, la curará de ese maleficio del músculo perezoso.»³⁷

La monja, a la que rara vez llama Galdós por su nombre, es sor Patrocinio, la monja de las llagas. Ella es quien tenía que devolverle el movimiento del brazo a doña Leandra. Esta se muestra escéptica:

«[...]Curanderos he visto en mi tierra que componían estos desperfectos de la carne; pero no lo hacían sin añadir a las oraciones alguna toma de medicina que obraba por dentro.»³⁸

Doña Leandra cae en una profunda melancolía. Y es a partir de este momento cuando los viajes en su particular *Clavileño* se hacen más largos y duraderos, más frecuentes y vivos.³⁹ Doña Leandra comprende que va a morir, y vuelve, si es que alguna vez los había olvidado, por sus fueros manchegos:

«Lo primero que tengo que pedirte, hija mía, es que no me traigas acá para que me confiese sacerdote que no sea manchego. Desde ayer siento el afán de arreglar el negocio de mi alma para que no me coja desapercibida la muerte... Mas no quisiera que me encomendaseis a clérigos de Madrid, a quienes tengo por farsantes, parlanchines y de poca substancia, como todo lo de este maldito pueblo. Me figuro que si con uno de éstos me preparara, no tendría mi cabeza el asiento preciso para una buena confesión, ni quedaría mi conciencia satisfecha y sosegada.»⁴⁰

Todo se hace como dispone doña Leandra. Antes esta, trastornada, en su lecho de muerte se despacha a gusto con su marido, el conspirador de casino y sainete, dando terribles voces:

«Cállate, harto de ajos, cerrojo, hi... de tal, que toda tu ciencia es el hueco del gran sombrero que gastas para espantar a la gente. ¿Ni qué sabes tú del francés que nos traen ni de la Infanta que nos llevan, si no has tenido alma para defender a tu hija de las garras del inglés que nos la robó? ¿A qué hablas tú de patriotismo, si el primer patriotismo es ser buen padre y tú no lo eres? ¿Y qué dices tú de extranjeros, si el primer extranjero eres tú, porque extranjero es el que no quiere a su familia, y no la defiende, y no procura su felicidad?»⁴¹

³² *Bodas reales*, cap. XXVI.

³³ *Bodas reales*, cap. XXVI.

³⁴ *Bodas reales*, cap. XXVI.

³⁵ *Bodas reales*, cap. XXVI.

³⁶ *Bodas reales*, cap. XXVI.

³⁷ *Bodas reales*, cap. XXVI.

³⁸ *Bodas reales*, cap. XXVI.

³⁹ *Bodas reales*, cap. XXVII.

⁴⁰ *Bodas reales*, cap. XXXI.

⁴¹ *Bodas reales*, cap. XXXII.

Agoniza doña Leandra en tanto la gran ciudad se prepara para las reales bodas de Isabel II con Francisco de Asís. La ciudad es un hervidero de gente y de fastos. Doña Leandra manda a sus hijos a la calle a que disfruten del jolgorio y el espectáculo. Murió al poco tiempo, «minutos después de las cinco»⁴². Se organizó enseguida el entierro, pero ni aun este pudo hacerse como había deseado doña Leandra:

«Hasta el caminito del cementerio hubo de ser contrariada en sus direcciones y deseos la pobre doña Leandra, pues ella quería ir hacia el Sur (que en San Nicolás se le designó sepultura), y aunque se previno que el fúnebre cortejo se pusiera en marcha antes de las tres para poder zafarse a tiempo de la gran aglomeración de gente, no halló paso franco en la calle de Alcalá, por mor de la formación, y tuvo el negro carro que tirar hacia el Norte [...]»⁴³

Tampoco pudo descansar, como quería, en tierra y sin ningún árbol que diese sombra a su tumba. Con tanto trajín y bullicio en Madrid, con desfile de carrozas y de los reyes recién casados, la comitiva fúnebre fue deambulando por calles y más calles, «y como se vino la noche encima, no hubo más remedio que hacer de prisa y corriendo el sepelio de la manchega, metiéndola en el nicho donde sus pobres cenizas debían labrarse, con ayuda del tiempo, la petrificación del olvido.»⁴⁴

Del olvido nos la ha salvado, para siempre, don Benito Pérez Galdós. Del olvido la ha salvado su gran y entrañable amor por su familia, y la eterna añoranza de la tierra que la vio nacer, la aldea por la que suspira, y a la que renuncia una y otra vez por mor de su familia. Descanse en paz doña Leandra Quijano en algún paraíso en el que no haya árboles y sea tan extenso y soleado como la misma Mancha.

⁴² *Bodas reales*, cap. XXXIV.

⁴³ *Bodas reales*, cap. XXXV.

⁴⁴ *Bodas reales*, cap. XXXV.

Benito Pérez
Galdós

Los Condenados

Drama en tres actos

Edición de Rosa Amor



X. DOS INTRIGAS

1. UNA INTRIGA TEATRAL

A lo largo de los *Episodios* son varias las intrigas que se urden, sobre todo en aquellos ambientados en palacio o en los cuarteles. No las vamos tratar todas: nos decantamos solamente por dos. La primera por lo bien urdida que está la trama del episodio, aunque decir esto de una obra de don Benito es decir lo obvio. No obstante, debemos tener en cuenta que vamos a hablar del segundo episodio que escribió, *La corte de Carlos IV*. Y que lo hizo cuando tenía 30 años. Está firmado en 1873.

En *La corte de Carlos IV*, Gabriel Araceli, tras la batalla de Trafalgar, entra al servicio de una histrionisa, Pepita González, o la González. Entre las obligaciones de Gabriel está la de «concurrir a la cazuela del Teatro de la Cruz para silbar despiadadamente *El sí de las niñas*, comedia que mi ama aborrecía tanto, por lo menos, como las demás del mismo autor.»¹

Gabriel va a mostrar muy pronto su buen criterio, pues si bien justifica a su ama, hasta cierto punto, también es cierto que a él le gusta la comedia de Moratín.²

La histrionisa tiene amistad con la duquesa de X, Lesbia, y con la marquesa de X, Amaranta. Ambas «eran personas muy metidas en los enredos de la Corte, aunque en las clandestinas tertulias de mi casa poco dejaban traslucir.»³ Las dos van acompañadas de un tío de Amaranta, el Marqués, antiguo diplomático, hombre de más de sesenta años. Es un personaje cuyas peculiares características se repetirán, con variaciones, a lo largo de los *Episodios*. Nada más comenzar a Gabriel el dicho Marqués ya le resulta familiar:

«Oyendo al diplomático, yo recordaba a cierto mentiroso que conocí en Cádiz, llamado don José María Malespina. Ambos eran portentos de vanidad; pero el de Cádiz mentía desvergonzadamente, y sin atadero, mientas que el de

¹ *La corte de Carlos IV*, cap. I.

² *La corte de Carlos IV*, cap. I.

³ *La corte de Carlos IV*, cap V.

Madrid, sin alterar nunca los sucesos reales, se suponía hombre de importancia, y su prurito consistía en defenderse de ataques imaginarios y en negarse a revelar secretos que no sabía. Esto prueba la inmensa variedad que el Creador ha puesto en la fauna moral, así como en la física.»⁴

El pobre Marqués se pasa parte de la noche rogando que nadie le obligue, nadie lo hace, a decir secretos que él sólo conoce. En la reunión ya estaba Isidoro Maíquez, un actor, muy celoso de sus rivales, y oponente de la González a la que trata con cierto desdén.

Lesbia, «enfadada» con Maíquez, entabla un secreto diálogo con él. Entre tanto, el Marqués «no miraba con malos ojos a la González», pero esta no deja de espiar a Maíquez y a Lesbia en tanto un color se le va y otro le viene.

Los celos reconcomen a la histrionisa. Maíquez y Lesbia la ignoran. El Marqués, deseando llamar la atención de la González, cuenta, como si fuera un gran secreto, que las tropas de Napoleón deben de estar entrando en España.⁵

A la reunión se añade Juan de Mañara. Juegan a las cartas, y surgen una serie de indirectas sobre el amor y el juego. Terminado el juego nos enteramos de que en casa de Lesbia va a tener lugar una representación, *Otello*. Maíquez hará el papel principal y Lesbia el de Edelmira. Juan de Mañara brinda entonces por la caída del favorito, Godoy, y por el destronamiento de los Reyes padres. Lo hace así confiando estar entre amigos. Lesbia le dice que vaya con cuidado, pues Amaranta, según Lesbia, y esta, según aquella, son confidentes de la Reina madre.⁶

Poco después, por confidencias de la González a Gabriel, nos enteramos de que Maíquez está enamorado de Lesbia; esta, «un monstruo de liviandad y coquetería», ha favorecido a Mañara. También nos informa de que Amaranta es muy amiga de los Reyes padres en tanto Lesbia lo es del hijo, y «parece que es una de las damas que más intrigan en el bando de los amigos del Príncipe de Asturias.»⁷

En la calle, mientras tanto, ya se huele que el ejército francés ha entrado en España, aunque todos creen que es para quitar a Godoy del medio e imponer a Fernando VII, el heredero que «no vale para maldita la cosa», como dice Pacorro Chinitas.⁸

Amaranta quiere que Gabriel entre a su servicio. Le exige fidelidad absoluta. Van a ir a El Escorial, donde permanecerá durante una semana.⁹

Por El Escorial, cuando llegan, corre el rumor de que querían asesinar a los reyes. El alma de la conspiración es el príncipe, a quien han encerrado en sus habitaciones.¹⁰

Terminada la semana de estancia en El Escorial, y con Gabriel un tanto pulido, Amaranta le dice que tiene que volver al servicio de la histrionisa, aunque seguirá bajo sus órdenes. Debe vigilar a Lesbia y a Maíquez, y llevarle a ella cualquier recadito amoroso que se crucen. A Gabriel no le hace gracia semejante encargo. Amaranta lo desengaña: «¿Tú has pensado que podrías ser hombre de pro sin ejercitarte en la intriguilla, en el disimulo y en el arte de conocer los corazones?»¹¹

Gabriel, oculto tras un tapiz, oye una conversación de una desconocida con su ama, Amaranta. Aquella quiere que aparte a Lesbia de la causa del príncipe, pues hace quince años Amaranta le confió un

⁴ *La corte de Carlos IV*, cap VII.

⁵ *La corte de Carlos IV*, cap VI.

⁶ *La corte de Carlos IV*, cap VIII.

⁷ *La corte de Carlos IV*, cap VIII.

⁸ *La corte de Carlos IV*, cap X.

⁹ *La corte de Carlos IV*, cap XI.

¹⁰ *La corte de Carlos IV*, cap XII.

¹¹ *La corte de Carlos IV*, cap XVII.

secreto que ahora podría salir a la luz. Amaranta accede a ello, pero traza otro plan para coger a Lesbia. Este plan está relacionado con la representación de *Otello*.¹²

A la mañana siguiente, Maraña, que se ha jactado de haber sido amado por la desconocida confidente de Amaranta, encuentra a Gabriel, y le entrega un billete para Lesbia. Esta, a su vez, le entrega otro para Maraña, pero cuando llega Gabriel al cuerpo de guardia, los guardias se llevan preso a Maraña.¹³

Gabriel regresa a casa de la González. La actriz, como mujer celosa, sospecha, registra las ropas de su criado mientras duerme, y le quita la carta de Lesbia. Dice así:

«Querido Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres que crea en tu arrepentimiento, pruébame lo viniendo a cenar conmigo esta noche en mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no he querido nunca ni puedo querer a Isidoro, ese salvaje, presumido, comiquillo, a quien sólo he hablado alguna vez con objeto de divertirme con su necia pasión. No faltes si no quieres enfadar a tu Lesbia.

P. D.— No temas que te prendan. Primero prenderán al Rey.»¹⁴

En vano le ruega Gabriel al día siguiente que le devuelva la carta: la histrionisa la guarda en su pecho diciendo que «ni por diez mil duros la devolvería.»¹⁵

Gabriel acepta hacer el papel que falta en *Otello*, y comienzan los ensayos dirigidos por el mismo Maíquez. Aprovecha el novel actor para lanzar una mirada crítica contra el teatro hablando de lo poco que tienen que ver los decorados con la acción, los trajes con la época, y la traducción de la obra, un refrito, con la original de Shakespeare. Alaba por el contrario a Moratín, restaurador de la comedia española, aunque no estuvo exento de defectos: «Moratín, en materia de principios literarios, tenía toda la ciencia de su época, que no era mucha; pero aun así, más le hubiera valido emplearla en componer mayor número de obras, que no en señalar con tanta insistencia las faltas de los demás.»¹⁶

El día del estreno, Gabriel sorprende a Maíquez hablando con Lesbia. Esta le pide la carta. Y Gabriel se la vuelve a pedir a la González, quien, según dice, la ha olvidado. Gabriel no se lo cree y va a su camerino a rebuscar entre sus ropas. Allí, escondido al oír pasos, sorprende una conversación entre Lesbia y Maíquez. Este está tan celoso como el feroz Otello. Lesbia lo tranquiliza como puede. Le dice que los anónimos recibidos por él son obra de Amaranta. Pero detrás de Amaranta está el trono, y alguien, con mucho poder, a quien el mismo Mañara ha despreciado.

A Maíquez todo esto le suena a inverosímil, y más que no se persiga con saña a Lesbia. Esta tiene su escudo. Nos avanza ya, por si no lo habíamos sospechado, quién es Amaranta:

«Poseo papeles que rebajan y envilecen del modo más repugnante a quien los escribió, y conozco el secreto de la inversión de fondos de obras pías, que se emplearon en lo que no tienen nada de piadoso. Esto pasó en una época en que hacíamos excursiones clandestinas fuera de Palacio, cuando Amaranta se empeñó en que Goya la retratase desnuda. Hacía un año que estaba viuda; fué cuando, por una coincidencia providencial, descubrí el gran secreto de su juventud que me reveló una mujer desconocida que vive orillas del Manzanares, junto a la casa del pintor. Ya te lo he dicho, y pienso hacer de manera que nadie lo ignore. De un desgraciado y oculto amor que padeció Amaranta antes de su matrimonio con el Conde, nació una criatura que no sé si vive todavía.»¹⁷

¹² *La corte de Carlos IV*, cap XVIII.

¹³ *La corte de Carlos IV*, cap XIX.

¹⁴ *La corte de Carlos IV*, cap XX.

¹⁵ *La corte de Carlos IV*, cap XX.

¹⁶ *La corte de Carlos IV*, cap XXII.

¹⁷ *La corte de Carlos IV*, cap XXIII.

Vive todavía, y por ella el novel aprendiz de cómico se va a recorrer los teatros bélicos más importantes de la Guerra de la Independencia. Como puede verse la maestría de Galdós para involucrar fábula con realidad, y literatura dentro de literatura es total.

En el último acto de *Otello*, Pésaro, criado de Edelmira, deseando el castigo de esta, entrega a Otelo una carta y una diadema de aquella. Gabriel interpreta a Pésaro, y la carta no hace falta decir quién, encargada de la utillería, la pone en manos del joven actor poco antes de salir a escena. Entregado el billete, Gabriel cae en la cuenta, reconoce los dobleces del papel, la letra... Demasiado tarde: Maíquez lee el billete ante Edelmira, y la interpretación de *Otello* supera todo lo previsto y visto hasta el momento. Varios espectadores suben al escenario temiendo las demasías de aquel Otelo reencarnado. Y como consecuencia de todo, Lesbia queda desenmascarada y anulada políticamente.¹⁸

Gabriel vuelve a buscar la carta, ahora en manos de Amaranta, quien la ha recogido del escenario merced al barullo que se ha montado en él cuando trataban de liberar a Lesbia de manos de Maíquez.

Gabriel hace chantaje a Amaranta: promete contar cierta historia de cierta joven que tuvo una hija... Amaranta le entrega la carta, que Gabriel devuelve a Lesbia, y abandona la corte desengañado, dejando un fiel retrato de la España del momento:

«No quise estar más allí; salí decidido a huir para siempre del vergonzoso arrimo de cómicos y danzantes, de damas intrigantuelas y de hombres corrompidos y fatuos.»¹⁹

El resto es de sobra conocido: Napoleón invadió España, la familia real fue llevada a Bayona, Godoy cayó en desgracia, y la nación se desangró en aquella guerra que fue la gran academia del desorden. A ella siguieron las guerras carlistas, todavía más crueles si cabe. Y sí, el secreto de la reina, de su desvío de fondos, siguió siendo secreto aunque sería superado por la mujer de su hijo, y por el segundo marido de esta. Isabel II, la hija del conspirador de El Escorial, tampoco se quedó manca. Y por todos estos, que se dedicaron a esquilmar al país en su propio beneficio, intrigaron nuestros antepasados matándose entre ellos. Hicieron realidad no una buena obra de teatro sino su burda imitación.

2. LA INOMINADA

Las grandes intrigas se van a urdir en torno a Isabel II, primero para casarla según los intereses de unos o de otros, y luego para que el Trono se incline en provecho de unos o de otros, partidos, Iglesia, naciones y religión. De estas intrigas no se va a salvar prácticamente nadie, ni las azafatas de palacio, encargadas de llevar cartitas y retratos²⁰, ni la Iglesia, por supuesto, que veía peligrar sus privilegios:

«Dijo también que los Padres, con toda su mansedumbre y sus austeridades, conspiraban a más y mejor. [...]. El enjuague que se traían aquellos señores con los papiolistas y otros clérigos muy apersonados que venían de Manresa, de Vichi o de Tarragona, era formar un potente bando político religioso que apoyase el casamiento de la Reina con el hijo de don Carlos, para que así quedara triunfante la santa Religión.»²¹

¹⁸ *La corte de Carlos IV*, cap XXVI, XXVII.

¹⁹ *La corte de Carlos IV*, cap XXVIII.

²⁰ *Los ayacuchos*, cap. XIX.

²¹ *Los ayacuchos*, cap. XXXIII.

Uno de los grandes focos de conspiraciones, enjuagues, intrigas y demás, va a estar ubicado allá donde habite sor Patrocinio, la monja de las llagas. No es nuestra intención, por supuesto, hacer un estudio en profundidad de sor Patrocinio, ni de todo cuanto aconteció en su convento de La Latina, o en otros. Vamos a hablar de ella teniendo en cuenta, solamente, lo que dice o no dice Galdós a lo largo de varios de los episodios. Para más información sobre las intrigas urdidas por la monja, o en torno a ella, se puede recurrir al libro de Jarnés, y, sobre todo, al de Isabel Burdiel, *Isabel II*.

Como se habrá podido observar en *La corte de Carlos IV*, la acción del episodio se desarrolla más en el teatro, en casa de la histrionisa, o en otros ámbitos, que no en la corte propiamente dicha. Las interpretaciones sobre esta elipsis, o esta esquinada forma de narrar, pueden ser varias y diversas. Desde luego no creemos que Galdós lo haga por incapacidad para utilizar figuras regias, antes al contrario: describe un sentir general, un ambiente, entre aristocrático y plebeyo ahora, y de él hay que deducir el resto. Hay una intriga teatral, absurda, propiciada por una mujer celosa, cuando en palacio había otra quizás no menos necia, y con intereses no menos mezquinos. No obstante, no se establece un paralelismo claro: Galdós se dedica a la intriga teatral; la otra es la sombra de fondo.

A lo largo de los episodios nos iremos enterando de que a Galdós le interesa más la historia de las personas que la Historia propiamente dicha. Antes, pues, nos hablará de don Patricio Sarmiento que de Riego, de Domiciana que de sor Patrocinio, y de José Fago en lugar de Zumalacárregui...

Técnica similar a la utilizada en *La corte de Carlos IV* va a utilizar con todas las intrigas que llevaron a cabo en el convento de La Latina, donde estuvo sor Patrocinio. Pocas veces vamos, de la mano del narrador, a dicho convento, y muy pocas veces vamos a ver a la Madre o al padre Fulgencio, quien urdió, al parecer, la superchería de las llagas. No obstante, la monja, por no decir el espíritu conventual, aparece retratado en Domiciana, una monja exclausturada. El título del episodio donde aparece dicha ex monja ya lo dice todo: *Los duendes de la camarilla*.

Llama la atención, con respecto a sor Patrocinio, la pudibundez, o la repulsión, de Galdós ante ella, pues rara vez la llama por su nombre. Aparece por primera vez en los *Episodios* en boca de don Bruno Carrasco en una de sus conversaciones con su melancólica mujer. Don Bruno no puede ser más cervantino con el nombre de la monja:

«[...] Averiguado está que reconoció secretamente los derechos de don Carlos a la Corona de España, por pura superstición, que es lo más grave... Ello fué obra de un clérigo llamado el padre Fulgencio y de una monja medio santa, cuyo nombre se me ha olvidado, los cuales poseían el don de hacerse invisibles, y de pasar de este mundo a los otros, en lenguaje de religión, Infierno y Purgatorio...»²²

Sin pretender ser exhaustivos, pese a haberlo contado, si Galdós hace aparecer, por ejemplo, a la monja 13 veces, la nombra dos, utilizando en el resto de los casos «monja de gran virtud», «una monja histérica», «ilustre monjita», «personas que traen recados del Altísimo», etc. Sólo en *Narvárez*, en el capítulo XXV aparece con todos sus nombres:

«A fin de que esto vaya con el mejor método, debo empezar por dar conocimiento del gentilhombre, hermano de la religiosa franciscana sor María de los Dolores Rafaela Patrocinio, comúnmente nombrada sor Patrocinio, [...]».

El hermano de la monja, como dice José García Fajardo, pocas líneas antes, es don Juan Quiroga. Y «si los milagros de su bendita hermana dudan los incrédulos, y aun algunos teólogos, de los de éste nadie puede decir lo mismo.»²³

²² *Bodas reales*, cap. XXIII.

²³ *Narvárez*, cap XXV.

Por fin en el capítulo VII de *Los duendes de la camarilla*, y por boca de una monja exclaustrada, Domiciana, nos enteramos del nombre completo de la monja:

«De novicia, vi los primeros milagros de Patrocinio, que en el siglo se llamó Dolores Quiroga y Cacopardo, y las entradas del Demonio en nuestra santa casa...»

A partir de aquí se la nombrará, por regla general con el nombre de la Madre. Y con respecto a sus llagas, no falta la ironía de don Benito. Así explica Domiciana la persistencia de estas:

«—Cómo he de creer en las llagas si sé cómo se hacen? Alguna vez ha recurrido a mí para que se las reprodujera cuando le estaban cicatrizando. Tengo el secreto: la misma monja que reveló a Patrocinio este artificio me lo enseñó a mí, una vieja que murió cuando aún estábamos en Caballero de Gracia: sor Aquilina de la Transfiguración, aragonesa ella. Pues sí: se hacen llagas. [...]»²⁴

De ellas se valió la Madre, y de la madre se sirvió el clero, para influir en el ánimo de la reina e inclinarla hacia a donde a ellos les interesaba. Claro que contaban para ello con el rey Francisco de Asís, que intrigaba a favor del absolutismo, y, por tanto, de la Iglesia. Y esta cada vez iba adquiriendo más y más poder. Domiciana da cuenta de ello:

«[...]... Por cambiar, hasta la política era otra, pues los carlinos figuraban poco, y eran amos de España los isabelinos con su reina imperante. Sor Pilar Barcones, ancianita, seguía de priora; pero la que nos gobernaba realmente era Patrocinio, maestra y madre de todas nosotras. Con satisfacción y orgullo veíamos el sin fin de personajes que iban a platicar con ella. El señor infante don Francisco presentó a su hijo, ya rey o marido de la reina; este llevó a su esposa, y tras estos egregios visitantes, iban duques, condes y marqueses con sus mujeres y otras que no lo eran... Jubileo más lucido no se vio nunca. Patrocinio, a mi regreso de Torrelaguna, me pareció una figura enteramente celestial. ¡Qué blancura de tez, qué caída de ojos, qué majestad en las posturas, y qué modito de hablar echando las palabras como si fueran ecos de otras que sobre ella en invisibles aposentos se pronunciaran! Comprendí entonces su poder, y que Reina y Rey se prostraran ante ella... Tan mística era su hermosura, tan soberanos sus modos de andar, de sonreír, de llamar a una de nosotras para acercarse, y tan dulce el timbre de su voz, que causaba en los que la veían y oían por primera vez un efecto semejante al de la presencia de un ser sobrenatural.»²⁵

No es nada inocente lo que dice Domiciana, por descontado. Sus palabras le parecen «ecos de otras que sobre ella en invisibles aposentos se pronunciaran». Las pronunciarán los de la camarilla que lucha por la vuelta del absolutismo. Pero frente a ellos está la otra camarilla, que también labora por darle gusto a la reina. Pues no menos inquietantes que las palabras de Domiciana son la de Lucila Ansúrez, cuando aquella le cuenta que Eufrosia del Socobio intriga a favor de la vuelta de Narváez:

«No será Eufrosia peor que otras, peor que tú. Dijo la sartén al cazo... Palaciegas de este bando y del otro, damas santurronas, damas casquivanas, monjas aseñoradas, y señoras afeñadas, todas son unas y todas tuercen el árbol porque torciéndolo, se suben a él para coger fruta... ¡Valiente ganado estáis!...»²⁶

Prosigue la discusión por derroteros personales, aunque a Domiciana, para salvarse de las iras de Lucila, le interesa llevarla a la parte política. Insiste, por ello, en el poder de Eufrosia del Socobio delante de la reina. Eufrosia del Socobio es Eufrosia Carrasco, la hija pequeña de don Bruno Carrasco y de doña Leandra Quijada.²⁷

²⁴ *Los duendes de la camarilla*, cap. VI.

²⁵ *Los duendes de la camarilla*, cap. VII.

²⁶ *Los duendes de la camarilla*, cap. XXIII.

²⁷ *Las tormentas del 48*, cap. XII, 13 de marzo.

No le entra en la cabeza a Lucila el temor de Domicina:

«—Si el poder de la Madre es tan grande, porque con su misticismo y sus llaguitas hace creer que es enviada del cielo, ¿qué teméis de una disoluta como la Socobio, que ni tiene llagas ni habla con el Espíritu Santo?»²⁸

La respuesta de Domiciana hay que leerla con detenimiento y meditarla, pues Galdós siempre pasa sobre estas cosas insinuando más que diciendo. No obstante, creemos que está claro lo que dice la exclaustrada:

«—Se la teme porque es otra especie de santa, o por lo menos sacerdotisa de un santo que no está en el almanaque, de un santo que siempre tuvo, tiene y tendrá tantos devotos como personas hay en el mundo...

[...]

-Y dentro de este culto infame, gentil, la Socobio es al modo de una gran teóloga o *Santo Padre*, al modo de profetisa, definidora y taumaturga... y también tiene sus llagas o cosa parecida para imponer veneración... Se entiende con el dios de esta baja idolatría, y trae recados de él para las criaturas...»²⁹

Evidentemente está acusando a Eufrosia del Socobio de hacer de celestina de la reina. De las infidelidades de la reina ya hemos tenido noticias, aunque no sea este un tema que a Galdós le guste tocar. Tampoco nos da muchas noticias sobre su educación; dejó bastante que desear dado el estado de la corte. Don Benito, como siempre, habla de la disolución de una sociedad, Teresa Villaescusa y sus amantes, Eufrosia Carrasco, y su huida de casa, los nobles jugando a las cartas con el pueblo, etc. En esa educación tan relajada había, pese a todo, un sacro temor a la Iglesia, que supo aprovechar muy bien sus pequeños pecadillos. Así lo pone a las claras Eufrosia del Socobio:

«[...]... La libertad entre de lleno en el alma de la Reina, y avanza, posesionándose de sus afectos, hasta el momento en que dentro de dicha alma se encuentra con el confesor... En este encuentro se acabaron las amistades: la libertad sale despavorida del alma de la Reina... [...].

El confesor, cualquiera que sea, hace allí su casa. ¿No sabe usted por qué hace su casa? Los que absuelven, los que prodigan la indulgencia recaban de la voluntad sometida concesiones proporcionales a la magnitud del indulto. La Reina es creyente: ya lo sabe usted. Teme que por ser demasiado dichosa en la tierra pierda el cielo. La mejor parte del cielo es para los que aquí sufren. Los poderosos, a poco que se descuiden, se quedan sin un rincón celestial en que guarecerse... Isabel es mujer de conciencia: cree en las penas eternas y en el eterno galardón. ¿Cómo alcanzar esto? Haciendo concesiones tan grandes como los perdones que recibe... Ya comprenderá usted por qué Isabel II no quiere reconocer el reino de Italia.»³⁰

Y no lo reconoció, siendo recompensada por ello por Pío IX quien, por supuesto, como el cura don Aparicio de Raspaldiza, también perdona los pecados de la carne mientras se respeten los derechos crematísticos de la Iglesia.³¹ El resto son cosas de juventud.

Los dos bandos intrigaron en busca cada uno de sus intereses, o, en palabras de Lucila Ansúrez, buscando inclinar el árbol «porque torciéndolo, se suben a él para coger fruta».

No daban para más. Lucila, acertadamente, resume en dos palabras la historia de la España del momento: utilización de la corona en busca de intereses más o menos bastardos:

²⁸ *Los duendes de la camarilla*, cap XXIII.

²⁹ *Los duendes de la camarilla*, cap XXIII.

³⁰ *Prim*, cap. VIII.

³¹ *El equipaje del rey José*, cap. XIV.

«[...] Tú y tu bando no miráis a que nuestra Reina sea buena, sino a que seáis vosotras las únicas que le suministren sus diversiones. Así la tenéis más cogida. Entre visiones celestiales por un lado y terrenales por otro, no se os puede escapar.»³²

Pero para parte del clero, y no vamos a insistir en su nula preparación tanto intelectual como religiosa, sí que se estaba escapando, decantándose hacia posiciones que ellos consideraban peligrosas por cuanto ponían en entredicho el Altar. Como es sabido Isabel II sufrió un atentado por parte del cura Merino, don Martín Merino, que en *Los duendes de la camarilla*, utiliza para ello el cuchillo con el que Lucila se había propuesto matar a Domiciana porque sospecha, con verdad, que esta le ha secuestrado a su amante. A través de unos y de otros, don Benito pinta una sociedad bastante disoluta y sin ninguna moral. La reina era una más, con la disculpa que, por intrigas, la casaron con un inútil que, la noche de bodas, llevaba un camisón son más adornos y florituras que el de la propia reina.

La utilización de la corona, su instrumentalización, fue lo que produjo, con las torpezas de la reina y las intrigas de los demás, su caída. Ni aun así se alcanzó la paz y la tranquilidad.

³² *Los duendes de la camarilla*, capl XXIII.

XI. UN BREVE APUNTE: BÉCQUER Y GALDÓS

Resulta curioso que en diversos *Episodios nacionales* se nombre a los escritores más importantes del momento, o a quienes están iniciando su carrera, y ni una sola vez nadie, ni Galdós, ni ningún personaje, hablen de Bécquer o lo mencionen siquiera. Es cierto que Bécquer comenzó a ser ampliamente conocido después de su muerte, acaecida en 1870; pero no es menos cierto que Galdós debió de conocer los artículos del poeta sevillano, y tal vez algunas de sus *rimas* publicadas, varias, en los periódicos de la época.

Cuando murió Gustavo Adolfo Bécquer, Galdós tenía 27 años. Por precisión, pues, tuvo que conocer la importancia que las *Rimas*, publicadas por su amigo Augusto Ferrán, comenzaban a tener. Al parecer Galdós coincidió con los hermanos Bécquer en el ateneo de la calle de la Montera en 1865. Asistieron a una conferencia de don José Zorrilla sobre el romanticismo poético en España.¹ Y ambos, Bécquer y Galdós, escribían en los periódicos.

No obstante, si bien es verdad que no lo nombra a lo largo y ancho de los *Episodios*, no menos cierto es que aparecen unos personajes que dan que pensar sobre la relación de ambos, o el conocimiento que Galdós tenía de la familia Bécquer. Tal vez aprovechara dicho conocimiento, y no individualizara a los hijos de Gustavo Adolfo porque eso no tenía cabida en sus planteamientos. También puede deberse el silencio de los apellidos a un cierto pudor o respeto que vencería con los años. No obstante, es muchísimo más plausible la primera opción.

Don Benito habla, en este caso con apellido incluido, de las dos hijas de Mariano José de Larra: Baldomera Larra, la creadora de la primera estafa piramidal en España²; y de Adela Larra, amante del Rey Amadeo de Saboya, aunque en este segundo caso se nos oculta el apellido, aun cuando se dice que «te engendró el primer escritor del siglo.»³ Dirá el apellido más adelante, llegando incluso a contar que a Baldomera la detuvieron, se fue del país al descubrirse la estafa, por delación de su hermana Adela.⁴

¹ Benito Pérez Galdós, *Episodios nacionales*. Madrid. Aguilar. 1973. Introducción de Federico Carlos Sainz de Robles, p. 24.

² *Cánovas*, cap. XII, XV y XIX.

³ *Amadeo I*, cap XX.

⁴ *Cánovas*, cap. XIX.

Cánovas, el último de los episodios, está firmado en 1912. Es posible que para entonces, don Benito hubiera perdido el pudor que alienta en muchos de sus episodios. Pues si bien dice muy poco sobre los amantes de la reina Isabel II, enseguida nos habla de la amante de Alfonso XII dándonos nombre, apellido, profesión, patria y descendientes.⁵

Los hijos de Bécquer, si es cierto que aprovechó lo que conocía de ellos, como sospechamos, aparecen sin sus nombres ni apellidos. Era lo lógico dado el desarrollo de la acción. Pese a ello las concomitancias nos parecen importantes:

«Los hijos de Gustavo y Casta murieron también jóvenes, y no dejaron descendencia. Muy poco es, casi nada, lo que se sabe sobre ellos. Gregorio Gustavo Adolfo, el mayor, terminó sus días en Madrid, después de una turbulenta historia fichada por la policía barcelonesa. De Jorge, el segundo, que tuvo inclinaciones artísticas, sólo se sabe que a principios de siglo vivía en Orán. En cuanto al menor, se ignora todo.»⁶

El hijo mayor, Gregorio Gustavo Adolfo, nació en 1862. El segundo, Jorge Bécquer, en 1867; y el último, Emilio Eusebio, de quien se dijo que era hijo del amante de Casta, en 1868.

Quizás por un exceso de celo, nos ha parecido ver en los hijos de Jerónimo Ansúrez, al menos en alguno, un trasunto de los hijos de Bécquer. ¿Se inspiró en ellos Galdós? Bien pudiera ser. La familia Ansúrez aparece por primera vez en el episodio titulado *Narváez*, firmado en Santander en 1902. Hacía ya muchos años que había muerto Bécquer; su importancia poética comenzaba ya a ser tenida muy en cuenta, y es posible que hasta sus hijos hubieran fallecido.

Uno de los hijos de Jerónimo Ansúrez, Gonzalo Ansúrez, vive en Tetuán con el nombre de Sidi El Hach Mohamed Ben Sur El Nasiry.⁷ El segundo hijo de Bécquer, Jorge, vivía en Orán. No hay más datos sobre él. Y si es cierto que don Benito lo aprovechó para sus episodios no menos cierto es que, a partir de ahí, tuvo que echar mano de su fecunda imaginación. El Nasiry relata la entrada de las tropas españolas en Tetuán. Es una figura eminentemente cervantina: es el reverso de Cide Hamete Benengeli... pero como desconocemos la vida de Jorge Bécquer no podemos llevar el posible paralelismo más allá.

Diego Ansúrez, el segundo hijo de Jerónimo, se dedica al transporte marítimo con una barca. Gracias a él, al recoger a Juan Santiuste y a Donata, nos enteramos de que su hermano «no anda ya Gil en trotes de bandolero: de otras granjerías vive, no muy honradas que digamos, pero menos expuestas a dar contra la Justicia y a tropezar con el presidio.»⁸

Dicho todo esto que no son sino corazonadas, falta por hablar del último hermano, Ruy, quien posee un oído innato para la música, tanto como Gustavo Adolfo Bécquer y el propio Galdós, capaces, al parecer, de reproducir cualquier ópera con tan sólo los sonidos que producían con la boca. Ruy, con la ayuda de José García Fajardo, llegará a ser un virtuoso del violín.⁹

Tanto Bécquer como Galdós eran dos fervientes admiradores de la ciudad de Toledo. Bécquer concibió el proyecto de escribir una historia de los templos de España. Los propósitos los confiesa en las primeras líneas:

«La tradición religiosa es el eje del diamante sobre el que gira nuestro pasado.

Estudiar el templo, manifestación visible de la primera, para hacer en un sólo libro la síntesis del segundo: he aquí nuestro propósito.»¹⁰

⁵ *Cánovas*, cap. XIX.

⁶ Rafael Montesinos, *Bécquer, biografía e imagen*. Barcelona, Fundación José Manuel Lara, 2005 p. 70.

⁷ *Aita Tettauen*, tercera parte, cap. I.

⁸ *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXVI.

⁹ *La revolución de julio*, cap. XIX.

¹⁰ Gustavo Adolfo Bécquer, *Historia de los templos de España, Toledo*. Toledo, Antonio Preja editor, 2005, p. 9.

Es un proyecto heredado del romanticismo francés, de Chateaubriand y de su libro *El genio del cristianismo*. A don Benito no debió de hacerle mucha gracia el autor francés por cuanto fue uno de los que propició la invasión de los 100.000 hijos de san Luis. No obstante, también don Benito era un hombre muy inteligente, tanto como para saber apreciar las cualidades de hombres y proyectos, independientemente de su ideología. Ahora bien, llama la atención que, al mismo tiempo que aparece la familia Ansúrez, aparezca también, o mejor, sea su presentador un tal Buenaventura Miedes, figura que encarna a la perfección el inútil saber, un saber ya criticado por Cervantes en el capítulo de la cueva de Montesinos de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Miedes juega con los apellidos buscando etimologías y razas a los Ansúrez. Tanto José García como su mujer María Ignacia lo tienen por «dislocado del cerebro». Pese a eso, y a su extrema pobreza, todos los días sube al castillo de Atienza a socorrer en lo que puede a la familia Ansúrez.

Fortunata y Jacinta, novela escrita entre 1885 y 1887, es anterior a *Narváez*, episodio firmado en 1902; pero ya en la novela se plantea el inútil saber, el trabajo de un sabio que Galdós juzga como absurdo:

«El maldito tenía en aquella época la demencia de los castillos; estaba haciendo averiguaciones sobre todos los que en España existen más o menos ruinosos, para escribir una gran obra heráldica, arqueológica y de castrametación sentimental, que aunque estuviese bien hecha no había de servir para nada. Mareaba a Cristo con sus aspavientos por si tales o cuales ruinas eran bizantinas mudéjares o lombardas con influencia mozárabe y perfiles románicos.»¹¹

Por supuesto que no hay pruebas concluyentes de que Galdós estuviera pensando en Bécquer cuando escribió estas palabras. No obstante, llama la atención que sea ese, y no podía ser de otra forma, el eje de las descripciones que hace Bécquer de los templos de Toledo. Y sí, tal vez la obra no esté lograda y resulte un tanto inútil. Depende de cómo se mire. Al menos tenemos un testimonio de primera mano de cuál era la situación de los templos de Toledo en los años finales del siglo XIX. No es un libro, sin embargo, que se edite y se lea. Como muchos otros, por supuesto.

Es indudable, pese a todo, que Galdós conocía a Bécquer. En el capítulo 12 titulado «Pero ¡qué poeta! De *El amigo Manso*, se habla de un poeta de nombre enrevesado, que publica en los periódicos y al que nadie, sino él mismo lee, este poeta «hace pequeños poemas, fabrica poemas grandes y recorta suspirillos germánicos y todo lo demás que cae debajo del fuero de la rima».

Es posible que detrás de todo esto se esconda alguna crítica a Bécquer, cuya poesía en aquellos momentos, 1882, tal vez no fuera del todo aceptada, máxime cuando Núñez de Arce y Campoamor eran los exponentes de la poesía. También cabe pensar, pese a su imparcialidad, a su bondad, y a su deseo de contemplar la realidad desde todos los puntos de vista, que nombrara a la familia Bécquer por diferencias ideológicas. Son conjeturas, desde luego.

¹¹ *Fortunata y Jacinta*, Primera parte, cap. X, vi

*Benito Pérez
Galdós*

Girona

Episodi Nacional i drama en quatre actes

Traducció de Pau Miret



ISIDORA
Edicions



XII. MAESTROS Y LIBROS EN LOS *EPISODIOS*

No es mucho lo que se dice en los *Episodios* sobre la educación de los españoles de la época, quizás porque nada, o muy poco, había que decir. No vamos a recurrir a estadísticas para saber el número de colegios y de analfabetos que había en España por aquellos años. Tal vez nos baste con ver la actuación y las cartas de algunos personajes galdosianos, y con escudriñar sus pensamientos.

Pese a que Galdós siempre ha sido tildado de autor realista, no vamos a discutir ahora la adhesión a una escuela o a otra, no es muy realista en el uso que hace del lenguaje cuando hablan sus personajes. Galdós utiliza, como todo autor, un lenguaje convencional. En todos los *Episodios*, pese a los ambientes en los que nos movemos, militares, prostitutas, batallas, motines... sólo hay una par de tacos, y no excesivamente fuertes. Contrasta tal parquedad con la cantidad de *hostias* que suelta el *Pituso* en *Fortunata y Jacinta*, y que, además, provocan las risas de su «mamá» de adopción. Dudamos mucho, pues, que los personajes hablaran como los hace hablar Galdós. Entre otras cosas por la nula preparación que tenían. Muchos de ellos seguramente, como Lucila Ansúrez, ni sabrían leer ni escribir. Y otras que si sabían hacerlo, como Gracia de Castro-Amézaga, llenarían sus cartas, como ella, de una enorme cantidad de faltas de ortografía.¹ Son faltas puramente convencionales, pues la sintaxis es perfecta. Gracia consigue escribir con corrección, no sabemos si por prurito de didactismo de Galdós, o porque le resultaba a este un tanto molesto leer textos con faltas de ortografía.

Llama la atención, nada más comenzar los *Episodios*, que la gente menuda, los vecinos de Gabriel Araceli, pasen todo el día en la calle, como él, sin ir a la escuela ni al colegio, ni a cosa que se le parezca. Ya hemos tratado antes el asunto, por lo tanto no vamos a volver sobre él. Araceli sale de aquel ambiente, entrando al servicio de don Alonso Gutiérrez de Cisniega, y señora. Dice de ellos, entre otras varias alabanzas, «Enseñáronme muchas muchas cosas que no sabía.»² Tal vez entre esas cosas estuviera la lectura. Gabriel no va a la escuela más que para buscar a la hija de sus amos, a Rosita.³ Y, sin embargo, es induda-

¹ *La estafeta romántica*, cap. XXIII.

² *Trafalgar*, cap. I.

³ *Trafalgar*, cap. V.

ble que Gabriel Araceli sabe leer y escribir, pues llegado a la Corte, tras la batalla de Trafalgar, se anuncia en los periódicos buscando ocupación. Cae en manos de Pepita González, histrionisa, a quien ayuda, también, «en el estudio de sus papeles.»⁴ Igualmente tiene que ir a la cazuela del Teatro de la Cruz para silbar *El sí de las niñas*. Pero Gabriel muestra su buen gusto innato sintiéndose atraído por la obra de Moratín.

Gabriel lleva una vida de aventuras, y desde luego ni puede estudiar ni leer. Lo mismo le sucede a su amada Inés, quien, además, se ríe de los planes de Gabriel. Hay, según ella, un orden natural: «las aves vuelan, y los gusanos se arrastran, y las piedras se están quietas, y el Sol alumbra, y las flores huelen, y los ríos corren hacia abajo y el humo hacia arriba, porque es su regla.»⁵ Y por eso mismo, lo desengaña: él, Gabriel, que es una tortuga, jamás podrá remontar el vuelo por mucho que mueva sus patas de galápagos. Él, por el contrario, teme que le falte, como a don Quijote, aire para mover sus alas. Tras la batalla de los Arapiles, Araceli, muy joven todavía, tendrá mucho tiempo para leer y escribir. Sin haber pasado por escuela ni universidad.

Hay un par de capítulos en *Napoleón en Chamartín* que son totalmente cervantinos. En ellos, Gabriel, por un error, pasa por un excelente latinista. Está en compañía de Amaranta, su futura suegra, a quien ya conocemos por las intrigas, y de los padres Salmón y Castillo. Este se dedica, en presencia de los otros, a revolver libros y a dar su opinión:

«Hombre erudito, culto, ilustrado, de modales finos, de figura agradable y pequeña, de ideas templadas y tolerantes, que le hacían un poco raro y hasta exótico en su Patria y tiempo, fray Francisco Juan Nepomuceno de la Concepción, en los estrados conocido por el padre Castillo, se diferenciaba de su cofrade, el padre Salmón, en muchísimas cosas que al punto se comprenderán.»⁶

Lo que inmediatamente va a distinguir a un padre de otro es su elección de las lecturas, pese al principio cervantino, sostenido por el padre Castillo, de que no hay obra, por mala que sea, que no contenga algo bueno. Entre el padre Castillo y Amaranta van repasando los libros que, en este caso, no salen volando al corral en busca del fuego purificador. De los libros dos cosas llaman la atención del padre Castillo: el humor del pueblo español, que no se pierde ni en los peores momentos, y la manía de poner en verso lo que requiere clara y valiente prosa.

De lo primero nos podemos hacer una idea leyendo los títulos de algunas obras: *Bonaparciana u oración que, a semejanza de las de Cicerón, escribió contra Bonaparte un capellán celoso de su Patria*; *Las Pampiloradas, letrillas en que un compadre manifiesta a su comadre que en las circunstancias actuales no debe temer a la fantasma que aterraba a todo el mundo*; *Deprecación de Lucifer a su Criador contra el tirano Napoleón y sus secuaces, asustados de ver entrar tantos malvados franceses en el Infierno*; *Seguidillas que cantó el famoso Diego López de la Membrilla, jefe de la Mancha, después que consiguió las gloriosas victorias contra los franceses*; *Asalto terrible que dieron los ratones a la galleta de los franceses, poema en dos cantos*.

Otra cosa con la que muestra el padre Castillo su sentido común es en la defensa que hace de algunos historiadores improvisados, que disgustan a Amaranta. No así al padre Castillo:

«A veces, en personas rudas y zafias, se ve mejor sentido y criterio de las cosas que en las ilustradas, quizás por su misma ilustración desvanecidas.»⁷

⁴ *La corte de Carlos IV*, cap. I.

⁵ *La corte de Carlos IV*, cap. III.

⁶ *Napoleón en Chamartín*, cap. VI.

⁷ *Napoleón en Chamartín*, cap. VI.

Lamenta, no obstante, la falta de decoro en la forma, aunque algunos atraen «por ser fruto espontáneo de la mente popular.» Ejemplo: Convocatoria que a todos los pastores de España dirige un mayoral de la sierra de Soria para la formación de compañía de honderos. Hay también una mujer autora, María Piquer y Pravia: «¿Qué es héroe? Exhortación a los jóvenes españoles. Y, por último, aunque nombra más libros, el que enerva al padre Castillo por el uso y abuso del verso: *Alegoría poética que descubre las iniquidades del más perjudicial y maligno hipócrita del mundo, Bonaparte.*

Dado el momento en el que nos hallamos, el padre Castillo hace un canto de los libros que, al parecer, se requieren en ese momento. Dice que daría un par de abrazos a Quiroga y Burguillos por ser los editores de esta obra: *Arte universal de la guerra del príncipe Raimundo de Montecuculi.* Todos los libros que siguen a continuación son libros de circunstancias, hasta que aparecen las perlas, según el padre Castillo: *Poesías patrióticas de don Manuel Josef Quintana.* Este libro contiene, además, *Expedición de la vacuna, las odas a Juan de Padilla, a España libre, al panteón del Escorial y a la invención de la imprenta.*

Ahora bien, el padre Castillo no está de acuerdo con Amaranta en que los españoles no se preocupan de su futuro, pues hay un libro que lo inquieta: *Higiene del cuerpo político de España, o medicina preservativa de los males con la que quiere contagiar la Francia.* Junto a este también aparece otro, *Conclusiones político-morales que ofrece a público certamen contra los herejes de estos tiempos un fraile gilito.* Evidentemente ambos libros son partidarios del despotismo, y ya están anunciando lo que vendrá tras la guerra contra el francés. Y que será sonado.

Como se habrá podido observar no se cita ni una novela. O mejor dicho, las que se citan, *La marquesa de Brainville*, *la Etefvina*, *los Sibaritas*, y *el Hipólito.* El juicio lo da ahora Amaranta:

«—En esto de novelas andamos tan descaminados —dijo Amaranta—, que, después de haber producido España la matriz de todas las novelas del mundo y el más entretenido libro que ha escrito humana pluma, ahora no acierta a componer una que sea mayor del tamaño de un cañamón, y traduce esas llorosas historias francesas, donde todo se vuelve amores entre dos que se quieren mucho durante todo el libro para luego salir con la patochada de que son hermanos.»⁸

A partir de este momento los dos frailes, con Amaranta, se dedican a hacer dos pilas: una, a favor de los constitucionalistas; y otra con los libros partidarios del absolutismo. Entre unos y otros, aparece esta joya, que pone de manifiesto el carácter humorístico de los españoles aun en los peores momentos: *Retrato poético del que vende santi barati y el sartenero victoreando al primer pepino que plantó un corso en tierra de España, y que no ha prendido.*

Nada dicen los frailes de quién leía esos libros y del efecto que podían producir. La mayoría, como se ha podido observar, eran libros de circunstancias, seguramente con escaso valor literario.

Es en *El grande oriente*, cuarto episodio de la segunda serie, donde aparece por vez primera una escuela. Está regentada por «el gran don Patricio Sarmiento.» Allí este buen hombre «explica» la historia de Roma a un grupo de niños. Según don Patricio, Cayo Graco era liberal y el Senado estaba formado por un grupo de absolutistas. ¿Qué queda de tan particulares lecciones en las mentes infantiles? Responde un alumno, al ser preguntado, que en los tribunos de la plebe «había cuatro órdenes de ellos, a saber: el toscano, el jónico, el dórico y el corintio.»⁹ Líneas después, en la clase de Retórica, nos enteramos, por otro niño, de que los pensamientos se dividen en dos, «claros y oscuros». Que se trata de una escuela, lo afirma el propio Galdós al comienzo del capítulo II: «La escuela quedó en un instante vacía.» No

⁸ *Napoleón en Chamartín*, cap. VII.

⁹ *El grande oriente*, cap. I.

parece que de aquella escuela los niños sacaran muchas cosas en claro, tal vez por la falta de método y de estudio.

Al año siguiente, en marzo de 1822, todavía está don Patricio al frente de su escuela. «Lo mismo que el año pasado, está explicando la desastrosa historia y trágica muerte de Cayo Graco.»¹⁰

Seguimos sin saber lo que los niños retenían de aquella historia tan particular, pues todo estaba narrado para fomentar, casi imponer, el liberalismo en las infantiles mentes. No parece que don Patricio consiguiera su propósito.

También los libros van a tener su importancia a lo largo de los *Episodios*. De forma un tanto cervantina, Galdós se servirá de ellos para explicar el carácter guerrero de algunos de sus personajes. Van a influir mucho en *Tilín*, el pobre sacristán de San Salomó, enamorado de la bellísima e inquietante sor Teodora de Aransis:

«El capellán de San Salomó, hombre instruido y amigo de las letras, había puesto particular cariño a su acólito y quiso enderezarle por el camino de la Iglesia docente. La tentativa no tuvo resultado, y Pepet mostróse tan rebelde al latín, que mosén Crispí de Torrellá diputó a su protegido como el más torpe y zafio de los hombres. No obstante, Tilín cobró grandísima afición a los libros del Capellán, y se pasaba largas horas en la excelente biblioteca de éste leyendo obras de historia, que eran las que sobre todo lo escrito le enamoraban. Reprendíale mosén Crispí por su antipatía a los poetas y a los teólogos; pero Tilín, firme en sus gustos como todo aquel que los tiene de veras y desconoce el capricho, estrechaba más y más su exaltado consorcio con Plutarco, Solís, Tito Livio, Masdéu, Mariana y todos aquellos que hablaron mucho de guerra, trapisondas, matanzas, heroicidades, asaltos y acometidas.»¹¹

De poco le van a servir al bueno de Tilín tales lecturas, pues ni participa en ninguna batalla, ni le proporcionan el más mínimo sentido crítico. Así cuando secuestra a la bellísima monja, enamorado hasta la medula de ella, no consigue de sor Teodora otra cosa que sacrificarse por ella, y ocupar el lugar de Monsalud ante el paredón de fusilamiento. Desde luego no cabe mayor muestra de amor. O de necesidad.

Profundizará Galdós en la influencia de los libros, y cuando nos hable de la naciente clase media, también lo hará de los libros que lee. No faltan elogios a esta clase social, vista en la persona de don Benigno Cordero, el héroe de Boteros: «El tercer estado creció, abriéndose paso entre frailes y nobles; y echando a un lado con desprecio estas dos fuerzas atrofiadas y sin savia, llegó a imperar en absoluto, formando con sus grandezas y sus defectos una España nueva.»¹²

La biblioteca de don Benigno tiene algunos libros. «Estos no eran muchos, pero sí escogidos, y sólo formaban dos obras: las de Rousseau, edición de 1827, en 25 tomitos, y el Año Cristiano, en 12. Aunque alineados en dos grupos distintos, no por eso dejaban de andar a cabezadas, dentro de un mismo estante, el Vicario Saboyano y San Agustín.»¹³

Don Benigno, al menos en este episodio, lee y cita a Rousseau con cierta frecuencia. Y, desde luego, y no sólo por la lectura de este filósofo, don Benigno es liberal y una bellísima persona. Es, además, el futuro abuelo de Jacinta.

En *Un faccioso más y algunos frailes menos*, Galdós rinde un claro tributo a la educación que recibió, y a un jesuita llamado el padre Gracián. Es cierto que el apellido Gracián lo va a llevar también un personaje muy poco digno, Bartolomé Gracián, muerto de un tiro por José García Fajardo. Pero en el episodio que nos ocupa, creemos que el tributo a Baltasar Gracián es claro:

¹⁰ *7 de julio*, cap. I.

¹¹ *Un voluntario realista*, cap. III.

¹² *Los apostólicos*, cap. II.

¹³ *Los apostólicos*, cap. II.

«En sus explicaciones filosóficas, Gracián realizaba el prodigio de volver claro lo obscuro, y de hacer ver las honduras de aquella ciencia, iluminando la superficie con la luz de un método admirable y de un decir ameno. Sus discípulos le querían por todo extremo, y era uno de esos maestros siempre preferidos y siempre elogiados que hacen amable el estudio. En las horas de recreo veíase rodeado de enjambre de colegiales, que dejaban el escaso solaz de aquella hora para consultar con el Padre puntos oscuros de la conferencia señalada, y platicar sobre cualquier tema de Humanidades o Teología, pues en todo ello, y aun en otra clase de sabidurías, era muy versado el bendito clérigo.»¹⁴

Volverá sobre esta idea, sobre la buena relación entre el profesor y el alumno tres años después, en 1882, cuando escriba *El amigo Manso*. Es fundamental, para Galdós, la relación de cariño o amor entre profesor y alumno. En caso contrario, nada se puede enseñar. Lo afirma el amigo Manso en el capítulo 4 de dicha novela, cuando habla de su alumno:

«[...]», pues no es verdadero maestro el que no se hace querer de sus alumnos, ni hay enseñanza posible sin la bendita amistad, que es el mejor conductor de ideas entre hombre y hombre.»

Otro de los temas recurrentes, o de las obsesiones de Galdós, es el latín. Considera imprescindible el estudio de esta lengua:

«En aquellos tiempos, ¡oh tiempos clásicos!, todo se estudiaba en latín, incluso el latín mismo, y era de ver la gran confusión en que caía un alumno novel cuando le ponían en la mano el Nebrija, con sus reglas escritas en aquella misma lengua que no se había aprendido todavía. Poco a poco iba saliendo del paso con el admirable método de enseñanza adoptado por la Compañía, y acostumbrándose al manejo del Calepino para los significados castellanos, y del Thesaurus para la operación inversa, pronto llegaba a explicarse como Quinto Curcio o Cornelio Nepote. Las lecciones se daban en latín, y para que los chicos se familiarizasen con la lengua que era llave maestra de todo el saber divino y humano, hasta se les exigía que hablasen latín en sus conversaciones privadas, de donde vino esa graciosa latinidad macarrónica, que ha producido inmenso centón de chistes, y hasta algunas piezas literarias, que no carecen de mérito, como la *Metrificatio invectivalis*, de Iriarte, y las sátiras políticas que se han hecho después. Si Horacio y Cicerón hubieran, por arte del Demonio, salido de sus tumbas para oír cómo hablaban los malditos chicos del Colegio Imperial, habría sido curioso ver la cara que ponían aquellos dignos sujetos.»¹⁵

Aplica Galdós ese latín macarrónico con la creación de un personaje, don Rodriguín, que se salvará de la matanza de frailes deslizándose por los tejados. Volverá Galdós sobre la importancia del latín en la educación de la juventud. Y de paso pondrá en solfa, otra vez, a la poesía. Por nada del mundo don Narciso Vidaurre, clérigo que se hace cargo de la educación de Fernando Calpena, héroe de la tercera serie, quiere que este se dedique a la poesía. No porque no le gusta a él, todo lo contrario, sino porque es consciente de las dificultades que encierra: «la poesía, para ser de buena ley, debe subordinar la inspiración al buen gusto y a la regularidad.»¹⁶ Eso, al parecer, no está al alcance de cualquiera.

Don Narciso siente verdadera atracción por Cicerón. Repite el pasaje *Nihil agis, nihil moliris, nihil cogitas quod ego non modo non audiam, sed etiam non videam*. Y por supuesto, dice Calpena «me enseñó el latín a machamartillo, porque, según él, es el latín la madre de todas las enseñanzas, y única escuela segura del buen gusto. El latín, decía, no sólo hace hombres eruditos, sino buenos ciudadanos, personas sociables, finas y amenas...»¹⁷

Además de enseñarle el latín, don Narciso Vidaurre da toda una serie de consejos a Calpena, muy en la línea de la crítica de Séneca: «non vitae, sed scholae discimus», aprendemos no para la vida sino para la

¹⁴ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XIII.

¹⁵ *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. XIII.

¹⁶ *Mendizábal*, cap. VIII.

¹⁷ *Mendizábal*, cap. VIII.

escuela¹⁸. Don Narciso intentará prepararlo para la vida. Los consejos que le da están muy emparentados con los que don Quijote da a Sancho: «No confíes nunca en lo imprevisto; no esperes nada del acaso, y que tu conducta sea siempre lo que debe ser, lo previsto, lo estudiado, y en modo alguno dependa del qué sera... No aceptes jamás cosa alguna que no sepas de dónde viene, ni te fíes de prosperidades fantásticas, que suelen volverse infortunios reales... Lábrate la dicha con tu trabajo, acostúmbrate a que tu bienestar sea obra de ti mismo y no esperes nunca favores llovidos del cielo... No contraigas deudas, ni aun por mínima cantidad, y advierte que es preferible pedir una limosna a cargarte de obligaciones. [...]... Considera que lo que no hayas adquirido por ti mismo no es tuyo, sino ajeno, que si aceptas beneficios que no has ganado, te verás ligado por la gratitud, y la gratitud puede torcer tu voluntad, y apartarte de la senda del deber rígido y estrictamente moral... [...], y cualquiera que sea la bandería a la que te veas afiliado, no hagas un dogma cerrado de tus creencias, ni niegues a la creencia de los demás el respeto que merece... [...]»¹⁹

No se nos ocurre otra cosa, ante semejantes palabras, que lamentar que haya habido tan pocos maestros de este temple, o se les haya oído tan poco, que bien pudiera suceder. Estos consejos, de un clásico, caen en un espíritu romántico, como le dice don Pedro Hillo. Y Calpena tendrá que pasar sus propias experiencias. Contará con las palabras de otro «maestro», don Beltrán de Urdaneta, que le advierte sobre las querencias románticas: «Mire, hijo, cuando el Destino nos pone al pie de un árbol de buena sombra, cargado de fruto, y nos dice «Siéntate y come», es locura desobedecerle y lanzarse en busca de esos otros árboles fantásticos, estériles, que en vez de raíces tienen patas... y corren...»²⁰

Un consejo similar le han dado a Calpena a las pocas horas de llegar a Madrid: «Yo que usted, francamente, me cuidaría de coger la fruta que me cae entre las manos, sin meterme en averiguar quién plantó el árbol que la da tan rica.»²¹

Algo parecido dirá también Rafaela del Milagro, Rafaela la *Frenética*, cuando José García Fajardo deja en casa de Eufrosia del Socobio novelas de Balzac. Por supuesto la literatura francesa del momento es contraria a la ideología de su marido. Y ella no quiere tener absurdas discusiones. Resume tanto su parecer como el de Eufrosia: «Cuando una llega a cierta edad y ha encontrado su oasis, buena tonta sería si no se sentara a la sombra de las palmeras de Dios, esperando allí a ver pasar las caravanas...»²²

Como si de una burla se tratara, va a contrastar con todo lo dicho anteriormente la educación que le dan a la futura Isabel II. Se habla algo de ello en el episodio titulado *Luchana*, ambientado en 1836-7, es decir cuando la futura Reina tenía entre seis y siete años. Quien escribe la carta es la famosa *incógnita*:

«Isabel despunta por su inteligencia: cuentan de ella salidas y réplicas verdaderamente prodigiosas. Ya conoce por sus nombres a todos los palaciegos y a muchos generales; distingue los cuerpos y las armas del Ejército por los uniformes, y los grados y empleos de los oficiales por los galones y charreteras. La cronología de los Reyes, desde los Católicos para acá, la sabe de corrido, y en etiqueta suele dar opiniones saladísimas, que revelan su agudeza y disposición. [...].

No sé por qué me figuro que la juguetona y despabilada Isabel ha de ser una gran Reina, como la primera de su nombre. El toque está en que sepan rodearla, en sus primeros años de reinado, de personas buenas, de severo trato y rectitud, de conocimiento en los negocios de Estado, pues no siendo así, ¿qué ha de hacer la pobre niña?»²³

¹⁸ Séneca, *Epístolas*, 106, 12.

¹⁹ *Mendizábal*, cap. VIII.

²⁰ *Luchana*, cap. XII.

²¹ *Mendizábal*, cap. I.

²² *Las tormentas del 48*, cap. XVI.

²³ *Luchana*, cap. I.

Ya se está anunciando en esta carta lo que había de suceder, pues Isabel jamás estuvo rodeada de personas de severo trato sino de personas que trataron de utilizarla en su propio beneficio. Y así fue todo.²⁴ Por supuesto también se sirvieron de su vida íntima para lograr sus propósitos:

«Para mí se apoderaron de un secreto de la Reina, y con ese secreto, cogido como un puñal, le han amenazado, le han dicho: “O eres nuestra o mueres”.»²⁵

Así que las fundamentales buenas compañías no las tuvo nunca Isabel II, y cuando las tuvo o las pudo tener, tampoco las supo aprovechar. Bien es verdad que la educación que recibían las mujeres de la época, cuando la había, dejaba mucho que desear:

«La educación de mis amiguitas Virginia y Valeria no las eleva mucho por más que otra cosa creyera yo, sobre el común nivel de nuestras señoritas de la clase media tirando a superior. Poseen, eso sí, su caudal de saber religioso, todo de carretilla, sin enterarse de nada; escriben muy mal, con una ortografía que parece el Carnaval del Alfabeto; en Aritmética no pasan de las cuatro reglas, practicadas con auxilio de los rosados dedos; en Historia fuera de la de José vendido por sus hermanos y de la de Moisés recogido en el Nilo, están rasas, y sólo saben que hubo aquí godos muy brutos, y después moros que eran derrotados por Santiago. Todo lo que saben de Geografía no vale un comino: se reduce a nociones vagas de la superficie del planeta y al conocimiento de que es forzoso embarcarse para ir a las Américas descubiertas por Colón. En literatura moderna y clásica están a la altura de su cocinera; no les ha entrado en el entendimiento más que la comedia o el drama del día que han visto en el teatro y algún novelón sentimental, tal vez empalagosa leyenda de caballeros tontos y sultanas redichas, que han leído en el Semanario Pintoresco o en el folletín del periódico de la casa. Poseen una cuantas fórmulas de francés para sociedad, y en el piano aporrean furiosamente vales y polkas. No conocen nada de la vida; no se ha permitido que en sus espíritus amañados para la elegancia penetre parte alguna del prosaísmo con que tenemos que luchar. No conocen ni el valor de la moneda, ni las pesas y medidas; no tienen idea de lo que es una legua, un celemín, un quintal; apenas se hacen cargo de cómo se convierte el trigo en pan, las uvas en vino, y de cómo salen del cascarón los polluelos. Su corta vida y sus ingenuos caracteres se han desarrollado entre las primarias labores domésticas y entre novenas y funciones de teatro, perfilando la educación social en tertulias insubstanciales, academias de toda tontería.»²⁶

No puede ser más demoledor el retrato que hace José García Fajardo sobre la educación de la mediana y alta burguesía. Se entiende ahora perfectamente que años antes, Jenara Baraona fuera vista como una rareza en París: era una mujer española que vestía elegantemente, sabía escribir y encima hablaba el francés con corrección. No obstante, la educación de estas buenas señoritas ha sido así no por descuido de ellas sino porque así se las educaba en la época. La madre de las señoritas, «que es una idiota muy honrada y muy buena, dijo que para ser mujeres de su casa no necesitaban las niñas saber más Historia Natural que la precisa para distinguir un canario de un burro, y que los llamados principios quedáranse para los que habían de ganarse la vida como catedráticos.»²⁷

Lo bueno del caso es que Fajardo, que es quien critica a las señoritas y a su señora madre, también se percata de que a esta no le falta razón, pues él está casado con María Ignacia, tan cerril como las otras, pero que funciona muy bien como ama de casa. Todos contentos, pues.

Baste para terminar este capítulo con dos apuntes sobre la situación de los maestros en la España de aquellos momentos. La primera noticia sobre los maestros nos la da Telesforo del Portillo, alias *Sebo*, hablando con José García Fajardo:

²⁴ Véase la introducción del libro de Isabel Burdiel, *Isabel II*.

²⁵ *Narváez*, cap. XXX.

²⁶ *La revolución de julio*, cap. III.

²⁷ *La revolución de julio*, cap. III.

«Llevado de mis aficiones, el primer pan que gané me lo dieron en la escuela de párvulos de la calle de Rodas, donde serví la plaza de auxiliar dos años cumplidos. Aunque me esté mal el alabarme, yo aseguro que no me faltaban disposiciones para desasnar criaturas. Con la paciencia que Dios me ha dado y cierto don natural para dominar las almas infantiles, hice verdaderos milagros en aquel desbravadero de las inteligencias. A muchos borricos domé, y más de un idiota me debe el dejar de serlo. El maestro, mi jefe, me tenía en grande estimación; era y su brazo derecho, y en los últimos meses llevaba el peso de la escuela. Pero como nadie me agradecía los servicios que yo prestaba a la Nación, cogiendo por mi cuenta a los españoles chicos para convertirlos de animales en ciudadanos, y como mi estipendio era tan corto que apenas pasaba de dos reales y medio al día, insuficiente para pan y arenque o molleja, me vi precisado a cambiar de oficio.»²⁸

Sobran las palabras. Lo dicho por don Telesforo del Portillo pone bien a las claras la poca importancia dada a la educación, pues un maestro no cobraba lo suficiente ni para poder alimentarse. De ahí vendría el dicho de pasar más hambre que un maestro de escuela. Es una pena, no obstante, que don Benito no nos describa las escuelas por dentro, ni nos hable de su funcionamiento. Pero, claro, el cometido de los *Episodios* es otro. No obstante, don Benito volverá sobre los maestros. Las palabras más preciosas y más sentidas se las dedica a un viejo maestro de nombre bien significativo, don José Ido del Sagrario. Dice de él:

«[...] don José Ido del Sagrario había sido maestro de escuela. Aquejado de cierta frialdad del cerebro, hubo de abandonar el noble oficio de desasnar chicos; mas no con el descanso pudo recobrar la salud, ni siquiera un mediano gobierno de su máquina muscular y nerviosa. [...]. Tristeza y goce me causaban a la par mis conversaciones con aquel hombre inocente y bueno, cerebro que yo comparaba a la celda de una cárcel, en que hubiera estado preso un filósofo. Éste se había fugado dejando en las paredes efluvios de su espíritu.»²⁹

Son palabras verdaderamente poéticas, enternecedoras las dedicadas a este viejo maestro.

En otro episodio nos hablará de la escuela, pero no de la real sino de la soñada, de la deseada. Y a través de esta podemos deducir cómo era la real:

«La escuela era grande, de techo bajo, con pies derechos de madera sin pintar, y trazas de un viejo almacén o depósito de efectos navales. Aún quedaba en él un ligero tufillo de brea. Entre niños y niñas parecíame que había poco más de veinte, todos muy pobres, descalzos la mayor parte, mal vestido, algunos harapientos y desgredados.

[...] En derredor de la divina maestra, un enjambre de pequeñuelos de ambos sexos recibía las primeras migajas del pan de la educación. Les enseñaba las letras y los sonidos que resultaban de unir una con otra. A unos los corregía con gracejo, a otros con besos les estimulaba; a los más chiquitines les sentaba sobre sus rodillas, metiéndoles en la cabeza, como por arte mágico, las cinco vocales. Allí no había palmeta, ni correa, ni puntero, ni ningún instrumento de suplicio. Había tan sólo cariño, halagos, persuasión, y un extraordinario poder espiritual para encender en el cerebro de las criaturas las primeras lucecitas del conocimiento. Un sacerdote santo dando la comunión a los fieles, en las catacumbas, no me hubiese inspirado mayor respeto.»³⁰

Preciosas las palabras de don Benito que, una vez más, vuelve a insistir en el cariño y en la estima como principio del conocimiento. Líneas después nos habla de la merienda, pan y *aladroque* «que comieron los chiquillos con la gazuza que supondréis»; de los juegos de estos, y de cómo las mismas maestras, doña Gramática, doña Aritmética y Floriana, lavan a los niños y les entregan regalos muy de la época: alpargatas, una pepona, cajas de colores y ramilletes de flores, en tanto se despiden: «Adiós; hasta mañana»...

²⁸ *La revolución de julio*, cap. XII.

²⁹ *Amadeo I*, cap. XI.

³⁰ *La primera república*, cap. XXVII.

Besos, cariños, alegría, risas que eran como un himno a la enseñanza y desfiló aleteando la infantil bandada.»³¹

El sueño, pues sueño es, o la visión de don Tito Liviano, está muy lejos de la realidad, representada por la Caleta de Gabriel Araceli y de sus primeros compañeros, de los que él se separará rápidamente. Pese las visiones de don Tito, todavía tardaría en llegar una escuela que se pareciera algo a la descrita en este episodio. Y todavía tardaría más en ser desterrada la palmeta o regla con la que se golpeaba a los alumnos. Con semejante educación no se podía esperar mucho del pueblo, como no fuera confiando en su sentido común.

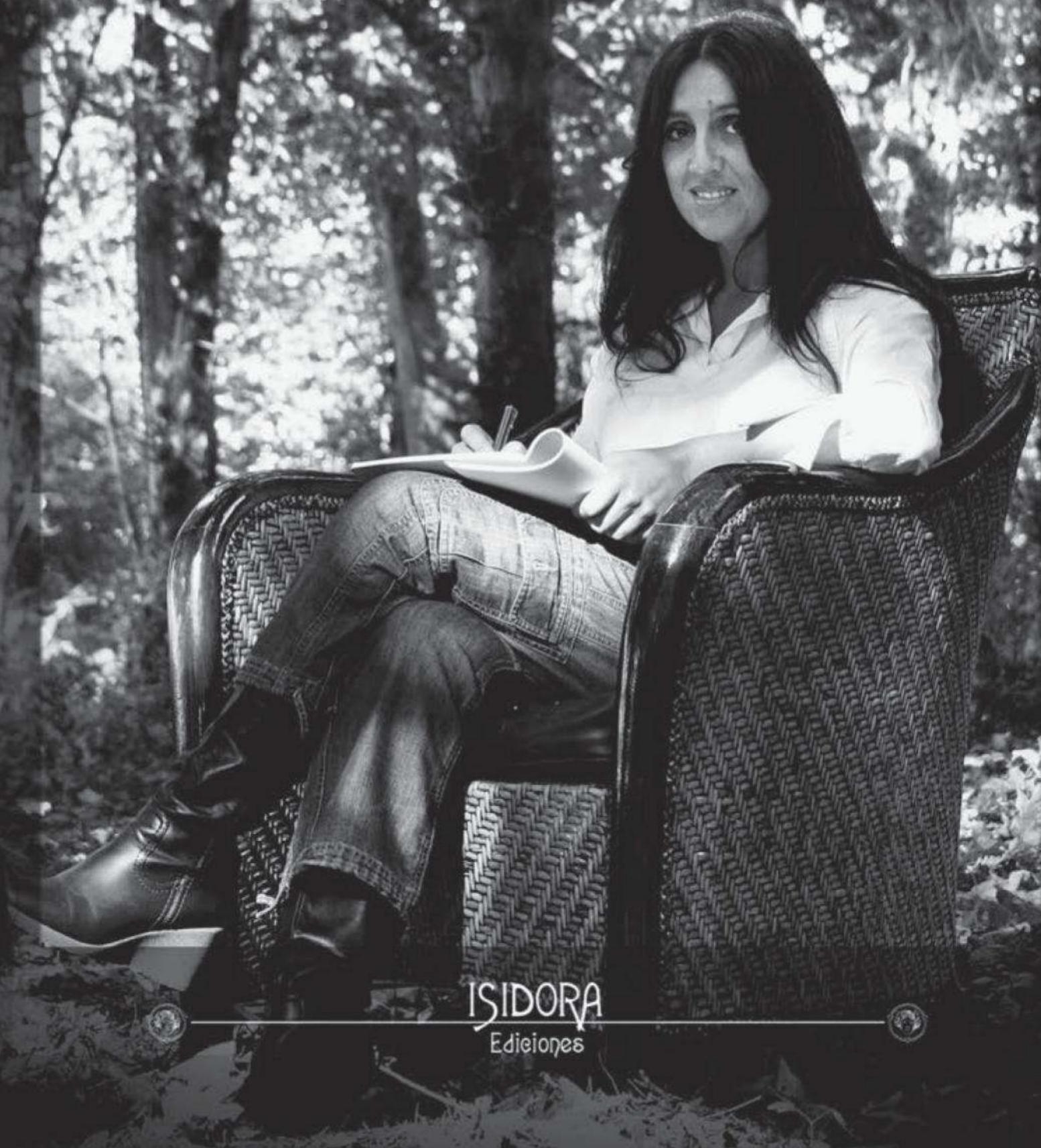
No sabemos cuál sería la preparación de don Telesforo del Portillo para hacerse cargo de un colegio. No debían de ser muchas las exigencias, desde luego, viendo cómo se desarrollaban las clases de don Patricio Sarmiento. Y eso nos lleva a pensar que no había ningún método, y que cada maestro hacía en sus colegios lo que quería o le venía en gana. Suerte tendrían, pues, los niños si salían de allí sabiendo leer y escribir, aunque fuera rudimentariamente. Tampoco permanecerían muchos años en las aulas, pues la mayoría de ellos, tanto en las zonas rurales como en las ciudades, tendrían que ponerse a trabajar dada la pobreza y miseria existentes. Sólo la burguesía podía permitirse el lujo de enviar a sus hijos a las universidades. O de que tuvieran un señor cura que les enseñara latín, y les invitara, también, a otras cosas: «Adiós, hijo mío, que seas bueno, que metas el dedo en la olla de la miel prohibida... Adiós.»³²

³¹ *La primera república*, cap. XXVII.

³² *Carlos VI en la Rápita*, cap. XXII.

Au fil de la plume... ou du coq à l'âne

Rosa Amor del Olmo



ISIDORA
Ediciones

XIII. BREVES APUNTES SOBRE EL ESTILO

Los *Episodios nacionales*, como es sabido, están formados por 46 novelas repartidas en cinco series. Y si bien en esta breve aproximación nos hemos decantado por unos pocos temas, algunos de sus protagonistas, y por algunas anécdotas, no hemos agotado, ni mucho menos, los asuntos que aparecen a lo largo de tan magna obra. Esta es creación de un gran escritor que poseía, además, una enorme capacidad de fabulación. A veces el autor parece un manantial que no tiene fin. Don Benito Pérez Galdós crea todo un universo, una maraña de personajes cada uno con sus peculiaridades y particularidades propias. A menudo, como hemos podido observar con los curas-guerreros, un mismo planteamiento sirve para diversos personajes; pero en cada uno de ellos se ve de forma distinta, más compleja y hasta refinada. Es un universo en continua evolución. Y en ese universo las materias, asuntos y problemas que se abordan, sucintamente, o por extenso, son tan variados como los personajes que van apareciendo, y los momentos que se van novelando.

Es tanto y tan variado lo que hay en las cinco series que se nos va a tener que agradecer, en este trabajo, no las pobres anotaciones que hemos concebido sino las que hemos dejado para mejor ocasión, tal vez. Hacer un estudio serio, en profundidad, de todos los *Episodios nacionales* exigiría años de trabajo, y quizás tantos volúmenes como tienen los mismos *Episodios*. El mapa nos saldría tan enorme como la misma realidad. No serviría para nada. Tampoco los mapitas de bolsillo son muy útiles, desde luego, aunque dan alguna idea. Lo mejor, como siempre, es perderse y no perder los nervios. Sirva el presente trabajo de modesta guía, en la que ni están ni todas las carreteras ni todos los caminos, ni mucho menos. Figuran algunas de las que al autor le han parecido más llamativas o curiosas. Nada más.

Los *Episodios*, como todo el mundo convendrá, son novelas, más o menos extensas, pero novelas. Y en las novelas, desde la época de don Miguel de Cervantes, cabe de todo. Y de todo hay en los *Episodios*, y todo tipo de novelas: costumbrista, en *La corte de Calos IV*; épica, por llamarlo de alguna forma, en *Zaragoza*; puramente histórica, *La de los tristes destinos*...

Es absurdo polemizar sobre si los *Episodios* son épicos o no: ya hemos visto que hay variedad de temas, y de formas narrativas. Y, desde luego, ni aun los que, con muchas precauciones, podemos considerar épicos están exentos de prevenciones y de reparos. Quizás sea *Zaragoza* el más épico; ahora bien, en ese

episodio el hambre, y la lucha por la subsistencia, juegan un papel muy importante, y nada épico. Las luchas de los hombres, por otra parte, son comparadas con una ratomaquia en un desván. Cosa que, seguro, ni se le hubiera ocurrido a Homero, quien, por otra parte, no habla del hambre en ningún momento ni en ninguna de sus dos obras. Y esta, junto con las muertes y las violaciones de todo tipo, es la más inmediata consecuencia de toda guerra.

Es natural que en un proyecto tan extenso, y con interrupciones temporales, largas a veces, Galdós reflexionara sobre su obra en particular y sobre la novela en general. A lo largo de los *Episodios* habrá disertaciones o apuntes sobre esto, sobre la Historia, y sobre la relación de la novela con la Historia, y la importancia de la historia, novela, frente a la Historia, que no se ocupa de hechos menudos, nimios, que son, precisamente, los que atraen al novelista, al fabulador, que, no obstante, buscará datos, como apunta Jenara Baraona en su diario:

«Que todo el mundo escriba con absoluta verdad su vida entera, y entonces, ¡cuánto disminuiría el número de los que pasan por buenos! Las cuatro quintas partes de las grandes reputaciones morales no significan otra cosa que falta de datos para conocer a los individuos que se pavonean con ellas fatuamente, como los cómicos cuando se vistes de reyes.»¹

No se olvide que los *Episodios* son la interacción de la novela, personajes imaginarios, con otros reales; y, a menudo, complemento de la Historia, que no se ocupa de las menudencias:

«[...], y entre las miles de víctimas del absolutismo húbolas nobilísimas y altamente merecedoras de cordial compasión. Si el historiador acaso no las nombrase, peor para él; el novelador las nombrará, y conceptuándose dichoso al llenar con ellas su lienzo, se atreve a asegurar que la ficción verosímil ajustada a la realidad documentada puede ser, en ciertos casos, más históricas y, seguramente, es más patriótica que la Historia misma.»²

No sólo será más patriótica sino más verdadera, quizás porque en la novela, como en el teatro, intervienen personajes, encontrados a veces, y tiene que ser el lector quien saque sus propias consecuencias. Por si acaso no lo tiene claro, y con una pequeña ironía, o una leve contradicción, nos lo advierte el propio narrador:

«El concertado desarrollo de esta narración, que es menos novela de lo que creerán muchos, exige que no digamos ahora una palabra más de las buenas Madres de San Salomó, [...]. Otros personajes nos llaman en lugar no apartado del siniestro, allá donde suena la bronca trompeta de la Historia anunciando los sucesos que se escriben en páginas muy graves, y que también han de tener un hueco importante en éstas, que lo son de entretenimiento.»³

Lo que sigue es una furiosa discusión, fábula, de Carlos Garrote con mosén Crispín de Tortellá. Garrote se siente traicionado porque los *malcontents*, histórico, depusieron las armas, levantadas a favor de Carlos María Isidro en cuanto el rey Fernando VII se presentó en Cataluña. Está novelada, en esta discusión, la frustración que debieron sentir muchos carlistas, como Carlos Garrote, cuando se vieron traicionados por quienes los habían movilizado. Hacer tal cosa supone que el autor es omnisciente y está en el secreto de todo. Galdós también ironizará sobre la omnisciencia del novelista, aunque, por supuesto, no dejará de proporcionarnos los datos relevantes. No por ello deja de bromear:

«Don Benigno se acercó a ella [a Soledad Gil de la Cuadra]. Ambos hablaron un rato, diciéndose todo lo más quince palabras que nadie pudo oír, ni aun el narrador mismo, que todo lo oye.»⁴

¹ *Los 100.000 hijos de San Luis*, cap. XVIII.

² *El terror de 1824*, cap. V.

³ *Un voluntario realista*, cap. XXIV.

⁴ *Los apostólicos*, cap. XXV.

Tampoco el historiador lo oye todo. Y si quiere que un documento adquiriera vida no tiene más remedio, como el novelista, que echar mano de su imaginación. Don Benito también es muy consciente de ello. Pone en boca de Fernando Calpena, en una carta a su madre, las siguientes palabras:

«Ya comprenderá usted, querida madre, que con los datos que me da la señora Seda, en su rudo y deslavazado estilo, compongo yo la historia, procurando la mayor fidelidad en lo substancial. Sigo, con el recelo de que usted verá, en lo que escribo, antes la novela que la historia. Lo mismo da: adelante...»⁵

Pero no da lo mismo, por supuesto. Aunque, como se verá, la diferencia entre la historia y la novela es el pulimento. No es cosa baladí, pero tampoco muy significativa:

«Madre mía, oigo a usted exclamar: «Novela, novela», y yo digo: «Historia, historia.» Pulimento la forma del texto, por el maldito vicio de corrección a que nos induce la llamada cultura, sé que echo a perder el pintoresco relato de la señora Seda. Pero ya no tiene remedio. ¿Cuándo inventarán un daguerrotipo de los sonidos que nos permita sorprender la palabra humana en toda su espontánea belleza?...»⁶

Como veremos más hacia delante a veces, a menudo, la historia se parece, y mucho, a la novela. Por mucho que se pulimente el lenguaje, todo cuanto sucedió en la corte de Isabel II, con Francisco de Asís, la madre Patrocinio, los amantes de la reina, y los cortesanos, obedece a la peor de las novelas de intrigas, sexo y corrupción. Está claro que hoy en día ya no tiene sentido clamar por «un daguerrotipo de los sonidos», pues ya lo tenemos. Pero, desde luego, sería un documento valiosísimo poseer una grabación de una arenga de César a sus soldados, o una de Sócrates incordiando a cualquier ateniense que regresa de un viaje tan confiado.

Quizás semejantes grabaciones hicieran que variara el concepto de verosimilitud que tenemos hoy en día. No hay que olvidar, no obstante, que todo lenguaje es convencional, y que cada época tiene sus propios convencionalismos. Llama mucho la atención que en todos los *Episodios* no haya ni una sola palabra mal sonante, tratándose de una literatura realista, con batallas, intrigas, discusiones, militares, soldados, cuarteles, prostitutas... Hoy en día en cualquier película lo raro es que los personajes hablen como la gente educada y sin soltar lindezas. Es curioso: en el llamado cine de romanos, de los años 50 y 60 del siglo XX no haya ni una palabra malsonante, y en las de policía de los años 70 hay tantas que el espectador termina por creer que los policías no hablan, tan solo blasfeman.

Hay que esperar hasta el episodio titulado *O'Donnell*, el quinto de la cuarta serie, para encontrarse con una expresión, en boca de un patriota, don Mariano Centurión, que suena fuerte. No en vano nos han acostumbrado los personajes a llamarse, como mucho, *pillos*. Así se expresa el señor Centurión a los pocos minutos de haber comenzado a hablar:

«—¡Ignominia, barbarie! —exclamaba dando palmadas en el mostrador—. La Libertad no eso, ¡cojondrios!; no es eso.»⁷

No seguirán su ejemplo el resto de los personajes.

La verosimilitud preocupaba a don Benito. Como ya hemos dicho, esa preocupación le hizo percatarse de que era muy poco verosímil que un sólo personaje recorriera todos los campos de batalla durante la

⁵ Vergara, cap. VII.

⁶ Vergara, cap. VII.

⁷ *O'Donnell*, cap. I.

Guerra de la Independencia. Las demás series de los *Episodios*, por eso mismo, tendrán más protagonistas. Y esa misma preocupación llevará a don Benito a hacer que un personaje suyo, Juan Bragas, más tarde Juan Bragas de Pipaón, y por fin don Juan de Pipaón, uno de los protagonistas de la segunda serie, recurra a don Gabriel Araceli, el protagonista de la primera, en busca de lo mismo que reclamó don Quijote a don Álvaro Tarfe, el personaje de Fernández de Avellaneda:

«Antes de seguir, quiero indicar las observaciones que sugirió el manuscrito de estas Memorias a una persona de aquellos tiempos y de éstos. Don Gabriel Araceli, a quien lo mostré (no es preciso decir cuándo ni cómo), me dijo que los lectores de él, si por acaso lograba tener algunos, no podrían menos de ver en mí un personaje de las mismas mañas y estofa que Guzmán de Alfarache, don Gregorio de Guadaña o el Pobrecito Holgazán; a lo cual le contesté que sí, y que de ello me holgaba, por ser aquellos célebres pícaros de distintas edades los más eminentes hombres de su tiempo y caballeros de una caballería que yo quería resucitar para que se perpetuase en la Edad Moderna. Dijo también el sobredicho señor que nada de lo que pinté o describí con burdo o sutil estilo se diferenciaba un punto de la verdad.»⁸

Dejada de lado, por lo pronto, la verosimilitud, y la verdad, insistirá Galdós en otros temas, pero también relacionados con ella. En cómo, por ejemplo, muchas veces la realidad parece más ficción que las propias invenciones:

«[...] De esto hablábamos los amigos de don Ildefonso, y uno de nuestra pandilla, llamado Bachi guzur (Bautista el embustero), chico de mucha idea, a quien da el naipe por inventar cosas, nos decía: «Yo me pienso que el príncipe no se ha muerto, y que a ella le han dicho la mentira de la defunción para desenamorarla, porque así conviene a la familia; y apostaré yo que el serenísimo galán anda de la Ceca a la Meca disfrazado, buscándola, al modo de lo que pasa en las historietas inventadas, que a mí me parecen verdad; y creo que nada de lo que rezan los libros es mentira, o que las mentiras son verdades que se miran por el revés.»⁹

Quizás todo el problema estribe en saber leer lo que en cada época se nos presenta. Insistirán los protagonistas, no obstante, en que «la vida sabe más que los autores.»¹⁰ Y estos, una vez más, no tienen más remedio que echar mano de la imaginación a falta de documentos. Inventa, no obstante, una vez se ha producido el hecho y trata de llenar los huecos. Así lo apunta Galdós tras la entrevista de Espartero con la Reina cuando esta dimite:

«En ningún archivo histórico consta, ni puede constar, aquel diálogo; pero la verosimilitud y el arte hipotético pueden reconstruirlo. Lo verdaderamente indescifrable es el pensamiento de uno y otro mientras hablaban; lo que dijeron no ofrece dificultad grande al historiador.»¹¹

Es decir lo que tratará de descubrir el novelista, y el historiador con imaginación, es la intención, las oscuras intenciones de unos y otros personajes. En este caso el porqué de la dimisión de la reina. Eso, la verdad y la verosimilitud, será lo verdaderamente importante; lo accesorio será la escuela a la que pertenezca el autor, aunque Galdós no deje de ironizar sobre una de ellas, el romanticismo. Así habla a raíz de la representación de un drama célebre *Hernani*, estrenado en París en febrero de 1830:

«Si a unos les parece esto [el argumento de *Hernani*] el colmo del absurdo, a otros les parece de perlas. Riñen los exaltados con los retóricos, y en medio de las disputas sale a relucir una palabra que éstos profieren con desprecio:

⁸ *Memorias de un cortesano*, cap. XXII.

⁹ *Luchana*, cap. IX.

¹⁰ Véase *supra* «Aproximación a algunos de los protagonistas de los Episodios Nacionales», nota 18.

¹¹ *Montes de Oca*, cap. VII.

¡Románticos!... Aguarde un poco el lector, que ya vendrán a su tiempo amarillez del rostro, las largas y descuidadas melenas, las estrechas casacas. Por ahora el romanticismo no ha pasado a las maneras ni al vestido, y se mantiene gallardo y majestuoso en la esfera del ideal.»¹²

A este movimiento, Galdós opone un solo autor, Mesonero Romanos:

«Este joven, a quien estaba destinado el resucitar en nuestro siglo la muerta y casi olvidada pintura de la realidad de la vida española tal como la practicó Cervantes, comenzó en 1832 su labor fecunda, que había de ser principio y fundamento de una larga escuela de prosistas. El trajo el cuadro de costumbre, la sátira amena, la rica pintura de la vida, elementos de que toma su substancia hechura la novela. [...]. Tuvo secuaces, como Larra, cuya originalidad consiste en la crítica literaria y la sátira política, siendo en la pintura de costumbres discípulo y continuador de *El Curioso Parlante*; tuvo imitadores sin cuento, y tantos, tantos admiradores que, en su larga vida, los españoles no han cesado de poner laureles en la frente de este valeroso soldado de Cervantes.

[...];Asombroso poder del ingenio! Aquellos tiempos en que se decidió la suerte de la nación española han quedado más impresos en nuestra mente por su literatura que por su historia; y antes que la Pragmática Sanción, y el Carlismo y la Amnistía, antes que el Auto acordado y la Corte de Oñate y el Estatuto, viven en nuestra memoria don Plácido Cascabellillo, don Pascual Bailón Corredera, don Solícito Ganzúa, don Homobono Quiñones y otras dignas personas nacidas de la realidad y lanzadas al mundo con el perdurable sello del arte.»¹³

Todo en esta vida es relativo, por supuesto, hasta la inmortalidad. Y hoy en día pocas personas conocen a don Pascual Bailón o a don Solícito, y no sólo eso: ir a cualquier librería y pedir un libro de Mesonero Romanos es jugar sobre seguro: se sale sin haberse gastado un duro, seamos castizos, y con las manos vacías. No obstante, no es ese el problema que nos ocupa en estos momentos.

Lejos de los desmanes, muy poco verosímiles, del romanticismo, don Benito «se empeña uno en ser clásico, y he aquí que el romanticismo le persigue, le acosa» dice en Mendizábal. No obstante, Galdós se aprovechó de ese movimiento, al menos estructuralmente, pues *La estafeta romántica*, tercera serie, está construida con cartas que los diversos personajes van intercambiando entre sí. No se olvide que la novela que abre el romanticismo, Werther, son cartas cruzadas. Igualmente *Vergara* y *Los ayacuchos* están formados, en buena parte, por misivas. Pese a todo, la crítica más fuerte al romanticismo está en los mismos personajes: Fernando Calpena, héroe de la tercera serie, sale de Madrid en busca de su amada, Aura, de la que lo han separado al sospechar que no es hijo de Mendizábal, y que es pobre de solemnidad. Calpena sale en su búsqueda. Y la hallará, tras una larga y penosa exploración, casada y madre de un niño, al cabo del tiempo. La desilusión de Calpena es grande: «Pensé encontrar una lunática, y me encuentro la razón misma. Creí encontrar una enferma, y me encuentro una madre.»¹⁴

Para don Benito es más verosímil, sin duda por lo que conserva de humorada, un folletín que una novela romántica. Y para folletín ninguno mejor que el protagonizado por Fernanda Ibero de Castro-Amézaga en el primer episodio de la quinta serie, *España sin rey*. En él, Fernanda, en quien se reproducen las angustiosas horas de espera de su madre Gracia aguardando a su futuro marido, Santiago Ibero, se enamora de don Juan de Urrés y Ponce de León. Estamos en diciembre de 1868. El gobierno ha convocado elecciones, y don Juan va a la Rioja en busca de votos, «y en todas partes prometía lo que no lograra cumplir si mil años viviera.» Se hospeda en casa de Santiago y Gracia, y se enamora de Fernanda. No obstante, en Madrid también tiene otra amante, y a esta amante, en una noche de luna, dará muerte, con una espada, la ultrajada Fernanda.

¹² *Los apostólicos*, cap. XXIX.

¹³ *Los apostólicos*, cap. XXIX.

¹⁴ *Vergara*, cap. XXV.

Las relaciones de Fernanda con don Juan de Urríes, y la intervención de don Wifredo de Romarate y Trapinedo, enamorado platónicamente de Fernanda, y descubridor de los secretos de don Juan, obedecen a la técnica del folletín. No obstante, el episodio es un modelo de construcción y de desarrollo. Galdós lo terminó en Enero de 1908. Tenía entre 64 y 65 años, y una larguísima experiencia como narrador y dramaturgo. Y no era la primera vez que utilizaba el folletín: ya lo había hecho, muchos años antes, en *La batalla de los Arapiles*, donde la milagrosa intervención de miss Flay salva la vida a Gabriel Araceli en la Salamanca ocupada por los franceses.

Lo malo del romanticismo, al parecer, es la exaltación. Así lo expresa del bueno de don Jose Hillo, clérigo amigo del romántico Fernando Calpena:

«—¡Clásicos! Eso quisiéramos. El mundo está tocado de insana demencia... Ya no pasan las cosas como antes, con aquella pausa y regularidad de otros tiempos; todo está trastornado; reina la sorpresa, mangonea el acaso, y los acontecimientos se suceden sin ninguna lógica. Ya no hay regla, mi querido Fernandito. Eso es el caos, la barbarie, la anarquía de las almas. Corre un viento de desorden, y en las naturaleza no hay aquella serenidad, aquella calma majestuosa... ¿Digo mal?»¹⁵

Fernando Calpena, que desea salir en búsqueda de su secuestrada amada es uno de los románticos, de los que viven la vorágine de los nuevos tiempos. Y los culpables de esa vorágine, de esa falta de reglas, son Victor Hugo y Alejandro Dumas.

«[...]. Yo, a esos dos, les mandaría cortar la cabeza, sin cargo alguno de conciencia, como a malhechores del género humano y me quedaría tan fresco...¿No ve usted que ya no hay orden ni reglas en el curso de los hechos que constituyen la vida? ¿No ve usted que ya todo es exaltación, misterio, fantasmas, lo desconocido y lo imponderable?... Pues espere usted un poco, que ya empezarán los espectros, las tumbas, los cipreses funerarios...»¹⁶

Las críticas al romanticismo, tanto en boca de don José Hillo, como del narrador, abundan, sobre todo en *Mendizábal*:

«Era moda entonces morir en la flor de la edad, tomando posturas de fúnebre elegancia. Habíamos convenido en que seríamos más bellos cuanto más demacrados, y entre las distintas variedades de aquel tiempo no era la más floja la de un fallecimiento poético, seguido de inhumación al pie de un ciprés de verdinegro y puntiagudo ramaje.»¹⁷

También las hay en abundancia en el siguiente episodio, *De Oñate a la Granja*, y, por supuesto, en *La estafeta romántica*. No todo, sin embargo, son críticas. La madre de Fernando Calpena, en una carta dirigida a este, en prisión, le exalta *El trovador*, obra que entusiasmó al público, aunque la buena mujer distingue ente literatura y realidad:

«[...]. Si he de manifestar lo que pienso, no creo en la igualdad, digan lo que quieran poetas y filósofos. La prosa y el verso nos hablarán de igualdad sin lograr convencerme... Pero ello no quita que en el fingido mundo del teatro admitamos todas las ideas cuando el artificio que las expone es de buena ley; por eso aplaudimos a rabiar a este inspirado chico, después de haber mojado los pañuelos con nuestras lágrimas...»¹⁸

Tampoco falta un ligero piropo para el Duque de Rivas en la conjuración que le costó el puesto a Mendizábal:

¹⁵ *Mendizábal*, cap. VII.

¹⁶ *Mendizábal*, cap. VII.

¹⁷ *Mendizábal*, cap. XI.

¹⁸ *De Oñate a la Granja*, cap. III.

«[...]», pues un hombre que había hecho Don Álvaro, bien podía conformarse con un papel incoloro y secundario en aquel teatro todo mentira y rencores. Los otros dos [Alcalá Galiano e Istúriz] eran ambiciosos, con motivos para serlo, y su presente y su porvenir estaban dentro del escenario político.»¹⁹

A Galdós le preocupó el romanticismo. Y lo escarneció, por boca de sus personajes, pese a sus aciertos literarios, quizás por lo que de paralelismo tenían con la España del momento. Así se expresa doña María Tirgo en una carta:

«[...]». A este propósito mostró Demetria un libro ya por ella leído, y que pensaba leer de nuevo, en que otro romántico de los más gordos, pone el ejemplo del enamorado que se mata por tener la novia casada. Llámase *Las cuitas del joven Uberte*, o cosa así, y es ello una historia muy sentimental y triste, porque el hombre no se conforma con su suerte y está siempre buscándole tres pies al gato, hasta que le da la idea de pegarse un tiro, lo cual debo condenar por garrafal tontería, a más de condenarlo por pecado execrable. ¡Vaya unas abominaciones que se escriben!»²⁰

Por eso mismo, Larra, no sale bien librado del juicio de las mujeres de *La estafeta*, e intuimos que tampoco del de Galdós, aunque una cosa sea el suicidio y otra la literatura. Como ya hiciera Bernat Metge en la Edad Media, para justificar la repentina muerte del rey Juan el Cazador, también hay aquí un sueño en el que se aparece Larra. Calpena, en el sueño, le pregunta si es cierto que se suicidó. Larra contesta indirectamente: «Debemos matarlas a ellas —díjome Larra con triste sonrisa— y a nosotros no. ¿Qué culpa tenemos nosotros de sus traiciones...?»²¹

Inseguro, habiendo olvidado a sus obras, le pregunta a su viejo amigo si fue él un gran escritor. «Has sido único, Mariano» le contesta Calpena.

Extraer todas las citas sobre el romanticismo sería un arduo trabajo, que nada aportaría a lo ya dicho. Parece que a Galdós le molestaba de él la excesiva polarización hacia el tópico, y el suicidio, que compara con la guerra carlista, aunque lo hace por boca de Fernando Calpena:

«¿Y qué me dices de la facilidad con que los chicos y las chicas que han sufrido algún desengaño siguen las huellas del joven Werther? ¿Pues y la guerra civil, esta sangría continua, esta prisa que se dan unos y otros a fusilar rehenes y prisioneros, como si cobraran de la tierra o del negro abismo un tanto por cadáver? ¿No es esto, en la vida española, una instintiva querencia del aniquilamiento?»²²

Por supuesto que la guerra carlista tampoco sale bien librada, como no podía dejar de suceder:

«[...]»... Pero dime tú, diga usted, ¿es éste el mundo creado por Dios, o es otro que nos han traído del Infierno? Yo digo que están condenados cuantos sostienen esta guerra, reyes y reinas, archipámpanos y ministriles... ¡Qué dolor! Y todo por un papelito, la Pragmática Sanción... ¿Estamos todos locos, o somos tontos de remate?»²³

Hay que cuidarse de los excesos, por lo tanto, y buscar la verdad, como sólo lo puede hacer un verdadero historiador, quien no debe fiarse de las apariencias, ni caer en el defecto contrario:

«Ni Espartero estuvo en la batalla de Ayacucho, funesta para nuestra nacionalidad en América, ni los feligreses de su camarilla, a quienes acusamos de infinitos males, pelearon tampoco en aquella célebre acción de guerra. Esto es tan

¹⁹ *De Oñate a la Granja*, cap. IX.

²⁰ *La estafeta romántica*, cap. IV.

²¹ *La estafeta romántica*, cap. VII.

²² *La estafeta romántica*, cap. V.

²³ *Vergara*, cap. XXVII.

peregrino como el llamar borracho a José Bonaparte, que no lo cataba. La imaginación popular emborriona la Historia, y luego nos cuesta Dios y ayuda descubrir con raspaduras la verdad.»²⁴

Hay otros que llevan más lejos su afán, y buscan un trabajo en una covachuela, que les deje el día libre para corregir y enmendar *El Quijote*, *La Divina Comedia* y *la Biblia*.²⁵

La virtud, como siempre, estará en el término medio, y este vendrá dado por las formas, que en ningún caso se deben olvidar:

«No debemos despreciar, tratándose de política, las formas, amigo mío, las socorridas formas, necesarias en este arte más quizás que en ningún otro; formas pido a los hombres en lo que escriben, en lo que decretan, en lo que hacen; formas en el trato político como en el social, y sin formas, las ideas más bellas y fecundas resultan enormes tonterías.»²⁶

Y es, por fin, en el primer episodio de la cuarta serie, *Las tormentas del 48*, donde gracias al diario de uno de sus protagonistas, José García Fajardo, nos enteraremos de cómo debe ser la novela, al menos la novela española. Parece una declaración de principios que don Benito cumplió a rajatabla, pues como ya hemos dicho, el folletín tiene un cierto sentido del humor que no tiene la narrativa romántica:

«Debía yo, pues, probar fortuna en el teatro o en la novela, género muy desmedrado entonces en España, y mejor aún en la Historia, nutrida y amena. Nos hacen mucha falta, según Sartorius, buenos escritores que aprendan y cultiven el arte de la amenidad, y nos libren de esas investigaciones pesadas y macizas sobre cosas de la Edad Media, que no hay cristiano que las trague; y convendría también que los de literatura entretenida abandonasen la cuerda sentimental, que ya empalaga, reanudando la tradición de la prosa humorística española, expresión de la vida real...»²⁷

Imaginamos, porque la influencia es más que innegable, que con «reanudando la tradición de la prosa humorística española», Galdós se refiere tanto a Quevedo como a Cervantes, más a este último que a ningún otro, pues su influencia es más que notoria a lo largo de todos los *Episodios*. Y sus homenajes continuos, hasta el punto de que en *Aita Tettauen* crea la contrafigura de Cide Hamete Benengeli, pues si este es un musulmán que, pretendidamente, escribe *Don Quijote*, en *Aita Tettauen* será un español, convertido al Islam, quien relatará la guerra de Marruecos.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que la redacción de los *Episodios*, con interrupciones, se inició en 1872 y se terminó en 1912. Evidentemente a lo largo de esos cuarenta años, don Benito fue evolucionando y dominando todas las técnicas de escritura. No se olvide que, al mismo tiempo que compone los *Episodios*, también escribe sus grandes novelas y obras de teatro. Con el paso del tiempo, se nota, sobre todo, en la quinta serie, don Benito prescindirá ya de la verosimilitud; y, hará, con enorme maestría, cuanto le venga en gana.

Si bien hasta el momento se ha mantenido en un tipo de novela que podríamos denominar realista, con prevenciones, ya que tenemos folletines, muchos; una ratomaquia, batallas humanas, romanticismo, en la forma al menos, etc. etc., será en un momento determinado de la quinta serie donde deje de lado todo esto, y haga cuanto le apetece. En *España trágica*, segunda novela de la quinta serie, ya aparece, dialogando, y dando órdenes y consejos a don Tito Liviano, la madre Mariana, doña Mariclío, o sencillamente, Clío, que, como se sabe, es la musa de la Historia. Esta, que aparece con coturnos o con zapatillas,

²⁴ *Los ayacuchos*, cap. XIX.

²⁵ *Los ayacuchos*, cap. XIX.

²⁶ *Los ayacuchos*, cap. IX.

²⁷ *Las tormentas del 48*, cap. XVII.

según la ocasión, tiene el poder de transformar a don Tito, y lo transforma en duende para que le informe de todo:

«Al llegar a este punto, el más delicado, el más desaprensivo de esta historia, me detengo a implorar la indulgencia de mis lectores, rogándoles que no separen lo verídico de lo increíble, y antes bien lo junten y lo amalgamen; que al fin, con el arte de tal mixtura, llegarán a ver claramente la estricta verdad. A riesgo de que no me crean, les digo que me encontraba en la plena conciencia de mi yo espiritual y físico; yo era yo mismo en mi ser inmanente; gozaba la serena vida fisiológica, la vida pensante y erudita, puesto todo lo que supe sabía, y mi memoria se armonizaba con mi entendimiento; yo estaba bien comido y perfectamente apañado de todas mis necesidades y estímulos; yo bebía y fumaba; yo iba por las calles saboreando la inefable dicha de que nadie me viera ni en mi diminuta persona reparara; yo disfrutaba el placer de verlo todo sin ser visto, y de ejercitar el don de la crítica, el don de la burla, más precioso aún, sin que nadie por ello me molestase; yo podía reírme a mansalva de todo ser viviente, del Rey para abajo, y no encontraba freno ni obstáculo a mi observación fisgona; ante mí no había puerta cerrada ni pared que me cerraran el paso; me congraciaba de mi suerte diciéndome: “Por San Tito mi patrón y por Santa Clío mi madre, que es linda cosa el oficio de duende”.»²⁸

Además de duende es invisible, así que don Tito Liviano puede dar cuenta de cuanto acontece, tanto en palacio como en habitaciones privadas de amigos y servidores. Entra en palacio, asiste a una comida real; y sigue al rey, Amadeo de Saboya, sentado en la bigotera de la berlina real, que nos lleva a casa de una dama. La dama es doña Adela, amante del rey, a quien aconseja de tal forma que provoca la admiración de don Tito. Este, pese a ser duende, no deja de ser cortés y verídico. Oídos los consejos de la amante, exclama don Tito:

«¡Qué discreción, qué talento, qué golpe de vista! Yo me decía: «De casta le viene al galgo. Ya sé que te engendró el primer escritor del siglo.»»²⁹

No da más datos sobre quién pudo ser «el primer escritor del siglo». Se podría tratar bien de Mesonero Romanos o de Mariano José de Larra. Don Tito, tal vez por pudor, no añade nada al respecto. Sí que dará nuevos datos para inquietar al lector. Parece haber un cierto gusto en hacer dudar a este de cuanto afirma o cuenta:

«¿Era verdad que la madre Mariana me había sacado de aquel atolladero, tomándome a su servicio, para lo cual hube de transformarme en duende minúsculo y gracioso, sutil espía de la historia privada?... Si todo eso fue mentiroso aparato forjado por mi exaltada imaginación y de ello puede resultar que lo verosímil sustituya a lo verdadero, bien venido sea mi engaño, y allá van con diploma de verdad, los bien hilados embustes.»³⁰

Pese a sus dudas, sigue siendo cierto que está bajo el poder de doña Mariana, o Clío, que lo manda a Santander, siguiendo al rey Amadeo de Saboya, con un encargo:

«Observa lo estrictamente verdadero; no me traigas acá mentiras adornadas.»³¹

No, Tito no llevará mentiras; pero se decantará también por la historia menuda: en este caso por la ruptura del rey con doña Adela, a la cual asiste como podía asistir un narrador omnisciente. Y en capítulo XIV del episodio titulado *La primera república*, Galdós, fiel a su programa de volver a los clásicos,

²⁸ *España trágica*, cap. XIX.

²⁹ *España trágica*, cap. XX.

³⁰ *España trágica*, cap. XX.

³¹ *España trágica*, cap. XXI.

describe un sueño de Tito Liviano en el que se mezclan realidad y fantasía, como lo hace don Juan Manuel en el ejemplo XI de *El conde Lucanor*, donde se sueña un futuro que resuelve el presente. En Galdós el sueño es más inquietante:

«Un ratito estuvo mi pensamiento meciéndose en el balancín de esta duda: ¿La realidad era lo de allá o lo de acá? ¿Eran este y el otro mundo igualmente falaces o igualmente verdaderos? Sin llegar a dilucidarlo, me vi conducido al punto en que me esperaba mi cabalgadura.»³²

Habrán más visitas mitológicas de don Tito que, en medio de un sueño, recibe la impresión «que produce un lugar visitado ya en tiempos muy remotos.»³³ Allí «hablaban en griego para mayor claridad.» No queda muy claro si el «allí» se refiere al Olimpo o al Congreso. En uno de los dos sitios, de boca de Mari-clío, oye la profecía, tal como don Illán vio su futuro: «Pasarán días, años, lustros, antes que junten y amalgamen estas dos palabras: paz y República.»³⁴

De ese mundo, del congreso y de las discusiones políticas, dudará tanto don Tito como del mundo soñado o imaginado. En ningún momento ninguno de los otros protagonistas de las otras series, más realistas, volviendo al convencionalismo de la palabra, hubieran dicho cosas como las que dice don Tito:

«¿Era un mundo de guasa mitológica con ribetes picarescos, un fermento trasnochado del paganismo, traído a la vida moderna como levadura para poder amasar y cocer el nuevo pan de la civilización? ¿Las musas que vi eran las verdaderas hermanas de Apolo, o figuras de teatro modeladas artísticamente por hábiles maestras de aquella comunidad andante, donde iban hembras de tan diferentes castas y aptitudes?»³⁵

Sea como fuere, las visiones, o los sueños, se terminan: «Ya descendemos, amigo Tito, hacia la vida vulgar. Es ley divina que esto acabe siempre en aquello y aquello en eso, pues nunca se verá el fin definitivo de las cosas.»³⁶

Es una forma como otra cualquiera de aceptar la realidad, y los sueños, aunque don Tito muestre, al menos en un primer momento, una clara preferencia por aquella:

«En tanto, mi cabeza se despejó súbitamente de visiones, mitos, ensueños, delirios aéreos y telúricos, y de todas las fantasmagorías que se habían metido en ella por obra y arte de la razón de la sinrazón. ¡Realidad, qué hermosa eres!»³⁷

La realidad, sin embargo, también tiene sus matices. Se lo indica uno de los caballeros camino de Cartagena, que se ha declarado cantón independiente:

«—Pues tenga cuidado— indicó uno de los caballeros— con que se le escape algo que no sea del gusto de esta gente. No le arriendo la ganancia si no compone sus historias al son de lo que quieran el Cárceles, el Contreras y el Antoñete Gálvez.»³⁸

La primera república es de 1911. Así que si donde pone Cárceles ponemos conservadores, donde Contreras, la generación del 98 y añadimos a Valle-Inclán, Baroja y la «nueva novela» capitaneada por

³² *La primera república*, cap. XV.

³³ *La primera república*, cap. XVI.

³⁴ *La primera república*, cap. XV.

³⁵ *La primera república*, cap. XVI.

³⁶ *La primera república*, cap. XVI.

³⁷ *La primera república*, cap. XVI.

³⁸ *La primera república*, cap. XVII.

Ortega, ya tenemos lo que le esperaba a don Tito, quien pese a todo, véase la ironía, «posee el secreto de la imparcialidad, sin agraviar a nadie. [...] hará una obra maestra, añadiendo una página a la historia de esta ilustre ciudad, que los antiguos, como ustedes saben, llamaron Cartago Espartaria, por el achaque del esparto que producía el terruño.»³⁹

Todo esto lo sabe don Tito en un viaje donde el mundo real aparece amalgamado con el mitológico, y doña Gramática y doña Aritmética hacen compañía a Perico, Zalamero, Ventura... Y una vez más, don Tito se vuelve a interrogar: «¿Era verdad o mentira, realidad o sueño, mi largo transcurso por las entrañas de la tierra?»⁴⁰

No sabe por qué mundo decidirse. No obstante, los dos tendrán una característica común con la cual, por supuesto, no estarían de acuerdo ni Cárceles ni Contreras ni, tal vez, Antoñete Gálvez:

«Por Júpiter, por Cristo, si así os parece mejor, juro ante mi conciencia que no logré descifrar el tremendo enigma. Fatigado de ahondar en él, me sosegué recordando el título de una comedia de Calderón: En este mundo, todo es verdad y todo es mentira. Para mayor consuelo mío, amplié la sentencia diciendo, en este mundo y en el otro.»⁴¹

Pese a ello, la realidad ha de tener algo más, aun dentro de un equilibrio: «¡Medrados estaríamos los pobres mortales —me dije escondiendo mi tesoro— si lo esperáramos todo de la dura y seca realidad, renegando, como propuso Fructuoso, de los poderes espirituales y suprasensibles.» Y del sentido común, cabría añadir. Pues este tipo de escritura conlleva lo que pocas veces aparece en las otras series: la ironía. Las siguientes palabras de don Tito, por otra realidad diferente, son impensables en cualquiera de los otros héroes de las otras series:

«Yo me sentí héroe, y consideraba el espanto que estábamos produciendo en los inocentes pececillos que nadaban en derredor nuestro.»⁴²

Dos fragatas atacan Almería, en plena revolución cantonal de Cartagena. Nada que ver esta batalla con la que inicia los *Episodios*, *Trafalgar*, y poco que ver un estilo con el otro, como hemos podido ver a lo largo de este no breve capítulo.

Valencia, julio-septiembre 2011

³⁹ *La primera república*, cap. XVII.

⁴⁰ *La primera república*, cap. XVII.

⁴¹ *La primera república*, cap. XVIII.

⁴² *La primera república*, cap. XXII.

*Benito Pérez
Galdós*

Realtà

Traduzione di Sagrario del Río



ISIDORA
Ediciones

BIBLIOGRAFÍA

- AZORÍN, Félix Vargas, *Superrealismo*. Madrid, Cátedra letras hispánicas, Edición de Domingo Ródenas, 2001.
- BAHAMONDE, Ángel y MARTÍNEZ, Jesús A. *Historia de España. Siglo XIX*. Madrid, Cátedra. 2007.
- BÉCQUER, Gustavo Adolfo, *Historia de los templos de España*. Toledo, Antonio Pareja, editor. 2005.
- BURDIEL, Isabel, *Isabel II una biografía (1830-1904)*. Madrid, Taurus, 2010.
- CABALLERO, Fernán, *Élia o la España treinta años ha*. Madrid, 1862.
- CASALDURERO, Joaquín, *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*. Madrid, Gredos, 1974.
- CERVANTES, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, 2004.
- FERNÁNDEZ, Fernando, *Los espadones románticos*. Madrid, Síntesis, 2007.
- FONTANA, Josep, *La época del liberalismo*. Barcelona, Crítica, 2007. Historia de España, volumen 6.
- GIORDANO, Oronzo, *Higiene y buenas maneras en la alta edad media*, Madrid, Editorial Gredos, 2001.
- JARNÉS, Benjamín, *Sor Patrocinio, la monja de las llagas*. Madrid, Espasa-Calpe. Austral, 1971.
- JARNÉS, Benjamín, *Zumalacárregui, el caudillo romántico*. Madrid, Espasa-Calpe, Austral, 1972.
- JARNÉS, Benjamín *El profesor inútil*, Madrid, edición de Domingo Ródenas, 1999.
- JARNÉS, Benjamín *Stefan Zweig, cumbre apagada*. Torrelavega, Edición de Domingo Ródenas de Moya, 2010.
- JENOFONTE, *Ciropedia*, Madrid, Gredos, 1987, nº.108.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza editorial, 2005.
- MONTESINOS, José F. *Galdós, tres volúmenes*. Madrid, Castalia. 1980.
- MONTESINOS, Rafael, *Bécquer, biografía e imagen*. Barcelona, Fundación José Manuel Lara, 2005.
- ORTIZ-ARMENGOL, Pedro, *Vida de Galdós*, Barcelona, Crítica, 2000.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Episodios nacionales*. Madrid, Aguilar, 1973. Cuatro volúmenes.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Episodios nacionales*. Barcelona, Destino, 2010. Cinco volúmenes.
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Fortunata y Jacinta*, Madrid, Edición conmemorativa. Editorial Hernando, 1979.
- VALLE-INCLÁN, Ramón María del, *Luces de bohemia*, Madrid, Espasa-Calpe. Austral. 1990.

*Benito Pérez
Galdós*

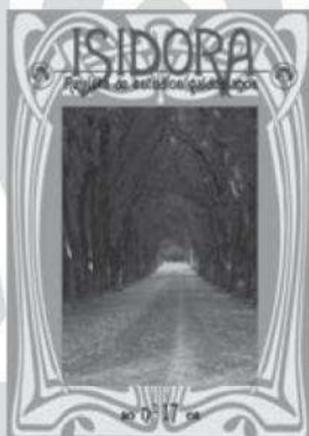
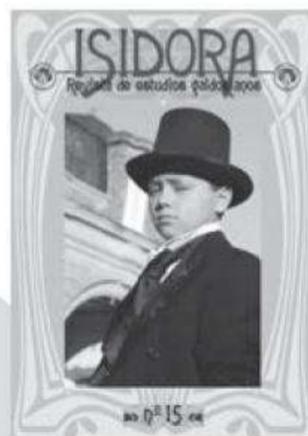
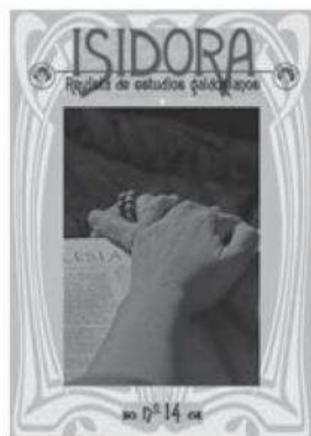
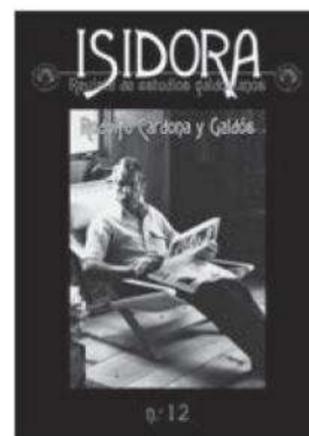
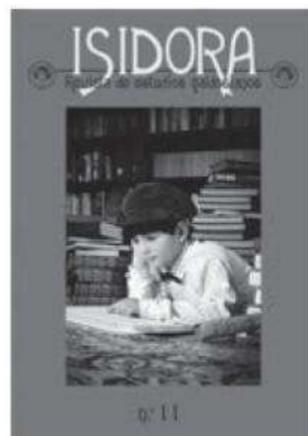
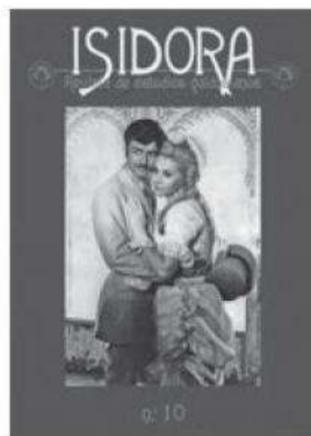
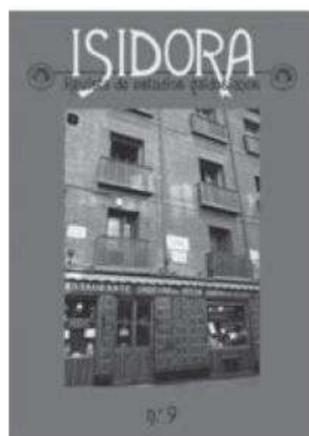
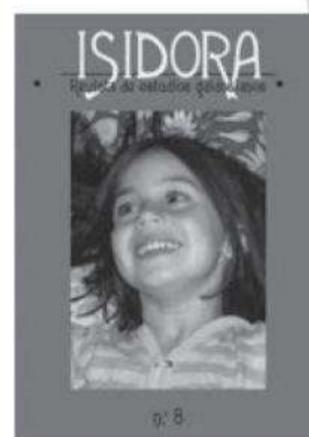
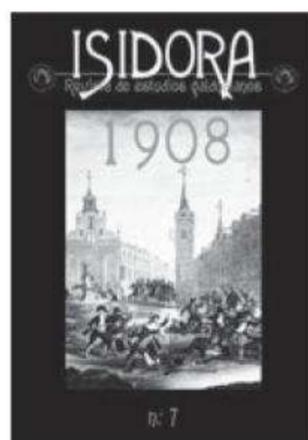
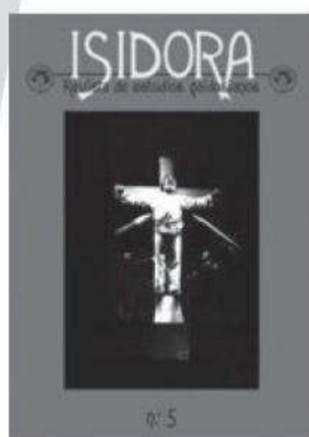
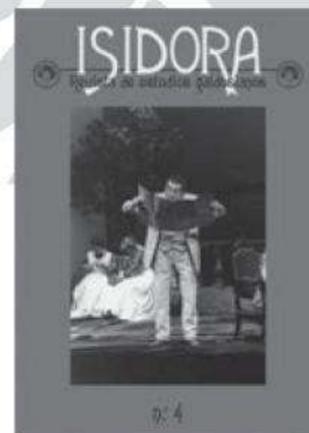
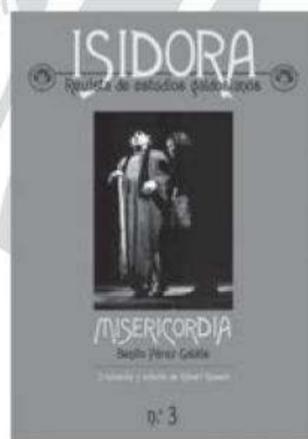
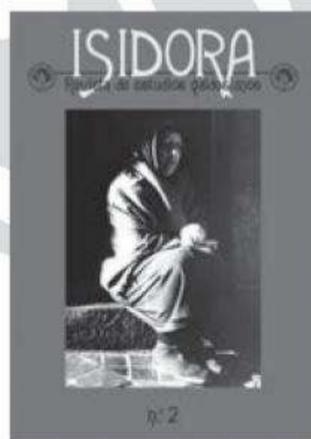
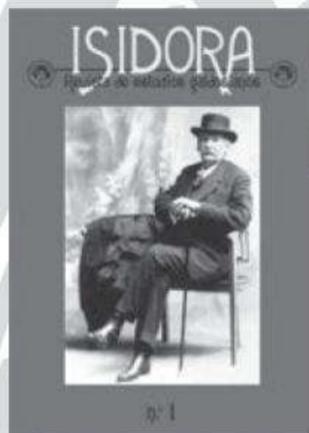
La Déshéritée

Traduction de Daniel Gautier



ISIDORA
Ediciones

Títulos Publicados



BOLETÍN DE PEDIDO O SUSCRIPCIÓN

Deseo suscribirme a la revista **ISIDORA** hasta nueva orden

Deseo recibir la revista nº _____ de **ISIDORA**

Nombre y Apellidos _____

Organismo _____

Domicilio _____ Localidad _____

C.P. _____ Provincia _____ Estado _____ País _____

Correo Electrónico _____

Teléfono _____ Fax _____

Forma de pago elegida

Transferencia bancaria a la cuenta corriente especificando Revista Isidora, remitiendo resguardo bancario a una de las direcciones indicadas al final de este boletín.

Bankia: 2038 1029 48 3003335795

IBAN: ES12 2038 1029 48 3003335795

BIC: CAHMESMMXXX

Domiliación bancaria:

Banco _____

Sucursal _____

CÓDIGO CUENTA BANCARIA											
ENTIDAD			OFICINA			D.C.		NÚM. CUENTA			

PERIODICIDAD: CUATRIMESTRAL

PRECIO EJEMPLAR: 22 € MONOGRÁFICOS 25 €

NÚMEROS POR SUSCRIPCIÓN ANUAL: TRES NÚMEROS (2 MÁS MONOGRÁFICO)

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (ESPAÑA): 62 €

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (EUROPA): 70 €

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (AMÉRICA): 78 €

PRECIO SUSCRIPCIÓN ANUAL (RESTO DEL MUNDO): 78 €

CUMPLIMENTAR Y MANDAR A:

France

Rosa Amor del Olmo - Isidora Ediciones France

3 Rue de L'Hermitage, 79150, Sanzay, France

Telf.: 00 33 (0) 241 75 55 14 / 00 33 (0) 625 94 15 22

Fax: 00 33 (0) 549 65 06 91

España

C/ Corte de Faraón 7 - Bajo D / 28041 Madrid

Telf.: 91 635 39 45 67 / 91 629 05 12 78

edicionesisidora@gmail.com

E-mail: isidora-internacional@orange.fr

www.isidora-internacional.com.es

Distribuidora España e Internacional: Maidhisa, S. L.

Distribución: Egartorre, S. L.



ISIDORA

Revista de estudios galdosianos



Si buenas dosis de acíbar traçó Cánovas por las imposiciones *del elemento retrógrado y obscurantista*, como diría Ido, no fue mala compensación la dulzura de ver entrar en la legalidad al trueulento guerrillero don Ramón Cabrera, culminante figura del carlismo. Conviene consignar algunos antecedentes familiares de este gran suceso. Cuando el llamado *Tigre del Maestrazgo* pasó el Pirineo en 1840, perdida ya la causa de don Carlos, fue a parar a Inglaterra, donde la fama de su temerario arrojó rodeó su nombre de una aureola de trágica leyenda. En Londres se destacó vigorosamente su atezado rostro, su mirada fulgurante, el aspecto de fiereza medioeval, y se contaban las cicatrices que hacían de su cuerpo un heroico jeroglífico. No necesitaron los ingleses forzar su imaginación para ver en Cabrera una figura genuinamente *shakespiriana*.

Pasado algún tiempo, la leyenda del guerrillero y su presencia personal interesaron el corazón de una dama inglesa, protestante, rica y noble. La dama y el héroe contrajeron matrimonio con todas las de la ley. Entró, pues, Cabrera en una vida pacífica y burguesa, a la cual se atemperó fácilmente el adalid más terrible, saçaz, activo y sanguinario que ha existido en nuestras discordias civiles. Determinó esta evolución del carácter de Cabrera el çenio de su esposa, que supo subyuçar la fiereza del cabeçilla insigne.

El *tigre* cedió a la blanda ferocidad de la *tigresa*, convirtiéndose en apacible cordero. Un amigo de Cabrera, que le había conocido en España, me contó que una noche fue a visitarle a su casa de Londres, situada en el West, junto a un Square o plazoleta jardinada. Al entrar en esta encontró a don Ramón, de frae, fumándose tranquilamente un puro. Al abrazar a su amigo, *el tigre domesticado* le dijo: «Me encuentra usted aquí porque mi mujer no me deja fumar en casa». (...)

Çap. VII, Cánovas, B. P.G

